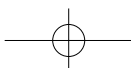
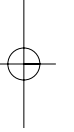
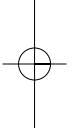
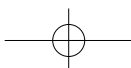
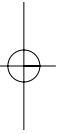
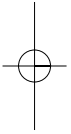
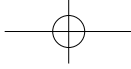
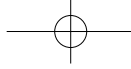


LUIS ALFONSO DE BORBÓN





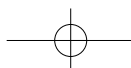


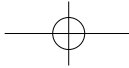
LUIS ALFONSO DE BORBÓN

Un príncipe sin trono

DAVID BOTELLO

Espejo de Tinta





© David Botello

© Espejo de Tinta, S. L., 2007

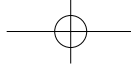
Diseño de cubierta: Manuel García y Nieves Barco

Todos los derechos reservados. No está permitida la reimpresión de parte alguna de este libro, ni tampoco su reproducción, ni utilización, en cualquier forma o por cualquier medio, bien sea electrónico, mecánico, químico o de otro tipo, tanto conocido como los que puedan inventarse, incluyendo el fotocopiado o grabación, ni se permite su almacenamiento en un sistema de información y recuperación, sin el permiso anticipado y por escrito del editor.

EDICIONES ESPEJO DE TINTA
C/ General Arrando, 40 B – 28010 Madrid
Teléfono: 91 700 00 41
e-mail: editorial@espejodetinta.es
www.espejodetinta.es

ISBN: 84-96280-
Depósito Legal: M-

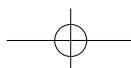
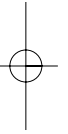
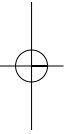
Printed in Spain - Impreso en España

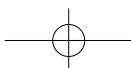
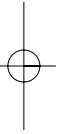
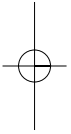
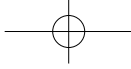


A Esther,
que siempre estuvo ahí.

A Candela,
que todavía quiere ser princesa.

A Diego,
que vio la luz a la vez que este libro.





AGRADECIMIENTOS

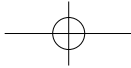
He rastreado hemerotecas, bibliotecas, archivos, buscando el dato más preciso, cuando ha existido, para poner en orden, por primera vez, la información que existe sobre Luis Alfonso de Borbón.

Por eso debo mi más sincero agradecimiento a todos los que me precedieron e inspiraron este libro con sus horas delante de la página en blanco, sus trabajos de investigación, sus reflexiones sobre la historia reciente, sus reportajes, sus opiniones, sus artículos de prensa y sus interminables guardias detrás de Luis Alfonso y su familia.

A Laude, por

He buscado testimonios de primera mano. No siempre ha sido fácil.

Agradezco al círculo más íntimo de Luis Alfonso la lección de lealtad que dan cada día, demostrada con el hermetismo con que han protegido sus recuerdos. Estuvieron a punto de abrirse para este libro. Al final, no pudo ser. Ellos se pusieron del lado de la amistad, que respeto profundamente, y de la confidencialidad.



También agradezco a Luis Alfonso la única conversación que mantuvimos. Nunca es tarde, pero su voluntad se torció, quizá, fuera de tiempo. Me hubiese gustado terminar la aventura que empezamos con Alberto.

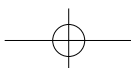
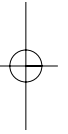
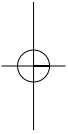
A Antón y a Ana, que leyeron la primera versión y la enriquecieron con sus generosas aportaciones.

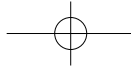
A Regina y a Daniel, que en la recta final se hicieron cargo de todo para permitir que me encerrara en el cuarto del ordenador.

A Santiago y a Sagrario, a quienes les debo todo.

Y, por supuesto, a Germán, Rosa, Luis, María, Borja y Francesc, la pequeña gran familia de Espejo de Tinta, que apostaron por el libro y tuvieron la paciencia infinita de consentir, comprender y disculpar mi situación personal.

Espero no haber fallado a la objetividad con que, desde el principio, acometí estas páginas.

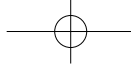




ÍNDICE

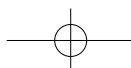
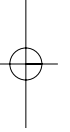
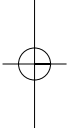
Prólogo en la capilla	
Nacimiento entre algodones	
Claveles rojos	
El hombre que nunca tuvo suerte	
Su Alteza Real Fran de Borbón	
La vida familiar	
La familia se rompe	
La niña ya no quiere ser princesa	
«Me duele la tripa»	
La vida sigue	
La prensa vuela en helicóptero	
1984	
Accidente mortal de carretera	
«Que no se entere papá»	
«¿Me puedo ir ya?»	

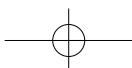
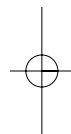
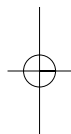
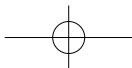
Mientras duren las actuales circunstancias...
Veredicto: culpable de homicidio
Tragedia en el mar
«¡Pues vaya noticia!»
«Tienes una hermanita»
Tragedia en Colorado
Muerte entre la nieve
«Tu padre ha muerto»
Pero no sus consortes y descendientes...
¿Accidente, negligencia o asesinato?
¿París o Madrid?
La guerra de las abuelas
El abuelo Cristóbal
Nosotros estamos fuera de juego
¿Un atentado contra los Franco?
El misterio del cofre
.....
Un español en la corte de los Luises
«Asumiré por entero el legado...»
El pleito dinástico de los Orleáns
Como cualquier otro
Una nueva imagen para el príncipe
El ADN de los Borbones
La Gran Cruz de Malta
Boda Real en el Caribe
La historia de amor
La boda caribeña
El tratamiento de Alteza no gusta en La Zarzuela
Su Alteza Real



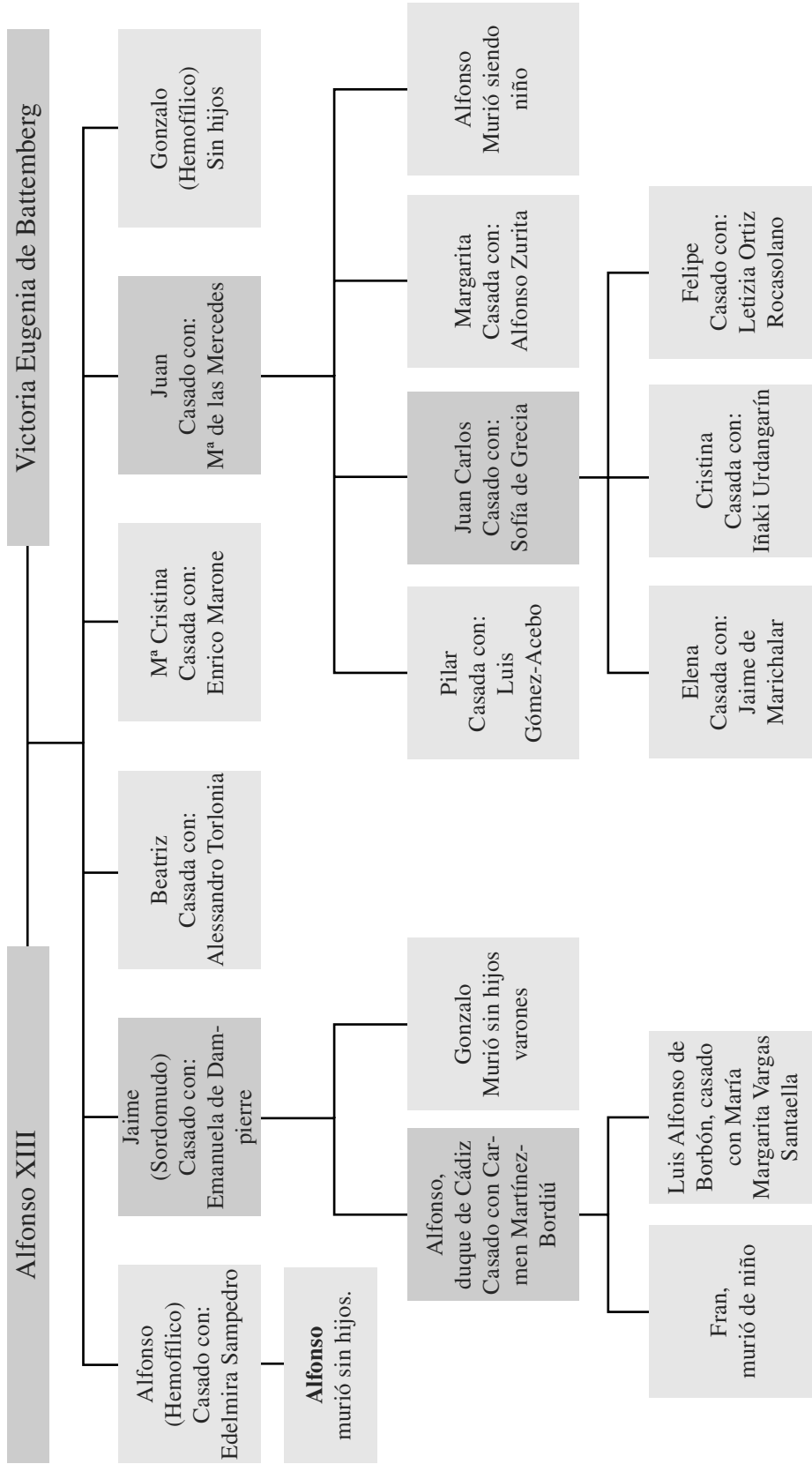
El pleito dinástico de los Borbones
 Hojas en blanco firmadas
 El as en la manga de Franco
 «Júrame que no fue a propósito»
 «Por si el hijo nos sale rana...»
 «El Príncipe está maduro»
 Carmencita se casa con un príncipe
 El Toisón de Franco
 A todas luces de rango inferior

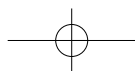
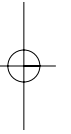
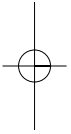
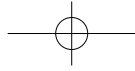
Epílogo con corazón
Bibliografía

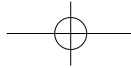




ÁRBOL GENEALÓGICO



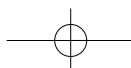


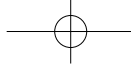


Inconfundible, solitario, majestuoso, como si fuera el último monarca de los macizos asturianos, el Naranjo de Bulnes alza sus paredes lisas en pleno corazón de los Picos de Europa. Peña colosal, *Picu Urriellu*, dos mil quinientos dieciocho metros tallados palmo a palmo, atalaya inexpugnable sobre Castilla y el Cantábrico, azotado por tormentas y aluviones, mítico testigo indiferente de las gestas astures, de las conquistas romanas, del ardor guerrero de don Pelayo, mil veces profanado por ejércitos de soldados y de aventureros. Y el Naranjo sigue allí. Inmutable. Imperturbable. Tal vez indiferente. Como diría Borges, su fuerza es tan avasalladora y tan evidente que sólo percibimos que es fuerte.

Así es Luis Alfonso de Borbón. Como una metáfora que se exhibe de manera discreta e involuntaria. Un bastión inexpugnable en el mismo corazón del Principado de Asturias.

Si hay que hacer caso a los que dicen que las estrellas son un reflejo celeste de lo que pasa en la tierra, el enigma de Luis Alfonso se resuelve con un símbolo fuerte y masculino como





LUIS ALFONSO DE BORBÓN

el Naranjo regido por un planeta amoroso y pacífico como Venus. Luis Alfonso es Tauro. Sólido. Firme. Generoso.

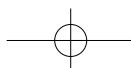
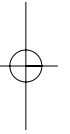
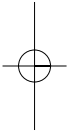
La lealtad y devoción del Toro a la familia y a los amigos exceden a veces los límites de la comprensión. Eso lo saben bien los que están cerca de Luis Alfonso.

El mejor regalo para un Tauro es, simplemente, que le dejen tranquilo. Eso lo sabe bien la prensa.

El Toro puede soportar cualquier carga emocional o física durante años y sin quejarse. Eso lo sabe cualquiera que se haya acercado a su biografía.

Ha aprendido a tomarse las cosas como vienen. Hay en él una energía oculta y poderosa, una bravura que saca de las entrañas de la tierra para superar los golpes de la fortuna.

Un destino lleno de lealtades, tragedias, amores, familias, muertes, devociones, cargas, lágrimas, amistades y, por encima de todo, la firme voluntad de seguir adelante.

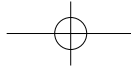


PRÓLOGO EN LA CAPILLA

De pie, de espaldas al altar, vio cómo la tarde de noviembre había caído, invadiendo la entrada de la iglesia. El aire sofocante y la humedad le hacían transpirar sin perder la compostura. Llevaba el uniforme de Bailío y la Gran Cruz de la Orden de Malta, una distinción que sólo los jefes de las casas reales pueden lucir. También llevaba puestas las insignias de la Orden del Espíritu Santo, que únicamente los reyes de Francia poseían y otorgaban.

Entonces se acordó de su padre, los abrazos con toalla en las tardes de piscina, los 21 de enero en la capilla Expiatoria, las extrañas circunstancias de su muerte, la primogenitura de los Borbones, la legítima herencia de los derechos al trono de Francia. Le echaba de menos. Hubiese dado cualquier cosa por tenerle allí, compartiendo juntos ese momento.

También pensó en Fran, que le protegía en el cielo desde que era un niño. Y en el abuelo Cristóbal, tan maltrecho de amores clandestinos, tan herido con la historia y con la democracia, tan dispuesto a llevarle a esquiar a cualquier parte.



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

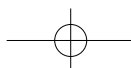
Entre los mil quinientos setenta invitados, se comentó la ausencia de algún miembro de la Familia Real. Luis Alfonso sigue siendo un personaje incómodo en La Zarzuela, comentaron unos. No le perdonan que sea el primogénito, dijeron otros. Ni siquiera han mandado un telegrama, se quejaban aquí. Ni han tenido el detalle de mandar un regalo, se ofendían allá. Y eso que él sí fue a la boda del primo, observó uno. Y eso que no invitaron a Margarita, advirtió otro. Y todos estaban de acuerdo en una cuestión: era un desaire tan gratuito como inmerecido. Una incomprensible decisión. Un agravio impropio.

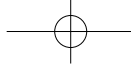
Luis Alfonso, dicen, no los echó de menos. Él sólo esperaba, vestido de Bailío, la llegada de la novia.

Miró a su madre, y pensó que nunca la había querido tanto. A veces le dolían las manos todavía de cuando niño se agarraba al radiador de la casa de París cuando llegaba el momento de separarse. Se vio vestido de marinero comiendo con ella en el porche de la casa de Pozuelo el día de su Comunión. Sonrió levemente al recordar aquella camiseta que mandó estampar con la mejor foto que encontró de ella. Era su madre. Y estaba allí con él, al pie del altar, para ser la madrina de su boda.

Nadie gritó «Vivan los novios» porque la ocasión era solemne. Todo el mundo estaba ya sentado. En los bancos vestidos con lirios y rosas blancas la familia y los amigos sonreían. Una magnífica boda, comentaron susurrando desde las últimas filas, mientras sonaba de fondo un himno religioso y los cien asistentes se regocijaban con el futuro delicioso que esperaba a la pareja.

Entonces llegó ella. Luis Alfonso la vio entrar con un nudo tenaz en la garganta, del brazo de su padre orgulloso, andando en *adagio* por el pasillo adornado con flores y guirnaldas, mientras estallaban los compases más famosos de la *Marcha*





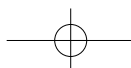
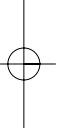
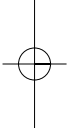
PRÓLOGO EN LA CAPILLA

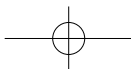
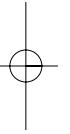
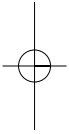
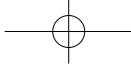
Nupcial y ella, bellísima, con su cara sonrojada más dulce bajo el velo, saludaba con un gesto sutil, incorpóreo, leve, agachando la cabeza humildemente cuando escuchaba a los que la elogiaban desde sus asientos.

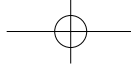
Ese fue el primer momento. O el último acto de su propia tragedia. A estas alturas de la vida y de la muerte, Luis Alfonso se tomaba la revancha y dejaba atrás un pasado marcado a sangre y fuego por los zarpazos del destino que le había tocado sufrir.

Detrás del velo del traje de novia, Margarita le ofrecía una vida nueva, una nueva familia, un órdago a la grande por la felicidad.

Llegar hasta aquí no había sido nada fácil.

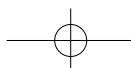
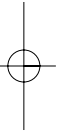
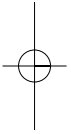


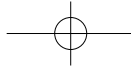




NACIMIENTO ENTRE ALGODONES

terra da fraternidade





LUIS ALFONSO DE BORBÓN

Claveles rojos

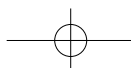
*Grândola, vila morena,
terra da fraternidade
O povo é quem mais ordena
Dentro de ti, ó cidade*

JOSÉ AFONSO

Luis Alfonso de Borbón no tuvo claveles rojos el día de su nacimiento.

Aquella madrugada, un 25 de abril de 1974, a las doce y veinte minutos, en el programa *Límite* de Radio Renascença, en Portugal, sonaba una canción que se convertiría en un símbolo en el mundo entero. La voz de José Afonso puso música a la Revolución de los Claveles. El himno se había elegido como señal para que diera comienzo un movimiento militar, revolucionario y pacífico que iba a acabar con los cuarenta y ocho años de la dictadura fascista de Salazar. No era un golpe militar. Era otra cosa. Una fiesta. El pueblo portugués, entusiasmado, se echó a la calle para celebrar con los soldados la libertad recién estrenada. Colocaban claveles rojos en las bocas de los fusiles de los soldados, tiraban claveles rojos al paso de los carros de combate, los soldados recogían, se repartían y devolvían claveles rojos al pueblo. Los claveles rojos habían surgido como por arte de magia y llenaban de color rojo el país vecino.

Las imágenes de la Revolución de los Claveles no se emitieron en España. Aquí, el gobierno franquista de Arias Navarro tenía miedo de que el entusiasmo se contagiase. Un ministro hizo un comentario que sirve para definir la situación política del momento: «Esto se hubiera resuelto con una compañía de la Guardia Civil.»¹ La censura de las calles rojas de Portugal no



NACIMIENTO ENTRE ALGODONES

impidió que la noticia trascendiese. La información que llegaba desde el país vecino era un río desbordado que regó las calles de un optimismo intenso: de repente, los portugueses nos regalaban el sueño de la libertad. «El pueblo unido jamás será vencido», gritaban en la calle los que anhelaban repetir en España lo mismo que había ocurrido en Portugal. En Madrid se acabaron todas las reservas de claveles rojos.

Uno de estos ramos lo compró inocentemente una pareja de amigas de Carmen Martínez-Bordiú, antiguas compañeras de cuando la nietísima trabajaba en Iberia. La policía del Régimen había recibido orden de parar a cualquiera que circulara con esa flor que iniciaba sus andanzas en el terreno de la dudosa reputación. Las amigas llevaban el ramo como regalo para su compañera, que acababa de dar a luz a su segundo hijo en el Hospital San Francisco de Asís. Según cuenta Paloma Barrientos en *A mi manera*, una pareja de grises, poli bueno poli malo, les gritó cuando llegaban a pocos metros de la puerta.

—¡Alto ahí! ¿Dónde creen que van? ¡Documentación!

—Pues —dijeron las amigas—... vamos al hospital a ver a una amiga que acaba de dar a luz.

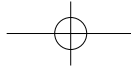
—¡Menos cuentos! ¿No saben que hoy no se pueden llevar claveles por la calle?

El poli malo agarró el ramo con furia y lo tiró a un contenedor de basuras que había allí mismo.

—¡¡Oiga!! —replicaron las amigas—. ¡Que nuestra amiga es la nieta del Generalísimo!

Los dos policías se quedaron blancos. Una metedura de pata como ésa les podía costar el puesto. La férrea mano del Régimen también les apretaba a ellos. El poli bueno se deshizo en disculpas.

—Señoritas, por favor, no lo cuenten por ahí... Nosotros sólo cumplimos órdenes... Nos pueden empapelar por esto...²



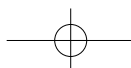
LUIS ALFONSO DE BORBÓN

Las señoritas no lo contaron, y Luis Alfonso se quedó sin claveles rojos el día de su nacimiento. Eligió venir al mundo en una España en que incluso ciertas flores eran sospechosas de subversión. El azar buscó el instante propicio para el alumbramiento. Lo encontró, exactamente, setecientos sesenta años después de que hubiera nacido san Luis, rey de Francia y patrón de los Borbones. No era primogénito. Un año y medio antes había nacido, en ese mismo hospital, su hermano Fran.

Su padre, don Alfonso de Borbón y Dampierre, estuvo presente en el parto. Se alegró al saber que era niño, un varón de cuatro kilos de peso, sonrosado y despierto como su madre, robusto y tranquilito como su padre. Empezaba una vida que debería haber sido de cuento de hadas para el segundo hijo de la feliz pareja, una de las más admiradas y queridas de aquella época.

Con el mismo faldón de cristianar que había llevado su padre, le bautizaron un mes más tarde, el 30 de mayo, en la capilla del Palacio de El Pardo. El capellán de la Casa Civil de Franco, José María Bulart, bendijo sus seis nombres: Luis Alfonso Gonzalo Víctor Manuel Marco de Borbón y Martínez-Bordiú. Su madrina fue la bisabuela Carmen Polo de Franco. Su padrino, el infante don Jaime, duque de Anjou y de Segovia, que estuvo representado por el tío Gonzalo. El abuelo Jaime estaba enfadado con su hijo Alfonso y se negó a viajar a España para conocer a su nieto. Poco después del bautizo, moriría en extrañas circunstancias. Esta vez, Luis Alfonso no fue consciente de la tragedia, la primera de una infancia que estaba llamada a convertirse en una larga, lenta, angustiosa pesadilla.

* * *



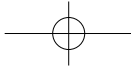
NACIMIENTO ENTRE ALGODONES

«Estas cosas, en la Corona, se tapan»,³ dijo Cristina de Borbón y Battenberg cuando se enteró de las circunstancias que rodearon la muerte de su hermano Jaime. Una muerte tan desventurada como su propia existencia.

Fue en Suiza, en 1975. En la versión oficial, Jaime se había dado un tremendo golpe en la cabeza en una caída. Había otra versión. El abuelo Jaime estaba con su segunda esposa, Carlota Tiedemann, en su casa de Lausana o de Reuil-Malmaison. Tuvieron una disputa. Dicen que, como siempre, fue provocada porque a Carlota nunca la invitaban a los encuentros familiares; ni a la boda de Alfonso y Carmen, ni al bautizo de Fran, ni al de Luis Alfonso. Se gritaron, se insultaron, llegaron a las manos. Entonces, Jaime salió de la casa. Llevaba una herida en la cabeza. Fue dando tumbos hasta que cayó al suelo, desmayado, tirado en medio de la calle. Se contó en voz baja que la herida se produjo accidentalmente durante el forcejeo. Siempre se especuló con que la propia Carlota, durante la bronca, le hubiese abierto la cabeza de un botellazo. José María Zavala en su impecable biografía sobre Jaime, está en condiciones de asegurarlo.⁴

La herida sangraba abundantemente. La pareja se asustó. Llamaron a un médico. El diagnóstico no parecía grave, no había fractura ni hemorragia cerebral, así que recomendó reposo absoluto durante varios días. Sin embargo, Carlota, ni corta ni perezosa, metió a Jaime en un taxi y le llevó a cientos de kilómetros de allí, al hospital de Saint-Gall, donde había reservado una habitación para someterse a una cura desintoxicación y rehabilitarse de su excesiva afición al alcohol, como hacía periódicamente.

La distancia, el estado de las carreteras y el viaje le provocaron un derrame cerebral. Fue irreversible. Se le trasladó de urgencias al hospital cantonal, donde le operaron para extraerle un coágulo del cerebro. El primo Juan Carlos puso un avión



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

del ejército a disposición de Alfonso, que se presentó inmediatamente en Suiza con Carmen. Gonzalo ya estaba allí. Cuando Alfonso se sentó a los pies de la cama de su padre, vio cómo se incorporaba levemente, trataba de decir algo y caía en coma. Se ha contado que, por si volvía a abrir los ojos, Alfonso hizo un letrado para hacerle saber que estaban a su lado.⁵ También se ha contado que, a pesar de las rencillas familiares, Juan también acudió a Suiza y se echó a llorar delante de su hermano.

Los médicos comunicaron a la familia que no había posibilidad de recuperación. Pero Alfonso confiaba en la Providencia y se negó a que le desconectaran los aparatos que le mantenían con vida. El abuelo Jaime agonizó tres semanas más, hasta que el 20 de marzo, a las cuatro de la mañana, tuvo su fin una existencia marcada por la tragedia.

La única herencia que le había dejado a su hijo Alfonso.

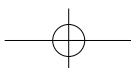
El hombre que nunca tuvo suerte

¿Qué más os pude ofender
para castigarme más?

CALDERÓN DE LA BARCA, *La vida es sueño*

Alfonso de Borbón Dampierre nació en Roma el 20 de abril de 1936, fruto de un matrimonio concertado entre el hijo sordomudo de Alfonso XIII que fue príncipe de Asturias durante diez días, y la hija de una princesa italiana y un militar francés que ostentaba el título de duque de San Lorenzo.

Pero su biografía empieza tres años antes, el 21 de junio de 1933, en una habitación del hotel Savoy de Fontainebleau.

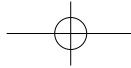


NACIMIENTO ENTRE ALGODONES

Del mobiliario de la habitación, la cama ha desaparecido. En su lugar hay una mesa de escritorio. De una de las paredes cuelgan dos mapas antiguos: uno del mar de China y otro de una provincia ¿balcánica?, ¿centroeuropea?, ¿turca?, llamada Galicia.

Hay una toalla sucia sobre una silla. Varios periódicos atrasados en francés y en español forman por el suelo una extraña hemeroteca o una irregular alfombra sin orden ni concierto. Una flor olvidada, seca, desmayada, acumula polvo desde hace semanas, quizá meses, sobre la mesa. A su lado, en posición de descansan, un banderín rojigualdo añade el toque de nostalgia, de exilio, de melancolía. Un plato de porcelana blanca se ha rendido, renuncia a la lucha estéril contra la ceniza de tabaco que se desborda. Detrás de la mesa, colgada, una estampa en blanco y negro de la Virgen del Perpetuo Socorro, patrona de la Medicina, según reza un pie en caracteres góticos. Es un despacho accidental, caótico, impreciso.

El día anterior, Alfonso XIII ha comunicado a su hijo Jaime que algunos importantes jefes monárquicos han llegado a Fontainebleau para hacerle una consulta. El infante sordomudo, marginado, ingenuo, se alegra al pensar que los monárquicos cuentan con él. Su hermano mayor, el príncipe de Asturias, ha renunciado a sus derechos para casarse por amor con Edelmira Sampedro, una bella cubana sin tratamiento de alteza que conoció en Lausana. Y ahora, diez días después, han venido a verle a él, flamante príncipe de Asturias. Sin sospechar que lo que quieren es su cabeza, acude a su cita a ciegas con el destino. Y en aquel despacho improvisado, los monárquicos le presionan, le aturden, le confunden. Quieren que renuncie, él también, a sus derechos al trono de España. Repiten una y otra vez que, tal como están las cosas, él no puede hacerse cargo de la situación. El príncipe de Asturias en el exilio debería ser capaz de mantener conversaciones telefónicas. Su estado, su minusvalía, sus limitaciones, son inconvenien-



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

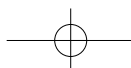
tes que la monarquía no se puede permitir. Jaime, desmoronado, pregunta si el rey lo sabe y cuál es su voluntad: «Su renuncia, por España.»⁶

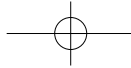
Es un peón defectuoso. Una marioneta inútil. Hay que sacrificarlo. Por España. Por el Rey. Sin testigos. Sin notario. Bajo presión. Alguien se saca entonces una carta de renuncia de la manga. Está escrita a máquina. Escrita con intención. Escrita de antemano. Jaime firma sin mirar.

La renuncia del príncipe sordomudo produce «un suspiro de alivio en las fuerzas monárquicas».⁷ Sin embargo, el alivio transitorio iba a suscitar muchos quebraderos de cabeza, que hoy, todavía, no se han curado del todo.

Cuando, tres años después, Alfonso de Borbón y Dampierre vio la luz, su abuelo el rey quiso dejar zanjado el tema de la sucesión. Quizá demasiado tarde, sabía que las cosas podían complicarse en el futuro. Y dio un giro más de tuerca a su estrategia. Su nieto primogénito se inscribiría en el registro con el apellido compuesto «Borbón Segovia».⁸ Inmediatamente, escribió al *Gotha*, la prestigiosa publicación nobiliaria, comunicándoles que su nieto «deberá ser inscrito, sin título de infante, como Alfonso Jaime de Borbón Segovia, de conformidad con la renuncia de su padre».⁹ El *Gotha* inscribió al niño, en 1937, de acuerdo con lo que se le pedía. «No exagero un ápice —dejó escrito Alfonso en sus memorias—. Se habían ocupado incluso de que no supiera ni mi propio nombre. Mi acta de nacimiento fue redactada con un nombre falso: Alfonso de Borbón Segovia. Segovia es el título que Alfonso XIII dio a mi padre con motivo de su matrimonio, en 1935. Borbón Segovia era como Borbón Sevilla, Borbón Dos Sicilias o Borbón Parma, o sea ramas menores, mientras que mi hermano y yo éramos los mayores de la familia. Me vería obligado, años más tarde, en 1979, a hacer rectificar mi partida de nacimiento.»

Su abuelo, el rey Alfonso XIII, le había desheredado de





NACIMIENTO ENTRE ALGODONES

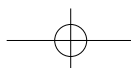
todos sus derechos antes, incluso, de que naciera. Toda su trágica vida estuvo marcada por una pregunta: un rey, el rey, su abuelo, ¿tenía poder para hacer eso? Y todas las respuestas que encontraba le contestaban con la misma respuesta. Sus derechos eran irrenunciables. Por sangre. Por primogenitura. Por nacimiento. Por justicia.

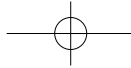
Las relaciones de la familia Borbón giraron desde entonces entre estos dos polos. Jaime, aduciendo que «mi renuncia fue nula en derecho»¹⁰, cambiando de opinión una y otra vez sobre sus derechos al trono. Su hermano Juan, apelando a la voluntad de Alfonso XIII, a la carta firmada de renuncia y a la pragmática sanción que condenaba el matrimonio morgánico con Emanuela de Dampierre.

«Yo no elegí nacer en esta familia ni en este siglo», dijo una vez Alfonso de sí mismo.

* * *

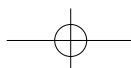
Lo demás se ha contado muchas veces. El fracaso del matrimonio concertado del príncipe sordomudo y la aristócrata italiana, los días infantiles del exilio en Lausana cuando Gangan, la reina Vitoria Eugenia, le dijo: «Hijo mío, tengo miedo de que la vida no te traiga mucha suerte»¹¹, la peregrinación europea de internado en internado, la sensación de abandono, el deporte como refugio contra la melancolía, el doloroso olvido de unos padres que no contaban con sus hijos para rehacer sus vidas, «incluso durante los veranos, casi siempre, nos dejaban solos»¹², la boda de Emanuela con Tonino Sozzani, los tres años sin noticias de su padre, las visitas que brillaban por su ausencia, las cartas devueltas, la boda con Carlota Tiedemann, cabaretera, cantante de ópera y modelo de publicidad, la renuncia de la patria potestad, «No quiero saber nada de mi padre»¹³, la amargura que nunca desaparecía de su existencia de colegial, «Gan-





LUIS ALFONSO DE BORBÓN

gan me prodigaba una ternura que yo correspondía»¹⁴, el visto bueno del conde de Barcelona para estudiar Derecho en España, el desembarco en Barajas sin pompa ni boato «en el más sentido incógnito»¹⁵, la Universidad de Deusto, «el peligro representado por un heredero natural a la Corona de España»¹⁶, los desprecios del tío Juan que siempre se sintió amenazado y los llamaba «los Segovia», la gravedad y su obsesión por el protocolo, «no nos daban el tratamiento que nos correspondía»¹⁷, la historia mil veces contada de su hermano Gonzalo preguntando por él en broma en las reuniones, ¿Dónde se ha metido Felipe II?, la utopía francesa de los legitimistas, el servicio militar en aviación, los cursos en Ciencias Políticas y Económicas, el descubrimiento de que ser nieto de Alfonso XIII no abría ninguna puerta, la escasez de nuevo, «soy el hijo de un sordomudo que sólo ha dejado deudas»¹⁸, los seis meses en el Banco Español de Crédito, la dignidad de la realeza como una segunda piel, la audiencia en El Pardo para que el General le echara una mano, la carrera lenta pero ascendente en el Banco Exterior, las últimas palabras de Gangan, la reina Victoria Eugenia, «Alfonso, *darling, I love you so much*»¹⁹, el tira y afloja entre Franco y don Juan, la Ley de Sucesión, hecha la ley hecha la trampa, el juncarlismo contra el alfonsismo, el juramento de lealtad a las Leyes Fundamentales y las instituciones del Movimiento del sucesor designado, el apoyo incondicional a su primo Juan Carlos, la sencillez y el encanto de Carmencita, la manzana envenenada de la embajada, «me encontraba bastante solo en Suecia»²⁰, el viaje sorpresa del marqués de Villaverde, Carmencita bajando de un avión en Estocolmo, «me deslumbró con su belleza, su simpatía, la alegría y gañas de vivir que manifestaba alborotadamente»²¹, los cinco meses de noviazgo, la amenaza de Alfonso estaba siempre presente, la camarilla de El Pardo, la presunta dinastía de los Borbón Franco, todo el mundo estaba loco, los rumores, las maledicencias, las calumnias, el anuncio de



NACIMIENTO ENTRE ALGODONES

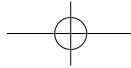
compromiso que dejó a los monárquicos despavoridos, es evidente que Juan y Juan Carlos estaban nerviosos, «pero yo me enamoré totalmente y en los primeros tiempos fui feliz».²²

Se ha destacado «su nula ambición económica, pese a la estrechez de su presupuesto».²³ Y que «vivía de sus sueldos —no altos— y dietas de consejo, pero no se le conocía participación en operaciones financieras o especulativas».²⁴ Esta falta de ambición casa mal con su pretendida imagen de conspirador. Se le acusa de ambigüedad. No lo fue. Convencido como estaba de que él era «un heredero natural de la Corona»²⁵, no existe un solo documento, ni una sola declaración, en que reclamara para sí el trono, o cuestionara la figura de Juan Carlos como sucesor de Franco «a título de Rey».

* * *

María del Carmen Esperanza Alejandra de la Santísima Trinidad y Todos los Santos Martínez-Bordiú Franco nació el 26 de febrero de 1951 en un entorno privilegiado: una sala dispuesta para el alumbramiento en el mismísimo palacio de El Pardo, en Madrid. Desde allí, su abuelo materno ejercía con mano de hierro como Caudillo de todos los españoles. Hija de Cristóbal y Carmen, marqueses de Villaverde, es la mayor de siete hermanos. Y fue conocida como la «nietísima» porque, desde que nació, se convirtió en el ojito derecho de su abuelo, el General.

Su historia es de sobra conocida. Su infancia acomodada trascurrió entre algodones y juguetes, malcriada por la vida en palacio, educada después por miss Beryl Hibbs, una institutriz inglesa tan severa que los niños la llamaban *la Nanísima*. Se hizo mujer bajo los focos del No-Do y le cogió gustillo; jornadas de pesca junto al abuelo, fines de semana de yate y esquí acuático, noches de sala de fiestas y guateques con las amigas. Amó apasionadamente durante cuatro años a un tal



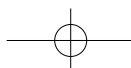
LUIS ALFONSO DE BORBÓN

Jaime Rivera, jinete sin pedigrí, con fama de ligón y asiduo al Club de Campo. Puesta de largo en Valdefuentes. Planes de boda. Trabajo en Iberia. Ruptura por un asunto de cuernos. Rebeldía. Se fugó por despecho con un hombre casado. Conoció América en un castigo paterno que pretendía que se olvidara de los hombres. Bajó las escaleras de un avión en Estocolmo. Conoció a Alfonso. Dicen que él tardó cuatro días en enamorarla. Dicen que fue un flechazo. Dicen que todo fue muy rápido, que le pidió la mano, que ella se dejó querer, que se hizo la interesante, que contestó en quince días, que estaba enamoradísima. Dicen que su padre hizo de casamentero, que la familia se alegró de casar al nieto de Alfonso XIII con la nieta del Caudillo. Recibió de regalo de pedida un brazalete de la reina Victoria Eugenia. Posó para Dalí. Se mantuvo al margen de la política. Dijo «Sí, quiero; sí, me otorgo; sí, recibo.» Dijo «Soy la mujer más feliz del mundo.» Se dejó hacer reverencias. Se dejó nombrar en tercera persona. Se dejó llamar alteza. Y, en Suecia, se enteró de que estaba embarazada de su primer hijo.

Su Alteza Real Francisco de Borbón

Fran, el hermano mayor de Luis Alfonso, fue concebido poco después de la boda de sus padres, durante el largo viaje de novios. La noticia la conocieron en las gélidas tierras de Suecia. En junio de 1972, la prensa se hacía eco del feliz acontecimiento y titulaba: «La cigüeña vuela hacia Estocolmo.»

Cuentan que, en esos momentos de incertidumbre conceptiva, Carmen fue a consultar al ginecólogo, una visita corta, escoltada por el chofer de la embajada. El duque se quedó trabajando. En España todavía no se estilaba lo de que el marido asistiese a esa clase de consultas con su esposa. En Suecia,

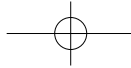


NACIMIENTO ENTRE ALGODONES

ya era habitual. Por eso el médico, sueco, se dirigió al acompañante para darle la enhorabuena por su futura paternidad. Carmen llegó a casa muerta de risa, le dio la buena nueva a su marido y le contó la confusión del ginecólogo con el chofer. Al duque, herido en lo más profundo de su sentido del protocolo, no le gustó que le confundieran con el mecánico.²⁶ Pero la noticia del embarazo de su primer hijo le reconcilió con la felicidad. Era otro hombre. Otro marido. Iba a ser padre. Y ahora se deshacía en atenciones a la futura madre. La pareja se reencontró con la ternura. Él se desvivía por sus antojos. Y ella se dejaba querer. Eran buenos tiempos.

En El Pardo, las Cármenes se emocionaron tanto con la noticia, que decidieron que Suecia no era el lugar más adecuado para el nacimiento de un nuevo príncipe. Poco antes de nacer, la pareja anunció que el bebé se llamaría Alfonso, como su padre, si era niño, o Victoria, como sus dos bisabuelas paternas, la reina y la Rúsoli, si era niña. El duque comentaba que «me gustaría que el hijo que esperamos tuviera la inteligencia del general Franco, la belleza y sencillez de mi mujer y la exquisitez de mi suegra».²⁷ La Señora, exquisita como siempre, agradeció el cumplido y empezó a presionar a los futuros padres para que su primer bisnieto naciera en El Pardo. Al fin y al cabo, todos sus nietos habían nacido allí.

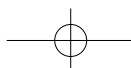
No parecía mala idea. Carmen se aburría en Estocolmo. Dicen que, presa de su tedio y de su manía por el orden, empezó a apuntar en un papelito todos los fallos que veía en la embajada.²⁸ Además, Carmen se labró en Estocolmo cierta fama de cicatera. Cuentan que, acostumbrada a la austeridad de El Pardo, el menú del servicio era tan paupérrimo que durante una cena de gala en la embajada, los invitados vieron a un camarero metiendo mano en una de las bandejas.²⁹ Es de suponer que la responsable de todos estos inconvenientes no consiguiera granjearse la simpatía de los funcionarios de la embajada.

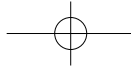


LUIS ALFONSO DE BORBÓN

El problema era que no podían volver a España. Su casa no estaba preparada todavía. La Señora les había regalado un piso en la calle San Francisco de Sales, pero las obras se estaban retrasando más de lo apetecible porque el contratista, decía, estaba pasando un mal momento. Pero eso no era problema para las Cármenes, que ya habían dispuesto para la feliz pareja el mismísimo dormitorio que había acogido a Isabelita Perón cuando su visita a Madrid, la que llamaban habitación «de los Monos», por el motivo de los tapices del siglo XVI que cubrían las paredes de piedra, y que también había sido la suite de los marqueses de Villaverde cuando vivían en El Pardo. El dormitorio principal comunicaba con un cuarto de baño y con otra habitación que serviría para instalar al niño y a su nani. También contaba con un saloncito con piano. Era perfecto para alojarles provisionalmente. Los duques tomaron buena nota de la sugerencia. Y aterrizaron en Madrid a principios de noviembre.

Fran, a los siete meses de embarazo, decidió que ya estaba preparado para conocer el mundo. Quizá sabía que su estancia iba a ser corta, y quiso apurar la vida desde su primera bocanada. Madrugó también en su alumbramiento. Vino a nacer poco antes de las siete de la mañana de aquel 22 de noviembre de 1972. Lo hizo tras un parto sin problemas en el Hospital San Francisco de Asís. Fue varón, moreno, de ojos oscuros, igualito que su padre, tres kilos seiscientos cincuenta gramos. En una época en que el padre esperaba fumando fuera, Alfonso estuvo presente en el parto, sin soltar la mano de la parturienta. Cuentan que se le saltaron las lágrimas de emoción al abrazar a su pequeño. Su primogénito. Un varón que perpetuaría con orgullo el apellido de los Borbones. «Era un niño robusto —recordaba el duque— que no se hizo rogar para tomar asiento en el «banquete de la vida»; apenas el tocólogo lo dejó sobre la mesa donde la enfer-





NACIMIENTO ENTRE ALGODONES

mera debía lavarle y ponerle los pañales, trató de escapar reptando como una ranita, hasta el punto de que poco faltó para que no cayera al suelo.»³⁰

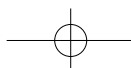
Ese mismo día, un Decreto de la Jefatura del Estado convertía, oficialmente, y a petición de Juan Carlos, a Alfonso de Borbón en duque de Cádiz, y a su esposa y a toda su descendencia, en Altezas Reales.

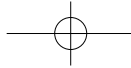
* * *

La guerra por tan soberano tratamiento venía de lejos. Había empezado cuando la familia Franco emitió el comunicado oficial que anunciaba el futuro enlace de Carmen. En él, se otorgaba a Alfonso el tratamiento de Príncipe y el rango de Alteza Real, dignidad que también se otorgaba a Emanuela de Dampierre.

Frente a la polémica desatada, Alfonso siempre observó que tanto él como su hermano Gonzalo disfrutaban en su pasaporte de solteros del título de Alteza Real desde que llegaron a España. En el decreto por el que se le nombraba embajador en Suecia también se consignaba su título de Alteza Real. Franco unas veces le daba el tratamiento de Alteza o de Infante, igual que a su primo Juan Carlos. Para Alfonso era muy importante que se le reconociera el tratamiento de Príncipe. Estaba convencido de que le asistían todos los derechos dinásticos para considerarse como tal.

Hay una anécdota repetida hasta la saciedad, que ilustra bien las tensiones del momento. En una fiesta, el marqués de Villaverde pidió: «Un whisky para el príncipe.» Don Juan Carlos, que estaba a su lado, creyendo que se refería a él, corrigió: «No, gracias, ya he pedido una limonada.» A lo que Villaverde, mientras señalaba a su yerno Alfonso, replicó: «He dicho para el príncipe.»



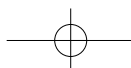


LUIS ALFONSO DE BORBÓN

Tras la boda con Carmen, de nuevo en la embajada de Suecia, Alfonso empezó a utilizar abiertamente el título de príncipe. En calidad de embajador de España repartía tarjetas en las que se podía leer «Príncipe Alfonso Jaime de Borbón». En la línea inferior de la tarjeta, un no menos insólito «Princesa María del Carmen de Borbón». En las participaciones oficiales de la embajada, Carmen era citada como «Su Alteza Real la Princesa de Borbón».³¹ Muchos pensaron que el tratamiento se les estaba subiendo a la cabeza.

ABC publicó entonces una nota en la que se quejaba de que las cartas enviadas al embajador de España en Suecia eran devueltas sin abrir en caso de que las siglas reales no apareciesen antepuestas a su nombre. Decía el diario monárquico que el tratamiento de Alteza que figuraba en su pasaporte se le daba por cortesía, pero no tenía validez legal.

Su tío Juan, que veía conspiraciones por todas partes, nunca reconoció ese título. Decidió entrar de lleno en la «guerra del principado» cuando le invitó a la boda de su hija, la infanta Margarita, dirigiéndose a él como «Excelentísimo Señor», el tratamiento que le correspondía como embajador. Alfonso, encolerizado, respondió a su tío en términos muy duros: «De nada valen subterfugios, ni maniobras privadas, ni argucias periodísticas —decía en su carta—. El título y el tratamiento que me son debidos los ostento por derecho de sangre y de nacimiento y no me pueden ser arrebatados por persona alguna. Están por encima de tu voluntad y la mía. [...] Han llegado a mí por mandato imprescriptible de la sangre y debo guardarlos como diligente depositario para transmitirlos a mis hijos. [...] Los títulos y tratamientos que me corresponden a través de una misma sangre, que es la tuya, tú eres el menos llamado a negarlos. Esto es aún más inexplicable tratándose de los hijos de tu hermano mayor, al que debes no sólo tu posición sino una herencia por lo demás importante.»³²



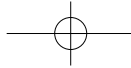
NACIMIENTO ENTRE ALGODONES

La gota que colmó el vaso se vertió cuando, en junio de 1972, López Rodó, uno de los ministros más juancarlistas, se alojó unos días en la embajada sueca. El último día, Alfonso le aseguró que únicamente tenía dos lealtades, a Franco y a Juan Carlos, pero a su primo sólo mientras respetase los Principios Fundamentales del Movimiento que había jurado. López Rodó, sorprendido, se lo comentó a Juan Carlos a su llegada, junto con el rumor que circulaba de que Alfonso había pedido a la familia de su mujer que se le reconociera el título de príncipe de Borbón.

Dicen que Carrero Blanco, el principal aliado del juancarlistismo en el entorno de El Pardo, ya se había enterado de la petición y que intentó ganar tiempo diciéndole al General que el trámite de la concesión de ese título sólo se podría llevar a cabo previa petición de Juan Carlos. Franco, que no veía el problema por ninguna parte, le dijo: «Muy bien, haz que redacten un borrador de la solicitud para que mi sucesor lo firme inmediatamente.»

Carrero Blanco fue a ver a Juan Carlos. Le dijo que Franco le había enviado para que le dijera a su padre que «el Caudillo quiere que se le conceda a Alfonso un título de la Casa Real con el tratamiento de Alteza». Juan Carlos se sintió amenazado. En España sólo hay un Príncipe, que es el título que se reserva tradicionalmente al heredero de la Corona. Aquello era una prueba de fuego. Si había dos príncipes oficialmente reconocidos, era como si hubiera dos sucesores. El príncipe de España estaba obligado a mover ficha. Pero no se podía enfrentar a Franco. Juan Carlos habló con su padre. Y fue don Juan quien eligió el título de duque de Cádiz, que era el que había ostentado Francisco de Asís, el marido de Isabel II.

Las fuentes no se ponen de acuerdo en el momento ni en el lugar en que Juan Carlos neutralizó a su primo. Aprovechando el funeral por Primo de Rivera, el 20 de noviembre,



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

Juan Carlos forzó una entrevista con Franco.³³ En el transcurso de aquella conversación, argumentó que aquello de «Príncipe de Borbón» sonaba «demasiado francés», que la coincidencia de títulos podría confundir a la opinión pública, y que podrían acusarle de favorecer a su familia. Proponía, como compensación, que se le concediera el tratamiento de Alteza Real y el título de duque de Cádiz.³⁴ Franco finalmente aceptó a regañadientes, y, más tarde, dejó patente su disgusto ante el ministro de Justicia: «Don Alfonso tenía el título de príncipe y ahora, porque se casa con mi nieta, se lo quieren quitar.»

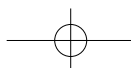
Mucho tiempo después, Juan Carlos reconocería que aquel momento fue uno de los más duros de su vida, y que le hizo «sudar por dentro».³⁵

Dos días más tarde, el 22 de noviembre, nació Fran y se promulgaba el decreto que elevaba a la mujer de Alfonso, y a todos los hijos que le nacieran, al rango de Altezas Reales. Es evidente que, en aquella España de Franco, nadie debió considerar la posibilidad de un divorcio que arrebatara a Carmen el derecho al título y al tratamiento, al dejar de ser consorte del beneficiario del Decreto.

Poco después, el abuelo Jaime, duque de Anjou, haciendo uso de su nunca suficientemente aclarada condición de jefe de la Casa de Borbón, concedía a su primer nieto el título de duque de Bretaña.

* * *

El bautizo de Fran fue impresionante. Se celebró en la capilla de El Pardo, la misma en que se cristianó a su madre. En una grandiosa ceremonia digna del príncipe que no pudo ser, le pusieron por nombre Francisco, como su bisabuelo el General; de Asís, como el primer duque de Cádiz; Alfonso, como su bisabuelo el Rey; Jaime, como su abuelo el Infante; Cristó-



NACIMIENTO ENTRE ALGODONES

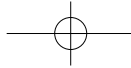
bal, como su abuelo el Marqués, de la Santísima Trinidad y de Todos los Santos.

Sus padrinos fueron sus dos bisabuelos. Por parte de la madre, Franco. Por parte del padre, Victoria Rúspoli, su abuela materna. La avanzada edad de los padrinos obligó a pasar de puntillas por encima del protocolo. Saltándose lo que dicta la tradición, fue Carmen quien sostuvo al niño en brazos mientras recibía las aguas bautismales.

Existe una fotografía del feliz acontecimiento que no deja lugar a dudas respecto a la relación de Franco con su primer bisnieto, el hijo de Carmencita, su primera nieta, su favorita, la hija mayor de la única hija del General. La cara del bisabuelo es un poema. En la foto, Carmen sostiene en brazos a su niño. El Caudillo, que rige con mano férrea los destinos de la España Una, Grande y Libre, se come con los ojos a su primer bisnieto mientras se le cae la baba. Casi literalmente. Una foto que hizo que los inquilinos de La Zarzuela sintiesen la espada de Damocles sobre sus cabezas.

* * *

La primera infancia de Fran transcurrió en una habitación al lado de la de sus padres. Era lo suficientemente espaciosa y confortable como para acoger también a *la Señó*, que se convertiría en una institución familiar. La marquesa de Villaverde conocía a Manuela Sánchez Prat, *la Señó*, de los veranos en el Pazo de Meirás. Entonces cuidaba nada menos que a siete niños, los siete hijos del gobernador civil de La Coruña. Tras estudiar sus informes sobresalientes, Carmen Franco, a la que todos llamaban *Nenuca*, le preguntó si quería encargarse del bebé. En un primer momento, *la Señó* no lo tenía claro. Nunca había cuidado a un recién nacido. Y se le ponía la carne de gallina sólo de pensar en el invierno glacial de Suecia,



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

tan lejos de la Córdoba que la vio nacer. Tras una negociación que se zanjó con la promesa del regreso inmediato a España, un día libre a la semana y la oferta de doblarle las ocho mil pesetas de sueldo mientras permanecieran en Estocolmo, aceptó el nuevo empleo. Así, un año antes de que naciera, *la Señó* llegaba a la vida de Luis Alfonso.

Cuando Fran se negó a agarrarse al pecho de su madre, fue *la Señó* quien asumió los biberones más famosos de la época. Ya es de dominio público una anécdota que, con diferentes Cármenes, Franco o Martínez-Bordiú, y en diferentes escenarios, una estación de esquí, un concurso de equitación, una famosa joyería, cuenta que Carmen entró muy nerviosa y pidió el teléfono.

—¡Rápido —apremió cualquiera de las dos Cármenes, con la cara desencajada—, necesito llamar a El Pardo! ¡¡Es urgente!!

—¡Dios mío! ¿Qué le ha pasado al Caudillo? —se preguntaban los allí presentes, alarmados por la salud del General.

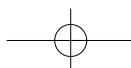
—*Seño*, ¿le han dado el biberón al Señor?

El Señor era, por supuesto, Fran, ese bebé sonrosado y mofletudo que se estaba convirtiendo en el último símbolo de los delirios de grandeza de una familia que lo había sido todo y empezaba a quedarse a las puertas de la nada.

* * *

En Suecia, Fran se convirtió en el juguete preferido de la embajada. El niño pasaba más tiempo con *la Señó* que con sus padres. Era normal. Al servicio se le pagaba —los que se lo podían permitir— para que se hiciera cargo de las noches en vela, del aseo y de la alimentación de los niños.

Tal como habían prometido, la estancia en Estocolmo de Fran y *la Señó* duró poco. Animado por su suegro, Alfonso fue

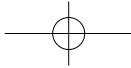


NACIMIENTO ENTRE ALGODONES

a ver a Franco y le dijo que preferiría dejar la embajada. El clima y las inclinaciones inmorales de los suecos eran inadecuados para una chica como Carmencita, decía. Su intención era quedarse en Madrid. En la capital podría ocupar una secretaría general del Movimiento y tender un puente entre la juventud española y Juan Carlos. La verdad es que el destino de embajador en Suecia parecía más un exilio dorado que un premio por sus servicios a la Corona. Carmen no aguantaba más. Escribía largas cartas a su abuela en las que se quejaba del frío. Regresaron a España a finales de marzo de 1973, y volvieron a instalarse en El Pardo.

Como Alfonso no tenía trabajo, se pasaban todo el día juntos. Y en El Pardo seguían pasando frío, estaban incómodos y comían mal. El almuerzo y la cena los hacían con el General y la Señora. Alfonso estaba encantado, pero se quejaba permanentemente de la pésima calidad de la comida. El día de Navidad, mientras uno de los nietos intentaba cortar un trozo de pavo, hizo un comentario sobre su edad: «*Abu*, este bicho debió hacer la guerra contigo», o algo parecido. A lo que el abuelo contestó: «No te equivocas.» En más de una bronca, algunos años después, Alfonso, enfurecido, gritaba a su mujer: «¡No tienes ni idea de cómo se alimenta a una familia! ¡¡En El Pardo nunca habéis comido caliente!!»³⁶

Comidas aparte, la noticia de la instalación de los Borbón Martínez-Bordiú en El Pardo sentó fatal en el entorno de La Zarzuela. Las relaciones de Franco con Alfonso de Borbón se estrechaban. Franco cazaba con Alfonso. Franco le llevaba a visitar su finca de Valdefuentes. Franco se fotografía con su bisnieto. Las revistas de la época publicaron que «la primera palabra que ha aprendido a decir S.A.R. Francisco de Borbón es *Abu*». Y, mientras la popularidad de los duques de Cádiz subía como la espuma, los príncipes de España no sabían a qué atenerse. Juan Carlos llegó a comentar a sus más allega-



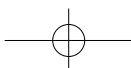
LUIS ALFONSO DE BORBÓN

dos que no sabía qué hacer. Se ha contado que en esa época estaba desesperado y aburrido: «No sé si poner una granja en La Zarzuela para distraerme —decía—. Quiero saber si voy a ser carpintero en lugar de rey, porque lo que puede conmigo es esta incertidumbre.»

Las presiones para que Franco cambiara de sucesor eran constantes. Es cierto que el General nunca dejó ver que dudara lo más mínimo de su decisión. Pero una cosa eran sus deseos, y otra muy distinta los del *búnker* de El Pardo. En esa época se habló de que la familia Franco, aprovechando que el General andaba ya mermado de facultades, intentaba forzar un cambio. Se habló de intrigas palaciegas, de las presiones del marqués de Villaverde, de las maniobras de las Cármenes, de los movimientos orquestados por los falangistas para desplazar a Juan Carlos del trono, de la posibilidad de un golpe de timón a última hora para coronar a una Franco como reina de España. Después de la proclamación de Juan Carlos como sucesor «a título de Rey», podía parecer que estas maniobras llegaban demasiado tarde. Pero la ley de Sucesión reservaba al General la posibilidad de designar a otro heredero. Quedaba poco tiempo, pero no era imposible. El General vivía su último otoño. Estaba tan enfermo que pasaba inconsciente la mayor parte del tiempo.

Juan Carlos estaba preocupado por su suerte. «¿Qué debo hacer? —preguntaba el príncipe en otra leyenda apócrifa a uno de sus consejeros—. ¿Qué debo decirle a Franco?» La sugerencia de su consultor fue que, sobre todo, le tratara con afecto, que le fuera a visitar más a menudo a El Pardo, que llevara a sus hijos para que también ellos le llamaran *Abu*: «Dígale que le quiere más que a su padre, porque su padre quiere quitarle el Reino y él, en cambio, se lo quiere dar.» La misma leyenda cuenta que Sofía asintió con la cabeza.

Sea por esto o por cualquier otra razón, el caso es que los

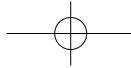


NACIMIENTO ENTRE ALGODONES

príncipes de España pasaron aquel agosto de 1973 con la familia Franco en el Pazo de Meirás. Existen unas imágenes familiares de ese verano. Fran tiene poco menos de un añito. Luis Alfonso está empezando a acomodarse en la matriz de su madre. Por las imágenes circulan los marqueses de Villaverde, los duques de Cádiz y los príncipes de España. Los nietos más pequeños de Franco juegan con los hijos de los príncipes. Los mayores charlan amistosamente. Pasean por los jardines del Pazo de Meirás, navegan en el *Azor*, practican el esquí acuático... Aparentemente, reina la armonía. En la película vemos a Franco cantando el palmas palmitas al mayor de sus bisnietos. Es evidente que siente debilidad por él. Su forma de mirarle, su sonrisa bobalicona, su gesto cariñoso de bisabuelo entregado. A pesar de sus 81 años, tiene fuerzas para entretener al benjamín de la familia. Analizando un poco más estas imágenes, hay un detalle sorprendente en esa secuencia. En segundo plano, detrás de los juegos entre el bisabuelo y el niño, puede verse cómo la princesa Sofía se dirige hacia ellos. Entonces se da cuenta, percibe, intuye la devoción del bisabuelo. La princesa tuerce el gesto, gira la cabeza y cambia el sentido de su marcha, con la cabeza baja. Lo que ha visto no le hace ninguna gracia.

Nadie ha fechado la anécdota. Pero fue por aquella época. Dicen que el príncipe de España llegó a La Zarzuela y se encontró a la princesa Sofía haciendo las maletas. «Vámonos —dijo ella—. Aquí ya no tenemos nada que hacer.»³⁷

Nunca se ha aclarado si verdaderamente Alfonso quiso aprovecharse de su situación para hacerse con el trono de España, si fueron las Cármenes las que vieron el cielo abierto e intentaron convertir a su Carmencita en reina de España, si fueron los *alfonsistas*, alentados por sectores influyentes del Régimen, los que buscaron un recambio para España, o si todas estas circunstancias se dieron sólo por ánimo de perturbar. Lo cierto es que todos los que se han acercado al tema sabían que la Historia de



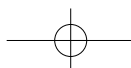
LUIS ALFONSO DE BORBÓN

España estaba en manos del Caudillo. Y, a pesar de haber nombrado sucesor, nadie sabía si había dicho la última palabra.

La vida familiar

Desde que habían vuelto de Estocolmo, Alfonso estaba mano sobre mano, sin oficio ni beneficio ni ocupación definida. Le habían ofrecido la embajada de Atenas. Rechazó el cargo. Grecia era un destino demasiado peligroso. El 21 de abril de 1967, un grupo de oficiales del Ejército griego había llevado a cabo un pronunciamiento que le permitió tomar el poder e instaurar el llamado «Régimen de los Coroneles». En diciembre de ese mismo año, el rey Constantino intentó acabar con la Junta Militar, pero acabó viendo cómo le echaban del trono y le mandaban al exilio italiano. Miles de personas fueron arrestadas y torturadas por su ideología, se suspendió la actividad de los partidos políticos, se eliminó la libertad de expresión... Para hacerse una idea del ambiente que se vivía en la Grecia de los coroneles, baste decir que se prohibieron los escritos de Platón por izquierdistas, las representaciones de Aristófanes por pacifistas y las canciones de Theodorakis por subversivas. No, no parecía el mejor destino para una familia de tres miembros con el cuarto en camino.

La Señora, siempre dispuesta a echar una mano, se ofreció como mediadora con el Caudillo para encontrar un trabajo a Alfonso. El duque estaba desconcertado. Era un hombre singularmente honesto, y nunca intentó sacar provecho de su posición. Pero Franco no le hacía ninguna propuesta de empleo. La inactividad le estaba volviendo loco. A pesar de su firme decisión de no reclamar ningún favor, aceptó a regañadientes una oferta de la Señora, que había encontrado un cargo bien remunerado en la Presidencia del Instituto de Cultura Hispá-



NACIMIENTO ENTRE ALGODONES

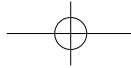
nica. Aunque era un puesto honorífico, él supo dar rienda suelta a su creatividad y llevó adelante una serie de iniciativas que recordaba en sus memorias: convirtió la biblioteca del Instituto en la segunda más importante del mundo en lengua castellana, consiguió que el presupuesto subiera de los paupérrimos noventa millones a los más de quinientos que tenía cuando cesó, y, algo que nunca se le ha reconocido, promovió y bautizó los premios Cervantes.

Los duques de Cádiz seguían en El Pardo. Las obras del piso de San Francisco de Sales no terminaban nunca. Con el sueldo del Instituto, se permitieron alquilar un piso en la calle Generalísimo Franco, al lado de Isabel Preysler y Julio Iglesias, que también esperaban un piso en el mismo edificio de San Francisco de Sales. Además, los marqueses de Villaverde les habían regalado un terreno en Puerta de Hierro, y encargaron al hijo de Serrano Súñer, arquitecto, que les levantara un chalet, que tardaría por lo menos un par de años más en terminar.

Poco antes del nacimiento de Luis Alfonso, los dos matrimonios se instalaron, por fin, en la nueva casa de San Francisco de Sales. Allí, las dos amigas empezaron a darse cuenta de que no habían hecho una buena boda. El duque se entregó de lleno a su nueva responsabilidad, encadenando un viaje oficial con otro. Julio Iglesias también estaba casi siempre de gira por América. Carmen e Isabel, sintiéndose abandonadas, se hicieron íntimas. Y empezaron a enredar.

«No me gusta nada que Carmen salga tanto —comentaba el duque a sus íntimos—. Los niños son muy pequeños y necesitan la presencia de la madre. Isabel y ella se pasan el día fuera de casa y siempre tiene una disculpa a mano: que si las compras, que si la peluquería, que si una merienda... Además, Isabel es una mujer demasiado interesada en las cosas materiales. Le fascina consumir.»³⁸

Esta fue la época en la que el feliz matrimonio tuvo el

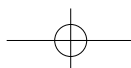


LUIS ALFONSO DE BORBÓN

dudoso honor de ser los primeros que posaron con sus dos hijos en el jardín de la casa familiar en una jugosa exclusiva. Cualquier ingreso extra era bienvenido para llegar a fin de mes sin ayuda de los Franco. La cuestión económica fue un constante motivo de tensiones entre ellos. Alfonso, hombre austero, era consciente de que no podían permitirse ciertos gastos. Carmen, caprichosa, no podía olvidar su pasado entre algodones en el palacio de El Pardo. Había contratado los servicios de un especialista para que la ayudase a supervisar las obras del nuevo piso de San Francisco de Sales. Un sueño de doscientos metros cuadrados con jardín. Ni ella ni el decorador reparaban en gastos. Además, se volvía loca con los trapitos. No podía vivir sin determinados complementos. Y, por supuesto, no iba a renunciar a divertirse con su amiga Isabel. Las facturas se amontonaban. Y, mientras tanto, la casa estaba manga por hombro y los niños, desatendidos.

* * *

Luis Alfonso no había alcanzado los seis meses de edad cuando la tía Olimpia Torlonia, prima hermana de Alfonso, invitó a los duques de Cádiz a un crucero por aguas italianas o filipinas, según las fuentes que se consulten, a bordo del barco del millonario Robert de Balkany y María Gabriela de Saboya. Dejaron a los niños con *la Señora*, y partieron rumbo a un viaje con amigos de la *jet set* en un ambiente lúdico y sofisticado. Allí conocieron a un hombre maduro, ingenioso y varonil, un seductor llamado Jean Marie Rossi. En alguna versión de esta historia de amor, el galán estaba acompañado de su segunda esposa, Bárbara Hottinger. En otras, ya estaba separado, buscando en el Mediterráneo alguna presa femenina que le permitiera recuperar su fama de mujeriego. Los detalles poco importan. Lo que cuenta es que Carmen y Jean Marie se sin-

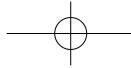


NACIMIENTO ENTRE ALGODONES

tieron atraídos enseguida, y se dejaron llevar por esa pasión animal y desenfrenada mientras Alfonso consagraba su tiempo en el crucero a cultivar las relaciones sociales. Los tortolitos conversaban hasta bien entrada la madrugada, jugaban a las cartas y, sobre todo, se reían juntos. El duque estaba encantado. Se había dado cuenta del espectacular cambio de su mujer. Estaba guapa, contenta, divertida. Parecía feliz. Y lo achacaba a los aires marinos. Ni se le pasó por la cabeza que su mujer estuviera sucumbiendo a los encantos irresistibles de aquel impenitente seductor de cuarenta y tres años.

El barco, dicen, atracó en Bari, una romántica ciudad italiana en las costas del Adriático. Los nuevos tortolitos estaban como locos por perderse entre sus calles. Alfonso se quedó en el barco. Bárbara, si es que iba en el crucero, también. No sospechaban nada. No supieron interpretar los signos, las miradas, las señales. Y, desde su inocencia, desde su confianza, desde su no querer saber lo que estaba pasando, despejaron el camino a la pasión incontenible de sus esposos. En Bari pasó lo que tiene que pasar cuando dos recién enamorados se quedan solos: ese rumor de música en las calles, ese vivir cada minuto irrepitable, ese cerrar los ojos para sentir más lejos... Testigos hubo que les vieron cogidos de la mano, besándose en las esquinas oscuras y por las callejuelas de la isla. El barco, dicen, esperó una hora hasta que volvieron, entre risas, diciendo que se habían perdido. Y lo estaban. Esa pasión les consumió del todo cuando se dieron cuenta, cuando volvieron al barco, a su vida monótona de silencios y excusas, de matrimonio roto, de pensamientos furtivos. El flechazo fue certero: Carmen estaba locamente herida de amor.

Luis Alfonso, con apenas seis meses, necesitaba el cariño de su madre. Fran cumpliría pronto dos años y era un niño despierto y travieso. Quizá esa fuera la razón por la que Carmen, recién regresada del crucero, se volcó en los niños. O qui-



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

zá que intentaba reemplazar el nuevo amor por la caricia sucedánea de sus hijos.

«Cuando me di cuenta de que algo muy profundo podía suceder fue, de repente, al volver a mi vida cotidiana. Recuerdo que me decía a mí misma: a este hombre, realmente y dadas mis circunstancias, no le volveré a ver.»³⁹ Sin embargo, se volvieron a ver. Dicen que en Marbella, ese verano. Y que a partir de entonces, las discotecas invitaban a Jean Marie para que Carmen fuera a dar la nota de color en cualquier fiesta.

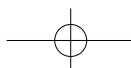
De cara a la galería, todo seguía como antes. Carmen declaró a una revista que ella se ocupaba personalmente de sus hijos. «Los pequeños deben estar al lado de su madre, por lo menos mientras son muy pequeños», aseguraba.

Dos meses después, mamá volvió a dejarles solos. Se fue a París. Allí supo que estaba definitivamente enamorada de Jean Marie. A su vuelta, las broncas se hicieron interminables. Alfonso quería más hijos. Una niña. Y ella se negaba.

La Señó fue de las primeras en intuir que el matrimonio de sus señores no funcionaba. Dicen que odiaba a su señora. Sus constantes salidas al extranjero, sin su marido, cuando los niños eran tan pequeños, le parecían más que censurables. Carmen contaba en privado que *la Señó* le chivaba a Alfonso todo lo que hacía, que se había convertido en una especie de espía, que no la soportaba.

Cuando Carmen cumplió veinticuatro años, Luis Alfonso era demasiado pequeño para advertir que mamá se puso especialmente contenta con un hermoso centro de flores que le llegó desde Francia. El duque de Cádiz tampoco se dio por aludido; le pareció estupendo que Jean Marie, siempre tan cumplido, se acordase de ellos todavía, después del crucero.

Jean Marie ya se había separado de su mujer. Estaba empeñado en rehacer, por tercera vez, su vida sentimental, esta vez con Carmen. Sólo faltaba que su enamorada diera el gran paso.



NACIMIENTO ENTRE ALGODONES

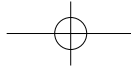
Mientras Carmen rumiaba su futuro, Francisco Franco iniciaba su particular descenso a los infiernos. «Mi muerte será un largo martirio a favor de España», había dicho al cardenal que le confesaba. «¡Qué difícil es morirse!», había escuchado Carmen al abuelo a la puerta de su dormitorio. Su larga y lenta agonía llegó a su fin el 20 de noviembre de 1975.

La prensa, por su parte, había perdido el miedo y el respeto a la familia Franco. Empezaron a publicarse los rumores sobre la separación matrimonial de los duques. Algunos, incluso, se aventuraron a airear con dudoso gusto las cuestiones de alcoba de la pareja.

La caza de brujas contra los miembros de la familia Franco tuvo dos efectos secundarios en la familia Borbón Martínez-Bordiú. La estrella del duque se apagó definitivamente. Los mismos que antes le daban vaselina por su parentesco político con el General empezaban a torpedear su trabajo. Ahora, sin la protección de Franco, su responsabilidad en el Instituto de Cultura Hispánica fue desapareciendo hasta ser prácticamente inexistente. Cuando se instauró la democracia, le obligaron a cesar definitivamente. Se quedó de nuevo sin trabajo.

«Creo que he prestado servicios muy importantes a la Monarquía —se atrevió a declarar, años después, en una entrevista—, y concretamente al Rey, entonces príncipe de España, porque, precisamente por ser quien soy, era el único que lo podía hacer. Cuando cesé en el Instituto, se me dijo que me iban a dar otro puesto. Y hasta hoy.»⁴⁰

Eran malos tiempos para la familia. Luis Alfonso veía cómo el carácter de su padre se volvía cada vez más irritable. Su madre tampoco parecía estar por la labor, y no ayudaba a mejorar la situación. Luego supo que estaba aguantando en casa por ellos. Su amor por el anticuario era como una droga. Seguían viéndose en secreto siempre que podían. Las visitas a la capital francesa se hicieron cada vez más frecuentes.



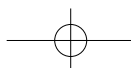
LUIS ALFONSO DE BORBÓN

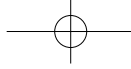
Habían llegado a ese punto en el que a Alfonso no le gustaba nada el comportamiento de su mujer, y a Carmen no le gustaban nada las ínfulas de su marido. Él le echaba en cara su comportamiento. Ella reventaba y se ponía a ordenar cajones. Él se desquiciaba con las manías y se inflamaba. El matrimonio estaba tocado y hundido. En una fiesta en La Moraleja, una amiga vidente le dijo a Carmen que se volvería a casar. A ella le hizo mucha gracia. Se lo contó a su marido, divertida. Alfonso, dicen, la regañó por creer en esas tonterías. Quizá los dos sabían que una segunda boda de Carmen, a estas alturas, era algo más que la profecía de una bruja amateur.

Los niños y el servicio eran testigos mudos de estas y otras discusiones. Y el duque llevaba fatal que su mujer no guardase las formas. Una camarera contaba que un día estaba sirviendo la mesa y la señora le dijo al señor que no aguantaba sus aires de grandeza. «Rápidamente y en francés la mandó callar porque yo estaba delante. La señora se levantó de la mesa y tirando la servilleta al suelo contestó: «Nuestra historia es una mierda». Don Alfonso siguió comiendo como si no hubiera pasado nada.»

Cuando la relación tocaba a su fin, el duque llegó a perder los papeles en público. En una cena organizada por un banquero suizo, a Carmen se le ocurrió comentar que era «partidaria de probarlo todo». «¿Veis? —se apresuró a censurar el duque—. Éste es el problema de Mari Carmen, que no tiene principios. Sus raíces y fundamentos son débiles.»

Se ha dicho que los catorce años de diferencia entre ellos fue el factor más importante de su fracaso como pareja. Pero lo más probable es que a su separación contribuyera la diferente educación recibida. El duque era un hombre muy culto. Él siempre andaba leyendo, y ella, ojeando sus revistas de moda. Le sacaba de quicio la falta de interés de Carmen por todo aquello que no fueran los trapos, y le echó en cara una y mil veces su escasa formación.

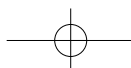
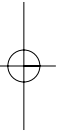
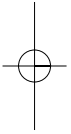


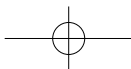
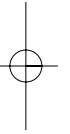
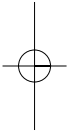
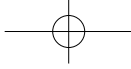


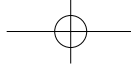
NACIMIENTO ENTRE ALGODONES

Carmen, por su parte, empezaba a estar harta de su posición de princesa sin corona. Se ha contado que, en una cena monárquica en el hotel Savoy de Londres, sólo se presentaron Carmen y Alfonso, junto a un príncipe polinesio. Alfonso se había vestido con todas sus galas, entre las que destacaba la medalla de la Orden del Espíritu Santo. Carmen, dicen que para desmarcarse, llevaba un sencillo traje largo de color malva, sobrio y elegante. La entrada a sones de trompeta le pareció bochornosa. Permaneció toda la cena bastante seria y cabizbaja. Aquel día, muchos sospecharon que su matrimonio hacía aguas.⁴¹

Como más tarde se vería en el texto de anulación, no estaban hechos el uno para el otro.



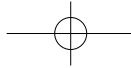




LA FAMILIA SE ROMPE

Se oyó la puerta abriéndose y cerrándose, rumores sobre-
puestos a una voz dicha en cualquier momento del recorrido, voz
que articuló sonidos entendidos que significaban una despedida,
tal vez adiós, tal vez buenas tardes, tal vez hasta otra, y luego el
sonido seco y rápido de los tacones de los zapatos en los peldaños
de la escalera, hundiéndose y disminuyendo en las cuatro plantas
de bajada, prolongándose en la perspectiva, cada vez más larga,
cada vez más pequeño el sonido, breve, sumido, acabado.

JOSE SARAMAGO, *Manual de Pintura y Caligrafía*



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

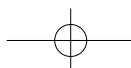
La niña ya no quiere ser princesa

Para la libertad me desprendo a balazos
de los que han revolcado su estatua por el lodo.
Y me desprendo a golpes de mis pies, de mis brazos,
de mi casa, de todo.

MIGUEL HERNÁNDEZ, *El hombre acecha*

«Mis padres se separaron cuando yo tenía seis años — recordaba Luis Alfonso poco antes de su boda—. Ese día fue como si el techo de mi casa se derrumbase sobre mi cabeza.»⁴²

Efectivamente, en junio de 1979, la familia se mudó al chalet del número 5 de la calle del Tiemblo, en Puerta de Hierro. Lo habían construido en unos terrenos regalados por los marqueses de Villaverde. Era una de las zonas más selectas de la capital, que habían elegido para vivir personajes tan ilustres como el rey Fahd de Arabia Saudí, Juan de Borbón, Ramón Areces o la condesa de Romanones. Alfonso y los niños estaban muy ilusionados con su nuevo hogar. El duque revisaba las obras palmo a palmo, interesado en todos los detalles. Hablaba con los responsables, bromeaba con los albañiles. Era un sueño de infancia que finalmente se cumplía. Quería que fuese su refugio, el mejor hogar del mundo, la casa con la que soñaba desde que era un niño.⁴³ Carmen no pensaba lo mismo. Alfonso, en sus memorias, recordaba así lo ocurrido: «La tormenta estalló cuando nuestra casa de Puerta de Hierro terminó de construirse. Una casa en la que había puesto todas las esperanzas de una vida feliz. Era un sueño de infancia que finalmente se cumplía. Nos mudamos, aunque la decoración no estuviera terminada, transportamos todo lo que poseíamos, los muebles, las mesas, los



LA FAMILIA SE ROMPE

recuerdos, papeles y libros. Y ese mismo día, no el siguiente, Carmen me comunicó que tenía la intención de abandonarme.»⁴⁴

Con las cajas de la mudanza todavía sin desembalar, a la hora de la cena, Carmen se lió la manta a la cabeza y se dirigió a su marido.

—Mañana me voy de casa —soltó a bocajarro.

—¿A dónde? —preguntó él.

—A París. Con Jean Marie.

Alfonso no tuvo que pedir más explicaciones. El idilio era un secreto a voces. Carmen dijo en sus memorias que publicó la revista *Hola*, que el duque era perfectamente consciente de lo que estaba pasando con el francés: «Alfonso hubiera estado dispuesto a tragar y a pasar por todo lo que hubiera que pasar con tal de no llegar a la ruptura.» Pero es posible que, hasta ese momento, ojos que no ven, Alfonso hubiera desdeñado los rumores que corrían por los mentideros de Madrid. Durante esa cena, de sopetón, se dio cuenta de que el río que sonaba de boca en boca llevaba una tormenta que vino a romper aquella frágil presa matrimonial.

—¿Es inevitable?

—No tiene sentido continuar con esta farsa.

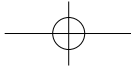
—¿Y los niños? —preguntó Alfonso.

Carmen agachó la cabeza. Sabía que esta pregunta era inevitable. Tenía preparada la respuesta. Pero ahora que había llegado el momento, le dolía contestar. El duque vio su debilidad y forzó un poco más la situación.

—Mis hijos no se mueven de Madrid —órdago a la grande.

—Puedes estar tranquilo —dicen que, en esta frase, Carmen mantuvo la sonrisa gélida que ya no se pudo quitar en muchos años; otros, los más amables, dicen que se derrumbó sin poder contener las lágrimas—. Los niños se quedan contigo.

—Está bien —se resignó—. Cuídate.

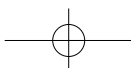


LUIS ALFONSO DE BORBÓN

Carmen intentó durante unos meses mantenerse fiel a la máxima discreción que, dicen, le había pedido su ya ex marido. Duró poco tiempo. Había decidido romper con el pasado. Quería dar la cara. Y así lo hizo. El escándalo fue monumental. La separación se convirtió en la bomba informativa del año. Primero fue un rumor. Luego unas fotografías. Por último, la confirmación definitiva. Todo el país supo que se había marchado, que había un tercero en discordia y que los niños se quedaron con su padre. Carmen estaba siendo señalada por el dedo acusador de los de siempre: era una traidora, una mujer contranatura, una mala madre que abandonaba a sus hijos cuando el cadáver del abuelo estaba aún caliente —aunque había muerto casi cuatro años antes y un huracán de libertad había barrido su régimen—. Y no sólo se la condenó en España. La prensa legitimista, la que apoyaba el advenimiento de la monarquía francesa en la persona de Alfonso, también se pronunció al respecto: «Roguemos a Dios por la que es todavía nuestra Princesa y recemos también por los dos pequeños príncipes, abandonados en su hogar.»⁴⁵

* * *

Carmen decidió vender la casa de Puerta de Hierro. El Estado de Venezuela compró aquel primer hogar familiar de Luis Alfonso. Quiso el destino o la casualidad que mucho más tarde Luis Alfonso construyera su primer hogar familiar en Venezuela. Aquella finca iba a convertirse en la residencia oficial del embajador venezolano en España. Hoy Luis Alfonso es el mejor embajador de España en Venezuela. Alfonso y Carmen estaban casados en régimen de gananciales. Así que se repartieron los ciento veinte millones de pesetas, ciento cincuenta según otras fuentes, que les pagaron por la mansión. Ella se quedó con el sesenta por ciento, y él y los niños, con el resto.





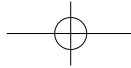
LA FAMILIA SE ROMPE

El abuelo Cristóbal nunca perdonó a su hija que arruinase su matrimonio. Fue tajante al respecto: «Si te vas, no quiero volver a saber nada de ti.»⁴⁶ Y cumplió su promesa. Cortó con ella. De raíz. Se convirtió en su peor enemigo. La criticaba abiertamente y siempre que podía. Carmen confesó que, desde entonces, no se trataban: «Mi padre es muy intransigente en ciertos aspectos y yo no soy quién para juzgarle, pero tampoco tengo por qué comprenderle.»⁴⁷

La abuela Emanuela fue más pragmática: tomó un avión, se plantó en Madrid y se quedó unos cuantos meses con ellos. Se empleaba en poner orden en una casa que el duque no sabía cómo llevar, se ocupaba de que su hijo no se sintiese tan solo y, sobre todo, se encargaba del cuidado de los dos pequeños, que tenían sólo siete y cinco años.

Luis Alfonso debió escuchar los lamentos de su padre en más de una ocasión. El duque se quejaba permanentemente de su destino. Se había quedado solo otra vez. Sufría porque su matrimonio había fracasado. Y sufría más porque sabía que no era el momento de sufrir, con sus dos hijos pequeños reviviendo todos los miedos y traumas infantiles que a él mismo le habían desmoronado, con la cuenta corriente hipotecada por un chalet recién estrenado y condenado al abandono y con ese vacío existencial, esa oscura emoción del desencanto, ese desconcierto descorazonador que no podía compartir con nadie. Estaba solo, viendo cómo Carmen daba la espalda a su familia para montar otra con un anticuario parisino, «un señor que tenía menos problemas que yo», recordaba Alfonso en sus memorias, «y que se mostraba más apto para divertirla». Alfonso culpó del naufragio matrimonial a las malas compañías, «Carmen veía con frecuencia a algunas amigas divorciadas»; se culpó a sí mismo, «hubiera debido prestarle más atención»; culpó al ambiente libertino, «no dejaban de encomiar los encantos de la libertad»; culpó a la debilidad del carácter de su esposa, «en





LUIS ALFONSO DE BORBÓN

este clima, el espíritu poco firme de Carmen no pudo resistir las tentaciones». ⁴⁸ Sólo olvidaba un detalle: el verdadero motor de su desgracia era que Carmen se había enamorado.

«Enamorarse se enamora uno muy pocas veces —confesaba Carmen—. Y sólo sucede cuando una persona se convierte en indispensable para ti, cuando la necesitas como una droga. Y esto me ha ocurrido a mí.» ⁴⁹

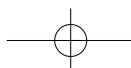
Un amor que había intentado contener durante cinco largos años.

* * *

Las primeras fotos de Luis Alfonso con Jean Marie Rossi se publicaron en septiembre de 1979, dos meses después de la ruptura. Su madre y el anticuario se encontraban en Marbella. Ella iba con los dos niños. Él, con sus hijas. La prensa de la época se hizo un lío y publicó que no podían asegurar si esas niñas tan rubias eran las hijas o las nietas del acompañante de Carmen.

Las fotos disiparon los rumores de ruptura. Eran como una confirmación no oficial de que los duques estaban separados, aunque el matrimonio seguía guardando silencio al respecto. La nieta de Franco se había marchado de casa. Luis Alfonso se estaba enfrentando ya al primer acto de su drama.

Sobre la ruptura, Carmen dijo: «Lo único que verdaderamente me duele es que se dijera que yo había abandonado a mis hijos.» ⁵⁰ Y en otra ocasión: «Me enerva que se diga que no me hubiera atrevido a abandonar a mis hijos y mi hogar de Madrid si mi abuelo estuviera aún vivo. Yo he hecho lo que hacen millones de mujeres que aman a un hombre. Llevo una vida digna e interesante, de acuerdo con mis deseos.» Y, en otra: «De lo único que me arrepiento es del daño que hice a mi marido y, de manera indirecta, también a mis hijos. Eso





LA FAMILIA SE ROMPE

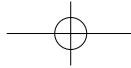
pesa mucho en mi vida. Si pudiera volver atrás, aunque yo que no soy de volverme a atrás en nada, no lo haría como lo hice.»⁵¹

Llegados a este punto, se dieron dos interpretaciones a este comportamiento. Unos le recordaron que el pasado se puede reinterpretar. Reinventar. Rescribir. Pero no tiene vuelta atrás. Y que la verdad dolorosa del pasado de Carmen es que se fue detrás de un nuevo amor y no dudó en dejar a sus hijos en manos de un hombre al que ella misma definía como «introvertido, pesimista, triste, amargado y pretencioso».⁵²

Otros dicen que, visto con la perspectiva que da el tiempo, se podría considerar que Carmen fue una mujer valiente, que siempre dio la cara. Convirtió su vida en una permanente exclusiva, y cada exclusiva, en una declaración de principios. Cuando, en marzo de 1980, fue sorprendida esquiando en los Alpes franceses con Jean Marie y sus hijos, zanjó de una vez por todas las especulaciones: «No tengo nada que ocultar, y de lo que se dice no hago caso desde hace tiempo. No existe el escándalo más que en el espíritu maligno que habita en ciertas personas. Mi vida privada me pertenece y no le importa a nadie. No quiero soportar más sinsabores.»⁵³ Vio la luz, quizá demasiado pronto, en una época que salía de la oscuridad de cuarenta años de dictadura. Fue una mujer valiente, dicen, que rompió con el pasado, con la tradición familiar y con una sociedad que no entendió lo que estaba haciendo: abrir de par en par las puertas de la libertad y pedir a gritos que se reconociese el derecho a la mujer española a enamorarse y a decidir qué hacer con su vida.

Fuese una rebelde en busca de independencia o una madre que abandonó a sus hijos, lo cierto es que su ausencia complicó mucho la vida familiar.





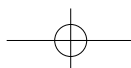
LUIS ALFONSO DE BORBÓN

«Me duele la tripa»

Las visitas de Luis Alfonso y su hermano Fran a París eran continuas. Al principio, por expreso deseo de su madre, los niños se alojaban en un hotel. El duque mandaba con ellos una carabina, Mercedes, la asistente de plena confianza de Carmen Polo. Mercedes conocía a Carmen desde que era niña, y se encargaba de vigilar las buenas costumbres de la pareja de amantes.

Cuando la cosa se normalizó y se pudieron instalar en la Rue du Général Colonieu, Luis Alfonso y Fran treparon más de una vez por los muros cubiertos de hiedra que bloqueaban la casa parisina. Un chalet unifamiliar con su propio garaje, rodeado por un jardín grande donde los niños jugaban con Frederic, Marella y Mathilda. La casa estaba en una ciudad dormitorio de la pequeña burguesía parisina, Reuil-Malmaison, a unos ocho kilómetros de la capital del Sena. Rossi la había comprado durante su matrimonio con Bárbara Hottinger. La segunda señora Rossi, la que tampoco pudo ver que Cupido andaba de juegos con su marido durante el famoso crucero que una vez atracó en Bari, vivía puerta con puerta y entraba y salía de la casa como si siguiese siendo suya. Al fin y al cabo, era la madre de los hijos de Rossi, y mantenían unas relaciones cordiales que Luis Alfonso no acababa de entender. Su mamá vivía en París con un señor que a su vez vivía al lado de la madre de los niños que ahora eran también hijos de mamá... Y, mientras, su padre, a tres mil kilómetros de distancia. Era inevitable: cuando estaba en París, echaba de menos a papá. Cuando estaba con papá, echaba de menos a mamá... Un lío.

Para colmo, Carmen dejó una habitación llena con sus cosas. Dicen que los chicos preguntaron alguna vez: «¿Tanta prisa tenía mamá en dejarnos, que ni se llevó su ropa?»⁵⁴



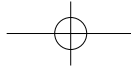
LA FAMILIA SE ROMPE

Y luego estaba lo de las revistas. Nunca le gustó posar para la prensa ni salir en los papeles. Desde siempre, eso le causó serios problemas con su madre. Ella se empeñaba en conceder exclusivas en las que aparecían como una familia feliz. Por eso, a Luis Alfonso le costaba sonreír cuando lo fotografiaban junto a su madre, Jean Marie y sus hermanastros. Sin embargo, cuando aparecía con su padre, estaba mucho más relajado.

Los niños no tenían más remedio que compartir las vacaciones con sus dos padres, a pesar de que en Francia se aburrían. Las actividades parisinas de la familia giraban en torno a los niños. Visitaban el Zoo de Vincennes, el parque de atracciones del Bois de Boulogne, el estreno de las últimas películas de Walt Disney, la Torre Eiffel, el Museo del Louvre, el Centro Pompidou... Durante el mes de agosto de 1980 la familia Rossi al completo compartía vacaciones, con toda la normalidad del mundo, con Luis Alfonso y Fran. «Nunca podré separarme de mis hijos —declaraba Carmen—. A ellos les debo mi equilibrio y mi alegría de vivir. Son jóvenes, divertidos y simpáticos. Cada vez que vuelvo a verlos tengo la impresión de que han crecido. No puede usted imaginarse la felicidad que esto representa para una madre como yo.»⁵⁵

Hay una escena que se repite al final de cada viaje. Carmen cuenta en sus memorias que, la noche anterior a su regreso a Madrid, Luis Alfonso llora en su cama. Su madre, al oírle, le pregunta: «Luis, ¿qué te pasa?» El niño, invariablemente, contesta: «Me duele la tripa.» Es la forma que, ya entonces, tiene Luis Alfonso de demostrar su fortaleza, de ocultar sus penas.

«Mi separación fue muy dura para él —relató Carmen a una revista del corazón—, porque estábamos muy unidos. Sé que le ha hecho sufrir mucho.»⁵⁶ A medida que pasaba el tiempo, según contaba Carmen en sus memorias para *Hola*, Luis

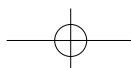


LUIS ALFONSO DE BORBÓN

Alfonso se fue sintiendo capaz de exteriorizar sus emociones. «Cuando me iba a ver a París, se ataba al radiador porque no se quería marchar.»

Y, cuando llegaba a su casa de Madrid, seguía llorando. *La Seño*, Manuela Sánchez Prat, lo consolaba como podía. *La Seño* se negaba a viajar a la ciudad de la Torre Eiffel. Había criado a los pequeños desde que habían nacido, sentía verdadera devoción por ellos, los quería como si fueran sus propios hijos. Por eso no perdonaba a su madre que los hubiera abandonado. Cuando los niños insistían y no le quedaba más remedio que irse con ellos, exigía que la instalasen en un hotel. Se negaba categóricamente a alojarse en casa del anticuario. Sus profundas convicciones religiosas le impedían convivir, bajo el mismo techo, con la que antes fuera su señora. Estaba convencida de que Carmen era la culpable de todas las desgracias que habían zarandeado la trágica vida de Luis Alfonso.

En Madrid, Alfonso ejercía de padre y de madre. Dedicaba a sus hijos todo el tiempo que podía, el que le dejaba su trabajo. Desayunaba cada día con ellos. Era la hora en que los tres se sentaban a la mesa. A la hora de la cena no coincidían, porque los niños cenaban en horario infantil. Y se quedaban a comer en el colegio Cours Molière, donde estudiaban la EGB. Los miércoles sí almorzaban en casa, y Alfonso intentaba llegar a tiempo para sentarse a la mesa con ellos. Cuando sus hijos se peleaban o discutían, Alfonso los llevaba aparte y les llamaba la atención sin levantar la voz. Imponía orden y respeto sin dejar de divertirse. Participaba activamente en los festejos de cumpleaños. Compartían juegos, deportes, bromas, caricias, ternura... A veces jugaba con ellos al baloncesto sobre patines o se dejaba ganar en la piscina. Si tenía que ir a comprarles la ropa, iba sin problemas. Les dedicaba mucho tiempo, seguía sus estudios, hablaba con ellos siempre que podía. En definitiva, vivía para ellos.

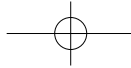


LA FAMILIA SE ROMPE

Mirta Miller, en sus memorias, habla de su faceta como padre: «En muchos aspectos era un hombre muy especial, pero en su interés por la paternidad era algo fuera de lo común. Yo digo que más que padre era una madre, porque estamos acostumbrados a percibir sólo en las madres preocupaciones detallistas sobre los niños. Él observaba los pequeños detalles y se deleitaba con las sorprendentes actitudes de sus descubrimientos cotidianos. Todo le parecía prodigioso, magia pura: sus primeras risas, sus primeas palabras, sus gateos... Le preocupaba cualquier percance. Estaba al tanto de todo, y eso que tenía una señorita de compañía que se ocupaba de los niños desde el nacimiento del primero. Una vez me contó algo especialmente emotivo. Me comentó que admiraba tanto el proceso de crecimiento y de creatividad natural del bebé que le maravillaban sus primeros contactos con las cosas a través de las manos, con las que iba descubriendo lo que le rodeaba, antes y mejor que con los ojos. Para observar detalladamente esta conducta, a uno de los bebés le puso suavemente una larga cinta de celo alrededor de los dedos de una mano. El bebé movía los dedos, frotaba los trocitos de papel, insistía, producía ruidos nuevos, le divertía la nueva sensación en esos dedos tan sensibles, percibía con emoción que la piel se pegaba y se despegaba.»

«Vivo para ellos. Es lógico —declaró el duque a la revista *Lecturas*—. Procuro ser un padre en el sentido pleno y total de la palabra. Procuro seguir una línea de educación equilibrada y realista. Les inculco, por ejemplo, el deporte. Y evito un peligro: el darles todo lo que me piden, porque considero que eso no es bueno. Y esto lo hago porque creo necesaria una austeridad, y hoy más que nunca. Creo que tienen que apreciar el valor de las cosas.»

La mayor ilusión de Alfonso estaba cifrada, decía, en la felicidad de sus hijos. Tal vez porque comprendía demasiado bien la situación en la que se encontraban. La misma situa-



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

ción que a él le había tocado vivir en su infancia. Precisamente porque sufrió de niño, se esforzó por ser un buen padre. Conocía el valor que tenía el amor de sus hijos. Supo darles el amor que necesitaban. Y les enseñó que, a pesar de los golpes del destino, la vida sigue.

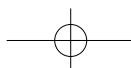
La vida sigue

Vivid, la vida sigue,
los muertos mueren y las sombras pasan.

ANTONIO MACHADO, *A Francisco Giner de los Ríos*

La vida sin Carmen en casa empezó siendo un suplicio. Además del sentimiento de abandono, las disputas económicas empezó a ganar terreno en la relación. El duque vivía del sueldo de su trabajo en Internacional Factors, una empresa filial del Banco Exterior de España. Y mientras él se esforzaba por dar lecciones de austeridad a sus hijos, a su ex mujer se le iba el dinero por dos agujeros que tenía en las manos, olvidándose de que el mantenimiento de la casa debían pagarlo a medias.

Alfonso seguía manteniendo unas excelentes relaciones con la familia Martínez-Bordiú. Siempre intentó que sus dos hijos no perdieran contacto con los abuelos. Muchos fines de semana se acercaban a Sacedón, un pueblo alcarreño a orillas del pantano de Entrepeñas, donde los Villaverde tenían un chalet. Allí se encontraban con los Ardid: Rafael, Mariola Martínez-Bordiú y sus dos hijos, Borja y Jaime. Los niños formaban una padilla estupenda con sus primos Fran y Luis Alfonso, que eran de su misma edad. «Aparte de los pequeños, Mariola





LA FAMILIA SE ROMPE

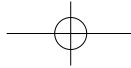
es la única que tiene la cabeza en su sitio —decía el duque—. ¡Ojalá mi ex mujer hubiera sido como ella, sensata y madre ejemplar!»⁵⁷

Después de vender la casa de sus sueños, Luis Alfonso y su familia pasaron una temporada en una vivienda alquilada. Poco después, Alfonso compró por treinta y cinco millones de pesetas un espacioso chalet en la calle Estrellas número 8, de la urbanización Los Álamos, en Pozuelo de Alarcón, una localidad cercana a Madrid.⁵⁸ El nuevo domicilio se encontraba a escasos metros del colegio de los niños.

Fran y Luis Alfonso, por su parte, se iban curtiendo. Su existencia transcurría con normalidad. Iban al colegio, viajaban a París para encontrarse con su madre, iban los fines de semana a la sierra para esquiar con su padre... Luis Alfonso estaba muy unido a su hermano. Se llevaban muy bien. Tenían gustos parecidos. Jugaban juntos en casa, en el colegio y en el mismo equipo de hockey, un deporte al que eran muy aficionados. También esquiaban juntos, o practicaban en las clases de judo. El único deporte que les separaba era el golf: a Fran le encantaba practicarlo; en cambio, Luis Alfonso se aburría de tanto paseo, tanto hoyo y tanto palo. «A veces nos peleábamos —reconocía un jovencísimo Luis Alfonso en el año 85—, pero siempre acabábamos bien. Sí, él era el mayor, pero yo tampoco me dejaba mandar...»⁵⁹ También estudiaban juntos, en la misma habitación. Cuando Luis Alfonso no entendía algo, se lo preguntaba a su hermano mayor. Pero, sobre todo, Fran ayudaba al pequeño en recitación, una asignatura del Molière que tenía atravesada. Fran era despierto y simpático. Luis Alfonso, algo más tímido. Luis Alfonso siguió su vida de colegial compartiendo con su hermano mayor juegos y risas, más o menos ajeno a los problemas que tenían sus padres.

* * *

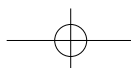




LUIS ALFONSO DE BORBÓN

Aquella fue una época de portadas del *Hola* a todo color y, a veces, en exclusiva. Carmen Martínez-Bordiú con sus dos hijos, Francisco y Luis Alfonso, navidades del duque de Cádiz con sus hijos en su nuevo chalet madrileño, Carmen Martínez-Bordiú visita a sus hijos en Madrid, una época de declaraciones cruzadas que difundían detalles de su vida privada, «para una madre no hay nada tan importante como sus hijos», «aún es pronto para hablar de la próxima duquesa de Cádiz», «los llamo por teléfono todos los días, estén donde estén», «pasarán el verano con su madre», «los veo, como mínimo, cada dos meses», una época en que la prensa aireaba los detalles más íntimos de la relación entre sus padres, «Carmen no tiene el divorcio y todavía no puede casarse», «Alfonso pide 200 mil pesetas al mes para atender el levantamiento de las cargas del matrimonio y los alimentos de los hijos», una época de amigos defensores que daban la cara por uno o por otro sin que nadie les hubiese pedido ayuda, «Carmen es una mujer terriblemente caprichosa; siempre tienen que hacer todo lo que ella diga», «Alfonso se hace el mártir delante de los niños y, claro, eso pasa factura», una época en la que, de repente, todo el mundo sabía que sus padres tenían problemas de visitas, de cariños, de caprichos, de dinero, de martirios, y esas cosas entre padres separados que utilizan a los hijos para sacarse de quicio mutuamente.

Carmen llamaba por teléfono todos los días. A veces, cuando la tensión entre los padres era elevada, podía llegar a exigir a gritos que se pusieran los niños. Alguna vez montó en cólera porque los niños estaban viendo la tele o jugando con sus amigos y no se querían poner. Al final, se ponían de mala gana. Circula una fábula entre los amigos de la familia que dice que, cuando eso ocurría, y para evitar disgustar a su padre, le decían a *la Señora*: «Nana, tú no digas nada, que ya sabes que luego papá se pone nervioso.» *La Señora* fue la mejor ayuda del duque en esos tiempos terribles.



LA FAMILIA SE ROMPE

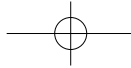
El 24 de mayo de 1982, en el juzgado de familia número 25 de Madrid, se pronunció la primera sentencia de divorcio, que fue recurrida por Alfonso, vista para sentencia inapelable y definitiva un año más tarde y notificada por otro de esos azares del destino juguetón el 20 de noviembre de 1983, octavo aniversario de la muerte del General. La sentencia establecía que la patria potestad de los hijos se ejercería conjuntamente, aun cuando vivieran bajo la guarda y custodia del padre, haciendo constar que los niños podrían viajar con su madre y convivir con ella en Francia. La sentencia zanjaba provisionalmente el matrimonio de sus padres, a falta de la nulidad eclesiástica que, como católicos que eran, Alfonso pretendía con cierta ansiedad para rehacer sus vidas.

La prensa vuela en helicóptero

El 28 de mayo de 1983, los Martínez-Bordiú y los Borbón Dampierre se reunían por primera vez, después de casi cuatro años sin dirigirse la palabra, para celebrar la Primera Comunión de los niños. Luis Alfonso y Fran le habían dicho a su padre que no querían que les comprase nada, que lo único que les hacía ilusión era que mamá estuviera con ellos. Los niños tuvieron su regalo, pero la tensión se podía masticar junto con el menú.

La ceremonia se celebró en el jardín de la casa de Pozuelo. Había acudido toda la familia: la bisabuela Carmen, los marqueses de Villaverde, la abuela Emanuela y el tío Gonzalo... Los rostros desencajados de la familia reflejaban el reproche por el drama familiar que había desatado Carmen.

Para Luis Alfonso, el día fue inolvidable. Sus padres habían estado juntos. No es difícil pensar que, echando a volar su imaginación infantil, fabulara con una reconciliación. Incluso lle-



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

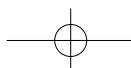
gó a decirle a su padre: «¿Verdad que mamá está muy guapa?»⁶⁰

La procesión de los adultos iba por dentro. Al menos tuvieron la delicadeza de intentar que los niños no se dieran cuenta de que sus padres intentaban evitarse. Hablaron lo justo y necesario, si es que hablaron. A pesar de los ruegos de los niños, no consiguieron que posaran juntos, aunque los dos se hicieron fotos por separado con sus hijos.

También permanecieron ajenos a las humillaciones que sufrió su madre aquel día tan especial. La santa misa la concelebraron el padre Gregorio Isabel Gómez, confesor de la señora de Meirás, y el cardenal de Toledo, don Marcelo González Martín. Su eminencia habló con el duque antes de celebrar la eucaristía, para saber cuántos invitados iban a recibir la comunión. «Espero que Carmen no tenga la intención de comulgar —dijo el cardenal, olvidando la tradicional costumbre cristiana del perdón de los pecados—. No es ejemplo ni de buena católica ni de buena madre.»⁶¹

Cuando Carmen se enteró, montó en cólera. Amiga, como siempre, de dar la cara, quiso aclarar la situación y se dirigió al prelado. Ciertamente es que su mejor defensa fue un mal ataque: tuvo que recurrir a explicar al cardenal que Emanuela de Dampierre también era divorciada. ¿Acaso ella no tenía el mismo derecho a recibir la sagrada forma, el día que sus hijos iban a entrar de lleno en la Iglesia? El cardenal González Martín, mirándola de arriba abajo por encima del hombro y sin pestañear, le respondió que él no conocía la vida de la madre del duque, pero que ella era «continuo reo de escándalo público».⁶² Y, ni corto ni perezoso, le negó la comunión.

Durante la misa, se sentó escoltada por las Cármenes, que le separaban de su padre y de la abuela Emanuela. El marqués de Villaverde hizo alarde durante todo el día de la desconsideración que sentía hacia su hija. Nunca le perdonó que hubie-



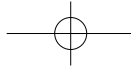
LA FAMILIA SE ROMPE

ra roto su matrimonio con el duque. La abuela Emanuela y el tío Gonzalo, enemigos irreconciliables de la esposa traidora, también la despreciaban por lo que habían hecho a Alfonso y a sus hijos. Para colmo, su ex suegra estaba ahora más ofendida que antes de la ceremonia, enterada de que Carmen había comparado sus divorcios para defenderse ante el cardenal.

Durante el almuerzo, tampoco hubo sitio para Carmen en la mesa presidencial, donde tomaban asiento, junto con el príncipe de la Iglesia, la señora de Meirás, la duquesa de Segovia, el marqués de Villaverde, el duque de Cádiz y la princesa de Baviera. Carmen había rechazado su título de duquesa, y quizá por eso no se le permitió acceder a tan nobiliaria mesa. Luis Alfonso y Fran, ajenos a estos desprecios, estaban encantados: disfrutaron en el porche de una comida inolvidable con su madre.

La nota de color la puso, como casi siempre, la prensa. Alfonso se había negado a que la Primera Comunión de sus hijos se convirtiera en un acto plagado de moscones revoloteando para conseguir una foto. Sólo permitió el acceso a la ceremonia a un fotógrafo amigo suyo que trabajaba para *Hola*. La única revista que, según el duque, no le trataba a patadas.

Según cuenta Paloma Barrientos⁶³, unos reporteros quisieron tomar alguna fotografía robada de la reunión. Y no se les ocurrió mejor idea que alquilar un helicóptero para sobrevolar el chalet. Al fin y al cabo, la ocasión merecía la pena: era la primera vez, desde su separación, que se podía ver a toda la familia reunida. A los niños, inocentes, les hizo gracia ver un helicóptero tan cerca. El ruido, como en las películas, formaba parte de la fiesta. Las pamelas de las señoras y las servilletas de la mesa volando por los aires se convirtieron de pronto en un espectáculo. Las mujeres se quejaron de los desperfectos en sus peinados, y el duque se quejó de aquella invasión tan agresiva de su intimidad.



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

—*Mon Dieu!*—gritaba el duque de Cádiz—. ¿Es que nunca me van a dejar tranquilo? ¡Están estropeándolo todo! Voy a llamar a la policía.

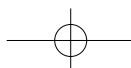
—No te preocupes, Alfonso—lo tranquilizó el marqués de Villaverde—. Se marcharán enseguida. Alquilar un bicho de éstos cuesta un dineral.⁶⁴

A Luis Alfonso no le gustó ver a su padre cariacontecido el día de su Comunión. Empezaba a estar harto de la prensa. Harto de que, siempre, algún periodista les arruinase la fiesta.

* * *

En diciembre de ese mismo año, Luis Alfonso fue protagonista de una noticia que ocupó varias páginas en las revistas del corazón. Los titulares, con mayor o menor alarde tipográfico, con estas o parecidas palabras, rezaban así, chachachán: «El hijo menor de los duques de Cádiz, operado de anginas.»

España entera supo con toda puntualidad que por fin se realizó la operación de amígdalas y vegetaciones. Que se llevó a cabo en el Sanatorio de Nuestra Señora de La Paloma, en Madrid. Que la operación duró veinte minutos. Que no hubo ninguna complicación. Que los médicos aplicaron al enfermo anestesia total. Que en un principio iba a ser intervenido el día 17. Que se había retrasado hasta el día 29. Que los motivos de este retraso se desconocían. Que llegó al sanatorio acompañado de su padre. Que Alfonso conducía su propio coche. Que le había ido a recoger al colegio. Que habían entrado por la puerta reservada de quirófano en la planta baja. Que un cuarto de hora antes de que llegaran ellos lo había hecho su madre. Que tal vez eran veinte minutos, dependiendo de la fuente. Que llegó radiante y serena. Que trataba de ocultar su nerviosismo. Que llegó acompañada por la duquesa de Franco. Que una nube de fotógrafos las acompañó hasta que entra-





LA FAMILIA SE ROMPE

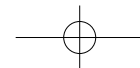
ron en la clínica. Que el acoso de los reporteros había empezado a primera hora de la mañana. Que habían entrado por la puerta reservada de quirófano en la planta baja. Que el encuentro con su madre se realizó en la habitación 129. Que la habitación 129 estaba reservada para él. Que permanecieron en la habitación 129 bastante rato. Que Luis Alfonso salió en camilla hacia el quirófano. Que allí fue intervenido por el doctor Antolí Candela. Que el doctor era un eminente otorrino. Que el tío Gonzalo apareció a las seis de la tarde. Que había entrado por la puerta reservada de quirófano en la planta baja. Que veinte minutos después llegó la bisabuela, la señora de Meirás. Que, a pesar de su avanzada edad, tenía un aspecto inmejorable. Que la viuda de Franco se sorprendió por la insistencia de los fotógrafos en disparar los flashes. Que había entrado por la puerta reservada de quirófano en la planta baja. Que permaneció en la clínica alrededor de cuarenta y cinco minutos. Que salió por el garaje para evitar el acoso de los fotógrafos. Que a eso de las siete y cuarenta y cinco minutos salió del sanatorio don Alfonso. Que se dirigió hacia su automóvil. Que dijo que Luis Alfonso se encuentra perfectamente. Que, como todo el mundo sabe, es una operación sencilla. Que Luis Alfonso pasará la noche en el sanatorio. Que, efectivamente, el niño pasó la noche en la habitación 129. Que no es que hubiese habido alguna complicación, qué va, sino todo lo contrario. Que era la solución más justa y acertada para que Carmen pudiera estar al lado de su hijo. Que la madre pasaría la noche con Luis Alfonso. Que ella misma se encargaría de atenderle de las molestias de la operación. Que Carmen había llegado a Madrid la mañana del mismo día 29 de noviembre. Que una operación de un hijo, por simple que sea, siempre es algo trascendental. Que los sentimientos de la madre estaban por encima de cualquier especulación. Que en el aeropuerto le esperaba una amiga de la familia. Que se esperaba que, junto a ella, lle-



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

gase el anticuario Rossi. Que se da la casualidad que por esas fechas se celebraba en Madrid una importante reunión de anticuarios de todo el mundo. Que al preguntarle por él, Carmen dijo que esta vez no había podido venir. Que también le preguntaron por los rumores de boda con Jean Marie. Que ella dijo que, en efecto, algo había oído de los rumores, pero que sólo son rumores. Que debe haber alguien por ahí muy interesado en casar a Carmencita. Que desde el aeropuerto se pasaron por Dafnis. Que Dafnis era una conocida boutique donde Carmen compró varios vestidos. Que a pesar de la mañana soleada que hacía en Madrid, Carmen iba muy abrigada. Que a continuación se dirigió a una conocida peletería. Que la peletería se llamaba Villagroy. Que la peletería estaba en la calle Jorge Juan. Que no se decidió por ninguna prenda en particular, vaya usted a saber por qué. Que luego visitaron a un conocido joyero. Que el joyero se llamaba Luis Gil. Que era la tradicional joyería de la familia. Que estuvo en la joyería por espacio de media hora. Que se especulaba con que le encargase una réplica de alguna de las joyas que le habían robado. Que el robo no fue un susto. Que ella no estaba en casa. Que pasó un poco de rabia cuando se enteró. Que ya para qué preocuparse. Que a continuación comió en casa de sus padres. Que la casa estaba en la calle Hermanos Bécquer. Que allí comió con su madre y su abuela. Que su padre estaba ausente. Que, volviendo a Luis Alfonso, salió de la clínica por su propio pie. Que iba cogido del brazo de su madre. Que los reporteros esperaban impacientes para hacerle fotos. Que se las hicieron. Que le hicieron otra. Que le hicieron otra y otra y otra más. Que los flashes lo dejaron aturdido. Que el niño empezaba a tener alergia a la prensa del corazón.

Y todavía tenía que enfrentarse a 1984. El peor año de su vida.

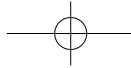


1984

Si temo
mis imaginaciones
no es porque vengan de mi fantasía,
sino de la memoria.

Si me asusta
la muerte,
no es porque la presienta:
es porque la recuerdo.

ÁNGEL GONZÁLEZ, *Deixis en fantasma*



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

Accidente mortal de carretera

La soledad, en que hemos abierto los ojos.

VICENTE ALEXANDRE, *Mirada final (Muerte y reconocimiento)*

La tragedia pudo haberse escrito de otra manera. El domingo 27 de enero, Luis Alfonso estaba viendo con su padre y su hermano una película cuando sonó el teléfono. Jacqueline, la doncella, les dijo que era el marqués de Villaverde. Alfonso lo cogió.

—Hola, familia —dijo el abuelo Cristóbal con su tono más amable—. ¿Tenéis pensado algo para este fin de semana?

—Bueno, he prometido a los niños que les llevaría a cenar. ¿Se te ocurre algo mejor?

—He organizado una cacería —respondió el abuelo Cristóbal, que era un excelente cazador—. ¿Por qué no te vienes con los niños a Jaén?

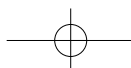
—Un momento, voy a preguntárselo —el duque se separó del auricular, dirigió el micrófono del teléfono hacia los niños y preguntó—. ¿Queréis ir con el abuelo Cris a la finca de Jaén?

—Jo, papá —le dijeron a dúo—. Habías prometido que nos llevarías a Candanchú.

Alfonso volvió a ponerse al teléfono.

—Cristóbal, ¿los has oído? Creo que será mejor que cumpla con mi promesa. Ya los conoces. No hay quien los haga cambiar de opinión.⁶⁵

El sábado siguiente, la familia y *la Señora* pusieron rumbo a la estación de Candanchú, en el Pirineo de Huesca, donde Alfonso había reservado tres habitaciones en el hotel Edelweiss. Como cada fin de semana, se celebraban en Candanchú unas



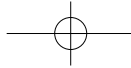
1984

competiciones deportivas. Los niños estuvieron especialmente inspirados. Ganaron varias medallas y una copa cada uno. Fue un fin de semana inolvidable. Alfonso estaba orgulloso de la pericia en la nieve de sus hijos.

El domingo por la tarde dieron por finalizada la escapada. Volvían a casa, exhaustos y muy satisfechos del éxito deportivo. Conducía Alfonso. Fran iba a su lado, en el lugar del copiloto, el fatídico «asiento de la muerte» del Citroën CX de su padre. Tenía once años. Iba dormido. Aún tenía las medallas que había ganado colgadas del cuello. Llevaba puesto el cinturón de seguridad, que esta vez sería fatídico. Detrás iban Luis Alfonso y *la Señó*. Eran las ocho y media de la noche. A partir de esa hora funesta, nada volvería a ser lo mismo. La muerte acechaba al final de una recta. Un suceso trágico e irreversible pondría fin al viaje.

El impacto fue brutal. Según los testigos, a la salida de la autopista de Navarra, en el término municipal de Corella, el coche que conducía el duque de Cádiz se saltó un *stop*. Una señal situada en un lugar perfectamente visible. Como consecuencia, el vehículo se estrelló violentamente contra un camión con más de 23 toneladas de carga.

Don Alfonso no lo vio venir. Dejó escapar un grito de terror cuando advirtió que el coche se estrellaba contra el camión. Sintió que el corazón se le salía del pecho mientras veía a cámara lenta cómo salía disparado, atado a su asiento, a través de los cristales de la ventana. El impacto levantó el CX del suelo. Violentas sacudidas sonoras llegaban desde fuera con un estruendo pavoroso. El Pegaso se salió de la carretera y el Citroën rebotó literalmente a treinta y cinco metros en sentido contrario al que circulaba. Se precipitó sobre el declive que descendía abruptamente a su derecha. Rodó de lado, dando vueltas y rebotando, hasta que se detuvo con un fuerte golpe contra el suelo. No fue breve. Al principio todo fue lento, irreal. La luz de



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

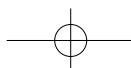
los faros de otros coches a través de los cristales rotos y el polvo levantado daba a la escena un aire de ficción. Pero no lo era. Era verdad. La trágica verdad.

Cuando pudo respirar, don Alfonso movió con cuidado los dos brazos y las dos piernas. Tenía los ojos ensangrentados por un tajo en la frente, irreconocible por los golpes y la sangre. Por un momento sintió náuseas, y enseguida las náuseas dieron paso al terror. Se desabrochó el cinturón de seguridad y salió del coche y el azote del aire frío le golpeó en los ojos y le hizo llorar, «*mon Dieu, mon Dieu*», gritaba inconsciente, y vio la sangre y el amasijo de hierros y el olor a goma quemada y no pudo reconocer la voz que gritaba pidiendo socorro, una voz que le era familiar, una voz que no paraba de repetir «falta un niño, falta un niño», y acertó a reconocer que es la voz de *la Señó*, «falta un niño, falta un niño», y él, «*mon Dieu, mon Dieu*», supo desde el primer momento que algo iba mal y se sintió culpable y no tuvo tiempo de ver el alcance de la tragedia porque enseguida perdió el conocimiento.

Dentro del coche sólo quedaba Fran, que se había quedado clavado en el asiento, atado al cinturón de seguridad, presionado contra los hierros deshechos del automóvil.

El doctor Petrel pasó casualmente por allí. Se fijó en el niño. Cortó el cinturón que le oprimía el pecho. Lo atendió. También se fijó en el duque, tirado en la carretera, que había salido despedido con el asiento incluido.

Las ambulancias llegaron desde la cercana localidad de Corella. Fran se aferraba a las medallas colgadas cuando subió a la ambulancia que le llevó a la clínica La Milagrosa, de Tudela. Tenía medio rostro completamente desfigurado. Ante la extrema gravedad de sus heridas, Alfonso y los niños fueron trasladados al Hospital de Navarra, en Pamplona. *La Señó*, llena de angustia por la suerte de sus pequeños, se quedó en Tudela, con fractura de cúbito y de fémur. El niño ingresó en la



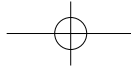
1984

clínica con parada cardíaca, fracaso multisistémico y trazado electroencefálico casi plano. Los médicos que lo atendieron comentaron que «el caso de Francisco está en el límite de la ciencia». El capellán del hospital, al ver el estado del niño, le administró los Santos Óleos. Le operaron de urgencias y le trasladaron a la Unidad de Vigilancia Intensiva. Había muy poco que hacer. Sólo esperar el fatal desenlace.

Fueron los momentos más duros vividos en el seno de la familia. El marqués de Villaverde acudió enseguida a Pamplona. Llamó a su hija, con quien no hablaba desde hacía cinco años. En esta ocasión, apartó el resentimiento para arropar a su hija en aquel profundo dolor. Carmen llegó al hospital cuando aún no se había hecho público el parte médico de la muerte de su hijo. No querían dejarle ver a su hijo, porque estaba desfigurado. Pero ella insistió y se sentó a su lado. Fran nunca supo que su madre había llegado.

El abuelo Cristóbal pidió a un grupo de amigos que entrasen a ver a Alfonso para valorar sus lesiones cerebrales. Algunos se resistían, pero el marqués insistió. «Pasad, por favor, necesito ver si os reconoce.»⁶⁶ Carmen fue la primera, llena de congoja. El hombre al que alguna vez amó se debatía entre la vida y la muerte. Sólo estuvo unos segundos. Cuentan que Alfonso, al oírla, se despertó unos momentos. Se sorprendió muchísimo cuando vio a su ex mujer. Dio un bote en la cama y volvió a su inconsciencia. Carmen quedó profundamente impresionada. Dicen que no pudo contener las lágrimas. Al día siguiente, su padre volvió a pedirle que visitara a su ex marido. Esta vez se negó. Era demasiado brutal para ella. Demasiado brutal para cualquiera.

Los Borbón Dampierre desenterraron el hacha de guerra. No era el mejor momento. Todo el mundo lo sabía. Acusaron a Carmen de desentenderse de su ex marido. Carmen era una mujer impotente y desesperada que estaba sufriendo el trago



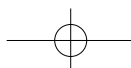
LUIS ALFONSO DE BORBÓN

más amargo de su vida. El choque más atroz que puede vivir una madre. Su hijo mayor se debatía entre la vida y la muerte. Y todas sus energías se centraban en Luis Alfonso, que había sobrevivido de milagro y permanecía semiinconsciente.

Dos días después del accidente, el martes 7 de febrero, Fran se cansó de luchar contra las gravísimas lesiones cerebrales que lo tenían en coma. La cruel responsabilidad última de dejar de suministrarle la ventilación mecánica quedó en manos de su madre. Eran las tres y cuarto de la tarde. «Las manos, las manos, las manos las tiene intactas y yo quiero besarle las manos.» Y le besó las manos y, entonces, lloró mucho.⁶⁷ «Se me ha muerto lo más querido de mi vida. He perdido lo que más quería en este mundo»⁶⁸, lloraba su madre una y otra vez. La prensa destacó la entereza de la madre, «que no ha dramatizado en público, pero ha llorado amargamente en privado». Un año más tarde, Carmen declararí­a: «Hay sentimientos que debes guardar para ti sola; guardé silencio cuando me inundó el dolor por la muerte de mi hijo, porque el dolor es para vivirlo, no para contarlo.»

El duque de Cádiz, en sus memorias, le contarí­a a Marc Dem su versió­n de aquellos hechos dramáticos: «Regresábamos cansados y contentos, cuando, en la carretera de Navarra, un camión se nos echó encima en un cruce y trituró literalmente mi coche lanzándolo treinta metros atrás. Este es el hecho tal cual pude percibirlo en aquel instante. Un segundo después me había hundido en la oscuridad más absoluta. Del resto no me enteraría hasta más tarde, cuando salí del coma, que se prolongó doce días. Supe que en el borde de la carretera deliraba en francés: “*Mon Dieu, mon Dieu...*” Al ver mi coche, un CX, me tomaron incluso por un francés. Luis Alfonso estaba herido; la señorita de los niños, también. Villaverde y Gonzalo no me revelaron, hasta que lo juzgaron conveniente, la atroz verdad: Francisco, mi hijo mayor, había muerto.

»Es inútil que describa mi dolor, el más grande de mi vida.



1984

Es de los que dejan en el corazón una herida que no se cicatriza jamás. Luis Alfonso permaneció un mes en el hospital. Por mi parte, sufrí veintiséis fracturas que requirieron seis operaciones. Pero ¿podía maldecir el Destino? El Destino es lo que Dios permite. Tiene sus razones para hacerlo. Francisco fue enterrado mucho antes de que me enterara de que había sido arrancado a mi afecto.»⁶⁹

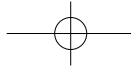
El mundo es un misterio. Sólo el Azar, el Destino o la Providencia deciden la vida y la muerte. Era la única lección que se podía sacar de todo aquello.

«Que no se entere papá»

El duque había sufrido veintiséis fracturas en el cráneo, la clavícula, las costillas y el fémur, y sufría una conmoción cerebral que le hizo perder la memoria de lo ocurrido. Tuvo que ser operado en seis ocasiones. Durante semanas, los médicos temieron seriamente por su vida.

Luis Alfonso también quedó inconsciente a causa de una severa conmoción cerebral. Tenía múltiples cortes en el rostro y una luxación de cadera que le obligó a llevar muletas durante mucho tiempo. «Entré en coma. Cuando me desperté al cabo de una semana, mi abuelo me anunció que Francisco estaba muerto y que mi padre seguía inconsciente»⁷⁰, recordaba Luis Alfonso. Sólo cuando los médicos lo aconsejaron, el marqués de Villaverde, con un tacto infinito, le dio la noticia. Luis Alfonso se quedó sin palabras. «¿No lo volveré a ver?», preguntó. «Bueno, ahora Fran está jugando con los ángeles», dijo el abuelo. Y, con una sensibilidad impropia de un niño de nueve años, añadió: «Habrà que procurar que no se entere papá.»⁷¹

Papá todavía no lo sabía. Cuando empezó a restablecerse, preguntaba por sus hijos con insistencia. Gonzalo de Borbón



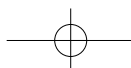
LUIS ALFONSO DE BORBÓN

y Cristóbal Martínez-Bordiú capeaban el temporal como podían: le decían que estaban hospitalizados en Pamplona, que Carmen había llegado desde París y estaba con ellos... Las enfermeras se inventaban cortes de luz a la hora de los informativos. Incluso revisaban los periódicos y las revistas que se le entregaban y arrancaban las páginas con los detalles de la noticia para evitar que se enterara de la verdad. El duque se quejaba porque decía que estaban incompletos. Circuló la noticia de que, en una ocasión, le pasaron al duque un periódico deportivo, en el que aparecía la publicidad de una revista que anunciaba en portada el reportaje del entierro de Fran. El duque se quedó muy sorprendido. Preguntó a su alrededor. Nadie le dijo nada. Afortunadamente, su estado de semiinconsciencia le hizo olvidar enseguida lo que había leído. Del accidente no guardaba ningún recuerdo. Nada. El golpe que se llevó fue tal que se le quedó la memoria en blanco. Sabían que antes de darle el alta había que darle la noticia del accidente, de las heridas mortales de Fran. Sabían que iba a ser un golpe terrible. Por eso, poco a poco, a su alrededor le iban preparando el terreno para que enajenara mejor la tragedia.

Después de haber permanecido quince días en el Hospital de Navarra, Luis Alfonso, su padre y *la Señora* fueron trasladados a Madrid. El domingo 19 de febrero, los tres heridos, en tres ambulancias, embarcaron en un *Hércules* del Ejército del Aire, rumbo a la Clínica de Nuestra Señora de La Luz, en Madrid.

A medida que pasaban los días, los recelos del duque iban en aumento. La familia recurrió al asesoramiento del doctor Vallejo Nájera, el prestigioso psiquiatra, para que fuera él quien dictaminara cómo y cuándo comunicarle la noticia.

La 919 era la habitación sencilla de Alfonso, con una cama, un sillón, un sofá y una mesita. Como único entretenimiento, una televisión en blanco y negro, que ya entonces era anti-



1984

gua. La tele estaba constantemente encendida, de fondo, porque en realidad nadie veía o se fijaba en lo que ponían. El duque estaba tranquilo. Ocupaba su tiempo conversando con las pocas visitas que le permitían recibir, y con la lectura de algún libro. Al lado de su cama, la puerta de acceso a una suite, más amplia, donde cada noche dormía la abuela Emanuela, pelo claro y corto, falda tableada y juvenil, siempre con un pitillo en la mano y hablando en francés. No se apartó ni un segundo del lado de su hijo.

El viernes 9 de marzo, Luis Alfonso visitó a su padre. Ya había sido dado de alta. Le acompañaban Mariola y Rafael Ardid, con quienes estaba viviendo. Carmen ni siquiera subió a verle. Se quedó en el garaje, esperándolos. Siguiendo las instrucciones de su abuelo, Luis Alfonso le dijo a su padre que Fran estaba en Pamplona. Fue un momento muy amargo para el niño.

Dos días después, el domingo, el abuelo Cristóbal entra con determinación en la habitación de Alfonso. Allí estaban la abuela Emanuela, el tío Gonzalo y el administrador del duque, Claudio Chinchurreta. Había llegado el momento de poner fin a todas sus angustias, desasosiegos e intuiciones. La revista *Hola* lo contaba así:

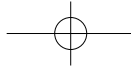
—¿Cómo está Fran?—preguntaba una y otra vez el duque.

—Mira, Alfonso, voy a serte sincero —dijo el marqués, enfrentándose a uno de los momentos más duros de su vida—. Si Fran sale de esta, va quedar ciego y paralítico para toda su vida.

—¡Dios mío, Dios mío! —exclamó el duque antes de romper en lágrimas. Tras unos instantes de sollozos, el atribulado padre se sobrepuso y preguntó—: ¿Cómo es eso?

—Yo, como médico —contestó Villaverde—, pido a Dios que se lo lleve.

—¡Dios mío!



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

El marqués se acercó a la cama y le besó en la frente, sin pronunciar palabra, acostumbrado al dolor de las últimas semanas. Don Gonzalo se mordía los labios para no llorar también.

—Bueno, entonces ponme con Mari Carmen —pidió Alfonso—. Quiero hablar con ella. Quiero que me diga cómo está Fran. Nadie consideró su petición.

—Ponedme con Mari Carmen —insistió.

—Mari Carmen... —comenzó a decir Villaverde— Mari Carmen está en Madrid. Creo que con esto ya lo sabes todo.

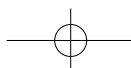
—¿Entonces...? ¿Qué pasa? ¿Qué pasa con Fran? ¿Está... muerto?

—Sí. Murió el 7 de febrero.

—¡Oh, Dios mío! ¡Ojalá hubiera muerto yo, y no Fran! —repetiría una y otra vez el duque de Cádiz.⁷²

La escena fue terrible. Alfonso no dejaba de llorar, hasta el punto de que tuvieron que suministrarle unos sedantes para que pudiera soportar la primera noche, que iba a ser penosísima. Estuvo dos días sin hablar, pidiendo con la mirada que le dejaran solo. «Sufrió un gran retroceso físico y psíquico. Abandonó la recuperación. Se hundió completamente.»⁷³

«El accidente de mi hijo mayor, Fran —declaró el duque—, son esas cosas que están marcadas en el destino de cada uno. Ojalá le hubiese seguido. Dios ha querido que yo viviera después de este accidente y que supiera veinte días después lo que había ocurrido con mi hijo mayor.»⁷⁴ Alfonso adoraba a su primogénito. Su recuerdo le sumía en estados de depresión y de intenso dolor. Se llegó a publicar que el duque tenía síntomas de locura: a veces pensaba que no había sucedido nada, otras veces creía que sus dos hijos habían muerto, a pesar de que ya había visto y abrazado a Luis Alfonso. «Sé que lo sucedido no lo podré superar nunca. Necesito de mucho tiempo para hacerme a la idea de que Fran ya no está conmigo.»⁷⁵ El duque se convirtió en un hombre más triste y más amargado. Cuando los médicos le pre-



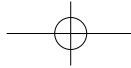
1984

guntaban, «¿te duele la rodilla?», él contestaba, «me duelen los recuerdos». Un día, el duque volvió a recordar a una amiga muy especial, Mirta Miller. «Me mantenía informada de todo, pero quería ser prudente. No quería presentarme allí sin que me reclamara. Era una situación muy delicada. Hasta que aquel día le pidió a mi madre su agenda para buscar mi número de teléfono.»⁷⁶ En la Clínica de La Luz aún recuerdan a Mirta Miller y sus visitas diarias, intensas, clandestinas. «Le traía la comida y la cena, porque el duque no quería probar bocado. Se pasaba horas y horas a su lado intentando animarlo, porque él lo único que hacía era llorar.»⁷⁷ Con la única ilusión de ver crecer al único hijo que le quedaba, asetado por sus padecimientos físicos y psíquicos, se iba consumiendo este hombre cuyos infortunios mantuvieron en vilo a todos los españoles.

* * *

Las puertas se abrieron al público a la una y veinte del mediodía. El entierro duró apenas diez minutos. En aquel cementerio de El Pardo, al lado del palacio, Carmen permanecía erguida, áspera, rígida, serena, enigmática, firme, pétrea, irrompible, recibiendo abrazos, amistades, besos y lloros sin consuelo, buscando el alivio así en el cielo que se le negaba como en la tierra. La bisabuela Carmen, a su lado, demacrada por el dolor, permanecía de pie.

Catorce coronas de flores rodeaban la tumba de Fran. Destacaba una muy colorida, que había hecho el viaje desde Pamplona, en la que podía leerse: «Tus compañeros del club de hockey no te olvidan.» En la lápida que cubrió su sepultura se inscribió el tratamiento de Alteza Real. Descansó al lado de un modesto sepulcro de granito negro en que puede leerse todavía la inscripción *Familia Carrero Blanco*, que conserva los restos del presidente del Gobierno, víctima de ETA, y muy cerca



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

del mausoleo de la familia Banús, donde está enterrado el afamado constructor de la Costa del Sol. Un montón de generales, secretarios, duques, almirantes y familias distinguidas que murieron antes que Franco quisieron también reposar en aquel cementerio, pensando que podría haber sido la última morada de su Caudillo. Cinco años más tarde, los restos de Fran fueron trasladados al monasterio de las Descalzas, donde, ahora ya sí, descansa eternamente junto a su padre.

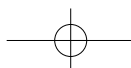
Al entierro acudió lo más granado de la nobleza española: los duques de Alba, los tres hijos mayores de los duques de Badajoz, los marqueses de Griñón, el ex presidente Carlos Arias Navarro, elevado a rango de marqués, los príncipes Tessa y Fernando de Baviera, el conde de Teba, el marqués de Ardales, la familia Nieto Antúnez, la familia Lapique, los marqueses de Tamarit, el duque de Huéscar, Elena Kirby, la condesa viuda de Romanones...

Un mes más tarde, los compañeros de colegio de Fran acudieron a El Pardo para celebrar un funeral en su memoria. Al acabar, el párroco acompañó a la familia y a los niños a la tumba de Fran a rezar un Padrenuestro. En ese momento, Carmen, desbordada por la emoción, se hundió.

Fueron las primeras lágrimas en público por su hijo mayor.

«¿Me puedo ir ya?»

Luis Alfonso no quería ni hablar del tema. Ni siquiera mencionaba el nombre de su hermano. Su madre era consciente de que sabía la verdad, pero temía que un trauma psicológico repercutiera en su recuperación física. Su familia y sus amigos no le dejaban ni a sol ni a sombra. Su madre acudía a su cita puntual con Luis Alfonso todas las mañanas, sola o en compañía de algún familiar. Allí pasaba la mayor parte

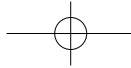


del día intentando que su hijo no se viniera abajo. Nunca perdió la sonrisa. No quería que su hijo pensase en otra cosa más que en divertirse. La habitación 926 estaba llena de juguetes desparramados por la cama y el suelo. Sus primos, con cierta envidia, comentaban que «Luis Alfonso no tiene tiempo de entristecerse por la cantidad de maquinillas electrónicas y juguetes que le rodean. Y ahora le llevamos un montón de tebeos... No sabemos cómo lo hace, pero puede con todo. Además no se duerme hasta muy tarde. Esperemos que, si viene a nuestra casa, podamos seguirle el ritmo, porque sino acabará con nosotros también...».⁷⁸ El propio neurocirujano que le atendía llegó a comentar que viéndole jugar al comecocos le bastaba para diagnosticarle un restablecimiento total.

Todos sus caprichos eran atendidos. Una tarde mandó que le subieran un televisor para no perderse un partido de tenis. Dos ayudantes del duque fueron inmediatamente a por un enorme televisor en color. «Estaba muy ilusionado con tener la tele en su habitación.»⁷⁹

La tía Mariola iba y venía de la clínica a su casa y de su casa a la clínica. Fue quien estuvo más tiempo junto a su hermana Carmen, generalmente acompañada de sus hijos, Borja y Jaime. Eran los candidatos perfectos para acoger a Luis Alfonso mientras su padre se recuperaba, o hasta que *la Señora* volviera a tomar las riendas de la casa del duque de Cádiz. «Aquí lo que hace falta es ayudar a mi hermana en todo lo que haga falta para que vaya intentando poco a poco olvidar este durísimo golpe. Carmen tiene que marchar a París. Ha dejado su casa ¡patas para arriba! y apenas si se vino con lo puesto. Tiene que ir ordenando otra vez su vida.»⁸⁰

Los abuelos también pasaron mucho tiempo junto a los enfermos. A veces, se quedaron hasta altas horas de la madrugada. El marqués no olvidó su condición de médico. El día de la operación de su yerno se puso la bata verde y entró en qui-



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

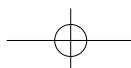
rófano para seguir de cerca cualquier incidencia. Cuando Luis Alfonso preguntaba: «¿Me puedo ir ya?», el abuelo Cristóbal bromeaba diciéndole: «¡Hala, a casa con Borja y Jaime!» Entonces Luis Alfonso exclamaba: «Claro, si me quitáis eso de la piedad...»⁸¹ «Eso» era una bota ortopédica que le habían puesto para ayudarle en su lesión de cadera.

También hubo sorpresas emocionantes y divertidas. Una tarde, Luis Alfonso estaba en su habitación con la abuela Nenuca, cuando vio que alguien entraba por la puerta. Luis Alfonso pensó que sería algún moscón de la prensa. Se giró con cara de pocos amigos y se encontró, nada más y nada menos, que a Juanito. ¡En carne y hueso! Era su delantero favorito, el pichi-chi de aquella liga, y uno de los deportistas más carismáticos del momento. Y no sólo Juanito. Detrás de él fueron entrando Miguel Ángel, capitán del Real Madrid, Corbalán, capitán de la selección española de baloncesto, y Alfredo Di Stefano, una de las leyendas vivas del fútbol nacional, que entonces era entrenador del club merengue. Luis Alfonso no sabía qué decir. Se quedó literalmente boquiabierto. Su cara era un poema. Era demasiado. Y, como remate, le regalaron un reloj musical con el himno del club y un balón de fútbol con las firmas de todos los jugadores. Juanito era el futbolista de moda entre los niños. Sabía cómo metérselos en el bolsillo. Y lo mismo hizo con Luis Alfonso. El pequeño rió a carcajadas aquella tarde.

—¡Juanito me ha dicho que yo también puedo jugar en el Madrid, en el equipo infantil!

Aquello le sirvió para fardar delante de sus primos durante mucho tiempo.

No todas las sorpresas fueron tan agradables durante su estancia en la clínica. Sus profesores le fijaron un plan para que aprovechara el tiempo y no sufriera un retraso en los estudios. Sus compañeros le llevaron los textos del colegio para hacer los deberes.



Cada día, a diferentes horas, una pareja de Policía Nacional subía a la novena planta, la de Luis Alfonso, el duque y *la Señora*. Se quedaban apostados haciendo guardia. Nadie dio importancia a aquellas medidas de seguridad. Pero la tenía. La abuela Emanuela, años más tarde, reveló un hecho que permaneció mucho tiempo oculto a la opinión pública: «La policía española descubrió un explosivo de Goma 2 en las dependencias de la UVI donde fueron internados Alfonso y mis nietos, tras el accidente que le costó la vida al mayor. Afortunadamente, no llegó a estallar.»⁸² Alguien parecía decidido a acabar con la vida del duque.

Ricardo de la Cierva escribió que don Alfonso de Borbón Dampierre merecía ser un héroe de las tragedias griegas clásicas. Su biografía está jalonada por numerosas fatalidades. Y, por aquella época, empezó a circular el rumor de que su infortunio podía convertirse en epidemia.

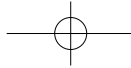
Estando todavía ingresado en la Clínica de la Luz, la hija de su abogado se sometió a una complicada operación de cirugía plástica. La intervención concluyó sin problemas. Por la noche surgió un problema posoperatorio y la muchacha fue llevada urgentemente a la UVI. Tras ímprobos esfuerzos para salvarla, la chica murió.

Un cirujano amigo de Alfonso se enteró de lo que le estaba pasando. Cuando se disponía a coger su coche para ir a ver a la familia de la joven, fue agredido por unos delincuentes comunes. No pudo hacer nada por la hija de su amigo.

A la desesperación de los padres se unió la del duque, que estaba muy unido a la familia de su abogado.

—¡Esto es terrible! ¡Terrible! —se lamentaba el duque—. Está muy reciente la pérdida de mi hijo. Sé lo que estará sufriendo esa familia. Me entran ganas de llorar. Fran vuelve más intensamente a mi memoria. Es terrible.

«Un golpe tras otro, implacablemente, vienen a parar a don Alfonso de Borbón», publicaba la prensa de la época.



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

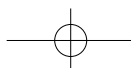
Las muestras de solidaridad eran constantes. Las telefonistas de la clínica contaban que recibían numerosas llamadas de apoyo, una panadera, un taxista, un campesino de voz ruda y extremeña, un profesor de universidad, que llamaban simplemente para saber qué tal estaban Luis Alfonso y su padre, sin querer que les pasasen con la enfermera de planta ni con un familiar...

España entera estuvo pendiente de la tragedia de Luis Alfonso. El segundo golpe de su vida le había llegado cuando no había cumplido todavía los diez años.

Mientras duren las actuales circunstancias...

Todos lo pregonaban: «Luis Alfonso está como nuevo.»⁸³ Anticipándose a los pronósticos más optimistas, abandonó la Clínica de La Luz el 4 de marzo, dos semanas después de haber sido trasladado desde Navarra. Soñaba con volver a la calle, con reincorporarse al colegio y con jugar con sus primos y sus amigos. Le acompañaba su madre, muy desmejorada pero sonriente, y dos amigos. Dos pasos por detrás, la abuela Emanuela. Luis Alfonso tenía la cabeza completamente afeitada, aunque ya asomaban los primeros cabellos. Le quedaban cicatrices en la frente y en la nariz, fruto de una operación a la que tuvo que ser sometido en Pamplona. La lesión de la cadera le obligaba a mantener en vilo una pierna, por lo que salió ayudado de dos muletas y una bota especial que le permitía apoyarse bien.

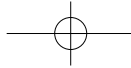
Luis Alfonso sintió pánico al salir de la habitación. Sabía que tenía que enfrentarse a la prensa. No le gustaba la idea de que le vieran andando con muletas y con la cabeza rapada. Siempre había alguien que le decía: «Te han pelado como a un militroncho.»⁸⁴ Su madre tuvo que estar largo rato conven-



1984

ciéndole de que saliera tranquilo y se dejara fotografiar. Carmen lo había dejado todo hablado con la prensa, «por favor, mi hijo está bastante traumatizado y no estoy dispuesta a soportar ningún tipo de persecución. Si acordáis conmigo que no nos haréis preguntas, bajaré con él y con un par de amigos que le están acompañando para que nos hagáis las fotos aquí durante cinco minutos». ⁸⁵ Una legión de periodistas le esperaba en el hall de la clínica. Luis Alfonso se armó de valor, dio un suspiro y salió de la habitación. Cuando vio la cantidad de micrófonos, focos y flashes que estaban pendientes de él, Luis Alfonso dio un paso atrás. Su madre se dio cuenta y le animó a seguir andando y a sonreír. «Sólo serán cinco minutos», le dijo. Los destellos de las cámaras le deslumbraron. Estaba aturdido. Una vez más, la prensa no le dejaba pasar desapercibido. Miró a un lado y a otro, vio que otros pacientes también se paraban y le señalaban con el dedo, mientras cabeceaban con cara de caridad. Él no quería la compasión de nadie. Dijo algo al oído de su madre. Estaba asustado, cortado. Carmen sonrió dulcemente. Le ayudó a pasar el trago. Los cinco minutos previstos por los médicos habían terminado. Eran las cinco en punto de la tarde.

Pasada la sesión de fotografías, los periodistas se quedaron haciendo guardia. Querían comprobar las reacciones del niño, ser testigos de su nerviosismo. Preguntaba a su madre si estaban todos sus regalos. Las numerosas visitas de los últimos días le habían dejado muchos detalles. Se quedó más tranquilo cuando le dijeron que estaban empaquetados y rumbo a la casa de su tía Mariola. Allí es donde iba a vivir hasta que se recuperase su padre. Una casa tranquila, en Pozuelo de Alarcón, lejos del ruido de Madrid y en compañía de sus primos favoritos, Borja y Jaime, que estaban encantados con la noticia. «Mi tía Carmen le deja venirse con nosotros. ¡Luis Alfonso se viene a vivir a casa!» Y, muy tímidamente, casi balbuceando, Borja



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

dijo al despedirse: «A partir de hoy seremos los nuevos hermanos de Luis Alfonso.»⁸⁶

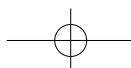
Las enfermeras y los médicos le despidieron efusivamente. «Han sido encantadores —decía el personal que les atendió—. Son personas muy educadas, simpáticas, formidables. No daban nada de guerra. Estaban siempre rodeados de la familia, que es la que les atendía.»⁸⁷

Un jeep les esperaba en la puerta de la clínica. Las escaleras tenían demasiados peldaños. Un amigo de la familia lo cogió en brazos y lo metió en el vehículo. Luis Alfonso, harto de la persecución humillante de la prensa, se tapaba la cara con las manos, les sacaba la lengua, les hacía burla. Su madre, a su lado, se divertía con la escena.

* * *

En abril, *Lecturas* publicó en portada una fotografía del duque, en la cama del hospital, con Luis Alfonso. Y titulaba: «Alfonso de Borbón lucha por la custodia de su hijo: Perdí a Fran. No dejaré, ahora, que me quiten a Luis Alfonso.» Dos meses después del accidente, superadas las tensiones del divorcio, este triste suceso se veía envuelto en una nueva polémica. Era el primer capítulo de una nueva guerra de acusaciones, requerimientos, declaraciones, traiciones... Luis Alfonso volvió a convertirse en arma arrojada.

Carmen, a través de Concha Serra, la abogada que le había llevado los trámites del divorcio, solicitó el 22 de febrero —apenas quince días después del accidente—, la guarda y custodia de Luis Alfonso, «mientras duren las actuales circunstancias», es decir, mientras el duque permaneciera convaleciente. Según la abogada, esta medida se tomaba «para evitar que alguna persona allegada de Alfonso venda exclusivas del niño». De manera provisional, un juez hace efectiva la custodia a su madre.



1984

Alfonso interpretó mal el gesto. Poco después, medio repuesto de sus lesiones, apareció en *Informe Semanal*.

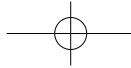
—Yo tengo que lamentar —decía el duque a Javier Basilio, responsable del reportaje— que estando todavía en un periodo muy grave, en un periodo en que se temía por mi vida, la abogada de mi ex mujer ha intentado quitarme la guarda y custodia de los niños. Evidentemente, esto es una maniobra muy artera hecha en momentos muy difíciles, y lo digo con enorme tristeza porque creo que hay cosas que en la vida no se pueden hacer.

Estas declaraciones encendieron la llama de la controversia. Eran unas declaraciones que conmocionaron a los millones de españoles que veían el programa. Una vez más, el país entero juzgaba a una mujer que había visto morir a un hijo y, según se decía, todavía no lo había llorado.

La réplica de Carmen no tardó en producirse. Cuatro días más tarde, Concha Sierra, en el programa *De jueves a jueves*, de Mercedes Milá, admitió que, dada la situación del padre, Carmen había creído conveniente que, de forma temporal, el pequeño estuviese bajo su custodia. Todo había sido un lamentable malentendido.

Poco después, pasadas las tensiones a causa de los propósitos de uno y otro sobre la custodia de Luis Alfonso, sus padres llegaron a un acuerdo. El pequeño viajaría a París con su madre, para pasar unas cortas vacaciones. Y luego pasaría con su padre la Semana Santa.

Alfonso entregó el pasaporte de Luis Alfonso para que viajara con su madre a la capital francesa. «Aunque necesito verlo diariamente —declaró—, porque me levanta el ánimo y me devuelve las ganas de seguir viviendo, no me importa que se haya marchado para pasar la primera semana de sus vacaciones con su madre. Quiero tenerlo a mi lado, insisto, cuando regrese a casa. Estaré en perfectas condiciones de ocuparme de él.»⁸⁸



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

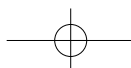
El 6 de abril, dos meses después de la muerte de Fran, partieron hacia París. Su madre quería huir con él, llevárselo lejos, lejos de Madrid, lejos del dolor y del drama, lejos de cualquier lugar que le recordase lo sucedido. Su madre quería que Luis Alfonso encontrara la tranquilidad necesaria para superar la desaparición de su hermano Fran.

La madre y el hijo, Carmen y Luis Alfonso, que todavía andaba con muletas, salieron muy de mañana de casa de Mariola. Les acompañaba el primo Borja. Dejaron las maletas en el coche, un Citroën que le había prestado la abuela Nenuca, y se dirigieron a la casa de Hermanos Bécquer, donde almorzaron. Después de una corta despedida fueron a la Clínica de La Luz. Carmen, como casi siempre, se quedó esperando en el coche, mientras Luis Alfonso subía a la habitación 919 para despedirse del duque. Padre e hijo estuvieron charlando poco más de quince minutos.

Llegaron a Barajas con el tiempo justo de tomar el avión, un vuelo de Air France, que salió puntualmente a las ocho de la noche de Madrid. Cuando llegaron a París, dos horas más tarde, el aeropuerto era un hervidero de periodistas que aguardaban a Luis Alfonso y a su madre. En el país vecino también se había seguido con dramático interés el desarrollo de la tragedia que había salpicado tan directamente al que algún día se convertiría en candidato al hipotético trono de Francia con el nombre de Luis XX.

La prensa fue a buscar y encontró a Rossi poco antes de la llegada de Luis Alfonso a París. Le hicieron notar que se le veía envejecido. «Sí —contestó con amabilidad—, efectivamente estoy algo desmejorado físicamente a causa de la desgracia sufrida por Mari Carmen. Yo tengo dos hijas mellizas que jugaban con Fran y Luis Alfonso, y todos hemos sentido la muerte de Fran.»⁸⁹

Antes de que acabara el año, la fatalidad se cebaría tam-



1984

bién con una de esas niñas. Pero todavía era pronto para que alguien percibiera que la adversidad andaba rondando por la casa de los Rossi.

Veredicto: culpable de homicidio

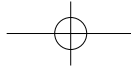
Ninguna culpa humana te es ajena, y tampoco es una cosa aparte la inocencia de ningún hombre...

WILLIAM SAROYAN, *El momento de tu vida*

La responsabilidad del duque en el accidente era un tema recurrente. La revista *Garbo* aseguró que, tras la inspección del lugar del siniestro, llegaron a la conclusión de que el lugar de los hechos estaba mal señalizado. Poco después, la Dirección General de Tráfico publicaba una serie de fotografías para desmentir rotundamente que el lugar del accidente estuviera mal señalizado.

El 7 de abril, dos meses después del accidente, Guillermo Ruiz Polanco, juez de primera instancia e instrucción de Tudela, dictó un auto de procesamiento contra el padre de Luis Alfonso por «imprudencia temeraria con resultado de muerte». Le imponía una fianza de siete millones de pesetas para asegurar las responsabilidades procesales. El accidente que le costó la vida a su primogénito le sentaría en el banquillo de los acusados.

El fiscal consideró los hechos como constitutivos de un delito de homicidio, lesiones graves y daños por imprudencia temeraria. En su calificación de los hechos, explicaba que el accidente se produjo por «circular a excesiva velocidad y completamente distraído, haciendo caso omiso de la profusa seña-

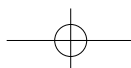


LUIS ALFONSO DE BORBÓN

lización». Y concluía: «El duque irrumpió en la calzada preferente sin detener su marcha y sin apercebirse de que, por la misma, en dirección a Tafalla, circulaba el camión Pegaso, matrícula SO-4808-B, en cuya trayectoria se interpuso el acusado, colisionando casi frontalmente.»⁹⁰ Pidió que el duque fuese condenado a diez meses de prisión menor y privación del permiso de conducir durante dieciocho meses, además de una indemnización a las personas afectadas con una cuantía total cercana a los siete millones de pesetas. La acusación privada mantuvo la misma petición que el fiscal, mientras que su abogado defensor solicitó que fuese absuelto. Al final, lo condenaron a seis meses de prisión menor y retirada del carné de conducir. «No me siento culpable», declaró al enterarse del veredicto. El Supremo rebajó la sentencia a cuatro meses. No tenía antecedentes penales, por lo que no tuvo que cumplir condena.

Al duque le sentó «como un mazazo en la cabeza»⁹¹ saber que se le imputaba un cargo de homicidio involuntario. Acusó al fiscal de intencionalidad política. Mirta Miller se apresuró a declarar que era «monstruoso que se acuse a don Alfonso de matar a su propio hijo».⁹² Y concluía: «Hay un exceso de publicidad contraria a don Alfonso.»⁹³

El duque y su entorno empezaban a tener la sensación de que había una conspiración contra él. A raíz de este incidente, alguien recordó que poco después de instalarse en España, sufrió otro accidente automovilístico que estuvo a punto de costarle la vida. Fue durante unas vacaciones que disfrutó con Gonzalo. Estaban en Inglaterra y querían pasar unos días con la abuela Victoria Eugenia, en Suiza. En esa época, los hermanos andaban escasos de recursos económicos. Así que decidieron hacer de una tacada el trayecto, en la versión italiana del Seat 600. Como Gonzalo no tenía carné, Alfonso condujo mañana, tarde y noche. Cuando quedaban muy pocos kilómetros



1984

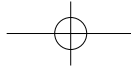
para llegar a Lausana, donde vivía Gangan, Alfonso se durmió. El coche se salió de la carretera y se empotró contra un árbol. El vehículo quedó para chatarra, Gonzalo, sin un rasguño, y el duque, con una rotura de fémur que le incordió toda la vida. Veintinueve años después, un descuido similar fue irreversible para su hijo Fran.

* * *

Luis Alfonso intentaba mantenerse ajeno a las polémicas que le rodeaban. Aunque a veces no fue posible. El día en que cumplió diez años, su padre y su madre fueron a buscarlo a la puerta del colegio, cada uno por su cuenta y sin previo aviso, para darle una sorpresa. Ante la embarazosa situación, fue Luis Alfonso quien tuvo que elegir entre los dos. Demasiada responsabilidad para un niño de diez años. Sabía de las tensiones que existían entre sus padres, pero, como un buen hijo, siempre intentó mantener el equilibrio entre un padre al que admiraba profundamente y una madre por la que siempre mostró debilidad. Finalmente, decidió marcharse a casa, para celebrar el cumpleaños con su padre.

A pesar de las muletas, al poco tiempo de abandonar la clínica, Luis Alfonso montaba en moto por las calles de la urbanización privada donde vivía con sus primos. Iba al colegio, daba largos paseos, acudía a la clínica cada día para acompañar a su padre en la rehabilitación, viajaba a París para ver a su madre y, como es lógico, pensaba en divertirse y en jugar con sus amigos.

En aquellas fechas causaron un fuerte impacto en la opinión pública unas imágenes de televisión en las que se veía cómo Luis Alfonso, tapándose la cara con la capucha de un abrigo blanco, apoyándose en las muletas, se encerraba en un ascensor para poder visitar a su padre. Segundos más tarde, la



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

cámara conseguía captar otra imagen del niño, esta vez a cara descubierta, con el pelo cortado al cero y una cicatriz que recorría de parte a parte su cabeza. El niño miraba a la cámara, ponía cara de pocos amigos y desaparecía de nuevo, cojeando con sus muletas, en la habitación de su padre.

La procesión iba por dentro. El carácter de Luis Alfonso había cambiado. «Se volvió más callado, más responsable. Durante mucho tiempo continuó hablando de Fran como si estuviera aún vivo. No quería que se tocasen las cosas del hermano»⁹⁴, contaba *la Señora*. Se enredaba en pesadillas en las que llamaba a gritos a su hermano.

En casa de la tía Mariola su vida transcurría con normalidad entre sus primos, como un hijo más. De vez en cuando, Luis Alfonso se quedaba parado, con la mirada perdida, y preguntaba: «¿Ya nunca veremos a Fran?» Y sus primos, bien aconsejados por un especialista, le contestaban: «Bueno, piensa en la suerte que tiene, que ya nunca tendrá que ir al cole, mientras que nosotros tendremos que seguir yendo.»

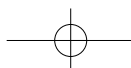
Fueron tiempos difíciles. Tiempos de infinita amargura para toda la familia.

Tragedia en el mar

O los heraldos negros que nos manda la muerte.

CÉSAR VALLEJO, *Los heraldos negros*

Fue una broma macabra del destino. La muerte puede llegar de mil maneras diferentes. Quizá por eso se presentó de repente en aquel pueblecito que se llamaba Hope Town, Ciudad de la Esperanza. Un lugar dejado de la mano de Dios. Tan



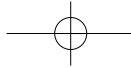
1984

dejado, que la muerte se coló por debajo de las olas para trun-
car brutalmente la vida de Mathilda Rossi. Tenía trece años.

Fue el 16 de agosto de 1984. Era viernes. Apenas seis meses
después de la muerte de Fran. Luis Alfonso veraneaba con su
madre y los Rossi en las Bahamas. Habían estado primero en
Disneylandia, el de Orlando, cuando el de París todavía no era
ni un proyecto a largo plazo. Luego habían planeado alquilar
un avión para pasar en Nassau la última semana de vacacio-
nes. Carmen y Jean Marie querían que Luis Alfonso escapara
de la muerte. Y se encontraron con la muerte cara a cara.

Mathilda, una de las gemelas, fue brutalmente mutilada
por la hélice de una lancha en una isla de las Bahamas. En
cuanto a las circunstancias del accidente, no hubo una versión
definitiva. Se dijo que los tres niños nadaban en el agua. Que
una lancha motora no advirtió su presencia. Se dijo que la niña
practicaba el esquí acuático cuando cayó al agua y se produjo
la desgracia. Se dijo que era Carmen quien iba arrastrada por
un cable de la lancha. Se dijo que Carmen estaba en Francia.
Que había dejado al niño a cargo de Jean Marie. Se dijo que
los tres niños, inexplicablemente, viajaban solos en una moto-
ra de 19 pies de largo. Se dijo que Carmen viajaba con ellos.
Se dijo que viajaba también una niñera, Margarita Balleste-
ros. Se dijo que un cuarto menor, al parecer, pilotaba la lan-
cha, un niño cuyo nombre nunca se dijo. Se dijo que una ami-
ga de la familia conducía la embarcación. Se dijo que el conductor
de la barca era Luis Alfonso.

Se dijo que la niña viajaba sentada en la cubierta de la
parte delantera. Que pudo ser que el agua se encabritase. Que
pudo ser la propia estela que dibujaba tras de sí la lancha. Que
pudo ser un brusco viraje de la motora. Que pudo ser cual-
quier razón, o sólo la mala suerte. Que algo hizo que la niña
perdiera el equilibrio. Que la niña salió despedida. Que fue
arrastrada por el remolino que dejaba la motora. Que Luis

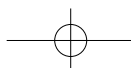


LUIS ALFONSO DE BORBÓN

Alfonso y Marella intentaron encontrarla. Que la perdieron. Que un barco navegaba cerca y notó algo raro. Que la lancha iba escorada hacia un lado. Que vieron una mancha de sangre en el agua. Que el propietario del barco vecino se echó al mar inmediatamente. Que se encontró con el cuerpo mutilado de la niña. Se dijo que Carmen recogió el cuerpo del mar. Se dijo que primero tuvo que ser el golpe en la cabeza. Se dijo que luego las aspas alcanzaron los miembros. Se dijo que las aspas destrozaron las manos de la niña. Se dijo que la hélice produjo numerosos desgarros en su cabeza. Se dijo que la hélice cortó limpiamente uno de sus brazos. Se dijo que el brazo nunca fue hallado. Se dijo que la hélice le cortó la cabeza. Se dijo que la muerte fue en el acto. Se dijo que los dos niños lloraban sin parar. Se dijeron muchas cosas. Y aún no se ha dicho la última palabra.

Todos pudieron ver el hachazo invisible y homicida, la elegía convertida en pesadilla de mar, sedienta de catástrofes. Jean Marie, impotente, desde la playa. Carmen, desde sus esquís, si es que esquiaba. Luis Alfonso y Marella, en primer plano, horrorizados, desde la barca. Fue una visión apocalíptica. Las hélices vomitando sangre, el ruido de los golpes contra el casco, los gritos estériles y angustiados. La calma. El estremecimiento que produjo en los niños, los gritos lejanos. El pánico. Las pocas palabras y el abundante llanto.

Y luego los pequeños detalles. Los trámites administrativos en la ciudad mexicana. El viaje precipitado de Bárbara, la madre. La estatua de piedra que fue Jean Marie sin poder levantarse de una silla. Las flores y telegramas que llegaban a la casa de Reuil-Malmaison. La vuelta precipitada de Luis Alfonso a Madrid. La comunión de infortunios entre Carmen y Jean Marie. Su íntima alianza con la tristeza y el silencio. Y Bárbara, la madre, que se negaba a volver a Francia sin el cuerpo de su hija...



1984

Luis Alfonso, trágico, tierno, taciturno, auestas con su nefasto destino y la muerte pincelada en la mirada, pidiendo a la providencia que tanta muerte muriera, que le aliviara la carga de tanta muerte cercana, de tanto llanto contenido, de tanta rabia, rostros crispados, ánimos hundidos, llegó a las diez y veinte de la mañana. Llegó en un vuelo procedente de Miami. Llegó acompañado de su tía Arancha. Llegó a Barajas, internacional, llegadas. Llevaba dentro aquel silencio, como grabado a fuego lento en la carne viva del recuerdo. Por eso se tapó la cara cuando lo de los fotógrafos. Flash. Se ocultó la cara con las manos. Flash. Estaba desconcertado. Flash. Otra vez le hicieron fotografías. Flash. Por eso sólo quiso mirar al suelo, flash, huir de los flashes, flash, las carreras, flash, Luis Alfonso, Luis Alfonso, flash, cómo te encuentras, flash, escondiéndose, flash, qué tal está tu madre, flash, tapándose la cara con las manos, echas de menos a tu hermano, flash, echas de menos a tu hermanastra, flash, Luis Alfonso, flash, mira, mira, flash, tapándose la cara con las manos, flash, hasta que llegó al torpe refugio de un coche, flash, que le aguardaba para llevarle, flash, al lado de su padre, flash, que le echaba de menos y aún llevaba las muletas de cuando el accidente de Fran, flash, y se sintió más seguro, flash, y se tapó la cara con las manos.

El día que habló del tema, Luis Alfonso le dijo a su niñera: «¿Sabes que una amiguita mía de París también está en el cielo, como Fran?»⁹⁵

«Son demasiadas desgracias para un niño tan pequeño —dijo la tía Mariola cuando se enteró—. ¡Ojalá se recupere pronto!»⁹⁶



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

«¡Pues vaya noticia!»

El resto de las vacaciones de Luis Alfonso se convirtió en una permanente huida hacia delante de los dramas y los periodistas. No siempre lo consiguió. A finales de septiembre, un paparazzi consiguió una de las imágenes más buscadas del momento: Alfonso de Borbón y Mirta Miller, fotografiados durante unas vacaciones por el mar Egeo a bordo del yate *Marala*. En la isla griega de Mikonos se hicieron juntos, por primera vez, una fotografía el duque y la actriz. Luis Alfonso les acompañaba y, otra vez, veía cómo su intimidad era aireada por la prensa.

Y así empezó su quinto curso de EGB, en el Cours Molière, un colegio privado de Pozuelo de Alarcón, donde seguía un plan de estudios personalizado, culturalmente muy completo, exigente y con afán de integrarse en la cultura europea. Las clases eran impartidas en francés y español. Sus padres siempre quisieron que hablara correctamente los dos idiomas. Trabajador, aplicado, inteligente, no tuvo ningún problema de asimilación, a pesar de los golpes, y pudo seguir perfectamente el ritmo de las clases, arropado por todos los amigos que tenía en el colegio. Alegre, inquieto, bromista, buen compañero, Luis Alfonso siempre gozó de una enorme popularidad en el Molière. No era difícil verle persiguiendo a sus amigos en el patio, manteniendo conversaciones divertidas o juntándose con alguno para construir cabañas escondidas desde donde podían ver sin ser vistos. Lo que más le diferenciaba de los demás era su altura, la corte de fotógrafos que desfilaban de vez en cuando por el colegio y el coche oficial con escolta que le acompañaba hasta el Molière. El colegio le divertía, aunque los exámenes se le hacían bastante pesados. Le divertían más los deportes, las matemáticas se le daban bastante bien y la que más le gustaba era el dibujo. La asignatura que más le costa-



1984

ba era la ortografía francesa, y de vez en cuando tenía algún que otro problema con la física. Le encantaba rodearse de amigos: los que le acompañaban a París, los que le ayudaban a estudiar, los que practicaban deportes con él... Le gustaba estudiar en casa con algún amigo, y su padre, preocupado como siempre por la educación de su hijo, se interesaba por saber cómo les iba. No le gustaba hablar de su vida personal. Los que siguen siendo amigos suyos, los que nunca le han fallado, lo sabían y nunca le preguntaban. Era la mejor manera de respetar su intimidad.

El duque decidió contratar a una nueva institutriz, Madame Breton, que, además de ser profesora en el Cours Molière, empezó a dar clases particulares a Luis Alfonso. No es que prescindieran de los servicios de *la Señora*. Manuela estaba todavía muy afectada por la tragedia, marcada por el dolor. Tampoco se había recuperado totalmente de las lesiones producidas en el accidente. Aunque era la que mejor conocía a Luis Alfonso, no estaba en condiciones de seguir la educación del niño.

* * *

El 23 de abril, en vísperas del décimo cumpleaños de Luis Alfonso, *Garbo* publicó en portada un «gran bombazo» informativo: «Carmen y Rossi deciden casarse.» Era la primera vez que se hablaba abiertamente del tema. La revista ya anticipaba la polémica que se produciría en caso de que fuera cierto: «¿Casarse ahora, cuando hace poco enterró a un hijo?», se preguntaba.

El 11 de diciembre de 1984, antes de que acabara el año de las dos horribles tragedias que habían vivido, después de cinco años de convivencia y cuatro meses de embarazo, la pareja decidió formalizar su relación en un matrimonio civil. La ceremonia se celebró en el juzgado número once de París. Y



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

no pudo ser más sencilla y discreta. Carmen, de luto riguroso, y Jean Marie, impecable con un traje gris, corbata negra y gabardina. No existen fotografías de la boda. La intimidad fue tan absoluta que ni siquiera hubo invitados. Se llegó a publicar que los testigos los puso el juzgado donde se casaron. En la ceremonia, en total, había cinco personas, contando a los novios y al juez de paz.

Por la noche, convertida en señora de Rossi, Carmen telefoneó a Madrid para dar la noticia. Primero llamó a su madre. Su abuela le preguntó si era feliz. El marqués de Villaverde ni siquiera quiso ponerse al teléfono. El nuevo yerno seguía siendo para los Franco un total desconocido. Ni Jean Marie había pisado la casa de Hermanos Bécquer, ni ninguno de los Franco, por supuesto, viajó a Reuil-Malmaison. Carmen llevaba divorciada desde mayo del 82, pero su familia seguía dando la espalda a su relación con Jean Marie.

La primera en conocer a Rossi fue la abuela Nenuca. Un mes después de la boda, el 17 de enero de 1985, la duquesa de Franco viajó a París con el pretexto de asistir a un recital de Julio Iglesias. Cuando le informaron del embarazo de su hija, decidió que había llegado el momento de conocer a su nuevo yerno. El marqués de Villaverde, por el contrario, y a pesar de que las relaciones entre padre e hija habían mejorado algo a raíz de la muerte de Fran, nunca perdonó a su hija que abandonara a los niños y a su amigo Alfonso, que seguía siendo su único y verdadero yerno. Durante toda su vida intentó evitar encontrarse con Rossi. No fue posible. En junio de 1991, coincidieron en una boda en Marrakech. Cuando se encontraron cara a cara, se limitaron a cruzar un frío saludo. No volvieron a dirigirse la palabra, a pesar de que estuvieron alojados en el mismo hotel durante tres días.

El caso de la abuela era distinto. «Mi abuela no llegó a conocerle, pero mostró muchas veces interés en ello. No se pre-



sentó la ocasión. Siempre que la visitaba me preguntaba si era feliz.»⁹⁷ La abuela era una persona de profundas convicciones religiosas, que rezaba por la salvación de su nieta preferida. Nunca se le habría ocurrido recibir en casa al amante de su Carmencita, que, para colmo, tenía dos divorcios a sus espaldas. Carmen dijo en más de una ocasión que, cuando la gente la criticaba, su abuela, con una mentalidad más abierta que la del marqués de Villaverde, decía: «Lo que haga mi nieta, bien hecho está.» Y así callaba a todo el mundo. Ni siquiera tras la muerte de Fran, ni después de obtener la nulidad matrimonial de Alfonso, la Señora conoció a Jean-Marie. Según Carmen, «no se dieron las circunstancias adecuadas».⁹⁸

Después de haber hablado con las Cármenes para comunicarles lo de su boda, la flamante señora Rossi telefoneó a su ex marido. La conversación apenas duró un minuto. *Hola* lo recogía así:

«—Alfonso, tengo una noticia que darté... —dijo.

—Tú dirás.

—Me he casado con Jean-Marie... ¿qué te parece?

—Me parece bien —respondió con frialdad—. Ya lo teníais previsto. Creo que ya era hora.

—¿Está Luis Alfonso?

—Sí, un momento.

—Hola, mamá —dijo el niño con voz alegre.

—Luis Alfonso, tengo una noticia muy importante que comunicarte. Me siento muy feliz...

—¿Una noticia? ¿Cuál?

—Me he casado.

—¿Con quién?

—Con Jean Marie.

—¡Pues vaya noticia! ¡Pues vaya una novedad! Mamá, ¿estaremos juntos estas navidades?

—Claro que sí. Nos iremos de vacaciones. Un beso.»⁹⁹

LUIS ALFONSO DE BORBÓN

Alfonso, poco después de aquella boda, declararía que el matrimonio de su ex mujer «es algo que no me concierne». Luis Alfonso, por su parte, decía que estaba contento, pero insistía en que no le hicieran fotos, y los periodistas le seguían preguntando, y los compañeros se acercaron a ver qué pasaba, y Luis Alfonso, nada, que no me dejan en paz, y los paparazzis allí, sacando fotos, y los niños del Molière, haciendo remolino, se sintieron solidarios, héroes del silencio, guardianes de la intimidad de su compañero, que pedía una y otra vez que le dejaran tranquilo, que estaba muy contento, que sí, mientras los fotógrafos, dale que te pego, intentando hacer más fotos, hasta que el remolino de niños se convirtió en avalancha y se hartaron y formaron una barrera de brazos y carpetas y chaquetas y algún que otro balón y muchos gritos, uoooo, un parapeto de niños defensores, un muro que arrojó a su compañero, una barricada de solidaridad con el más débil, una empalizada que le sirvió de escondite, de todo el apoyo del mundo, de todo el socorro del que era capaz un grupo de niños, hasta que los fotógrafos se marcharon de allí y Luis Alfonso pudo seguir su camino a casa.

Todavía no sabía que la cosa no acabaría ahí. Su madre había tenido la inmensa fortuna de engendrar a Cynthia poco antes de la tragedia de las Bahamas.

Nadie lo sabía.

«Tienes una hermanita»

A principios de enero de 1985 viajó a Ginebra para ver qué le habían traído los Reyes en casa de su madre. Llevaban tres meses sin verse. Y Carmen aprovechó aquel encuentro para dar a su hijo, en portada y en rigurosa exclusiva, la noticia de su boda y de su embarazo.

1984

Hay una foto de antes del viaje. En ella, Luis Alfonso está tenso. Su padre, sentado a su lado, lo ha acompañado al aeropuerto de Barajas. Los dos están sentados en la sala de espera. Los dos miran a un punto fuera del cuadro, como ignorando al fotógrafo, resignados a que la prensa se interese por ese momento intrascendental en que un niño espera, junto a su padre, que llegue un avión que le llevará a miles de kilómetros para encontrarse con su madre.

Esta imagen contrasta con la abundancia o exageración de fotos a todo color de la madre y la cantidad de información que contiene el reportaje. Así nos enteramos de que Carmen corría nerviosa y solitaria por el concurrido aeropuerto de Ginebra. Después de tres meses de separación, Carmen llegaba tarde a recoger a Luis Alfonso. Desde la última vez que se vieron, habían pasado demasiadas cosas en la vida de Carmen, y la revista pasa a detallar que demasiadas cosas son la boda y la noticia de que iba a ser madre. Carmen no estaba maquillada, y con el frío del invierno suizo, su rostro había empalidecido. Eso sí, ni los ojos, con su vivacidad, ni sus labios, con su sonrisa, han perdido encanto, dice la revista. También dice que ha tenido suerte, porque el avión de Luis Alfonso llega con retraso. Quizá por eso sonreía. O porque ella se debe a su público en exclusiva. Luego nos cuentan que Luis Alfonso lo primero que hace nada más ver a su madre es preguntarle si ha venido sola, y que Carmen le contesta que sí, y nos quedamos con la ganas de saber qué piensa Luis Alfonso de los fotógrafos, si tenemos que entender que no son compañía, o que forman parte de la soledad de Carmen, y al mismo tiempo que nos quedamos con las ganas, estamos viendo la secuencia de fotos del momento del reencuentro, un momento que la revista califica a pie de página como el de la emoción del esperado abrazo entre madre e hijo, y sólo vemos a Luis Alfonso intentando ocultar su rostro con la capucha del anorak mientras su madre sonríe, y, por fin, a



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

toda página, una foto en la que ella sonríe y le acaba de quitar la capucha y él se está quejando, en actitud defensiva de puños cerrados hacia la capucha para volver a verles con la cara tapada a dos manos con la capucha, él, y empujando el carro con el equipaje y su embarazo, ella, sonriente.

La cosa termina con la noticia de que Carmen toma el volante y pone rumbo a los Alpes franceses, donde pasó la Nochevieja y los primeros días del nuevo año, en el que verá cumplidos sus deseos de maternidad.

* * *

Cynthia nació 28 de abril de 1985, tres días después del cumpleaños de Luis Alfonso. En una nueva paradoja del destino, esta niña llamada a hacer olvidar la tragedia de sus hermanos, vino al mundo el día de la Virgen del Recuerdo. Carmen dio a luz sola en una clínica de París. «Jean-Marie me acompañó a la clínica —recordaba—, pero luego se marchó. Estaba muy nervioso y hubiera sido contraproducente. En cuanto nació la niña y me subieron a la habitación le llamé por teléfono y enseguida vino al hospital.»¹⁰⁰

Luis Alfonso no viajó a Francia para conocer a su hermana recién nacida. Se enteró de su nacimiento cuando su madre le llamó por teléfono desde la clínica para decírselo. Los marqueses de Villaverde tampoco fueron a conocer a su nueva nieta. Estaban en Marbella, haciéndose un tratamiento de rejuvenecimiento en la clínica Incosol. En un día tan especial, la familia volvía a dar la espalda a Carmen.

La hermana de Luis Alfonso nació sin nombre. Sus padres habían preferido no saber de qué sexo era hasta el día de su nacimiento. Lo de Cynthia se decidió porque la gemela de Jean Marie murió el día de san Jacinto. Iba precedido por un Allegra, y seguido de Francisca Mathilda.



Cuando la bautizaron en una sencilla ceremonia en el domicilio de los Rossi, su hermano Jaime y todas las hermanas de Carmen acudieron a la celebración. José Cristóbal estaba por negocios en Nueva York y Francis declinó la invitación con la inmejorable excusa de que su mujer estaba a punto de dar a luz. También fue la abuela Nenuca, pero sin el marqués, que seguía empeñado en crucificar a su hija.

El bautizo de Cynthia hizo estallar una nueva polémica que vino a romper, una vez más, la frágil armonía de Luis Alfonso. Mientras Cynthia recibía las aguas bautismales, el pequeño participaba en el I Memorial Francisco de Borbón de hockey sobre hielo, en memoria de su hermano. Aquella competición desenterró el hacha de guerra en forma de acusaciones.

Según el último acuerdo que habían alcanzado tras la polémica suscitada después de la muerte de Fran, se sustituía el régimen ordinario de visitas los fines de semana por la posibilidad de que la madre avisara, al menos con quince días de antelación, de los momentos que podía pasar con su hijo. Acogiéndose a esta resolución, Carmen pidió al juez que permitiera a Luis Alfonso viajar a París para conocer a su hermana.

El duque se negó. El fin de semana coincidía con el torneo-homenaje a su hermano. «Luis Alfonso no está dispuesto a trasladarse a París renunciando a participar en la competición —decía el escrito que su abogado envió a la abogada de Carmen— y menos aún por el motivo que se invoca por la parte contraria, por muy venturoso que resulte para su madre el nacimiento de un nuevo hijo, que para aquél nada significa, al menos por ahora.»¹⁰¹

La denuncia de Carmen fue inmediata y contundente. Calificaba de «indignante» la oposición de su padre al viaje. «El duque de Cádiz no tuvo inconveniente en dejar sin clase a su hijo para obligarle a asistir a una ceremonia poco indicada

LUIS ALFONSO DE BORBÓN

para un niño de diez años, como la inhumación de los restos de su bisabuela la reina doña Victoria Eugenia en el monasterio de El Escorial. A partir de ahora el padre deberá solicitar permiso del juzgado cuando quiera disponer del niño en días y horas lectivos, absteniéndose de sacarle del colegio en tales fechas sin previo conocimiento y autorización.» Y continuaba: «Lo que ocurre es que el niño, con la ambivalencia de quien ha sufrido mucho en esta materia, oculta a su padre lo que sabe que a él le desagrada. Pero todos los compañeros de colegio de Luis Alfonso saben de la ilusión y la alegría con que habla de su hermana, que por serlo uterina, lo es indudablemente.»¹⁰²

En una improvisada entrevista que se hizo con la autorización del duque mientras participaba en el Memorial en homenaje a Fran, Luis Alfonso confirmaba al *Hola* que estaba muy contento con la llegada de su hermana.

—Me alegré muchísimo. Prefería una hermana, y por eso, aunque me gustan todos los niños, mi alegría fue mayor.

—¿Cuándo vas a ir a verla? —preguntó el periodista.

—No lo sé, supongo que me llamará mi madre para decírmelo, y entonces iré o vendrá ella.

—¿Vas a regalarle algo?

—Sí, pero todavía no he pensado qué le llevaré, pero lo que sea espero que le guste bastante.¹⁰³

Como todo lo que rodea a cualquier polémica, había tantas versiones de los hechos como testigos. Cuenta Paloma Barrientos que el fotógrafo Javier García Rangel hablaba de vez en cuando con los compañeros de colegio de Luis Alfonso.

—Se mosquea mucho con vosotros, los periodistas —contaba uno de ellos—, porque dice que os inventáis las cosas. Por ejemplo, con la historia de que está muy contento por tener un nuevo hermano.

—¿Él os ha dicho lo contrario?

—No, dice que le da igual y que considera al niño que va

1984

a nacer no como un hermano de verdad, sino como un hermano adoptado.

—Pero sí dijo que le gustaría un hermano para jugar con él

—No, ¡qué va!, él dice que ya nos tiene a nosotros. De todas formas casi nunca habla del tema.

—¿Os ha dicho algo sobre la boda de su madre con Jean-Marie Rossi?

—No le gustó, no quería que su madre se casara con otro, pero tampoco le hacemos muchas preguntas sobre esas cosas. Sabemos que no le gusta nada.¹⁰⁴

Con el bautizo a punto de celebrarse y la denuncia en curso, Alfonso se marchó a Roma. Tenía una reunión del Comité Olímpico Internacional. Absolutamente consciente de la situación de crisis que se vivía, dejó bajo llave el pasaporte de su hijo. Nadie sabía cuándo iba a volver del duque, que retrasaba su regreso sin dar explicaciones.

Carmen solicitó a la Dirección General del Estado que, mediante un salvoconducto urgente, autorizaran a su hijo a volar hacia París, para que asistiera a la celebración del bautizo de su hermana. El 11 de mayo de 1985, el juez de familia autorizó el viaje, en compañía de sus tíos maternos. A pesar de la resolución judicial, Alfonso permitió que su hijo eligiera entre el bautizo de su hermana o el torneo en recuerdo de su hermano. Una vez más, el duque preguntaba —¿condicionaba?— a su hijo antes de tomar cualquier decisión que afectase a la relación con su madre. Una vez más, Luis Alfonso se enfrentaba a la espionosa tarea de ejercer de juez y parte entre sus padres. Y, una vez más, eligió quedarse en casa. Luis Alfonso estaba muy ilusionado por jugar ese campeonato. «Sé que Fran nos está viendo —declaró a la prensa, vestido con los colores del Club de Hockey Boadilla, el mismo equipo en el que había jugado su hermano—, y todos los del equipo le ofrecemos los partidos de este torneo.»¹⁰⁵ Aquella competición iba a ser una fiesta en



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

honor de Fran. Y no iba a dejar que nada se interpusiese en su camino. Luis Alfonso, a pesar de que, quizá por culpa del estado de nervios en el que se encontraba, había pasado los últimos días con fiebre, se dejó la piel en cada uno de los partidos del I Memorial Francisco de Borbón de hockey.

Luis Alfonso no conoció a su hermana hasta el mes de julio, poco antes del fin de curso. *Diez Minutos* contaba que «al parecer, el hijo de los duques de Cádiz ha quedado encantado con su nueva hermana, que se está criando a las mil maravillas». Pero como Luis Alfonso estaba en edad de jugar y quemar energías, después del encuentro con Cynthia lo que más le apeteció fue darse una vuelta en bici por el bosque cercano al domicilio de los Rossi.

En agosto, Cynthia se daba a conocer en la portada de *Hola*. Eran las primeras fotos de Luis Alfonso con su hermana. La familia Rossi posaba en el mar del Norte con sus hijos. Aseguran que el dinero de la exclusiva lo dedicarán a la lucha contra el cáncer.

A la luz de las imágenes, Luis Alfonso parece feliz. Es de las pocas veces que le vemos la cara en sesión fotográfica con su madre.

Esta vez, también él sonríe.

* * *

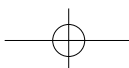
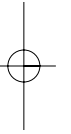
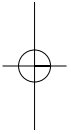
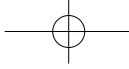
Luego vino el cambio del Molière por el Liceo Francés, las charlas de historia de la familia con su padre, las Semanas Santas en París, las largas jornadas practicando el esquí, las conversaciones telefónicas con su madre, las primeras clases de equitación, la colección de sellos, las persecuciones constantes de día y de noche de los fotógrafos, las horas jugando delante del ordenador, las victorias y las derrotas del equipo de hockey sobre hielo, las horas nadando para corregir la leve lesión de la



1984

cadera, el abróchense los cinturones, el susto con la moto en el 87, las tardes en las casas de los amigos, las lágrimas de rabia y de impotencia por no poder evitar el acoso de la prensa, la plena recuperación de las heridas de su padre, las fotos oficiales con los chicos del equipo, la camiseta con la foto de mamá, los chipirones en su tinta de la bisabuela Carmen, el esquí acuático en el pantano con el abuelo Cristóbal, las risas con Javi durante los partidos, las oraciones por Fran antes de acostarse, las maletas perdidas, las tardes en el zoo con Cynthia, los madrugones para llegar pronto al Liceo, las aventuras de Astérix y Obélix, el París es un rollo, las vacaciones de navidad partidas entre sus padres, los ejercicios de musculación en el aparato multiusos que había en casa, las misas de domingo y días de guardar, los primeros actos públicos con su padre como sucesor al trono de Francia, la muerte de la señora de Meirás, las pretensiones dinásticas, las mil y una artimañas para evitar el acoso de la prensa, los primeros amores de adolescencia, los no quiero hacer declaraciones, el calor de la familia, el revolotear de los nombres y las cifras en los aeropuertos, los partidos del Real Madrid, la magia de McEnroe sobre la pista, las canciones de los Hombres G, los deseos de pasar inadvertido...

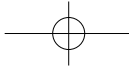
Luis Alfonso parecía feliz otra vez. La vida continuaba a su ritmo, borrando las penas, cuando, a la vuelta de la esquina, su padre partió hacia Estados Unidos. El destino traidor, la tragedia insensible, iban a escribir una nueva página de su biografía.



TRAGEDIA EN COLORADO

No hay otra verdad que el dolor; no hay otra realidad que el sufrimiento; dolor y sufrimiento en toda gota de agua, en toda hoja de hierba, en cada sonido de voz viviente, en sueño y vigilia, en vida, antes de la vida y tal vez después de la muerte.

IVO ANDRIC, Ex-Ponto



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

Muerte entre la nieve

¿Cuál era mi delito? Uno muy sencillo: ¡existir!

ALFONSO DE BORBÓN, *Declaraciones a Pilar Urbano*

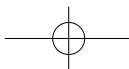
Lunes. 30 de enero. 1989. Estados Unidos. Oeste. Vail. Colorado. Estación de esquí de Beaver Creek. Un rincón paradisíaco en el corazón de las Montañas Rocosas.

Aquella tarde el viento era frío y un sol espléndido hacía sangrar blancura sobre la nieve en polvo. Un tiempo perfecto para el esquí alpino. Al día siguiente, seiscientos deportistas de cuarenta y tres países iban a disputar la prueba de descenso del campeonato mundial.

El duque de Cádiz, miembro del jurado, ataviado con su traje de esquiador, miraba la pista de descenso rápido que se extendía ante él. Le acompañaban tres esquiadores más: Tony Sailer, ex campeón austriaco, ganador de tres medallas de oro en los Juegos de Invierno de Innsbruck, en 1956; su esposa Gabi, y el encargado de seguridad de los campeonatos, el canadiense Ken Read. Habían decidido inspeccionar el estado de la pista, que estaba cerrada al público.

A unos doscientos metros de la línea de meta, los cuatro se pararon a charlar. Ninguno de ellos reparó en que un empleado de la estación, Daniel Conway, tensaba un cable de acero entrelazado de unos cuatro milímetros de grosor. Tenía orden de colgar la pancarta de meta. La maroma metálica que manipulaba se encontraba a poco más de un metro y medio de altura sobre la nieve. Los cables apenas se distinguían.

Los cuatro esquiadores iniciaron el descenso. Tony Sailer se adelantó enseguida, derrapando entre la nieve. A unos



TRAGEDIA EN COLORADO

cien metros de la línea de meta, el austriaco se detuvo, se giró hacia su derecha y gritó para advertir del peligro a sus tres compañeros. De repente, Alfonso, que le seguía a poca distancia, le adelantó como una exhalación por su izquierda. «¡Alfonso, cuidado, que abajo están trabajando!» Alfonso, como si asistiese al último acto de su propia tragedia, no pudo escuchar los gritos de Tony Sailer. Se dirigió velozmente hacia la línea de meta. Su tiempo estaba visto para sentencia. Según la versión oficial de los hechos, Alfonso se precipitó a una velocidad considerable sin ver el obstáculo que le costó la vida. Fue un golpe seco. Violento. Brutal. Alfonso se golpeó con el cable de acero en el pecho y, por la propia inercia del descenso, la cuerda metálica se deslizó hasta el cuello y le desnucó, partiéndole las cervicales. Nadie escuchó sus últimas palabras porque tampoco pudo pronunciarlas. El alambre penetró tres centímetros en su cuello, provocándole una incisión en forma de media circunferencia que seccionó la arteria carótida. El informe preliminar de la autopsia certificaría luego que la muerte se había producido «por fractura de cráneo» y que el duque había sufrido «una laceración en el cuello que partió la base del cráneo y el nervio de la columna».

«¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío!», gritó Sailer unos segundos después de la tragedia, al verle tendido en el suelo. Eran las 15:56. Las 23:56 en España. «Acababa de advertirle que al final de la pista había obreros trabajando —explicaba Tony Sailer, aún en estado de *shock*, a la prensa española—. Estoy seguro de que me oyó, aunque ignoro si entendió lo que decía. Quizá le hablé en alemán, en vez del francés que utilizábamos habitualmente. O quizá creyó que me refería a otros obreros que también estaban trabajando fuera de la pista. En cuanto me di la vuelta, pasó a mi lado como una exhalación y un segundo más tarde estaba muerto.»

LUIS ALFONSO DE BORBÓN

Alfonso permaneció un buen rato tendido en la nieve. Cuando por fin llegaron los servicios de urgencia, aún tenía pulso. Un pulso muy débil. Le metieron con sumo cuidado en la ambulancia. Le trasladaron al Vail Valley Medical Center. Una vez allí, el forense certificó su muerte. Eran las 16:48. Como dejó escrito Joaquín Bardavío¹⁰⁶, «ha muerto un hombre a quien nadie pudo envidiar».

En sólo unas horas, Beaver Creek se convirtió en el centro mundial de la noticia. Paco Fernández Ochoa, desde Estados Unidos, difundió la noticia en las principales emisoras de radio españolas. Poco antes, había telefonado a La Zarzuela. Muy afectado, el primo Juan Carlos comunicó la muerte de Alfonso a la abuela Emanuela y al tío Gonzalo.

Sin pérdida de tiempo, la oficina del sheriff emprendió una investigación. Inmediatamente, acordonaron el lugar del siniestro. Reunió a los testigos presenciales para interrogarlos. No había pasado una hora del accidente, cuando el equipo de Televisión Española, capitaneado por Matías Prats, se presentó en el lugar de los hechos. A pesar de las instrucciones del sheriff, una máquina ya había removido la nieve. Los cables se habían colocado en su posición, con la publicidad colocada. La cámara captó algunas huellas. Las gotas de sangre todavía se veían húmedas y rojas como claveles sobre la nieve. La policía desalojó a los periodistas.

Las reacciones no se hicieron esperar. La confusión era total. Empezaron a circular versiones contradictorias sobre lo sucedido. El presidente de la Federación Internacional de Esquí comentó que el duque se encontraba en misión oficial, inspeccionando las pistas, cuando sufrió el accidente mortal. Tres horas después, en rueda de prensa, un miembro de la misma Federación se desmarcaba de las declaraciones de su presidente y afirmaba que Alfonso esquiaba solo, y que su presencia en la pista no tenía relación alguna con la organización. El

TRAGEDIA EN COLORADO

campeón del mundo de descenso Peter Müller aseguró que Alfonso y sus acompañantes no respetaron las normas oficiales cuando esquiaban en Beaver Creek. El esquiador suizo Pirmin Zurbriggen afirmó que «si la pista de descenso está cerrada, lo está para todo el mundo».

La forma en que se produjo la muerte empezó enseguida a levantar sospechas. Matías Prats, enviado especial de Televisión Española, declaró: «Ha sido espeluznante. La tragedia es difícil de creer, porque en la historia del esquí alpino jamás ha ocurrido una muerte similar a la sufrida por don Alfonso de Borbón.» Blanca Fernández Ochoa, la campeona del equipo olímpico español que se encontraba en Beaver Creek, declaró: «Lo que le ha ocurrido a don Alfonso es algo muy extraño, una posibilidad entre mil.»¹⁰⁷ Hervé Pinoteau, el secretario legitimista y confidente del duque de Cádiz, declaró: «Yo me esperaba esta desgracia.»¹⁰⁸ Nunca quiso dar explicaciones sobre tan enigmática premonición. En medio de aquella confusión, el policía Jeff Beavers se negó a desvelar detalles del accidente, alegando que la investigación aún no había concluido.

Paco Fernández Ochoa y un grupo de periodistas españoles se trasladaron a Idaho Spring. Allí se encontraba el cadáver, embalsamado y maquillado por la funeraria Tomford, vestido con traje gris, camisa blanca y corbata bermellón. Dicen que a Paco se le escaparon las lágrimas al contemplar el cuerpo sin vida de su amigo.

Nadie se explica todavía que el duque no viera el cable tendido de lado a lado. Que no escuchara los gritos de Tony Sailer. Que el lugar de los hechos se limpiara tan rápidamente. Todo había sido muy extraño. Tremendo. Inconcebible.

Y aún había que darle la noticia a su hijo.



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

«Tu padre ha muerto»

Entonces sonó el teléfono y supe en el acto que habría problemas. Nadie llama un domingo a las ocho de la mañana si no es para dar una noticia que no puede esperar, y una noticia que no puede esperar es siempre una mala noticia.

PAUL AUSTER, *La invención de la soledad*

A las tres y media de la madrugada en Reuil-Malmaison, ocho horas antes en Colorado, sonó el teléfono en casa de Carmen Rossi. La voz del marqués de Villaverde fue suficiente para temerse lo peor.

—Carmen... Alfonso ha tenido un accidente y ha muerto.

Carmen tardó en contestar al otro lado del teléfono.

—¿Le habéis dicho algo al niño?

—No, está durmiendo.

—Mañana tomaré el primer vuelo a Madrid.¹⁰⁹

Enseguida habló con *la Señora*. Estaba muy afectada. Después de tranquilizarla, le encomendó que no despertaran al niño bajo ningún concepto. Llamó a su hermana Mariola y le pidió que se trasladara a Pozuelo en cuanto amaneciese, para estar en casa cuando se despertara Luis Alfonso.

La Señora hizo lo que le habían pedido. Bajó las persianas de su dormitorio. Cambió de hora todos los relojes de la casa.

La primera en llegar a la casa donde duerme Luis Alfonso fue Mariola. «Todo esto es demasiado para un chico tan joven. Lo único que me interesa ahora es el niño»¹¹⁰, declaró. Cuarenta y cinco minutos después, a las once menos cuarto, llegó Arancha quien, como es lógico, también expresó su preocupación por el pequeño.



TRAGEDIA EN COLORADO

A las once de la mañana, Luis Alfonso se despertó. Se enfadó porque era muy tarde y nadie lo había avisado.

—Nana, ¿qué pasa? Voy a llegar tardísimo al colegio.

Inesperadamente, preguntó por su padre. *La Señó*, en vista de que su madre aún no había llegado, le fue allanando el camino.

—Luis, tu padre ha tenido un accidente esquiando... Pero no pasa nada. Verás como se pone bien.

—Es imposible, papá esquiá como nadie. Ha muerto, ¿verdad?¹¹¹

Al fin apareció Carmen. Las dos horas que dura el viaje de París a Madrid se le hicieron interminables. No pudo coger el vuelo de las 6:45. Tuvo que esperar al siguiente, a las ocho de la mañana. El avión aterrizó en Barajas a las diez y media. Una hora después, acompañada de una amiga, llegó al domicilio de su ex marido. Llevaba un jersey y pantalones negros, chaqueta gris larga de punto y zapatos de piel de cocodrilo. Ocultaba sus ojos bajo unas gafas oscuras de Christian Dior. Andaba a paso lento. El doctor Antonio Garrido, el pediatra que se ocupaba de la salud de los dos hermanos desde pequeños, llegó al mismo tiempo que Carmen.

A las doce y media, visiblemente emocionado, apareció el abogado del duque de Cádiz, Juan Pérez de Alhama. «Estoy sumamente impresionado y consternado, sin capacidad de reacción. Parece que Alfonso era una de esas personas que estaba predestinado, porque el drama le ha seguido desde la infancia y durante toda su vida.»¹¹²

«Cuando se lo dije, ya se lo imaginaba —declaró su madre—. Pero yo fui quien le dio la noticia de la muerte.»

La impresión de la noticia fue tremenda. El médico tuvo que suministrarle unos calmantes. Pasado el primer momento, no volvió a demostrar flaqueza.

La Señó fue una de las primeras en salir hacia el conven-



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

to de las Descalzas, donde se instaló la capilla ardiente con los restos del duque. Tenía la cara desencajada y los ojos marcados por el dolor. «Luis Alfonso apenas habla —contestó a la prensa—. Está muy afectado. Todos estamos más cerca de él. Nunca ha tenido tantos amigos de su edad en casa. Luis Alfonso es un niño muy querido. Ahora hemos de superar juntos este dolor que casi no nos deja respirar.»¹¹³

«Tenía menos de quince años el día que partió —declaró Luis Alfonso—. La violencia del dolor que atravesó mi corazón es indescriptible. Las lágrimas no manaban. Había caído en un abismo increíble. Estoy convencido de que la muerte debe ser más dulce que algunas pruebas de la vida. Aunque esté lejano, desde hace algunos años vuelvo a revivir... Si mi familia no hubiera estado presente, en particular mis abuelos maternos, no hubiese resistido. Me convertí en adulto mucho más rápido que otros chicos de mi edad.»¹¹⁴

Al abandonar la casa, la voz de Carmen es débil y serena: «¿Cómo quieren que se encuentre? Pues muy afectado, muy afectado...»¹¹⁵

A los catorce años, Luis Alfonso se convertía en el único varón superviviente de su familia.

* * *

Aquella mañana, a las nueve y pocos minutos, Mirta Miller aterrizó en Barajas. Llegaba tras doce horas de vuelo desde Buenos Aires. El relaciones públicas del aeropuerto le dio la penosa noticia. Al principio, le pareció mentira. Alfonso, deportista de elite, tan responsable, tan seguro sobre los esquíes, tan fuerte y lleno de reflejos...

En el contestador automático de su teléfono había quedado grabada una fatal despedida de Alfonso: «Hola, Mirta. Estoy en el aeropuerto para irme a Nueva York. No he conseguido



TRAGEDIA EN COLORADO

hablar contigo. Lo intentaré desde Estados Unidos. Un abrazo.»¹¹⁶

Estas fueron sus últimas palabras registradas. Resonaban en la cinta como un epitafio. Era el segundo mensaje que le dejaba. El último mensaje. Poco antes, había grabado otro: «¿Cómo estás? ¿Has hecho buen viaje? Te llamé anoche, pero estaba tu teléfono ocupado. Y entonces... Pues he pensado que habías regresado. Intentaré llamarte otra vez. Hasta luego.»¹¹⁷

Mirta Miller, la mujer que no quiso ser Borbón, estaba enamorada de Alfonso. Lo había conocido en 1973, durante una cena en casa de Ricardo Sicri, un amigo común, en La Moraleja. Él estaba aún casado con Carmen. Ella salía con Bernard Delagrangé. Alfonso, impactado por la belleza de la actriz, pidió a su amigo que la sentara a su lado. Y así ocurrió. «Nos tratamos de usted —recordaba Mirta—. Para mí en ese momento carecía de interés, no era para nada mi tipo, no le encontraba ningún atractivo.» Charlaron de Argentina, de Bariloche, de los deportes de invierno. «Carmen, su esposa, le llamaba de lejos a voces, para preguntarle cualquier cosa sin importancia. Daba la impresión de que le celaba bastante.» Él, mientras le servía vino, la miró a los ojos y le dijo que le recordaba a alguien. «Y yo, con toda la mala idea del mundo, contesté: “Sí, ya lo sé”.» «¿A quién?», me preguntó. «A Roxana Yanni, que es una gran amiga mía, le respondí.» Alfonso había salido poco tiempo, cuando era soltero, con esta Roxana, argentina como Mirta, y que lloraba las penas por el amor perdido de su príncipe azul. «Y cada uno volvió a su vida y sus parejas, ajenos por completo a la vida privada y los sentimientos del otro.»¹¹⁸

El flechazo se produjo el 8 de marzo de 1980. Ellos seguían siendo los mismos, pero sus circunstancias no se parecían en nada a las de aquel primer encuentro. Él había fracasado en su matrimonio. Ella intentaba superar la trágica muerte de su



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

novio en un accidente. Fueron un paño de lágrimas el uno para el otro. «Cuando se acercó, me dio dos besos —recordaba Mirta—. Sentí algo especial. Nuestras miradas se encontraban, como si aprendieran a entenderse.» Luego fueron a una discoteca, bailaron juntos, charlaron, se despidieron. «Fue amable; cuando ya se acercaba la hora de partir me preguntó si le permitía acompañarme a casa. Le dije que sí, me llevó en su coche y al despedirnos hizo otra pregunta: “¿Te apetecería cenar la próxima semana conmigo?”»¹¹⁹

Empezaron a verse a escondidas. Pronto se convirtieron en una de las parejas más discretas. A Alfonso le incomodaba la prensa del corazón. No le gustaba que interrumpieran su intimidad con preguntas indiscretas. Y mucho menos que le fotografiasen. Durante años, jamás les descubrieron. Con el tiempo, el rumor de que estaban viviendo un idilio tomó cuerpo cuando, en un descuido, el duque fue fotografiado de noche entrando en un portal, del que salía a la mañana siguiente. Enseguida se descubrió que quien vivía en ese edificio era Mirta.

Sus encuentros fueron prácticamente imposibles de fotografiar por la prensa del corazón. Se montaron guardias a la puerta de su casa, se les siguió por separado, pero nunca fue fácil conseguir una foto de los dos juntos. Se les vio en las mismas fiestas, pero siempre por separado. Para evitar comentarios, fingían no conocerse. Si les preguntaban, se excusaban diciendo que era pura coincidencia. Luego, fuera de España, pasaban juntos las vacaciones: iban juntos a esquiar a Suiza, viajaban juntos a las Bahamas, cenaban juntos en Nochebuena, o se iban de crucero por el Mediterráneo. Ese era el pacto. «Para evitar a la prensa casi siempre salíamos de Madrid en días u horarios distintos —recordaba Mirta—. O nos encontrábamos en el avión en asientos separados. Parecíamos espías de película y siempre nos salió bien. Desorientar a los curiosos tenía su encanto.»¹²⁰



TRAGEDIA EN COLORADO

En agosto de 1984 se les fotografió juntos, por primera vez. Estaban de crucero por las islas del Egeo con Luis Alfonso, cuando el barco atracó en la isla de Mikonos y allí se lo encontró un fotógrafo. «Con el tiempo me enteré de que, mientras paseábamos por las islas griegas de lo más tranquilos, Andrea Savini nos iba 'robando' imágenes espontáneas, perfectamente camuflado entre la población. Él mismo, muy amable, me lo confesó.»¹²¹

Nunca confirmaron su relación. Casi nunca hablaron el uno del otro en las revistas. En alguna ocasión, el duque comentaba que eran muy buenos amigos y pasaban ratos muy agradables. O Mirta opinaba sobre el proceso que convirtió a Alfonso en presunto culpable del homicidio involuntario de Fran. Sólo cuando murió Alfonso, escribió unas memorias en las que hablaba de su relación. Él, en las suyas, ni siquiera la nombraba.

* * *

Poco después de que Carmen le diera a Luis Alfonso la noticia de la muerte de su padre, poco después de que Mirta Miller aterrizara en Barajas, esa misma tarde del 1 febrero, mientras Carmen seguía en casa de Alfonso consolando a su hijo, el féretro cubierto con la bandera española con los restos mortales del duque de Cádiz llegó en un *DC 8* de las Fuerzas Aéreas Españolas. Juan Carlos había puesto el avión a la entera disposición de su primo Gonzalo y del marqués de Villaverde para que fueran a recoger el cuerpo de Alfonso. La comitiva que había acompañado el féretro esperaba en el aeropuerto de Denver. Todo estaba preparado para emprender el viaje de vuelta a España con el cadáver de don Alfonso a bordo. El gobernador del estado de Colorado había comunicado desde un principio a las autoridades españolas que facilitaría los trámi-



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

tes para el rápido traslado de los restos. Las leyes españolas requerían el embalsamamiento «permanente» de cualquier cuerpo que fuese repatriado, así como un certificado sanitario que dejase constancia de que la causa de la muerte no se había debido a ninguna enfermedad infecciosa. El cónsul español en Los Ángeles había conseguido acelerar y superar todos los trámites para la repatriación.

La abuela Emanuela, que había llegado el día anterior a Madrid procedente de Roma, esperaba impaciente y conmovida la llegada del ataúd. Cuando el cuerpo de su hijo descendió del avión, ya no pudo contener las lágrimas. Los restos fueron trasladados inmediatamente al convento de las Descalzas Reales, donde quedó instalada la capilla ardiente.

* * *

La mañana del 2 de febrero, Madrid se despidió para siempre de Alfonso de Borbón. El entierro se ofició en el convento de las Descalzas Reales, donde reposaban los restos de Fran. Aunque poseía oficialmente el tratamiento de Alteza Real, a alguien no le pareció adecuado que el Panteón de Infantes de El Escorial fuese su última morada.¹²² Alfonso de Borbón no recibió los honores correspondientes a su dignidad. En su lápida se inscribió el tratamiento de Alteza Real, pero no se colocó el título de duque de Cádiz ni, por supuesto, el de duque de Anjou, que podría recordar su reivindicación dinástica.

Las campanas de la iglesia repicaron cuando los Reyes llegaron al templo, dos minutos antes de las once y media, hora en que se inició la ceremonia

Luis Alfonso llegó acompañado por *a Seño*. En primera fila, resguardándose del frío con el abrigo de su padre, presidió el funeral. En algunos momentos parecía encontrarse como



TRAGEDIA EN COLORADO

ausente, con la mirada perdida y ajeno a cuanto sucedía. Mantuvo el tipo con entereza, sin derramar una lágrima. «Los Borbones y los Franco no lloran, son suficientemente fuertes para aguantar el dolor en las peores adversidades.»¹²³

La abuela Emanuela, a su lado, de luto riguroso, no se quitó las gafas oscuras que le ocultaban el llanto. Estaba visiblemente conmovida, con el rostro desencajado por el incomparable dolor que le causó perder a su hijo, y no hizo la preceptiva reverencia a Juan Carlos ni a Sofía. Al otro lado de Luis Alfonso, el tío Gonzalo, que no dejó de llorar en toda la ceremonia.

En principio, la bandera con la flor de lis de los Borbones iba a vestir el féretro. No pudo ser. La familia decidió entonces que tampoco se cubriese con la española, que había traído desde Estados Unidos. El ataúd, desnudo, se situó en el centro de la nave, sobre un catafalco recubierto por un paño negro.

La ceremonia duró cuarenta y cinco minutos. Fue oficiada por el padre Gregorio Isabel Gómez, el capellán de El Pardo que dio la primera comunión a Luis Alfonso. Por esa razón, le pidieron que celebrase la misa del entierro.

Carmen se sentó cinco filas detrás de su hijo, junto a sus padres y hermanos. No derramó una sola lágrima. Nadie le dirigió la palabra. La abuela Emanuela la miraba con desprecio. El abuelo Cristóbal estaba destrozado.

Cinco empleados de Patrimonio Nacional, vestidos de gala, sellaron los restos mortales de Alfonso. Sólo el sonido de la losa y los disparos de los fotógrafos rompen el silencio de la ceremonia. A las doce y cuarto del mediodía, el sepulcro queda sellado.

Cuando terminó la ceremonia, la Familia Real dio el pésame a Luis Alfonso, a la abuela Emanuela y al tío Gonzalo. Luis Alfonso abandonó el convento acompañado de sus primos, entre gritos de apoyo de la gente que se aglomeraba fuera.



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

Pero no sus consortes y descendientes...

Mirta no pudo asistir al entierro de Alfonso. Falta de aforo, dijeron. En su lugar, Constanza de Habsburgo, una mujer de negro riguroso y apenas conocida se deshacía en lágrimas al lado de la abuela Emanuela. Constanza era archiduquesa de Austria, Alteza Imperial y Real, hija del archiduque Carlos Luis de Austria y de la princesa Yolanda de Ligne, sobrina del jefe de la Casa Imperial y Real, nieta de la emperatriz Zita y descendiente de Sissí emperatriz. A esta carta de presentación se sumó la que hizo Emanuela para justificar su presencia y sus lágrimas: era la verdadera viuda del duque de Cádiz.

Mientras, un portavoz de la casa legitimista se apresuraba a hacer público que «Su Alteza Real el Príncipe Alfonso de Borbón y Su Alteza Imperial y Real la archiduquesa Constanza de Austria iban a anunciar próximamente su compromiso matrimonial.»¹²⁴ El mismo comunicado recogía unas declaraciones de la propia interesada, en las cuales confirmaba que «hacíamos muchos planes de cara al futuro. Teníamos muchos puntos de vista en común: ante todo un gran amor por los niños, parecidas ideas en lo religioso y en lo político, el sentido del deber y la pasión por el esquí. Yo admiraba su coraje físico y moral. Yo amaba su encanto, su sencillez, su inteligencia y su sensibilidad».¹²⁵ Tuvo también palabras para Luis Alfonso: «El mayor deseo del príncipe Alfonso era que su hijo fuera feliz y yo deseo también de todo corazón que lo sea algún día. Él había aceptado, sin rebelarse nunca, todos los contratiempos. Llevaba su cruz con fe y dignidad. Yo sé que Luis Alfonso se le parece mucho y hará otro tanto.»¹²⁶

Las revistas se hicieron eco de la presencia de Su Alteza Imperial en los funerales. Mantenía, dijeron, una estrecha relación con el duque. «Los dos estaban muy enamorados —con-



TRAGEDIA EN COLORADO

firmó Emanuela—. Se iban a casar enseguida. En cuanto Alfonso volviera de Colorado tenía la intención de comunicarlo públicamente y así me lo dijo por teléfono antes de partir.»¹²⁷

La Señora, sin embargo, no conocía la historia de la boda: «El duque era una persona muy perfeccionista y no hubiera dejado un asunto tan importante para última hora. Estoy segura de que me hubiera dado alguna indicación en este sentido.»¹²⁸

Carmen rompió el empate: «No tengo ni idea del tipo de relación que los unía. Creo que eran bastante amigos. Coincidió con ellos unas navidades esquiando. Luis Alfonso estaba conmigo y me dijo: “Están aquí papá y Constanza”.»¹²⁹

Antes de morir, el duque de Cádiz estaba preparando con atención y cautela su futuro. Su matrimonio estaba legalmente anulado por la Iglesia. Podía volver a casarse. Podía pensar en tener más hijos que perpetuaran su estirpe real.

En 1987, en los mentideros se empezaron a escuchar rumores de boda entre el duque y la actriz Mirta Miller.

«En la prensa se publicó que nos casábamos —recordaba Mirta—. Se explotó ese tema como una noticia importante que, al parecer, interesó a bastante gente. Se armó gran revuelo. Y no era verdad. Nunca nos habíamos propuesto casarnos. Pero el revuelo de la supuesta boda parece que llegó a la Familia Real, y algunos de sus burócratas o como se llamen se apresuraron a reorganizarlo todo.»¹³⁰

Efectivamente, el rumor de boda puso sobre el tapete una cuestión muy delicada. El decreto que había convertido a Carmen Martínez-Bordiú en Alteza Real, establecía que se le otorgaba el tratamiento por ser la consorte de Alfonso. Con el matrimonio anulado por la Iglesia, Carmen había perdido el título. En cambio, Mirta o cualquier otra mujer que se casara con el duque de Cádiz, pasaría automáticamente a convertirse en Alteza Real. Muy fuerte.



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

Por si fuera poco, y como observa Juan Balansó, el decreto de Franco estaba tan mal redactado que decía literalmente que todos los descendientes de Alfonso serían Altezas Reales.

Se dijo que el malestar entre la aristocracia madrileña fue creciente. Se dijo, incluso, que un sector llegó a movilizarse para solicitar a la Casa Real que se restringiera el uso del ducado de Alfonso.

Sea como fuere, La Zarzuela decidió cortar por lo sano. El 6 de noviembre de aquel mismo año 1987 se expidió un real decreto que vino a subsanar, en parte, el asunto. La nueva disposición, que no hacía referencia expresa a don Alfonso, rezaba: «Los miembros de la familia del Rey que en la actualidad tuviesen reconocido el uso de un título de la Casa Real y el tratamiento de Alteza Real podrán conservarlo con carácter vitalicio, pero no sus consortes y descendientes.»

El peligro de convertir a la Miller en Alteza Real estaba neutralizado. Pero, según afirma Balansó, Mirta no era la mujer en la que había pensado el duque para perpetuar su estirpe. Alfonso y sus legitimistas habían diseñado una jugada maestra para contrarrestar el nuevo decreto real: si el Estado español pretendía quitarle los derechos a su cónyuge y a sus hijos, él se casaría con una mujer que tuviera garantizado el tratamiento para sí y para su descendencia. Y, como por encima de las Altezas Reales estaban las Altezas Imperiales, se fijaron en Constanza de Habsburgo-Lorena, una mujer que enseguida cayó rendida a sus pies.

El noviazgo se mantuvo en el más riguroso secreto. Prueba de ello es que ni siquiera Mirta sospechó nada. Aunque reconoce en sus memorias que su relación con el duque estaba atravesando por uno de sus peores momentos.

«Fue en el verano de 1988 —reconoció Mirta—. Lo que desbordó mi mal humor fue ver una foto de Alfonso con sus



TRAGEDIA EN COLORADO

amigos legitimistas en aquella Navidad de 1984. Entonces conoció a Anne-Laure Busset Bourbon, con quien aquella gente le hubiera gustado relacionarle, casarle. No sé si fue la simple foto junto a esa mujer —con quien aparentemente no tenía nada—, o si estallé por tantos años de oír historias parecidas, pero la cuestión es que reaccioné mal, hice todo lo posible para separarme, y durante más de dos meses me empeñé en mi deseo de romper.»¹³¹

Según el relato de Mirta Miller, poco después hubo una reconciliación. Y ella se fue a pasar las navidades a Buenos Aires con su familia. «Estando yo en Argentina le vi en una revista del corazón con Constanza de Habsburgo, con quien le relacionaban. Él me dijo que estaba harto de los periodistas inmiscuyéndose en su vida privada.»¹³²

Efectivamente, *Hola* publicó unas fotos del duque y la archiduquesa, juntos en la estación invernal de Gstaad.¹³³ La revista no reconoció a Constanza. Pero la prensa empezaba a estar sobre la pista.

«Alfonso se portó con Mirta Miller como un bellaco», dicen algunos de sus amigos.¹³⁴ Pero el relato de sus memorias deja claro que Mirta conocía la relación de Alfonso y Constanza.

Las fotos obligaron a Alfonso a precipitar sus planes. En las navidades de 1988, telefoneó a su madre para contarle que iba a anunciar su compromiso con Constanza en febrero, después de los actos legitimistas del 21 de enero y de su estancia en Beaver Creek, Colorado. Constanza no le acompañaría en estos viajes.

Quería darse el gusto de comunicar él mismo la noticia, con su novia del brazo. La boda estaba prevista para junio, y se celebraría en la catedral de Notre Dame. Sería, pensaba Alfonso, la mayor manifestación legitimista ante invitados españoles y franceses.

Mirta cuenta que Alfonso intentó que volviera a España

LUIS ALFONSO DE BORBÓN

diez días antes de lo que tenía planeado. Tenía algo importante que decirle. Ella no quiso cambiar su billete de vuelta. «Ahora, en la distancia —se lamenta Mirta en sus memorias—, veo que esos dos días hubiesen sido importantes para nosotros.»¹³⁵

Y, a la hora de sacar conclusiones, no le queda más remedio que especular, como una mujer herida: «Para algunos, [Constanza] fue una mujer delicada como una porcelana, a la que Su Alteza enamoró rendidamente». Para otros, una acompañante intrascendente, una relación típicamente formal, provocada por los sectores más tradicionalistas, porque Alfonso no demostró nunca interés por esta mujer. Todo pareció resultar un montaje interesado a espaldas de Alfonso. Aunque, en efecto, se conocieron, fue, ante todo, una expresión de deseos por parte de ella y sus relaciones legitimistas o, en todo caso, una vaga promesa de romance. El supuesto compromiso formal no apareció registrado en ninguna parte.»

Nunca se publicó el compromiso formal. Pero existe una entrevista en la que el duque dejó muy clara su posición: «Muchos matrimonios, desde siempre, se hacen por interés. Desde las clases más altas a las más humildes. Porque la vida es así y hay parejas que se casan para tener unas hectáreas más de terreno.»¹³⁶

La abuela Emanuela estaba encantada con la elección de Constanza. Mirta era una buena chica. Había ayudado mucho a su hijo durante la rehabilitación. «Creo que Mirta lo quiso de verdad», reconocía en sus memorias. Pero no le gustaba como nuera. Un día, Alfonso le preguntó si podía invitar a Mirta a cenar en casa. Emanuela fue tan franca como tajante: «Sí, claro, mientras no te cases con ella.»

Alfonso y Emanuela fueron juntos a la tradicional misa legitimista del 21 de enero en la capilla Expiatoria de París, que conmemoraba la muerte de Luis XVI en la guillotina.

TRAGEDIA EN COLORADO

Una multitud enfervorizada y respetuosa les rodeaba mientras hacían su entrada solemne en el templo. Hay una leyenda que cuenta que, en el momento de la eucaristía, el duque se acercó a comulgar. Entonces, al sacerdote se le cayeron cinco hostias al suelo. Todo el mundo enmudeció. La tensión del momento se podía pesar en una balanza. Alfonso ofreció inmediatamente su pañuelo inmaculado para recoger el cuerpo de Cristo, limpiarlo y devolverlo a la patena. Cundió el nerviosismo en la catedral. Algunos aplaudieron calladamente el aplomo del príncipe. Otros, los más supersticiosos, comentaron: «Es un pésimo augurio. Algo malo va a pasarle a nuestra Familia Real.»¹³⁷

A la salida de misa, Alfonso y su madre abandonaron el templo en olor de multitudes. Un periodista inglés, a la puerta de la iglesia, le pidió unas declaraciones: «Venir es un deber que me he marcado. Uno es responsable de su trabajo, de sus acciones, pero no de ser quien es. Cada uno sabe quién es por origen y no por decreto. Yo he nacido Borbón. Mi padre me ha legado una serie de títulos y de obligaciones que quiero conservar para mi hijo, a fin de que nunca pueda pedirme cuentas y para que se forme consciente de todo lo que él también ha de conservar.»¹³⁸ Fueron sus últimas declaraciones.

Poco después volaba hacia los Estados Unidos. Siguiendo el relato de Balansó, el duque aprovechó el vuelo para repasar el borrador de sus memorias, que acababa de escribir con Marc Dem, para publicarlas en Francia. Quería que salieran a la luz aprovechando su boda con Constanza. Luis Alfonso estaba totalmente recuperado y crecía sano, responsable, inteligente. El futuro estaba lleno de esperanzas.

La vida, por fin, le sonreía.



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

¿Accidente, negligencia o asesinato?

Este extraño confín de angustia y nieve

MARIO BENEDETTI, *Mucho más grave*

«Algunas veces pienso que si yo hubiese vivido en el siglo XVI no hubiera llegado vivo a los 49 años», había declarado Alfonso de Borbón dos años antes de su muerte, a Pilar Urbano.¹³⁹ Sólo llegó hasta los cincuenta y dos.

La investigación oficial señaló que la muerte de Alfonso se debió a un «accidente involuntario». Sin embargo, desde que se produjo la tragedia en Colorado, se palpó en el ambiente una dolorosa pregunta que aún no se ha contestado satisfactoriamente: ¿qué ocurrió exactamente en Beaver Creek?

Las sospechas se levantaron enseguida. La misma madrugada del accidente, el periodista Juan Balansó llamó al secretario legitimista del duque, quizá su hombre de mayor confianza, para darle la noticia.

—Señor Pinoteau, acaba de conocerse en los medios de comunicación que el duque de Cádiz se ha matado en Colorado.

—¿Quién lo ha matado?

Como mantenían la conversación en francés, el periodista pensó que había habido algún error en la comunicación. Por eso corrigió enseguida.

—No, no le han matado. Se ha matado. Un accidente de esquí en la pista.

Hervé Pinoteau no acertaba a decir más que: «*Mon Dieu! mon Dieu!*»¹⁴⁰

Dicen que cuando el tío Gonzalo viajó a Estados Unidos para hacerse cargo de la repatriación del cuerpo de su hermano, se bebió una botella de whisky en el vuelo. Al llegar a tie-



TRAGEDIA EN COLORADO

rra estaba tan nervioso que se dirigió a Paco Fernández Ochoa en italiano. Gonzalo, muy alterado, le preguntaba a todo el mundo cómo era posible que su hermano hubiera muerto así, y empezó a buscar culpables. En sus primeras declaraciones a los periodistas congregados en el aeropuerto de Denver, decía: «Aún no me lo puedo explicar. No ha sido una imprudencia por parte de mi hermano. Ni creo que haya habido negligencia por parte de los organizadores.»¹⁴¹ Si no fue un accidente ni fue negligencia, estaba claro que Gonzalo se estaba planteando otras preguntas: ¿le llegó la hora al duque? ¿O es que alguien le adelantó el reloj con intención de quitárselo de en medio?

La teoría del homicidio se barajó inmediatamente. Fernando Sacristán, paparazzi, viajó a Colorado un año más tarde de la tragedia y consiguió hacerse con los informes de la policía americana que investigó los hechos. En ellos descubrió que el duque de Cádiz, tras el brutal impacto, estuvo durante cuarenta minutos tirado en el suelo, pero con vida. Tardaron dos horas en llegar a la clínica, que estaba a sólo dieciséis kilómetros del lugar del accidente. Cuando entró en la clínica, todavía tenía pulso. Descubrió que su Rolex había desaparecido junto con más de mil dólares que llevaba encima.

El informe decía que el empleado de la estación de esquí que manipulaba el fatídico cable desapareció de Beaver Creek. También pudo leer que, mientras Alfonso de Borbón permanecía sobre la nieve esperando la llegada de los servicios médicos, le habían hecho dieciocho fotografías. Y casi otro centenar durante la autopsia. El sheriff del condado comentó al paparazzi que estas fotografías se habían destruido. Esta información fue desmentida en la clínica, pero nadie ha podido verlas todavía. Como conclusión, en el informe policial del sheriff de Beaver Creek se decía que la muerte de Alfonso estaba calificada como «homicidio».

LUIS ALFONSO DE BORBÓN

En 1992, los periodistas Carlos Berbell y Pedro Barbadiello se trasladaron a Beaver Creek para profundizar en la trama. También ellos encontraron contradicciones entre los informes policiales y el testimonio de varios testigos que vivieron de cerca los acontecimientos. Todo el proceso de repatriación de los restos de don Alfonso se hizo con inusitada celeridad. Confirmaron que al cadáver de Alfonso de Borbón se le tomaron un total de 128 fotos en blanco y negro y color, tanto en Beaver Creek como en el centro médico Valle Veil y en el mortuorio. «Cinco carretes que han sido destruidos por una policía interesada en no remover más el caso. Fotografías que podrían haber ayudado a descubrir la auténtica verdad de los hechos en los que se adivina una cadena de negligencias o un misterioso complot... En el documento oficial del registro de las fotos ha quedado escrita clara la palabra homicidio.»¹⁴²

Más tarde, se conoció que Emanuela denunció que le había llamado «un legitimista francés y le pasó una información sobre una persona que oyó una conversación en Lisboa que decía: “Si Gonzalo de Borbón sigue por donde está, le vamos a tener que hacer lo mismo que le hicimos a su hermano.”»¹⁴³

En sus primeras memorias, la abuela Emanuela contaba una versión algo diferente: alguien le advirtió de una conversación telefónica que, casualmente, había escuchado en Portugal. Un hombre con acento francés le decía a otro que hablaba castellano que «sería fácil dar a Luis Alfonso el mismo destino que dieron a su padre en la nieve, si fuese necesario». Luego hablaron del «alemán que está en Estados Unidos» y que, según esta misma conversación, «recibió dinero para hacer desaparecer al duque de Cádiz y a sus hijos en un accidente».¹⁴⁴

En sus memorias, escritas en colaboración con Begoña Aranguren, ni confirma ni desmiente que la muerte de su hijo fuera provocada. «Al producirse el mortal accidente de

TRAGEDIA EN COLORADO

Alfonso se comentaron muchas cosas. Algunas muy extrañas, por cierto. De hecho, me enviaron un recorte de un artículo publicado en un diario italiano en el que se apuntaba que el suceso había sido provocado.» «Se especuló mucho sobre el asunto —continuaba algunas líneas más abajo, zanjando la cuestión— y, en mi opinión, fueron muy peregrinas algunas de las ideas que se lanzaron... Por lo visto, estaban haciendo mediciones en la pista con el fin de poder utilizarla para otras actividades relacionadas con el esquí y, como había ruidido, Alfonso no oyó la advertencia de que tuviera cuidado al iniciar el descenso. Con sinceridad, creo que se trató de un trágico accidente.»¹⁴⁵

Mirta Miller, en sus memorias, confesaba que estaba segura de que el duque no murió de manera fortuita. En alguna ocasión, llegó a sumarse a la tesis del homicidio. «Era un gran esquiador —declaró—, participaba en certámenes, tenía muchos reflejos y era muy rápido. Un hombre fuerte físicamente, que andaba bien de vista y oído. Yo le he visto frenar esquiando en un tiempo mínimo. Y luego hubo un periodista que investigó las circunstancias de su muerte y vio que en las actas habían escrito la palabra homicidio.»¹⁴⁶

José Antonio Dávila, uno de los antiguos abogados del duque de Cádiz, envió una carta a un periódico madrileño que nunca se publicó. Entre otras cosas, hacía esta reflexión: «Sabido es que la “ley de la Colmena” elimina, en los enjambres y sin contemplación alguna, todos los rivales de la reina. En determinados momentos históricos parece suceder lo mismo en las dinastías soberanas. Esta eliminación se producía, muchas veces, en los tiempos antiguos, de modo doloroso y cruento. En la actualidad, por supuesto, no es así, pero da la sensación de que un cruel y ciego destino, ajeno a la humanidad actual, protege al titular de la Corona de cualquier peligroso émulo. Es un poder que podemos llamar “el genio” o “el dios menor” de



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

la dinastía, surgido de la Historia, que parece «cortar por lo sano» cuando es preciso. Sería cansado citar precedentes al caso de lady Di en que se ve palpablemente esta realidad ilógica, incluso en nuestra Casa Real.»¹⁴⁷

«Sé muy bien que todas las especulaciones sobre su deceso serán siempre posibles —declaró Luis Alfonso, en una ocasión, una de las pocas veces en que se ha pronunciado al respecto—. Quiero pensar que su muerte fue un accidente.»¹⁴⁸

Pudo ser un accidente. Hubo quien habló de negligencia. Quedó escrita la palabra homicidio. Fue una tragedia ineludible, aristotélica, que dejó el corazón de España estremecido de compasión y terror. Una tragedia, que, como se sabe ahora, obedeció a un desdichado cúmulo de coincidencias y de cabos sueltos, de insólitos rumores, de incógnitas postergadas y de la torpe voluntad de echar tierra sobre la sangre y la nieve.

Una tragedia que nunca acabaremos de entender.



¿PARÍS O MADRID?

Estamos solos, sin excusas. Es lo que expresaré diciendo que el hombre está condenado a ser libre. Condenado, porque no se ha creado a sí mismo, y no obstante, es libre, porque, una vez arrojado al mundo es responsable de todo lo que hace.

JEAN-PAUL SARTRE, *El Existencialismo es un Humanismo*

Nadie se mete el pasado en el bolsillo; hay que tener una casa para acomodarlo. Mi cuerpo es lo único que poseo; un hombre solo, con su cuerpo, no puede detener los recuerdos; le pasan a través. No debería quejarme: sólo quise ser libre.

JEAN-PAUL SARTRE, *La Náusea*

LUIS ALFONSO DE BORBÓN

La guerra de las abuelas

Tras la muerte y el entierro del duque de Cádiz, Luis Alfonso se encontró con la difícil tarea de volver a la normalidad. El primer lunes, 6 de febrero, madrugó de nuevo para asistir a las clases del Liceo. Toda la familia, abuelos, tíos, primos, amigos, personas allegadas, le daban ánimos para seguir adelante. Todos estaban allí, menos su madre. Apenas tres días después de la tragedia, su madre volvía a París. Se habló mucho de que había problemas entre ellos. No hay una sola fotografía de ellos dos juntos en los tres actos que protagonizaron: no posaron juntos mientras velaban el féretro de Alfonso en la capilla ardiente; no se la hicieron al día siguiente, durante el entierro en el monasterio de las Descalzas; tampoco se les vio juntos en el funeral celebrado en los Jerónimos.

A decir verdad, su madre le llamaba por teléfono todos los días para darle su apoyo desde la distancia. Al fin y al cabo, Carmen tenía otra familia en Reuil-Malmaison. Se prometió a sí misma visitar a su hijo con mayor frecuencia. No en vano, tenía la responsabilidad de la custodia de Luis Alfonso hasta que fuera mayor de edad. «Mi mayor preocupación es que sea feliz —dijo poco antes de marchar a París—. Que siga bien sus estudios, que lleve una vida normal, como la de otros chavales de su edad.»¹⁴⁹

También es cierto que su madre quiso llevárselo a Francia, y que él prefirió quedarse en Madrid. «Mi madre me trata siempre como si fuera mayor —diría Luis Alfonso poco después—. Eso me gusta, ella me pregunta siempre y le gusta saber lo que yo opino. Y siempre tiene en cuenta lo que yo pienso.»¹⁵⁰ Y le preguntó, y Luis Alfonso tenía claro que no le gustaba París.

«Por el momento, no se va a venir a París conmigo —declaró Carmen en aquellos días—. Es bastante dura la

¿PARÍS O MADRID?

muerte de su padre, como para tener que separarse a la vez de su país, de sus amigos, de su colegio y de todas las cosas que han sido su vida hasta ahora. En consecuencia, el futuro es difícil de determinarlo ahora mismo. Aunque para mí, por supuesto y egoístamente, lo que me gustaría sería tenerlo conmigo.»

Hay quien sostiene que, durante el entierro, Carmen y su madre estuvieron hablando durante toda la ceremonia del futuro de Luis Alfonso. Dicen que las chistaron en más de una ocasión. Al final, las dos habrían decidido que se quedara en el domicilio familiar de la calle Hermanos Bécquer hasta que acabara el curso escolar. Estaba más cerca del colegio que su casa de Pozuelo, se dijo, y así tendría que madrugar menos para llegar a las clases. Además, Carmen quería evitar que Luis Alfonso se viera afectado por los inevitables recuerdos de la casa de su padre, que sólo servirían para acrecentar su sufrimiento.

«En Madrid tengo a todos mis amigos —declaró Luis Alfonso poco después de la muerte de su padre—, también tengo el colegio, el Club Encinas de Boadilla... no me falta de nada.»¹⁵¹

Sus abuelos le acondicionaron una habitación y una zona de la casa, en el último piso, al final de un largo pasillo. Allí recibía mucho cariño. A su abuela se le caía la baba con él. Y era el ojito derecho de su abuelo. Desde que murió Franco y desalojaron a la bisabuela Carmen de El Pardo, Hermanos Bécquer se convirtió en el punto de referencia de toda la familia. En sus paredes, abigarradas, tapizadas de verde, convivían retratos del General con uniforme de gala, cuadros de Goya, retablos medievales, fotografías amarillentas que resumen la vida de un siglo, trofeos de caza, una colección de abanicos cargados de Historia, libros de la biblioteca personal de Franco encuadernados en lujosos volúmenes, bustos de bronce... La casa parecía un pequeño museo de historia familiar.

«Me gusta estar en casa de mis abuelos —dijo entonces

LUIS ALFONSO DE BORBÓN

Luis Alfonso—, porque allí están mis tíos Arancha y Jaime, con los que me lo paso muy bien, y siempre hay amigos. Es una casa muy alegre, y, además, también van mis primos.»¹⁵²

Sus primos, por supuesto, eran Borja y Jaime, los hijos de Mariola, que ya eran casi como sus hermanos. Incluso se llegó a pensar que, como había ocurrido tras el accidente que acabó con la vida de Fran, Luis Alfonso se fuera a vivir a casa de sus tíos.

Con la prensa, la cosa no mejoró. Era casi imposible hacerle fotos. Cada mañana llegaba en coche particular hasta una de las puertas del colegio, cada día a una diferente para despistar a los periodistas. Un nutrido grupo de vigilantes, guardas jurados y policías se ocupaban de que ningún fotógrafo se colara en el patio del Liceo Francés, como ya había ocurrido cuando aún vivía su padre. Él quería pasar desapercibido, ser uno más entre sus compañeros, perderse entre la multitud. «No me gusta que los periodistas me acosen, sólo quiero ser un niño normal», decía una y otra vez, cuando la prensa se le acercaba. No podía entender que le acosaran con preguntas y que le hicieran fotografías todo el rato.

Por lo demás, la vida seguía, otra vez. El colegio, las competiciones de hockey sobre hielo, el esquí, la Semana Santa en París, el centenario de la Torre Eiffel, la primera cena sin adultos en un *Bateau Mouche*...

La vida seguía, sí. Pero Luis Alfonso echaba de menos a su padre. «Nos llevábamos muy bien, era estupendo, como hombre y como padre.» Seguía sintiendo su presencia en las pequeñas cosas cotidianas. «Tengo unos zapatos de mi padre y me los pongo con frecuencia —declaró a la prensa con toda la naturalidad del mundo—. Me gusta mucho llevarlos. Son muy cómodos.»¹⁵³

En la Semana Blanca que disfrutaban los alumnos de su colegio para esquiar, se encontró con su madre, con Cynthia

¿PARÍS O MADRID?

y con Jean Marie en Gstaad. Al principio se pensó en mandarle con el abuelo Cristóbal a Sierra Nevada, pero Luis Alfonso prefirió volver a las mismas pistas donde había pasado las últimas navidades con su padre.

Y mientras tanto, la abuela Emanuela se había instalado en la casa de Pozuelo. Estaba a punto de estallar la «guerra de las abuelas».

* * *

En mayo de 1984, tres meses después del accidente que segó la vida de Fran, Alfonso había redactado, sobre el mismo papel timbrado por la Corona Real española que utilizaban su tío Juan y su primo Juan Carlos, su testamento. En él dejaba como heredero universal «a mi único hijo, S.A.R. don Luis Alfonso de Borbón».¹⁵⁴

En previsión de que pudiera fallecer mientras Luis Alfonso fuera menor de edad, como lamentablemente ocurrió, el duque dejó escrito en sus últimas voluntades que «quien tendrá la responsabilidad de cuidar de mis bienes muebles e inmuebles, como usufructuaria de carácter temporal, será mi madre, S.A.R. doña Emanuela de Dampierre, duquesa de Segovia», ayudada por sus consejeros. También pedía a su hijo que «siga nuestras tradiciones familiares, que harán de él el Jefe de nuestra antigua familia, los Borbones», y «que siga de cerca los consejos de algunos de los legitimistas franceses que más han trabajado por nuestras instituciones, el duque de Bauffremont y el barón Hervé Pinoteau».¹⁵⁵

Dos meses después, nombró un consejo de regencia para los asuntos legitimistas de su sucesor. Este consejo estaba encabezado por su madre doña Emanuela, su hermano Gonzalo y su canciller, el barón Pinoteau. Tras su muerte, los legitimistas formalizaron el Consejo Regente para continuar la labor



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

empezada por Alfonso, en el sentido de consolidar en Francia la corriente monárquica del duque de Anjou.

La desaparición de Alfonso convirtió a su hijo en el heredero del título de duque de Anjou. Un ducado que le convertiría, en el hipotético caso de que se restaurase la monarquía en el país vecino, en el rey Luis XX de Francia, según los legitimistas borbónicos que disputan el trono a la Casa de Orleáns. «El rey ha muerto, ¡viva el rey! —gritó Daniel Hamiche, miembro del secretariado del duque de Cádiz en Francia, durante su proclamación—. En este momento, los legitimistas franceses recordamos esta frase, y aunque ni don Alfonso ni el príncipe Luis Alfonso son reyes, el hijo del duque encarna, con el nombre de Luis XX, la tradición milenaria real francesa.»¹⁵⁶

A partir de ese momento, las calles de París se llenaron de carteles que aclamaban a Luis Alfonso: «El rey ha muerto, viva el rey Luis XX, duque de Anjou.» El texto, impreso en grandes caracteres, acompañaba a un retrato a carboncillo de Luis Alfonso, imponiéndose a otro de su padre, a su lado, de perfil y con trazos más desdibujados. Paredes, troncos de árboles, farolas, barandillas de los accesos al metro, buzones de correos, puentes y pasos subterráneos... Cualquier sitio era bueno para colocar los carteles.

El tío Gonzalo y la abuela Emanuela, acatando la última voluntad del duque, procuraron que Luis Alfonso presidiera, como Luis XX, los actos que organizaban los legitimistas en París. Y ya habían permitido que la revista *Présent* publicara en París el primer «Manifiesto» atribuido al nuevo duque de Anjou: «Me esforzaré en asegurar la continuidad dinástica, con el auxilio de la Providencia y la ayuda de mi abuela, de mi tío, de mi consejo y de todos los fieles de la tradición.»¹⁵⁷

Estas declaraciones sacaron de quicio a Carmen. Criticó abiertamente la actitud de su abuela y de su tío: «Nadie va a



¿PARÍS O MADRID?

utilizar a mi hijo —declaró—, ni va a hablar en su nombre. Y para que nadie se llame a engaño diré que los intereses de mi hijo son los míos y tengo, a la vez, que protegerle de los intereses de los demás. Lo que no quiero es que ahora, con quince años, decida cuestiones de las cuales más tarde puede arrepentirse.»¹⁵⁸

Bauffremont comprendió enseguida que sin el consentimiento de Carmen no podían, ni debían, contar con el nuevo duque de Anjou. Pinoteau, por su parte, hizo firmar a Luis Alfonso un documento por el que nombraba representante único a su tío Gonzalo, y, además, le declaraba como su eventual sucesor.

Al enterarse de esta carta, Carmen montó en cólera. Acudió a Bauffremont y emitieron una segunda carta donde Luis Alfonso restringía la representación de su tío a mero trámite familiar. Además, disolvía la secretaría de Alfonso, estimando que ya no tenía razón de ser. Y, en tercer lugar, desautorizaba cualquier tipo de tutela que pudieran ejercer sobre él su tío Gonzalo y la abuela Emanuela. Con la patria potestad de Luis Alfonso, Carmen apostaba fuerte para alejarle de la influencia de su abuela. Por eso, es una explicación, dejó al niño en la casa de Hermanos Bécquer.

Como cualquier madre habría hecho, se esforzó por evitar a toda costa que Luis Alfonso cayera en manos de la misma gente que, según *Interviú*, «calentaron los cascos a su abuelo, el sordomudo don Jaime, y a su padre, el duque de Cádiz, con la fábula de la jefatura inexistente de los Borbones».¹⁵⁹ «Luis Alfonso —repetía una y otra vez— debe llevar una vida como la de cualquier otro chico de su edad. Cuando tenga dieciocho años, decidirá.»

Por estas y otras razones, Carmen nunca se granjeó la simpatía de los legitimistas. Tampoco lo intentó. Los legitimistas la acusaban de todas las desgracias que habían padecido su ex



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

marido y su hijo Luis Alfonso. En sus memorias, años más tarde, Carmen dio por zanjada su postura frente al legitimismo: «Es un asunto en el que nunca he querido intervenir. Los legitimistas ven en Luis, como sucesor de su padre, al heredero de unos derechos históricos que ellos defienden. He considerado siempre que la actitud de Luis en relación con todo ello era una decisión que en su momento tenía que tomar él. Sé que, por el contrario, Emanuela de Dampierre, su abuela, llevó de manera bastante activa el asunto y que a la vez su hijo, Gonzalo, también ha intervenido; en qué medida, lo ignoro.»

La abuela Emanuela estaba pasando uno de los tragos más amargos de su vida. Había perdido a su hijo mayor. Y, ahora, la decisión de Carmen acabó de desmoronarla. Pretendió hacerse con la custodia del pequeño Luis Alfonso. «Hay que tener en cuenta que mi madre siempre se ha ocupado de él —dijo el tío Gonzalo—, como sucedió tras la separación y tras la muerte de Fran.» Quería que el niño se quedara a su lado. Estaba dispuesta a cerrar su casa de Italia y empezar una nueva vida en Madrid. Y culpaba a Carmen de que Luis Alfonso se hubiera marchado con los otros abuelos sin apenas despedirse.

El tío Gonzalo echó más leña al fuego cuando valoró el papel de Carmen en todo este asunto: «Luis Alfonso debería estar con ella. Tiene la patria potestad y la ejerce a miles de kilómetros. Pero esto no se soluciona desde París, sino desde Madrid. Allá ella con su conciencia.»

Y así se llegó a una de las cotas más altas de tensión de esta «guerra», que se produjo durante la misa funeral celebrada cuando se cumplió un mes de la muerte del duque. Las dos abuelas de Luis Alfonso ni siquiera se saludaron, y lo hicieron de una manera tan evidente que la prensa se hizo eco inmediatamente de aquel mal gesto.

Para colmo, el administrador del duque aireó en la prensa que la abuela Emanuela se estaba haciendo cargo, ella sola,



¿PARÍS O MADRID?

de los gastos de mantenimiento del chalet de Pozuelo. Se habló de que, a pesar de los gastos que no podían afrontarse, allí seguían trabajando el chofer, el jardinero, el mayordomo y su esposa, el cocinero y *la Señó*, que nunca se había llevado demasiado bien con Carmen y estaba a punto de convertirse en la mejor aliada de la abuela Emanuela en esta batalla.

La Señó atravesaba sus horas más bajas. «No quiere ver a nadie, está destrozada —decían los que estaban cerca de ella en esos duros momentos—. Su vida no es la misma sin Luis Alfonso.»¹⁶⁰ Su estado de ánimo llegó a preocupar a sus más allegados. Se le hacía cuesta arriba separarse de él. «La casa, sin el niño, no es nada...»¹⁶¹, lloraba. No podía creerse que Luis Alfonso, al que había criado desde que nació, se fuera de casa «sin despedirse».¹⁶²

En Hermanos Bécquer estaban felices de tener a Luis Alfonso, y no entendían cuál era el problema con *la Señó*. Como institutriz de Luis Alfonso, tenía reservada una habitación al lado de la de su niño. Pero nunca quiso dar el paso, nunca pensó en instalarse allí.

Las primeras visitas de Luis Alfonso a Pozuelo acabaron con cualquier duda que hubiera entre ellos. «Le ha dado una alegría inenarrable tanto a ella como a su abuela»¹⁶³, contaron los que vieron el reencuentro. A partir de entonces, iba a comer con ellas los fines de semana y, de vez en cuando, se quedaba a dormir. Así tenía tiempo de ver a sus amigos de la urbanización. *La Señó* se desplazaba con Luis Alfonso cuando participaba en alguna competición, y seguía velando por su bienestar y por su recuperación. «Para mí, Luis Alfonso lo es todo en la vida.»¹⁶⁴

Al final, las hostilidades se fueron diluyendo poco a poco. «Las dos queríamos estar al lado de nuestro nieto —zanjó Emanuela—, lo que es completamente normal, pero nunca ha habido ningún problema entre nosotras.»¹⁶⁵ Dos meses después de la

LUIS ALFONSO DE BORBÓN

muerte de Alfonso, Carmen y la abuela Emanuela se encontraron cara a cara en el acto de apertura y solemne lectura del testamento ológrafo del duque. Y entonces se habló de acercamiento, de concordia, de mejora en la relación, de reconciliación.

El 15 de abril, Luis Alfonso recibía el sacramento de la Confirmación junto a un grupo de compañeros del Liceo Francés. Fue en la iglesia de San Luis de los Franceses, en el elitista barrio de Salamanca, en Madrid. Carmen y el tío Gonzalo eran los padrinos del acto. No se habían visto desde que salió a la luz su disparidad de criterios respecto a Luis Alfonso. Se sentaron juntos en el mismo banco, dejando a la abuela Emanuela en medio de los dos. La tensión entre las dos familias había desaparecido. Mientras esperaban el inicio de la ceremonia, intercambiaron sonrisas, comentarios en voz baja, alguna confidencia. Luis Alfonso, desde su sitio, seguía la escena sin perder detalle. Todo el mundo sabía que la armonía familiar sería de gran ayuda a la pronta y total recuperación emocional de Luis Alfonso.

La abuela Emanuela reunió aquel día a toda la familia en la casa de Pozuelo. Los Franco y los Borbón Dampierre. También invitó a los legitimistas que habían venido desde Francia. En total, unas setenta personas se reunieron en torno a Luis Alfonso. Sólo faltaba la abuela Nenuca. Estaba, decían, descansando en Miami.

Durante la comida se comentó la intención de la abuela Emanuela de alquilar el chalet de Pozuelo. Acatando la voluntad de Carmen, viendo que su nieto estaba feliz en casa de sus abuelos, y sintiéndolo profundamente, había decidido volver a Roma. No soportaba estar sola en casa de su hijo Alfonso.

Diez días más tarde, Luis Alfonso cumplió quince años. Un equipo de prensa hacía guardia a la puerta de su casa. Cuando los vio, Luis Alfonso se tapó la cara por enésima vez. La *Seño* fue la única visita que se acercó hasta Hermanos Bécquer

¿PARÍS O MADRID?

para felicitarle. Su madre había vuelto a París. Su abuela Nenuca seguía en Miami, uno de los lugares que más frecuentaba y del que, de tarde en tarde, se traía liftings, lentillas de colores y juguetes de última generación para sus nietos. El abuelo Cristóbal se había marchado de Madrid. Sus tíos Jaime y Arancha, que vivían con él, salieron antes de que regresara del colegio y volvieron a casa bien entrada la noche.

Fue un día triste. Luis Alfonso se había convertido en el único daño colateral de aquella primera batalla que, por el momento, había acabado en tablas.

* * *

Durante el primer verano sin su padre, Luis Alfonso demostró una gran entereza y una capacidad extraordinaria para soportar dignamente sus tragedias familiares. Nada más terminar las clases en el Liceo, se marchó al Culver Summer School, un campamento en la Academia Militar para adolescentes ubicada en Indiana, Estados Unidos, precisamente el país donde murió el duque. Fueron seis semanas de convivencia con otros jóvenes de su edad y con su primo Borja, con el que iba estrechando más y más los lazos. Disciplina militar, entre semana, toque de diana, madrugones, pases de revista, desfiles, jornadas draconianas de ejercicio físico, hockey sobre patines, esquí acuático, vela, hípica... Las tardes, libres para seguir haciendo deporte, ver alguna película o leer en la biblioteca. Toque de queda. Los sábados, una hora más de sueño, atletismo y baile de gala hasta las diez de la noche, vestido de uniforme. Los domingos, misa de campaña obligatoria, relax, windsurf, béisbol y fútbol. Cuerpo de Caballería, compañía Black Horse Troop, fin del certamen, 4 de julio, fiesta nacional, jornada solemne, visita emotiva de la tía Mariola, el tío Rafael y el primo Jaime, el honor de ser abanderado, porta-



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

dor del estandarte amarillo intenso de Culver, la despedida sentimental, algo se muere en el alma, abrazo con los amigos que no volverán a encontrarse, la pena de que todo termine. Y luego estaban las tres medallas de tiro con carabina y la del mejor jinete de la semana, y, la cruz de la moneda, el fracaso estrepitoso en doma y la prontísima eliminación en el concurso de baile. «Luis Alfonso no baila bien... La verdad es que es muy torpe», decía una amiga suya, cuando nadie sabía todavía que la genética no le acompañaba en estos menesteres. Fue un periodo feliz, «una de las mejores temporadas de mi vida», dijo.¹⁶⁶

Y aún quedaba Mallorca, su madre, el yate *Argumar*, Miguel Bosé, el windsurf otra vez, la cicatriz del tiempo, el esquí acuático, las islas Pitiusas, el velero, la pandilla, la pesca submarina, aquella repentina compañía, el mar, la extraña libertad del mundo, el buen humor con los fotógrafos, «a veces me resulta divertido esconderme, porque es como una lucha que me gusta ganar, otras veces es porque me resulta pesado tener que estar aguantando que me hagáis fotos, no me gusta que me estéis siguiendo siempre, ya sé que estáis haciendo vuestro trabajo, lo entiendo, pero dime por qué me voy a dejar si no me gusta, procuraré portarme mejor, pero me tenéis que dejar tranquilo».¹⁶⁷

Estaba madurando más deprisa que los chicos de su edad. Tenía quince años. Estaba abandonando la niñez, abrazando la adolescencia, convirtiéndose en un hombre. El destino se había mostrado implacable con él. Sin embargo, se acordaba mucho de las palabras de su padre, que había escuchado a Gangan, la reina Victoria Eugenia, su bisabuela: «A pesar de tantas cosas tristes que pasan en el mundo, si prestas atención puedes escuchar en el aire una música maravillosa. Acuérdate que no existe la felicidad en este mundo. Sólo momentos felices. Lo que cuenta es saber apreciarlos y sacar provecho de ellos.»



¿PARÍS O MADRID?

Y él se había impuesto a sí mismo sacar provecho de aquellos momentos felices de verano.

* * *

Y, acabado ya el verano, una segunda batalla, que esta vez ganó Luis Alfonso. Su futuro seguía siendo una incógnita. A punto de empezar un nuevo curso, se presentía o se presentaba una nueva vida. Carmen y Emanuela, preocupadas por la educación del niño, se habían puesto de acuerdo en buscar un colegio en París donde recibiera una formación completa. Y optaron por el prestigioso Passy Saint Nicolas-Buzenval, catalogado como uno de los mejores centros de Europa. Era una situación que convenía a las dos mujeres. Carmen podría disfrutar de la compañía de su hijo, que viviría con ella. La abuela Emanuela podría ver cómo su nieto se formaba según el plan educativo, acorde con sus pretensiones al trono de Francia, que habían trazado los legitimistas.

Su vida estaba milimétricamente planificada cuando aún no había terminado el verano: media jornada en el Saint Nicolas, viaje hasta R-M, donde se instalaría con su madre, su padrastro y su hermana Cynthia. Se enfrentaría a un nuevo proceso de adaptación: nuevo país, nueva familia, nuevo colegio, nuevos amigos... Con una madurez sorprendente, aceptó. Al menos, iba a intentarlo.

Se instaló en París, en la casa de Général Colonieu. Enseguida se dio cuenta de que aquello no iba a funcionar. No dio resultado. No le gustaba Jean Marie. Le veía como al hombre que había provocado la ruptura de sus padres. Nunca le gustó que su madre se hubiese vuelto a casar. Era como si intentara suplantar a su verdadero padre. Por su parte, Jean Marie tampoco parecía tener mayor interés por intentar que el hijo de su mujer le aceptase. Se llegó a decir que nunca le perdonó haber



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

estado presente en el accidente de Mathilda, que le culpaba de su muerte. Además, el ambiente en la casa era muy tenso. Los rumores de ruptura eran permanentes.

En contra de los deseos de las dos mujeres que le habían llevado a Francia, y después de consultarlo con su madre, Luis volvió a Madrid, al Liceo Francés, a sus amigos de siempre, a sus partidos de hockey, a su habitación al final del pasillo de la casa de Hermanos Bécquer. De hecho, ya no saldría de allí hasta que conoció a Margarita Vargas y se casó.

El abuelo Cristóbal

El abuelo Cristóbal Martínez-Bordiú y Ortega era el segundón de la aristocrática familia de los condes de Argillo. Había nacido en la finca Arroyovil del pueblo jiennense de Mancha Real, el primero de agosto de 1922. Vivía en un chalet de la madrileña calle Juan Bravo esquina Hermanos Miralles. Con doce años se pavoneaba en el Rolls-Royce de sus vecinos, los Torroba, que le llevaban al colegio. Cuando estalló la guerra, la familia se refugió en San Sebastián. Volvieron cuando todo había terminado y pudo terminar el bachillerato, con dieciséis años, en el colegio del Pilar de los padres marianistas.

Elegante, atractivo y ambicioso, era asiduo de los tontódromos, esas zonas de moda donde la alta sociedad del Madrid de posguerra mataba el tiempo y apañaba matrimonios. Él tenía fama de rastreador de aventuras y fortunas, buscando siempre, dicen, alguna rica heredera. Era de los que vestían sus encantos personales con su incierta estirpe aristocrática: su padre, Martínez, era plebeyo, y su madre, Bordiú, se decía heredera de un príncipe moro y mallorquín convertido al cristianismo cuando Jaime I conquistó la isla y que se bautizó con el nombre de Jaime de Gotor. Y eso siempre daba resultado.



¿PARÍS O MADRID?

«Terminé la carrera de Medicina con veintidós años —rememoraba el marqués—. Fue en el año cuarenta y cuatro y mi sueldo era de cuatrocientas pesetas al mes. Pronto me destinaron al Orfanato Nacional de Carabanchel, a donde iba todas las mañanas en tranvía, hasta que pude comprarme una moto, una DKW de tres cuartos de caballo, que me costó un gran esfuerzo conseguir. De lo que pasó después no voy a hablar ahora, porque lo sabe todo el mundo y estoy muy orgulloso de que ocurriera así.»

Lo que sabe todo el mundo y a él le enorgullecía es que, montado en su moto y tirando de labia, la abuela Nenuca cayó literalmente rendida a sus pies. Ella, como quien dice, no había salido desde que tenía trece años de su palacio de cristal, coto prohibido para los extraños y lleno de aduladores. «Pasábamos los fines de semana en El Pardo —recordó en los ochenta— y sólo me veía con algunas amigas que vivían cerca, o que pasaban el fin de semana con nosotros. Por eso tampoco tuve una niñez muy movida, como otros niños, sino bastante retraída, sin vida social.»¹⁶⁸

Año y medio de noviazgo con carabina, una teresiana curtida en estas batallas, y un gran despliegue de encantos de galán ante la Señora, fueron suficientes para obtener la mano de la heredera.

El General no estaba convencido. Franco siempre lo miró con el rabillo del ojo. No le gustaban las simpatías monárquicas del conde de Argillo, que había firmado el manifiesto de Lausana en favor de don Juan. Franco hizo pagar caro el atrevimiento opositor de su futuro consuegro menoscabándole un tractor que tenía subvencionado para lo de su finca. Dicen que Cristóbal fue algún tiempo antifranquista y eso lo supo y no le gustó al General, que además de suegro era Caudillo.

Cuatro meses después se cometió el sí quiero. Él, tres años mayor que ella, convertido precipitadamente en caballero del

LUIS ALFONSO DE BORBÓN

Santo Sepulcro, ostentaba la joya en el pecho de su uniforme de gala de alférez universitario mientras avanzaba con marcha cadenciosa y lenta hacia la iglesia del palacio de El Pardo del brazo de su madre. Delante de él, del brazo del Caudillo, ella, sencilla, natural, escueta, traje de seda natural, inequívocamente sin escote, cuatro metros de cola pendiente de los hombros revestidos con el velo de tul sujeto por diadema de brillantes y perlas, regalo de sus padres, únicamente engalanada con pendientes de perlas y la pulsera de pedida. «Tenéis un modelo ejemplarísimo en la familia de Nazaret —proclamó el cardenal Pla y Deniel en el sermón—, y otro, más reciente, en el hogar cristiano, ejemplar, del jefe del Estado.»

El talento popular, con cierta ironía corrosiva, compuso una copla a los novios que se escuchó en el Madrid de la época: «La niña quería un marido, la mamá quería un marqués, el marqués quería dinero, ya están contentos los tres.»¹⁶⁹

Fuese por el dinero, por el marquesado, por el marido, o por cualquier otra cosa, los Villaverde introdujeron en El Pardo el gusto por el lujo y la ostentación. El capitán general Agustín Muñoz Grandes, ministro del Ejército y héroe de la División Azul, se quejó en una conversación con Francisco Franco Salgado-Araujo: «No han tenido suerte con la boda de su única hija —decía el capitán general—. Yo no sé lo que pasa allí, pero antes eran de una absoluta austeridad y ésta era una de las mejores cualidades que tenían. Me parece mal que la señora del Caudillo lleve tanto lujo de alhajas. Y entre los militares se comenta con disgusto porque nosotros defendemos la austeridad en todo, y más en la vida de un gobernante en el que se fija todo el mundo. ¡Mucho lujo, mucho lujo y ostentación! ¡Y eso le está dañando mucho!»¹⁷⁰

Así, poco a poco, se convirtió en el yernísimo de Franco. Los periódicos le llamaban «nuevo Ramón y Cajal», «genio de la Medicina» y «futuro premio Nobel», tuvo un breve paso por

¿PARÍS O MADRID?

la historia como el cirujano que realizó el primer trasplante de corazón en España, condecorado con la gran cruz de la Orden de la Corona belga, doctor honoris causa por varias universidades filipinas y sudamericanas, caballero de la Orden de Malta y del Santo Sepulcro, y un millón de honores más.

Las páginas de los libros y las hemerotecas están llenas de referencias que le señalan como uno de los principales instigadores del matrimonio entre la mayor de sus hijas y Alfonso de Borbón. Dicen que fue el verdadero motor en la sombra de las maniobras para cambiar la Ley de Sucesión en favor de la dinastía de los duques de Cádiz. Se puso a la cabeza de los médicos que atendieron a Franco, y, en su afán por mantenerlo con vida, pasó por encima de los deseos de las Cármenes, hartas de suplicar a los médicos que terminasen con aquella crueldad espantosa, y fue el único responsable de su larga agonía. «El marqués de Villaverde —escribió entonces Pepe Oneto—, movido por intereses personales, era el único que parecía resistirse a la realidad de los hechos. Convertido en guardián de su suegro, autoinvestido de un poder político y de decisión que siempre se le había negado en palacio (Franco siempre le trataba de usted a pesar de que hacía más de veinte años que le trataba y él siempre le trató en público de Excelencia), Cristóbal Martínez-Bordiú no pasará a la Historia precisamente como un hombre que facilitó las cosas, ni como un modelo de médico.»¹⁷¹

Muerto el general, su estrella declinó rápidamente. Salió a la luz que su primer trasplante fue un fiasco, que su paciente había muerto veinticuatro horas más tarde. Y los pacientes se negaban a dejarse operar por él. Cuando toda la familia estaba reunida, no era extraño oírle brindar desde su particular estrado: «Habéis tenido que soportar sobre vuestras espaldas el enorme peso de la púrpura familiar. Aunque los nombres y los apellidos que os hemos dado son para sentirse orgullosos,



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

os pido perdón por haber repartido entre vosotros, y en vida, una flaca herencia de envidias y rencores. Menos mal que lo habéis tomado con esa filosofía popular que dice que no hay mayor desprecio que no hacer aprecio. Haced como yo: olvidad, que para eso somos cristianos, a cuantos nos han hecho presa de sus orquestales campañas difamatorias.»¹⁷² En su familia pasó a convertirse en el nuevo «caudillo» de los Franco.

Tenía fama de hombre rígido y prepotente. Mantuvo su promesa de no querer saber nada de su hija. Nunca conoció a Cynthia, ni aceptó jamás la relación con Jean Marie. Dicen que el problema es que eran tal para cual. El abuelo Cristóbal era un hombre curtido en mil batallas amorosas. Los años no hicieron mella en su ajetreada vida sentimental. Hay quien le criticaba abiertamente por crucificar a Carmencita cuando él había hecho durante toda su vida lo que le dio la gana. Cuando murió Franco, Villaverde dejó de esconder a sus amantes, pero seguía guardando las apariencias. En una ocasión, Carmen se enfadó mucho con él: «No se le ocurre otra genialidad que llevar a Luis Alfonso a esquiar a Sierra Nevada con Katia.»¹⁷³ Katia Cañedo era la amante oficial, una amiga de su hija con la que el marqués se dedicaba a jugar al golf en Marbella, separado totalmente de la abuela Nenuca, que iba contando por ahí a quien quisiera escucharla que su marido era un desequilibrado. La relación entre el padre y la hija fue tormentosa. Les hizo sufrir mucho. A ellos dos, y a Luis Alfonso.

Por otra parte, la relación del abuelo Cristóbal con su yerno Alfonso siempre fue muy buena. El duque siempre mantuvo unas excelentes relaciones con su familia política. Y era correspondido. Cuando un grupo de amigos rindió al abuelo Cristóbal una cena-homenaje después de su jubilación, tuvo unas intensas palabras para el que había sido su gran amigo: «Para mí, Alfonso, Su Alteza Real, es siempre



¿PARÍS O MADRID?

mi querido amigo Alfonso. Alfonso ha sido para mí siempre un amigo. Alfonso es y será mi amigo, y a mi amigo le agradezco mucho que esté aquí.»¹⁷⁴ Esta sincera amistad era correspondida. Alfonso contó más de una vez que el marqués de Villaverde era como un padre para él y así lo consideró siempre.

Eran las luces y las sombras de un hombre que no dejaba indiferente a nadie. Y muchísimo menos a su nieto Luis Alfonso. Siempre mostró predilección por él: «Yo con quien me llevo muy bien es con mi abuelo Cristóbal. Es muy simpático y muy deportista. Cuando voy al pantano, esquiamos juntos.»¹⁷⁵ El pantano era el de Entrepeñas. Siempre se mantuvo fiel a los fines de semana con el abuelo en el fantástico chalet de Sacedón que habían comprado a Blanca de Romanones. Allí practicaban juntos deportes acuáticos cuando el tiempo lo permitía. Y jugaban al pádel.

Su madre, Carmen, habló de la relación de Luis Alfonso con sus abuelos: «Como yo me llevo muy poca edad con Luis, en el fondo, la figura de los padres son sus abuelos, es decir, mis padres. Conmigo es más como si fuera un hermano pequeño.»

Luis Alfonso nunca tuvo problemas con el abuelo Cristóbal. La relación era estupenda. El marqués nunca tuvo que presionar al chico para que estudiara o para que llegara pronto a casa. Luis Alfonso, haciendo gala de un sentido del humor fuera de dudas, decía de sí mismo: «¡Creo que soy una especie en vías de extinción! No bebo, no fumo, salgo muy de vez en cuando... Soy un chico muy clásico.»¹⁷⁶

Lloró mucho la muerte del abuelo Cris. Desde entonces, dicen, no se quita la medalla de la Virgen del Carmen que él le regaló.



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

«Nosotros estamos fuera de juego»

... pero vivimos así, de mala gana, a regañadientes. Nuestro mutuo resentimiento, aun enterrado en lo más hondo del pecho, a veces resurge y nos asfixia, y damos largos paseos hincándonos las uñas en las palmas de las manos.

J. M. COETZEE, *En medio de ninguna parte*

El imperio de los Franco, acaudillado por Cristóbal Martínez-Bordiú, vivió su particular caída. La muerte del abuelo acabó para siempre con los privilegios y la impunidad de la familia Martínez-Bordiú. Las denuncias y acusaciones se convirtieron en el pan nuestro de cada día. La democracia los transformó en lo que ahora se llama una familia desestructurada. Ninguno de ellos fue capaz de entender los cambios que se estaban desencadenando en España. La familia, arrinconada por las amistades íntimas que amasaron inmensas fortunas a su sombra, había sido víctima de un régimen que le había hecho creer sus propias mentiras. La muerte del abuelo fue el pistoletazo de salida para la desbandada familiar, que comenzaba a desencadenarse ante los ojos asombrados de la España posfranquista. La disolución del Régimen también había llegado a una familia que había sido el ejemplo a seguir.

Al principio fueron pequeños detalles. Eran dolorosos, pero no eran sino la sombra de lo que se les avecinaba. Un día, el coche oficial de Carmen Polo atropelló levemente en Vigo a un peatón. Los testigos reconocieron a la Señora y empezaron a abuchearla, a increparla con extrema dureza, hasta que se marchó.¹⁷⁷ Francis, el nieto mayor, se lamentaba de que, cuando el abuelo vivía, llegó a tener cuatrocientas invitaciones al año. Ahora nadie parecía acordarse de él. Lo peor estaba aún por llegar.



¿PARÍS O MADRID?

El día de Navidad de 1977, los Franco estaban sentados para celebrar la tradicional comida. De pronto, entró Francis, «sin corbata, vestido casi de campo, chorreando sangre a borbotones, con el labio partido. ¡Le habían atizado!» Al parecer, a Francis se le complicó la mañana, se le hizo tarde para llegar a la comida, y, ya de camino, en una maniobra inverosímil, adelantó a un coche subiéndose a la acera. Los del vehículo de al lado, que le vieron cometer la infracción, lo reconocieron y empezaron a gritarle «Franco asesino, asesino.» Luego se bajaron del coche y, como eran cuatro, lo inflaron a golpes. Francis se defendió como pudo. Siguiendo el relato de Jimmy Jiménez Arnau, Alfonso y José Cristóbal se indignaron mucho. El marqués mandó llamar a un médico.

—Si ya te he dicho que no se puede conducir como tú lo haces. Si te lo tengo dicho, que te va a pasar algo; ya tuviste el accidente y ahora te pasa esto.

—Venga, papá —respondió Francis—, eso no tiene nada que ver. A mí me han llamado «Franco asesino», he salido del coche a ver qué pasaba, han aparecido tres o cuatro y me han atizado entre todos llamándome «Franco asesino, Franco asesino».

«Y los pequeños estaban viendo una superproducción en la que el hermano mayor entra lleno de sangre a la comida de Navidad diciendo que le llaman “Franco asesino.”»¹⁷⁸

Francis estaba marcado por el estigma de su propio nombre. Dicen que Franco deseaba perpetuarse, pero su apellido estaba ahogado por falta de varón que lo heredase. Por eso quiso que el mayor de sus nietos se llamase como él. Fue una pesada losa que colgaron al pequeño Francis cuando nació. Siendo muy niño, se dio cuenta de que le habían cambiado el orden de los apellidos: «¿Por qué me los han cambiado?» La única respuesta que obtuvo fue tajante: «Porque tu abuelo lo ha querido.»



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

Otro Francisco Franco, Salgado-Araujo, fue quien más claro lo tuvo entonces: «Si los españoles van a ser tan olvidadizos con Franco, su nieto no se alegrará demasiado con el cambio de apellido y tal vez prefiera algún día ser un Martínez cualquiera.»¹⁷⁹

* * *

Los franquistas se estaban convirtiendo, como por arte de magia, en inestimables paladines de la democracia. Los tiempos estaban cambiando. Alcaldes franquistas de toda la vida sustituían los nombres de las calles que recordaban la dictadura. Carmen Franco Polo, en un acto público, se lamentaba: «Me ha dolido la medida del cambio de nombre de la avenida del Generalísimo. Mi padre ocupa un lugar en la historia de España, a la que entregó su vida. Es lógico que tenga una calle en Madrid y en otras ciudades españolas. Concretamente, la avenida que lleva su nombre en Madrid, antes de su inauguración en 1952 por mi padre, no tenía otro nombre, porque no existía tal avenida.»¹⁸⁰

«Se ha creado un complejo sistema para anular al mandatario anterior y ensalzar al que está ahora —explicaba con enorme convicción José Cristóbal—. Hubo que desmitificar la figura de mi abuelo para que ahora podamos tener un rey. Sencillamente.»¹⁸¹

* * *

No cuesta mucho imaginar a la familia reunida, al calor del whisky y la chimenea, recordando viejos tiempos y lamiéndose las heridas abiertas por la todavía joven democracia. Un resentimiento común que afectaba y unía a toda la familia.

Es ya clásica la historia de la campaña del abuelo Cristó-



¿PARÍS O MADRID?

bal por el escaño en el Consejo Nacional. El día antes de las elecciones, envió un telegrama a los consejeros que decía: «En memoria del caudillo Franco me he presentado a la elección. Cumple en conciencia con tu deber. Gracias.» Eso hicieron, cumplieron con su deber y, como dijo Ricardo de la Cierva, «naturalmente no le votaron».

En una entrevista, Cristóbal explicó su afán por meter la cabeza en política: «En los últimos meses se han venido acentuando las campañas de desfiguración o descalificación del Generalísimo Franco y no se han detenido ni siquiera ante su familia. Entonces tuve la pretensión de entrar en política solamente para que hubiera una voz más cercana a la verdadera intimidad de Franco y defender siempre su memoria.»¹⁸²

Más adelante, en un mitin de la extrema derecha, arengó a su auditorio: «Al morir mi suegro, presentía lo que iba a suceder, los ataques a su figura. Fui a ver al rey, que me dijo que para defender a Franco estaba él, el rey, y todo su equipo de colaboradores. Y César le preguntó a Bruto: “¿Tú también, hijo mío?” Franco creyó que lo tenía todo atado y bien atado, pero le fallaron las personas en quienes confió. ¿Quién desató el lazo?»

Adolfo Suárez, el nuevo presidente, se convirtió en el político más odiado por la familia: «Cuando Suárez era secretario general del Movimiento —contaba Cristóbal—, me dijo: “Para defender la memoria de Franco, yo y la mayoría de los españoles nos echaríamos al monte si ello fuese preciso.”¹⁸³

«Para nosotros, la familia —declaró José Cristóbal, el militar—, la ola de rumores que nos rodeaba no dejaba de ser una manera más de atacar al abuelo. A él nunca se le consiguió sacar ninguna falta referente a su vida privada. Por lo tanto, se intentaba destruir el mito de austeridad que le acompañó a lo largo de su vida, por asociación de ideas, poniendo en la palestra nuestras vidas privadas.»¹⁸⁴



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

Carmen Polo, *la Señora*, sólo veía ingratitud a su alrededor. Aunque mantenía el tipo con dignidad, dejaba traslucir cierto resentimiento. Cuando sus nietos le preguntaban: «*Abu*, ¿qué significa eso de la libertad de expresión?», ella contestaba: «Que se metan con nosotros. Eso es lo que significa.»¹⁸⁵ Quizá por eso se recluyó en la casa de Hermanos Bécquer.

Luis Alfonso tuvo bastante relación con la Señora. Iban a verla todos los fines de semana. Se reunían en su piso y merendaba toda la familia unida. «Le fallaba la memoria —contó Carmen alguna vez— y mezclaba la realidad con el recuerdo. A Luis le llamaba ‘mi querido Frañ.’»¹⁸⁶

* * *

Y luego estaban los enfermos del Ramón y Cajal, que se negaban a ser intervenidos por Villaverde, y la defensa en entrevista exclusiva, que se estaba haciendo un lavado de cerebro a los enfermos para que no se dejaran operar por el yerno de Franco y la guerra interna de los abajo firmantes y el más dura será la caída con el expediente por las ausencias reiteradas y las faltas injustificadas y el es que esto me pasa porque me casé con la hija del Caudillo y la dimisión y el adiós definitivo a los quirófanos y el vaya usted a saber por qué razones dijo aquello de que es incalificable y triste la expectación de descalificaciones e injurias contra la familia Franco, que no cesa desde hace varios años, y no se detiene en los aspectos normales y sociales de esta familia, sino que incide también en nuestras propias vicisitudes de trabajo y profesión.¹⁸⁷

Y luego estaba el escándalo mediático de la fuga de divisas de la abuela Nenuca en forma de treinta y una medallas conmemorativas de oro, brillantes y esmaltes y siete insignias de solapa de oro y brillantes que no pasaron el control del aeropuerto de Barajas, piiip, a ver, abra usted el bolso, uy, qué sofo-



¿PARÍS O MADRID?

co, y la defensa en rueda de prensa, yo sólo quería hacer un reloj para regalárselo a mi madre, y luego, ahí tienen ustedes la carta del joyero suizo en la que acepta el encargo, y la sentencia del tribunal del contrabando, madre mía, hija de Franco y contrabandista, que condenó a pagar una multa de seis millones ochocientos mil pesetas, ya está bien, casi tres veces el valor de las dichas medallas y el recurso ante el Supremo y la absolución final de todo malentendido y toda culpa.

Y luego estaba Pilar Franco, la hermana del Caudillo, que a sus ochenta y tres años se sumaba a la manía persecutoria o no, cuando dijo lo de que toda la familia estamos amargados con tanta calumnia e injuria que se dice sobre nosotros, y añadió, sin ir más lejos, hace unas semanas quemaron intencionadamente el Pazo de Meirás y todavía los periódicos quieren hacer ver que fue un accidente fortuito.¹⁸⁸ Y mire usted por donde, que era cierto, que el pazo había ardido, lo habían quemado, se había incendiado, y la versión oficial sostuvo que fue un accidente provocado por la mala instalación de la luz, y enseguida circularon los rumores, ya se sabe, que si los Franco estaban intentando vender el pazo, que si, decían, les resultaba una verdadera carga, que si te equivocas, que si no puede ser eso, que si el guardián de Meirás mantuvo en todo momento que aquello había sido un atentado, que si el gobierno estaba convencido de que todas las puertas y ventanas estaban cerradas, que si eso no era posible, que si los bomberos lo echaron todo abajo sin una inspección previa y a fondo, que si la familia sostenía que alguien había entrado en el pazo para llevarse algo antes del incendio, que si esto no tiene gracia, que si ardie-ron o desaparecieron documentos decisivos sobre la ascensión del Generalísimo al poder, diarios personales e informes secretos sobre la restauración de la monarquía, que si los papeles de Franco eran propiedad privada, que si eran patrimonio de todos los españoles, y otra vez el espíritu del guerracivilismo y las dos



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

Españas conteniendo por unos papeles que estaban quemados y nadie supo nunca quién había sido ni para qué porque lo cierto es que el incendio del pazo nunca se aclaró.

Y luego estaban todos esos incendios sin aclarar, acompañados siempre de robos sin aclarar, allanamientos de morada con papeles revueltos, primero en la finca de Valdefuentes, y, más tarde, en la finca del Canto del Pico, en el mismo palacete que meses después estuvo a punto de ser presa del fuego, madre mía, menos mal que los bomberos impidieron que las llamas lo alcanzaran, también ellos andaban perdidos, buscando alguna causa razonable de un incendio que nunca se supo si había sido intencionado o no, conformándonos o no con el único intento de explicarlo todo, «alguien», decía la familia entre comillas, estaba buscando «algo», también entrecomillado, entre los papeles antiguos de Franco que se guardaban en los palacetes, las fincas y los pazos que habían heredado, pero tampoco supimos nunca si fueron ellos mismos o la casualidad o las comillas o fue otra cosa.

Y luego todos los escándalos financieros, inmobiliarios, económicos, ecológicos, cinegéticos, sentimentales, familiares, nobiliarios, de Francis, el más turbio de los nietos, que pisó los juzgados tantas veces, que reclamó el ducado que no era suyo, que tuvo un *affaire* formal con Anita Obregón, la que soñaba con Spielberg y si te he visto no me acuerdo, que se separó de María Suelves y dejó dos hijos por el camino, que se juntó con Miriam Guisasola para ir a buscar otro...

Y luego estaba José Cristóbal, el segundo de los varones, juerguista, deslenguado, talentoso, que fue militar y colgó el uniforme en exclusiva y a todo color desde las páginas de *Inter-viú*, que se quitó el José cuando murió su padre, sentó la cabeza a los pechos de Jose Toledo, la de la tele, tuvo un hijo y escribió un libro sobre la familia.

Y lo de Merry, la hippie, que metió en la familia a Jimmy



¿PARÍS O MADRID?

Jiménez Arnau, se divorció al poco tiempo y aún disputa a su ex marido la custodia de su hija Leticia.

Y lo de Arancha, la más pequeña, que creció con Luis Alfonso en Hermanos Bécquer y para mayor ahondamiento en el disgusto paterno necesitó dispensa papal para casarse felizmente con su primo Alejo Martínez-Bordiú.

Y menos mal que estaba Mariola, María de la O, la Ferrolana, mujer de carácter fuerte, diplomada en Pintura, licenciada en Arquitectura, feliz esposa de Rafael Ardid, ama de casa, madre ejemplar de los primos favoritos de Luis Alfonso y siempre comprometida a no dar que hablar.

Y menos mal que estaba Jaime, el abogado, que tanto ayudó a Luis Alfonso a superar su soledad en aquella habitación al final del pasillo de Hermanos Bécquer, ocho, quinto piso.

Y aún faltaba por llegar la tragedia del hotel Corona de Aragón.

¿Un atentado contra los Franco?

Setenta y seis muertos. Ciento trece heridos. Cuerpos calcinados. Llamas vertiginosas. Un hotel lleno de militares. Un incendio inexplicable. Un espectáculo dantesco. Pánico. Gente asfixiada, saltando por las ventanas. El impacto de un niño contra el suelo. Gritos desgarradores. Miedo. Muerte.

Doce de julio de 1979. Ocho horas y veinte minutos de la mañana. Un incendio vertiginoso arrasa el hotel Corona de Aragón. El fuego se extiende a modo de explosión y destruye, prácticamente en su totalidad, las seis plantas del edificio. Las llamas sorprenden a los doscientos huéspedes en el interior de sus habitaciones.

En medio de la confusión, varios hoteles zaragozanos reciben amenazas de bomba.



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

Aquel día se celebraba la entrega de despachos a los cadetes de la Academia de Zaragoza. Por eso muchos de los huéspedes del Corona de Aragón eran militares de diversas graduaciones y sus familiares. Era el hotel más emblemático de la ciudad. Los Franco también se alojaban allí. José Cristóbal era uno de los licenciados que iban a graduarse.

La Señora, la abuela Nenuca y los pequeños Jaime y Arancha ocupaban, junto a los escoltas, cuatro habitaciones contiguas del tercer piso. El abuelo Cristóbal dormía en una habitación individual, un piso más abajo. Con gran agilidad, el marqués saltó en pijama a la calle. Su familia lo tuvo más difícil. Uno de los escoltas vio la humareda. La Señora estaba ya vestida. Pensaba asistir a misa en el Pilar. Se reunieron todos en su habitación. El humo lo invadía todo. Optaron por esperar el rescate, mientras las mujeres rezaban. Al fin, llegó un bombero por la ventana. La Señora fue sacada en brazos por su propio escolta.

Pasadas las ocho y media de la mañana, Carmen Polo fue trasladada al Hospital Clínico de Zaragoza. El abuelo Cristóbal no se separó de su lado. A mediodía, había sido dada de alta. «Ha sido un milagro, ha sido un milagro»¹², repetía la Señora.

«Uno de los primeros testimonios que recogí —escribiría José Cristóbal en su libro de memorias *Cara y cruz*— fue el del chofer de mi abuela, que se encontraba aparcado en la acera opuesta a la entrada del hotel. Según él pudo apreciar, las llamas comenzaron simultáneamente debajo y encima de la habitación que ocupaba mi abuela.»

Los bomberos, al calor del siniestro, afirmaron que el fuego se había producido en lugares distintos y casi simultáneamente. Existen unas imágenes captadas por un videoaficionado que demuestran que el incendio tenía dos focos: uno en los bajos del edificio y otro en la azotea.



¿PARÍS O MADRID?

«Desde hacía un mes estaba sobre aviso de que algo podía ocurrir en Zaragoza —proseguía José Cristóbal—. La información me había llegado por dos conductos. Según un miembro de la escolta de mi familia, del Cuerpo Superior de Policía, se preparaba un atentado terrorista contra nosotros. Según la segunda sección del Estado Mayor de la Academia, encargada del servicio de información, había preparada una acción en contra de un miembro de la Academia General Militar, posiblemente un cadete. Debido a mis circunstancias personales, opinaban que la víctima podía ser yo.»¹⁸⁹

ETA reivindicó el atentado. Mientras, Francisco Laína, gobernador civil de Zaragoza, reunió a los periodistas para decirles que había que desechar la tesis del atentado. Y que ya se conocían las causas del incendio. La versión oficial sostuvo que las llamas se originaron en la máquina de churros de la cafetería de la planta baja del hotel. La idea de un atentado con ochenta víctimas del Ejército sobre la mesa era inadmisibles para el Gobierno. Eran malos tiempos para sembrar la alarma entre los militares. Faltaban dos años para el golpe de estado del 23-F.

«A mí —concluía José Cristóbal—, nada ni nadie me quitará la íntima y profunda convicción que el holocausto fue un atentado en toda regla contra mi familia y contra los altos estamentos del Ejército.»¹⁹⁰

Veintisiete años después, la tragedia del hotel Corona de Aragón sigue siendo un misterio. Nadie ha tenido interés en desvelarlo.

Luis Alfonso pudo escuchar muchas veces esta historia. Quizá nunca supo si era fruto del resentimiento de su familia, de su manía persecutoria, o si era un aviso de la muerte que le acechaba.



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

El misterio del cofre

Al margen de este resentimiento de Hermanos Bécquer, Luis Alfonso seguía con su educación bilingüe en el Liceo, los partidos de hockey sobre hielo, los concursos y las misas en memoria de su padre, las charlas en el coche del tío Jaime en dirección a Sierra Nevada, la vital importancia de la formación deportiva, las primeras vacaciones en tren a la playa con los amigos, los primeros rumores de pareja, las fotos para los legitimistas, los cursillos de vela en el club náutico, el campamento americano con Fran Rivera, las fotos en la popa con Inés Sastre, la pandilla persiguiendo periodistas, el mismo traje de esquí que llevaba su padre, la pesca submarina en las calas de Mallorca, los primeros escauceos con el rugby, y qué decir de su condena a soportar fotógrafos, los paseos en la moto del tío Jaime, el primer puesto en el torneo estudiantil de pádel, el metrochenta y nueve de estatura, el viaje a Marruecos con la abuela Nenuca, las cámaras que le impedían pasar desapercibido, las declaraciones de Teresa Soy su mejor amiga durante la Semana Blanca, los Ha sido un hijo maravilloso, los Echo de menos a mi padre todavía, los Ha sabido encajar los tremendos golpes que le deparó el destino, los La vida sigue, los Ha podido superar las dramáticas circunstancias que le han marcado...

Una noche estaba cenando con un grupo de amigos en Las cuatro estaciones, un restaurante exclusivo, acogedor y claro, ubicado en la calle General Ibáñez de Ibero. Por aquellos años, el precio medio de un menú era de 11.000 pesetas. Comida clásica, de mercado, con algún guiño a la modernidad francesa sin estridencias, buen jamón, exquisitos raviolis de hongos, el mejor *steak tartare* de Madrid y una excelente tarta de manzana. En el grupo estaban sus primos Borja y Jaime. También había una jovencita morena que, a juicio de la



¿PARÍS O MADRID?

prensa, atraía especialmente el interés de Luis Alfonso. Mostraban una actitud tan cariñosa que incluso, qué me dices, la joven se acercó a Luis Alfonso y lo abrazó. Un fotógrafo de agencia les esperaba a la salida del local. Cuando repararon en él, los presuntos tortolitos se separaron. Luis Alfonso, mientras se cubría la cabeza con una chaqueta, gritó a su guardaespaldas: «Atízale.»¹⁹¹ El policía que hacía las veces de escolta obligó al periodista a devolverle los carretes.

Poco después, se repitió la situación. Pero esta vez había muchos fotógrafos. Entre los amigos fueron cubriendo el rostro de Luis Alfonso hasta que se montó en el coche. Antes de partir, los jóvenes dedicaron a los fotógrafos una «peineta», ese gesto poco cariñoso de levantar el dedo corazón y replegar los otros.

Mil veces se tapó la cara con cualquier cosa. Una carpeta de Barcelona '92, una chaqueta, la mano, el grupo de amigos, el AS, la guantera del coche, un pasamontañas con gafas de sol, la cartera del cole, las maletas, la mesa del restaurante, una amiga, el brazo derecho, el casco de hockey, la cara de pocos amigos, una raqueta, un papel en blanco, un jersey, cualquier cosa. A veces salía corriendo.

También hubo veces que la cosa se fue de las manos. Carlos Sánchez Cossio, fotógrafo, denunció que había sido objeto de agresiones por un numeroso grupo de amigos de Luis Alfonso. Estaba intentando hacerle una foto cuando un grupo de jóvenes le persiguieron y rompieron los cristales del establecimiento donde se refugió.

Su aversión a los fotógrafos empezaba a ser algo más que un juego.

«Con lo que le ocurrió tuvo prácticamente todas las papeletas para ser un chico problemático —ha manifestado alguna vez su madre con orgullo—. En cambio fue buen estudiante y es un gran trabajador. Y bien sabe Dios que a ciertas edades los jóvenes pueden ocasionar y meterse en problemas.»¹⁹²



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

«A la vida le pido tranquilidad —declaró por aquel tiempo, en 1991— y, sobre todo, poder vivir como cualquier otra persona. Yo soy consciente de lo que me ha tocado vivir. Pero ahora creo que soy feliz.»¹⁹³

Ahora estaba a punto de cumplir los dieciocho años. Iba a alcanzar la mayoría de edad. Su abuela dejaría de controlar su herencia. Su madre perdería la patria potestad. Tendría que resolver si es francés o español. Tendría que decidir si quería convertirse en pretendiente al trono de Francia. Y todo el mundo esperaba con impaciencia que se desvelase uno de los secretos mejor guardados del duque de Cádiz.

El 25 de abril, Luis Alfonso podría abrir el misterioso cofre que le dejó su padre.

* * *

Alfonso, antes de morir, había depositado un cofre, herméticamente cerrado, en una de las cajas de seguridad de la central del Banco Exterior de España, donde había ocupado el cargo de subdirector general. Un cofre que sólo podía ser abierto a partir de la fecha en que su hijo cumpliera la mayoría de edad. Ni sus familiares más cercanos, ni sus amigos más íntimos, ni sus albaceas testamentarios. Nadie conocía el contenido.

Tampoco se dudaba de la existencia del cofre. La pregunta, entonces, era: ¿qué contenía ese cofre para que Alfonso lo mantuviera tan en secreto?

Se barajaron todo tipo de hipótesis sobre el contenido de aquel enigmático cofre del tamaño de una caja de zapatos. Se dijo que sólo contenía objetos muy personales. Que había otros objetos de gran valor. Se dijo que alguna cuenta corriente en Suiza. Que dinero no, porque no tenía. Se dijo discretamente que nunca me habló de este asunto. Se dijo que guardaba algu-



¿PARÍS O MADRID?

nas joyas de la familia, no hay que olvidar, se dijo, que Alfonso era el ojito derecho de Gangan, su abuela, la reina Victoria Eugenia. Que algunas joyas entrañables. Que muchas de las joyas de la familia ya han sido subastadas en Ginebra. Se dijo que no había objetos de gran valor. Se dijo que algunos regalos heredados de su padre. Se dijo que dos cuadros que guardaba el duque. Aquí todo el mundo opinaba. Se dijo que el cofre guardaba una póliza millonaria de seguros, doscientos, puede que bastante más, puede que menos. Se dijo que imagino. Se dijo que no tengo ni idea. Se dijo que escondía importantes documentos, revelaciones secretas sobre la vida del duque y de su familia, documentos familiares. Se dijo que custodiaba la correspondencia, mucha correspondencia, alguna carta, cartas comprometedoras, cartas de su padre, cartas de Franco, cartas de Juan Carlos, cartas del tío Juan, ninguna carta. Se dijo que las cartas familiares que Alfonso consideraba importantes para aclarar la renuncia del abuelo Jaime al trono. Se dijo que la copia de la carta del 26 de septiembre de 1972, desde Estocolmo, para negarse a asistir a la boda de su prima Margarita. Alguna fuente anónima confirmó la existencia de documentos. Se dijo que podía haber muchas sorpresas, que no iba a haber grandes sorpresas, que no tenía importancia, que su apertura aclararía importantes interrogantes. Se dijo que a Luis Alfonso no le gustaba el dinero, preferiría que fuesen recuerdos personales de su padre. Se dijo que recomendaciones sentimentales para el hijo. Se dijo irónicamente que consignas para alcanzar el trono de Francia. Se dijo que era la mejor manera de transmitir a Luis Alfonso su expreso deseo de que asumiera la jefatura de la casa de los Borbones. Mirta Miller, que Nada que pueda afectar a mi vida. Mona Jiménez, restauradora, que se deje de remover la historia de una familia marcada por la desgracia. Un portavoz del banco, que ni negaban ni confirmaban su existencia, que en realidad era una caja



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

metálica de unos 18 centímetros de ancho por 24 de largo. Balansó, que disponía de suficientes datos para saber que dentro del cofre habría un mensaje que decía: «Querido hijo, no olvides que eres el jefe de los Borbones.»¹⁹⁴

En una ocasión estuvo a punto de desvelarse el secreto. A la muerte de Alfonso, el abogado de la abuela Emanuela solicitó al banco la apertura de la caja de seguridad, en presencia de un notario y con todas las garantías judiciales. «Se consideró que podrían existir algunos documentos que aclarasen la última voluntad del duque de Cádiz»¹⁹⁵, justificó el abogado. La entidad se negó, alegando que sólo podría abrirse «a instancias de quien o quienes justifiquen algún derecho a la sucesión del fallecido o bien a instancias del albacea o albaceas, si estuviesen facultados para ello».¹⁹⁶

El cofre no podría abrirse hasta que Luis Alfonso lo solicitara, por escrito o en persona. Pero la cosa se complicó aún más, y, en mitad de la vorágine informativa, el banco hizo público que la llave se había perdido y que tendría que abrirlo un cerrajero.

Balansó llegó a entrevistarse con la que fue secretaria y jefa de prensa de Alfonso de Borbón, María Teresa Arroyo. Había sido azafata, monja en las Cooperadoras de Cristo Rey y, finalmente, empleada del Banco Exterior, donde conoció a Alfonso en 1976. Murió poco antes de que Luis Alfonso cumpliera la mayoría de edad. En aquella conversación, María Teresa reconoció la existencia del famoso cofre. El periodista concluía que bien pudo haber ayudado a Alfonso a colocar el cofre e instalarlo en la caja fuerte.

La expectación sobre este secreto tan bien guardado crecía a medida que se acercaba el gran día. Y el día 25, un nutrido grupo de periodistas hacía guardia a las puertas del Banco Exterior de España. Pero no pudo ser. Luis Alfonso no se presentó para abrir el cofre. Se dijo que claro, que es que estaba más

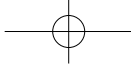


¿PARÍS O MADRID?

preocupado por terminar el COU y preparar su ingreso en la universidad que por «otras cuestiones que han despertado el interés del público». Según otra versión, Carmen manifestó que querían «desdramatizar toda la expectación que se había creado. Por eso, casi a última hora, decidimos no llevar a cabo el trámite de apertura de la caja, cosa que, cuando le parezca oportuno, hará el propio Luis Alfonso».¹⁹⁷

No hizo falta. El misterio se resolvió por sí solo. Emanuela tenía una relación de los objetos guardados en el cofre. La persona que se ocupaba del inventario de los bienes del duque, también. Cuando Carmen llegó a Madrid para celebrar el cumpleaños de Luis Alfonso, le dieron a conocer esta lista de objetos. Y Carmen la hizo pública en exclusiva para *Hola*. «Es normal, cuando depositas algo en un banco, lo normal es quedarte con una lista del contenido», dijo. Según esta información, los objetos más destacados del cofre eran la Gran Cruz de Isabel la Católica, varias medallas de oro y otras distinciones con que honraron al abuelo Jaime; un reloj de oro y otro despertador con pequeñas piedras preciosas de la reina Victoria Eugenia; unos gemelos de oro de Alfonso XIII, dos pitilleras de oro, monedas de oro y un clip de oro para sujetar billetes. Nada de documentos. Sólo objetos personales de la familia de gran valor sentimental.¹⁹⁸

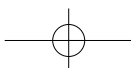
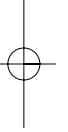
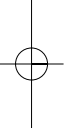
Y Carmen, sin querer, en esa entrevista, dejó abierta la posibilidad de que fuera otro el contenido de esa caja. Ella siempre justificó la ausencia de Luis Alfonso en los actos legitimistas diciendo que debía primar sus estudios. «Mi hijo prefiere ser economista a rey de Francia», llegó a decir.¹⁹⁹ Al preguntarle por la actitud que iba a tomar Luis Alfonso ahora que era mayor de edad, Carmen no dudó en contestar: «Su padre estaba con esta gente, y Luis tampoco puede decir: “No quiero saber nada...” No puede renunciar a un apellido, a un pasado. Pero de ahí a que venga a hacer cualquier tipo de manifes-



taciones en Francia, hay un abismo. Eso, desde un principio, está totalmente descartado.» Y, poco después, que «ya será más adelante, cuando termine sus estudios universitarios, cuando se ocupe de responsabilidades y tradiciones familiares».²⁰⁰

Carmen se equivocaba. ¿Acaso no conocía a su hijo? ¿O es que el cofre misterioso contenía alguna clave que terminó de empujar a Luis Alfonso a asumir sus pretensiones dinásticas en Francia?

La respuesta, amigo mío, está en el viento.



UN ESPAÑOL EN LA CORTE DE LOS LUISES

Y luego continuó diciéndose: «Me creía rico con una flor única y resulta que no tengo más que una rosa ordinaria. Eso y mis tres volcanes que apenas me llegan a la rodilla y uno de los cuales acaso esté extinguido para siempre. Realmente no soy un gran príncipe...» Y echándose sobre la hierba, el principito lloró.

ANTONIO SAINT-EXUPÉRY, *El principito*



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

« Asumiré por entero el legado...»

Ya se ha visto que cada vez que se planteaba la cuestión sobre el futuro dinástico de Luis Alfonso tras la muerte de su padre, Carmen insistía en que las únicas preocupaciones de su hijo eran sus estudios y llevar una vida como la de cualquier otro chico de su edad. Llegado el momento, sería él, exclusivamente, quien decidiría, al alcanzar la mayoría de edad, qué camino quería seguir. Hasta ese momento, Luis Alfonso había acompañado a la abuela Emanuela y al tío Gonzalo a algunos actos organizados por los legitimistas.

Hasta que llegó el 24 de agosto de 1992. Era la festividad de San Luis, rey de Francia, Borbón y patrón de los Borbones. Se celebraba una fiesta en la localidad occitana de Aigues Mortes, una ciudad fortificada que se levantó en el siglo XIII por orden de San Luis con la intención de incorporar en el reino de Francia un puerto mediterráneo. Mil seiscientos metros de murallas construidas con piedra arenisca rodean la ciudad en un cuadrilátero perfecto que todavía se conserva. Ambiente festivo, desfiles históricos, misa solemne, multitud de asistentes, trajes de época, artesanos, espectáculos callejeros a los pies de las murallas.

En la iglesia de Notre Dame des Sablons, Luis Alfonso de Borbón y Martínez-Bordiú, Luis XX de Francia, nuevo duque de Anjou, cuatro meses después de alcanzar la mayoría de edad, y ante una multitud incondicional, fue claro como el agua: «Asumiré por entero el legado recibido a través de mi padre.»²⁰¹

Luis Alfonso estaba recogiendo el testigo del duque de Cádiz. Cumpliendo la última voluntad de su padre, había decidido asumir sus responsabilidades dinásticas como cabeza de la familia Borbón y pretendiente al trono de Francia.

En el acto estaban presentes el duque de Bauffremont, la condesa de Borbón Busset y otros destacados legitimistas fran-



UN ESPAÑOL EN LA CORTE DE LOS LUISES

ceses, así como la baronesa de Alacuás y su marido, Federico Trenor, que asistieron con varios amigos españoles. Y, en primera fila, al lado de Luis Alfonso, la archiduquesa Constanza de Habsburgo, frustrada prometida del duque de Cádiz.

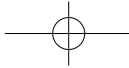
Esa misma mañana, Luis Alfonso hacía su primera aparición en público en territorio francés desde que alcanzó la mayoría de edad. Fue recibido por el alcalde de Aigues Mortes en el Grau del Rey, el puerto a orillas del Mediterráneo desde el que las naves capitaneadas por San Luis partieron dos veces hacia las Cruzadas. Luis Alfonso y su séquito remontaron en barco el canal que une el Grau con Aigues Mortes. Una vez allí, la comitiva asistió al desfile histórico, que animaba las calles de la vieja ciudad.

Al término del solemne acto de proclamación, tuvo lugar una recepción en el patio de la casa del gobernador. Allí, a los pies de la torre de Constance, una de las torres del homenaje más majestuosas de la Edad Media, el alcalde de la ciudad declaró ciudadano de honor al nuevo duque de Anjou.

La jornada dejó para el recuerdo algunas imágenes sorprendentes. La revista *Hola* publicó la fotografía de una joven que, con verdadero fervor, besaba la mano de Luis Alfonso, mientras le hacía una reverencia, ante el desconcierto del joven príncipe.

El abogado José Antonio Dávila, encargado de asesorarle en materia dinástica como antes hizo con su padre, destacó su firme deseo «de respetar el legado de su padre en el sentido de ser continuador de sus obligaciones familiares, más que de sus derechos dinásticos».

La prensa española se echó las manos a la cabeza. «El acto de Aigues Mortes —se publicó— acaba de consagrar la continuidad de una “tradicción familia” que puede, en diferentes circunstancias políticas de futuro, causar grave perjuicio a la Corona.»²⁰²



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

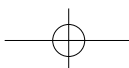
Los monárquicos orleanistas tenían otra interpretación. Luis Alfonso era el último eslabón de su cadena dinástica, un candidato sin descendientes, sin estar casado, demasiado joven... «Adivínese quién es su sucesor legitimista si fallece sin descendencia...: ¡el rey don Juan Carlos, como pariente varón más cercano!»²⁰³

Discreto y con los pies en la tierra, cuando le preguntaban por sus aspiraciones dinásticas, insistía en que «la restauración de la monarquía en la Francia republicana no está de actualidad».²⁰⁴ Prudentemente, él siempre ha preferido huir de la confrontación. Sabe que esos han sido siempre sus caballos de batalla: conciliar sus pretensiones al trono de Francia con las buenas relaciones con la Familia Real española y con la Casa de Orleans.

* * *

Desde entonces, su actividad como príncipe heredero de un trono inexistente no ha parado. Invitado por diversas asociaciones históricas, culturales o religiosas con motivo de alguna conmemoración borbónica, su presencia oficial en Francia se fue intensificando paulatinamente. «Viajo unas 12 veces al año, y siempre durante fines de semana o vacaciones», explicaba el primogénito de los Capetos.²⁰⁵ Las gestiones de las invitaciones y la financiación de sus viajes las formalizan organismos como el Instituto de la Casa de Borbón, fundado por el abuelo Jaime, la Federación de Asociaciones de la Presencia del Recuerdo Borbónico, o la editorial Comunicación y Tradición, que publica la revista bimensual *Bourbons Magazine*, con una tirada de 2.800 ejemplares.

Presidió el II Centenario de la ejecución en la guillotina de Luis XVI, celebrada en la iglesia de Saint-Denis, en París, poco después de la aceptación de Aigues Mortes, bajo los gritos de «Viva el Rey» que se repitieron una y otra vez.



UN ESPAÑOL EN LA CORTE DE LOS LUISES

A continuación, presidió en La Vendée la conmemoración del bicentenario del levantamiento de los campesinos contra el Gobierno de la Revolución Francesa y en defensa de la monarquía. Aquel año, y aprovechando el bicentenario, la etapa prólogo del Tour de Francia se celebró allí. Luis Alfonso fue el invitado de honor, siguió la etapa desde el coche de Jean-Marie Leblanc, director de la carrera, y subió al podio para felicitar a Miguel Induráin, que ganó aquella etapa y se vistió el maillot amarillo.

Fue invitado de honor en Châtres durante las celebraciones del cuarto centenario de la coronación de Enrique IV, el primer Borbón que reinó en Francia. Le invitaron a plantar el árbol del cuarto centenario, en la plaza de Enrique IV.

Aprovechó la conmemoración del séptimo centenario de la instalación de los dominicos en el monasterio de Saint-Maximin-La Sainte Baume para conocer Marsella, donde la Cámara de Comercio e Industria de la ciudad le obsequió con la Medalla de Oro.

Presidió, como invitado de honor, la misa conmemorativa de la fundación del Hospital de los Inválidos el año que coincidió con la festividad de San Luis.

También presidió una misa en Reims con motivo del XV centenario de la coronación de Clodoveo. «Acudo a los actos religiosos por devoción —declaró—. Soy creyente, aunque reconozco que lo de la coronación de Clodoveo fue un poco largo... ¡Seis horas a bajo cero en un aeropuerto...!»

Y así, doce veces al año, centenarios, conmemoraciones, actos, codeándose con el ejército cuando visitó el portaaviones nuclear *Charles de Gaulle* en la base naval de Breste, codeándose con las fuerzas vivas cuando se sentó en el palco junto al presidente de la República, Jacques Chirac, en la inauguración del estadio de fútbol de Saint-Denis, codeándose con la alta sociedad en los bailes de debutantes a los que acudía como caballero acompañante de alguna de las jovencitas que se vestían de



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

largo, codeándose con el pueblo que le aclamaba como cuando el alcalde de Marsella le entregó la Gran Medalla de la Ciudad.

Parece un hecho que el sentimiento monárquico nunca estuvo del todo ausente del pueblo francés.

El pleito dinástico de los Orleáns

Considerando que Francia es una república, y que no parece que vaya a restaurarse la monarquía a corto o medio plazo, el pleito dinástico en torno a la sucesión de la Corona francesa que enfrenta a Luis Alfonso con los Orleáns es una cuestión académica. No por ello deja de tener consecuencias debido a la enorme carga simbólica y al vínculo de la institución con el pasado histórico.

Enrique de Orleáns, el otro pretendiente al trono de Francia, tuvo la osadía de llevar ante los tribunales al duque de Cádiz, para impedir que Alfonso utilizara el título y las armas del ducado de Anjou, tres flores de lis de oro sobre campo azul.

Poco antes de las navidades de 1988, la Sala Primera del Tribunal de Gran Instancia de París falló en contra de Enrique de Orleáns, por considerar «improcedente» la demanda. «Es un buen regalo de Navidad —dijo el duque—, sobre todo porque es la verdad la que ha resplandecido.»²⁰⁶

Cabía el recurso. Un grupo de abogados orleanistas reconoció que la demanda había sido un error de estrategia, que era imposible ganarla. Enrique de Orleáns no se dio por vencido. Volvió a la carga y, aprovechando la trágica desaparición del duque, presentó un recurso para, decía, «recuperar mis derechos dinásticos».

Fue un golpe bajo. La decisión sorprendió a todos. El asunto estaba zanjado. Se daba la circunstancia de que Enrique de



UN ESPAÑOL EN LA CORTE DE LOS LUISES

Orleáns había sido desheredado por su padre y apartado de la línea de sucesión. Y el conde de París se había mostrado completamente al margen de la iniciativa de su hijo. La dramática situación en que se encontraba Luis Alfonso, que no había cumplido los quince años, no parecía la más oportuna para llevarle a los tribunales.

La Corte de Apelación de París confirmó la «improcedencia» de la demanda. La sentencia entendía que el conde de Clermont «no detenta ni reivindica el título de duque de Anjou y, por tanto, no puede entablar una acción judicial para oponerse a la usurpación de un título sobre el que no establece sus derechos».²⁰⁷

El tribunal tampoco se pronunció sobre las armas. El escudo del duque de Anjou no es el de la nación francesa, sino el de sus reyes, y por tanto la República no tenía por qué arbitrar sobre él. En cualquier caso, concluía la sentencia, pertenecía, como enseña privada, al cabeza de familia, que era Luis Alfonso, el primogénito.

Carmen, representante legal de Luis Alfonso, manifestó en un comunicado que estaba profundamente agradecida al Tribunal por haber hecho justicia a su hijo «y haberle liberado de una preocupación que se añadía a su gran desgracia».²⁰⁸ Luis Alfonso había heredado el ducado de Anjou de su padre y, este, a su vez, lo había heredado del abuelo Jaime. Era lo más lógico que su madre se preocupara por defender su herencia.

Quizá sea este el momento de abrir un pequeño paréntesis histórico para tratar de comprender la querrela dinástica de los Orleáns, y los motivos que alegaban los Borbones para hacer valer los derechos de Luis Alfonso como duque de Anjou.

Los legitimistas recordaban que, en 1793, en uno de los momentos más espeluznantes de la Revolución Francesa, la decapitación de Luis XVI se sometió a la votación de las Cortes y se aprobó por un solo voto. El duque Felipe de Orleáns,



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

que representaba la vertiente más liberal de la familia, y había renunciado a sus apellidos tomando el nombre de Ciudadano Felipe Igualdad, votó a favor de la muerte de su propio primo. Aquel voto le llevó a la guillotina. El regicidio, aquel acto criminal de cobardía, jamás será olvidado por los monárquicos.

Felipe Igualdad, al que los ingleses apodaban duque de Borgoña por su afición al vino, era un personaje con muy mala prensa. Odió a María Antonieta hasta el punto de negarse a vivir en Versalles. Su residencia parisina, el Palais Royal, fue el nido de sedición donde se originaron las campañas calumniosas y la leyenda negra en torno a la desgraciada reina. El único consuelo que les quedó es que su cabeza también rodó bajo la cuchilla de *madame Guillotina*.

Después de la restauración borbónica de 1814, Luis XVIII, hermano de Luis XVI, el rey decapitado, perdonó a la rama de Orleáns y les devolvió su puesto en el protocolo de la Casa Real.

Luis XVIII no tuvo descendencia. Le sucedió otro hermano, Carlos X, que durante la revolución de 1830 sería destronado. Le sucedió un rey usurpador, Luis Felipe I de Orleáns, hijo, para más inri, de aquel aborrecido Felipe Igualdad. El hijo de Carlos X había sido asesinado diez años antes. Su legítimo heredero, conocido como Enrique V, conde de Chambord, partió al exilio con el rey.

El fundamento de la monarquía francesa era, hasta ese momento, su legítima transmisión, de primogénito a primogénito. Así había ocurrido desde que la realeza fue instaurada, hace más de mil años, por Hugo Capeto. Luis Felipe I había quebrantado las reglas del juego al usurpar el trono de Francia. El nuevo rey, que conocía estas leyes y sabía que estaba rompiendo mil años de cadena dinástica, no se tituló «rey de Francia», sino «rey de los franceses». Instauró una nueva monarquía, lo mismo que hizo Juan Carlos en España, en 1975.



UN ESPAÑOL EN LA CORTE DE LOS LUISES

Los monárquicos franceses se partieron por la mitad. Por un lado, los «legitimistas», fieles al conde de Chambord, Borbón, legítimo heredero en el exilio. Por otro, los «orleanistas», que apoyaban a Luis Felipe y su monarquía instaurada.

Quiso el destino o la historia que Luis Felipe, a su vez, fuera destronado en 1848. Había nacido la República francesa. Las dos ramas rivales, Borbón y Orleáns, se encontraron en el destierro. El odio de familia se había acrecentado.

Para colmo de males, el conde de Chambord murió en 1883 sin descendencia. Con él, se extinguía la rama legítima de la Casa Real. Su sucesión daría lugar al cisma «hispano-francés», legitimistas contra orleanistas, que persiste hasta hoy. Había que designar al sucesor en estricta aplicación de los principios milenarios de la monarquía. En virtud de ellos, el mejor derecho correspondía a don Juan de Borbón y Braganza, el Juan III de los carlistas españoles, que pasaba así a ser también Juan III de Francia. Mientras tanto, los Orleáns seguían oponiéndose, y continuaban su particular batalla por el trono.

De Juan III, la sucesión siguió paso a paso la de los carlistas españoles: Carlos VII, Jaime III y Alfonso Carlos I, que también murió sin hijos. Acabada la dinastía carlista, la sucesión legítima francesa recayó en la rama alfonsina, es decir, en el destronado Alfonso XIII, que por riguroso orden genealógico era el varón más cercano al último rey. Alfonso XIII fue aclamado por los legitimistas como Alfonso I de Francia. Aquí no había discusión alguna. Él era el primogénito.

Alfonso XIII aceptó su condición de jefe de la Casa Real de Borbón. Consecuentemente, de primogénito a primogénito, los legitimistas proclamaron al infante Alfonso de Borbón y Battenberg como Delfín heredero de Francia. Y, como las leyes tradicionales francesas no contemplan el matrimonio morganático, la cubana Edelmira Sampedro se convirtió en la nueva Delfina. Tras el accidente de tráfico que le costó la vida



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

a Alfonso, los legitimistas designaron como Delfines al abuelo Jaime y a su esposa Emanuela.

Alfonso XIII, torpe como siempre, prefirió no comunicar a los nuevos Delfines el nombramiento que llegaba desde Francia. Emanuela ni siquiera conoció un artículo titulado «El pequeño Príncipe Alfonso, esperanza de la Legitimidad», que saludaba el nacimiento de Alfonso de Borbón Dampierre: «Un pequeño príncipe acaba de nacer en el hogar de Sus Altezas Reales el Príncipe Jaime y la Princesa Emanuela: tal vez esté destinado un día a ser el primogénito de los suyos; es decir, el Rey. ¡Deseémosle larga vida y prosperidad!»²⁰⁹

Siguiendo la lógica aplastante de los legitimistas, la muerte de Alfonso XIII, en 1941, convirtió al abuelo Jaime en el nuevo jefe de la Casa de Borbón. Pasó a llamarse Jaime Enrique VI, aunque el infante sordomudo no fue consciente de su nombramiento hasta 1946, en que, por fin, el abuelo Jaime asumió su título.

El candidato orleanista era el incombustible conde de París, Enrique de Orleáns, una de las personalidades más destacadas de la realeza europea. Vivió entregado a difundir la idea de la monarquía en Francia. Consiguió muchos partidarios. Sus métodos eran eficaces, hablaba con un lenguaje llano, se proclamaba liberal y era francés por los cuatro costados. El conde de París estaba casado con una de las mujeres más bellas de la época, la princesa brasileña Isabel de Orleáns Braganza. Tuvieron once hijos. Las amas de casa les tenían como ejemplo de familia.

La realidad era bien distinta. No tuvo suerte con sus hijos. Su heredero, también llamado Enrique, actual conde de París y responsable de llevar ante los tribunales a Luis Alfonso, se divorció y contrajo matrimonio civil, contra la voluntad de su padre, con una divorciada de origen chileno. Durante años, el conde apartó a su hijo de la sucesión a los derechos dinásticos



UN ESPAÑOL EN LA CORTE DE LOS LUISES

de su Casa y presentó públicamente como heredero a su nieto Jean, primogénito de Enrique. «Mi hijo es un cretino. No sirve para nada», llegó a decir el viejo conde, intentando justificar su decisión.²¹⁰ Finalmente, los dos Enriques se reconciliaron en 1991, y fue restituido de sus derechos.

El segundo hijo del conde de París pasó por la cárcel, acusado de complicidad en una tentativa de robo de obras de arte. Y otros dos hijos se casaron sin su consentimiento. Él mismo acabó separándose de su mujer y viviendo sus últimos veinticuatro años de vida en compañía de su amante, Monique Friez, que le asistió como enfermera hasta su muerte, en 1999. «Sólo os dejaré odio», llegó a decirles a sus herederos.²¹¹ Y así lo hizo. Vendió sus posesiones y dilapidó toda su fortuna.

Los franceses asistían asombrados al lamentable espectáculo que estaban ofreciendo los Orleáns. Tras la muerte del conde de París, a los noventa años, cinco de sus nueve hijos acudieron a los tribunales para conocer el paradero de su fortuna, que en 1940 estaba valorada en más de dieciséis mil quinientos millones de euros actuales.²¹² Sus frustrados herederos señalaban a Monique, la amante enfermera, y solicitaban que se tomase declaración a su propia madre. Aunque estaban separados, nunca llegaron a divorciarse y, puesto que estaban casados en régimen de gananciales, los hijos argumentan que el despilfarro del patrimonio nunca pudo hacerse sin el consentimiento de su legítima esposa.

Poco después, Enrique de Orleáns sufrió la mayor de las vejaciones. Su hijo más rebelde, Jacobo, publicó *Los tenebrosos asuntos del conde de París*, un libro demoledor en el que retrata a su padre como un personaje perverso, manirroto, sin escrúpulos, egocéntrico, autoritario, histérico e incapaz de amar a ninguno de sus hijos. «La intransigencia de papá con nosotros me hacía vomitar», escribió el duque de Orleáns.

Las luchas intestinas de la familia Orleáns abrieron un

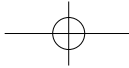
LUIS ALFONSO DE BORBÓN

hueco en determinados estratos de la sociedad francesa para que Alfonso brillara con luz propia. Durante los diez últimos años de vida del conde de París, muchos de sus partidarios se fueron alejando de la familia Orleáns, para acercarse a las posiciones de Luis Alfonso, un príncipe apuesto, tranquilo y conciliador. Su padre había ofrecido una plausible historia de su reivindicación, apagada durante años por la propaganda orleanista, tan potente como ineficaz.

En los dos últimos años de su vida, Alfonso había desplegado una intensa labor legitimista. Su área de actuación en España era escasa. Sabía que el Reino tenía el trono ocupado. En el país vecino, en cambio, podía competir con cualquier príncipe por una corona inexistente. Fueron los años más dinámicos del duque de Cádiz como pretendiente: visitó ciudades y pueblos de todo el territorio galo, asistió a conmemoraciones, le invitaron a actos y homenajes. Su presencia bastaba para entusiasmar a los monárquicos franceses.

Le Figaro, con motivo del milenario de los Capetos, en 1987, llegó a hacerse eco del pleito dinástico. «Se plantea la cuestión del pretendiente, pues son dos, el conde de París, jefe de la Casa de Orleáns, rama menor de los Borbones, y el duque de Cádiz, considerado jefe de la Casa de los Borbones. ¿Cuál de los dos es el verdadero pretendiente?»

Mientras que los Orleáns, bien situados en el campo político y en la sociedad francesa, editaban revistas de prestigio, como *Aspects de la France* (escorada a la derecha) o *Royaliste* (democrática avanzada), el duque de Cádiz era arropado por profesores universitarios de historia, genealogía, heráldica y derecho de gran calidad, cuyos argumentos son firmes, aunque muy poco prácticos. «El legitimismo no es para nosotros una simple nostalgia —expresaban, desde su periódico *La Legitimité*—, es una esperanza.» Antiliberales por principio, católicos practicantes y fieles a las reglas inmutables de la monar-



UN ESPAÑOL EN LA CORTE DE LOS LUISES

quía, llevaban a gala ser «los cortesanos de lo imposible, los ecologistas de la tradición».²¹³

Y así, los legitimistas iban creciendo a medida que se derrumbaban los orleanistas.

«Nunca hubiera deseado que surgieran los problemas que viven mis primos Orleáns —declaró alguna vez Luis Alfonso—; nadie puede alegrarse de la desgracia ajena y, mucho menos, cuando se trata de miembros de tu propia familia. Sin embargo, este tipo de historias me entristecen, porque creo que perjudican seriamente la imagen de la monarquía.»²¹⁴

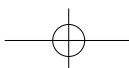
* * *

Luis Alfonso podría llamarse el Conciliador. Siempre prudente, tuvo la deferencia de acudir a rezar frente al féretro del viejo conde de París, en 1999. La secretaria de los Orleáns se apresuró a interpretar este gesto como un acto implícito de reconocimiento de la supremacía dinástica del duque de Francia, y anunció a la prensa, a bombo y platillo, que «la reconciliación se había sellado».²¹⁵

Los legitimistas respondieron a los ataques interpretando que el duque de Cádiz sólo quería demostrar con su gesto magnánimo la actitud de buena voluntad del jefe de la Casa de Borbón hacia la rama menor de su familia.

Lo cierto es que Luis Alfonso había ido al velatorio respondiendo a una invitación del príncipe Enrique. «Yo fui al entierro del conde de París como primogénito de los Borbones en Francia. En realidad iba a presentar mis respetos. Lo que pasa es que se dio un enfoque de reconciliación a algo que tan sólo fue un acto de cortesía por mi parte.»²¹⁶

No le fue posible intervenir en los funerales oficiales celebrados al día siguiente. Los Orleáns no estaban dispuestos a respetar el protocolo que exigía la preeminencia dinástica del duque de Anjou.





LUIS ALFONSO DE BORBÓN

En la guerra sucia que Enrique de Orleáns había declarado contra los intereses de Luis Alfonso, los Orleáns no dudaron en cualquier artimaña. Le habían demandado cuando el cuerpo de su padre estaba todavía caliente; se atrevieron a poner sobre el tapete la bastardía de la rama española de los Borbones desde lo de Isabel II y Puig Moltó; se le criticó desde la revista *Royaliste* que hubiera hecho el servicio militar en España y que jurara derramar hasta la última gota de su sangre sobre la bandera española; el propio Enrique de Orleáns recurrió sin éxito varias veces a la Justicia para recuperar el apellido Borbón, que habían abandonado sus antepasados hace más de tres siglos, con una sentencia que señalaba que su único deseo era «aparecer como jefe de la Casa de Borbón»... Pero la traición definitiva se consumó el 8 de diciembre de 2004, poco después de la boda de Luis Alfonso con Margarita Vargas.

Fue a las seis de la tarde, en la capilla de la Compasión de París, de la familia Orleáns. Unas ochenta personas fueron testigos de una misa en la que el conde de París hizo el siguiente nombramiento: «Yo confiero a mi sobrino, S.A.R. Carlos Felipe, gran Maestro de la Orden militar y hospitalaria de San Lázaro de Jerusalén, el título de duque de Anjou.»²¹⁷

El nuevo duque contestó emocionado a su tío: «Es un cargo con mucha responsabilidad. He viajado mucho y, aunque todavía soy joven, he visto muchas cosas. He visto a gente en la miseria tener actitudes de príncipes. He visto a príncipes actuar como unos miserables. Estoy extremadamente orgulloso de este título de duque de Anjou, y estaré a la altura de lo que es, y de lo que representa.»²¹⁸

Era un desafío. El conde deseaba que Carlos Felipe, de 19 años, fuese el fundador de la «cuarta Casa de Anjou».²¹⁹ Enrique de Orleáns explicó los motivos que le habían llevado a esta decisión: «Quiero poner en orden la Historia, decir que este título pertenece a la Corona de Francia», e insistía en que él



UN ESPAÑOL EN LA CORTE DE LOS LUISES

era «el depositario de esta tradición y de los derechos del trono de Francia».²²⁰

Cuando el título de duque de Anjou recayó en Alfonso de Borbón, Enrique de Orleáns intentó que los tribunales franceses declararan que había sido usurpado a su familia, pero los jueces no le dieron la razón. La sentencia dejaba claro que el conde de París no podía «oponerse a la usurpación de un título sobre el que no establece sus derechos».²²¹ Y ahora estaba desafiando abiertamente a Luis Alfonso, al duplicar el ducado de Anjou y entregárselo a Carlos Felipe, hijo del príncipe Michel de Francia y su ex mujer Beatriz Pasquier, conocida por su trabajo en la casa Dior de Madrid.

Luis Alfonso recibió la noticia del propio Carlos Felipe. Habían sido compañeros en el Liceo Francés en Madrid, y se tenían mucho cariño y afecto. «Nuestro príncipe no está contento»²²², afirmaron los defensores de Luis Alfonso.

Los legitimistas no acogieron bien la decisión de Enrique de Orleáns: «El conde de París no tiene ninguna autoridad en la Casa de Francia. El príncipe Carlos Felipe no puede ser duque de Anjou. Se han equivocado incluso en las armas que le han entregado, que son las de S.M. el Rey de España. Aquí tenemos otra vez un signo de locura sin ninguna otra doctrina que la ambición.»²²³

«Para los Orleáns no hay ninguna polémica»²²⁴, manifestó un portavoz de la familia. Y volvían a sacar a relucir el tan manido asunto del Tratado de Utrech. El primer Borbón que se sentó en el trono de España, Felipe V, nieto de Luis XIV, renunció a sus derechos al trono francés, decían, por él y por sus descendientes.

Curiosamente, fue un Orleáns, Luis Felipe I, quien ordenó hacer un documentado informe, en 1846, para probar la nulidad de las renunciaciones de Felipe V. Lo que pretendía era que su hijo Antonio, duque de Montpensier, casado con la infan-



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

ta Luisa Fernanda, pudiera subir al trono de España, después de haber financiado el derrocamiento de su cuñada, la reina Isabel II.

La renuncia de 1713 trataba de evitar que se uniesen la Corona de España y la de Francia en el mismo monarca. Por eso las alegaciones de los Orleáns no tienen sentido desde el momento en que el abuelo Jaime renunció a sus derechos de la dinastía española en 1933. Su abdicación le convertía automáticamente en legítimo pretendiente de la Casa de Francia, desde todos los puntos de vista.

Los legitimistas, por su parte, recordaban el carácter intrigante de los Orleáns. En 1709, en plena Guerra de Sucesión, se conoció una conjura encabezada por el duque de Orleáns, pertinaz intrigante, para usurpar el trono de Felipe V.

En cualquier caso, los últimos escándalos de los Orleáns los protagonizó Carlos Felipe, el doble duque de Anjou. Protagonizó un *reality show* en la televisión francesa, un programa de supervivencia que se llamaba algo así como *Soy un famoso, ayúdenme a salir de aquí*.²²⁵ El 8 de noviembre de 2006 nos enteramos de que se le había acusado de presunto fraude²²⁶ y supuestas «denuncias calumniosas, falsificación escrita y usurpación de identidad»²²⁷ en el transcurso de una investigación que pretendía aclarar la desestabilización de un laboratorio farmacéutico.

Sea como fuere, Luis Alfonso es hoy el indiscutible primogénito de todos los descendientes de Hugo Capeto, aunque es muy consciente de que es improbable que se restaure la monarquía en Francia: «Personalmente, considero que la monarquía sería un excelente sistema político para Francia. Por consiguiente, estoy disponible, pero esta cuestión no depende de mí, sino de los franceses.» Se siente orgulloso del legado histórico que heredó de su padre. Y tiene claro cuál es su papel como primogénito de la Casa de Borbón: «Ante todo, asumir los debe-



UN ESPAÑOL EN LA CORTE DE LOS LUISES

res como jefe de la de la Familia Real en Francia. No reivindicó ni pretendo nada. Simplemente, soy primogénito de los Borbones. Hoy mi papel es asumir esa herencia histórica y cultural, pero también moral e institucional.»²²⁸ Y, en otro momento: «Me considero el eslabón de una cadena y el depositario de una herencia histórica que tengo que conservar. Yo no pretendo nada. Soy quien soy.»²²⁹

Estas declaraciones recuerdan aquellas que pronunció su padre durante los actos del milenario de los Capeto: «No aspiro a nada. Soy quien soy.»²³⁰

Como cualquier otro

«No puedo ni quiero renunciar a construirme una carrera profesional que asegure mi independencia financiera y un lazo indispensable con el mundo laboral para poder fundar un hogar», declaró Luis Alfonso.²³¹

Siguió los pasos de su padre también en el camino profesional. Terminó la carrera de Empresariales en el Colegio Universitario de Estudios Financieros, CUNEF, una universidad privada que se precia de formar a lo más granado de la banca y de la empresa privada de alto nivel. «Las matemáticas siempre me gustaron. Se me daban bien. Esto, combinado con que en el Liceo Francés me interesó mucho una asignatura llamada Ciencias Económicas y Sociales, hizo que me decidiera por Empresariales.»²³²

Para entrar en el centro, Luis Alfonso tuvo que superar las pruebas de selección. Su expediente académico y la entrevista personal fueron definitivos. El nivel de exigencia del Colegio siempre ha sido alto. Luis Alfonso, que era un alumno cumplidor, tuvo que aplicarse a fondo. «En CUNEF nadie te regala nada. El ambiente, es competitivo, pero sano, y te



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

prepara para la vida empresarial real»²³³, contaba un alumno.

Tras acabar los cuatro años de formación se graduó. «No puedo decir que he terminado con brillantez —declaró Luis Alfonso—, pero he terminado la carrera y estoy muy orgulloso de ello.»²³⁴ En el salón del Paraninfo de la antigua Universidad de San Bernardo, se celebró la ceremonia en que se le impuso la banda de licenciado en Ciencias Empresariales por la Universidad Complutense de Madrid, distrito al que pertenece el CUNEF.

El Colegio dispone de un Departamento de Salidas Profesionales que se encarga de facilitar prácticas a los alumnos. Por eso, justo al día siguiente de terminar la carrera, Luis Alfonso encontró su primer trabajo en prácticas como asesor de inversiones en el banco privado BSN Banif, una entidad financiera perteneciente al Grupo Santander Central Hispano. «Es un banco especializado en el trato directo con los clientes. Ahora estoy en pleno aprendizaje. Estoy muy ilusionado. No sé cómo lo haré en el futuro, pero tengo ganas de hacerlo muy bien», decía.²³⁵

Compaginó las prácticas con un máster en Finanzas Internacionales en CUNEF para completar su especialización. «Si estudio es para trabajar —manifestó entonces—, ya no hay situaciones privilegiadas. Y menos para los príncipes.»²³⁶ Y domina el castellano, el inglés, el francés y el alemán y habla correctamente el italiano.

Su jornada laboral era como la de todos los jóvenes ambiciosos que se querían abrir camino en el terreno profesional, once horas de trabajo, desde las ocho y media hasta siempre algo más de las siete de la tarde. «Esta es la profesión me ha gustado desde siempre, quizás por influencia de mi padre. Trabajo captando clientes y gestionando patrimonios. Mi idea es ir ascendiendo y hacer carrera dentro de este gran grupo financiero.»²³⁷



UN ESPAÑOL EN LA CORTE DE LOS LUISES

Se le ha oído contar alguna vez que, cuando empezó a trabajar, le pasaban cosas muy extrañas. La primera vez que fue a inscribir una sociedad en las oficinas del Registro Mercantil, se puso a la cola, como todo el mundo. Allí había más de treinta personas esperando su turno. Entonces se armó un pequeño revuelo a sus espaldas. Ruido de movimientos, sonidos entrecortados de walkie-talkies, pasos acelerados, alguna carrera. Un guardia de seguridad se dirigió apresuradamente al mostrador y susurró algo al oído de uno de los empleados que atendían al público. Los que esperaban la cola se volvían para saber qué estaba pasando. Todo el mundo se estaba poniendo nervioso. Uno de los funcionarios cogió un teléfono con cara de preocupación, marcó una extensión mientras le miraba fijamente, o eso le pareció, y habló unos segundos. Asintió con la cabeza y colgó. Inmediatamente, se abrió la puerta de un despacho, salió una mujer y se dirigió con paso firme hacia él. ¡Él era el motivo de todo ese revuelo!

—Los guardias de seguridad le han reconocido —le dijo la mujer, como con mucho misterio—. Están muy alterados porque no lleva escolta. ¿Cómo es posible que «usted» —preguntó mientras remarcaba, entre dudosa y sorprendida, lo de usted—, que usted no encargue a su guardaespaldas estas gestiones?

Luis Alfonso trató de tranquilizarla con una sonrisa.

—Bueno —dijo mientras se rascaba la cabeza—. Esto tengo que hacerlo yo mismo. Como cualquier otro. Es mi trabajo. Y será mejor que se acostumbre a verme por aquí.

Aprovechó una mejora de contrato y se fue al BNP (Banco Nacional de París) Paribas como gestor de patrimonios. Alguna vez le han preguntado cómo influye en su trabajo lo de llamarse Borbón. «Quizá mi apellido puede ayudarme a contactar telefónicamente con los clientes —contesta mientras juega con los gemelos de la camisa, que llevan grabados la flor de lis—. Pero después tengo que convencerles por mis conocimientos y



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

por la confianza que les transmita. Quiero ser alguien por mi trabajo, no por mi apellido. Ni los apellidos ni los títulos dan de comer.»²³⁸ Eso siempre lo tuvo clarísimo. Era consciente de que sus rentas no le iban a dar para vivir sin trabajar. Tenía un pequeño patrimonio personal, gracias a la herencia de su padre, a la indemnización que recibió por el accidente de Beaver Creek y al alquiler del chalet de Pozuelo.

Después de la dura jornada de trabajo, aún le quedaba tiempo para ir al gimnasio o para practicar algún deporte, una pasión que también heredó de su padre. «Yo siempre he procurado inducir a mis hijos hacia la vida deportiva —decía el duque, que siempre elogió sus cualidades—. Creo que el deporte es muy importante para el desarrollo de la juventud.» Por eso Luis Alfonso siempre ha sido un consumado deportista. «Para mí, el ejercicio físico es importantísimo; me aporta mucho equilibrio.»²³⁹ En su palmarés hay medallas, copas y diplomas de casi todo: esquí, baloncesto, rugby, tenis, pádel, regatas, esquí acuático, submarinismo, equitación, vela, rafting, parapente, hockey sobre hielo... «El hockey me gusta porque es rápido y agresivo, dos cualidades que me parece que tengo.»²⁴⁰ Comenzó a patinar muy de niño. «Empecé haciendo patinaje artístico, pero me aburría bastante.»²⁴¹ Así que probó el hockey en el Club Las Encinas, de Boadilla del Monte. En infantiles jugaba de alero, es decir, de delantero derecha. Y llegó a ser el capitán de su equipo. Luego, ya de adulto, compaginó su trabajo en la banca con el Club de Hielo de Majadahonda. Con ellos ganó una Liga Nacional de la División de Honor jugando como defensa titular. Fue presidente de honor del club. Decía su antiguo entrenador que «él no está aquí por su nombre, sino por su trabajo. No es el mejor del equipo, pero es uno más, igual que otros».²⁴²

También se aficionó a los deportes de riesgo y aventura y se preparó durante meses para el Raid Gauloises, una prueba



UN ESPAÑOL EN LA CORTE DE LOS LUISES

de extraordinaria dureza que se disputa cada año en un entorno diferente. Aquel año se iba a celebrar durante quince días en las selvas y montañas de Sierra Leona. La prueba requiere una excelente preparación física, conciencia solidaria y espíritu de equipo. Aprovechó su buena forma para aguantar la tremenda dureza del torneo Salomón X Adventure 99 que se celebró en los Picos de Europa, ciento cincuenta kilómetros entre Fuente Dé (Cantabria) y Llovio (Asturias), treinta y cinco horas de esfuerzo sin parar combinando la carrera a pie con la bicicleta de montaña, el descenso de aguas bravas en canoa canadiense con la espeleología, y el descenso de barrancos con el kayak de mar. «No quiero apartarme nunca del deporte —comentó—. No me importaría hacer una labor como la que desarrollaba mi padre.»²⁴³

Los fines de semana, carretera y manta. Le encanta el campo. Le gustaba escapar del estrés de Madrid, solo o con algún amigo. Entre los mejores estaban sus eternos primos Borja y Jaime. Se le podía ver en alguna capea improvisada, Los toros no son lo mío, en la finca El Palomar, en Albacete, invitado por Samuel Flores, hijo del ganadero; cazando en la finca La Toledana, del duque de Calabria; haciendo deportes náuticos en la finca del pantano de Entrepeñas; esquiando en Sierra Nevada, o quizás algo más lejos; o, desde que su madre compró la finca en Cazalla, pasando el tiempo con ella.

Y, en los ratos libres, un café con los amigos. «Ni siquiera bebo alcohol —reconoce—. Una vez me invitaron al castillo de Mötet Chandon; mojé los labios en la copa de champán por cortesía, pero el director general me trajo un zumo de naranja.»²⁴⁴ No es raro ver que alguien le pare por la calle. «Sí, sobre todo me dicen muchos piropos. También hay personas que me cuentan que mis bisabuelos eran maravillosos, o que mi abuelo Cristóbal salvó la vida a alguno de sus familiares, que viven todavía gracias a él.»²⁴⁵



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

Tras la muerte del abuelo Cristóbal, siguió viviendo en Hermanos Bécquer con su abuela Nenuca. «Mi abuela me quiere como a un hijo más, y para mí es una segunda madre. Me llevo fenomenal con ella. Aunque en esa casa tenemos independencia, nos apoyamos mucho. Nos hacemos mucha compañía; quiero seguir cuidando de ella. Yo la quiero muchísimo.»²⁴⁶ Desde su casa, apenas tardaba diez minutos en llegar al trabajo. En su cuarto, Internet, Maná o algún amigo. Siempre en perfecto estado de revista. Heredó de su madre la manía por el orden. Nunca se acuesta sin preparar la ropa que se va a poner al día siguiente.

Siempre fue muy cuidadoso en lo que a su vida privada se refiere. Nunca le ha gustado que se airee su intimidad. «A nadie le incumbe.» Al fin y al cabo, es una figura pública y ha aprendido a cargar con la cruz de la prensa. «Me resuelta agobiante ir por la calle y que me miren o me paren. ¡Menos mal que soy miope y bastante despistado y nunca me entero de nada! Lo admito, tengo la herencia de familias relevantes que no he elegido, esas son mis circunstancias y procuro hacerlo lo mejor que puedo. Aunque no sé si estoy a la altura.»²⁴⁷ Poco se sabe de su vida sentimental. Su familia y sus amigos siempre le han protegido con uñas y dientes. «A mi nieto Luis le gusta llevar con discreción su vida privada —comentó, por ejemplo, la abuela Nenuca— y no seré yo quien hable por él.»²⁴⁸ Se sabe que, hasta que conoció a Margarita, nunca tuvo novia oficial, salió con varias amigas y se oyeron algunos nombres.

A su amistad quinceañera con Inés Sastre pronto se le sumó el nombre de Cristina Figueroa, hija de Agustín Figueroa, sobrina de Raphael y Natalia Figueroa, prima hermana de Marta Chávarri, nieta de la marquesa de Santo Floro y bisnieta del conde de Romanones. Los amigos de la pandilla bromeaban con la prensa diciendo que estaban muy enamorados. A los diecinueve años se acompañaban habitualmente durante los fines de semana.



UN ESPAÑOL EN LA CORTE DE LOS LUISES

Luego saltó el nombre de Magdalena Corulla, barcelonesa y amiga de toda la vida, que disparó las alarmas rosas cuando se lo llevó de viaje a la estación de esquí de Gstaad invitado por los padres de ella. Pólvora mojada, porque enseguida la prensa volvió a hablar de la relación especial con Cristina Figueroa y, poco después, de otra amiga inseparable de la pandilla que se llamaba Elena y que, según los simpáticos amigos, mantenían una estrecha relación, para volver con la cosa de lo de Cristina, que entre los despistes de los amigos y las ganas de la prensa de emparejar al cada vez más apuesto joven, parece que los tiros sonaban más por la Figueroa que por otra, aunque pronto Luis Alfonso intentó pasar desapercibido con una tal Samanta, que se trajo debajo del brazo de un verano en Palma de Mallorca y se comunicaba con ella por gestos de taxi a taxi, y enseguida le tocó el turno a Claire Quintanal, también ella de la pandilla, que pasaron un puente de la Constitución esquiendo en los Alpes, bailaron juntos con frecuencia y, como todas las demás, su pretendido romance empezó «la pasada primavera», hasta que alguien se cansó de dar nombres o alguien se cansó de publicarlos y dejaron de hablar una temporada de las amigas especiales de Luis Alfonso, que al fin y al cabo estaba en edad de merecer y ganaba atractivo con los años,

Luego se habló de una relación de año y medio, nada serio, con María José Suárez, miss España, modelo y actriz de comedia. Se dijo que «fue una amistad muy particular llevada con prudencia y secretismo. El duque de Anjou no había acabado de cuajarse sentimentalmente y la sevillana fue buena maestra». ²⁴⁹ Una vez le preguntaron por ella y contestó abiertamente: «Me la presentaron en verano y nos hicieron dos fotos. Yo le susurré al oído lo que iba a pasar después y no me equivoqué. Desde entonces se empeñan en decir que está saliendo conmigo, pero no es verdad. Nada de nada.» ²⁵⁰



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

Otro de los nombres que surgieron fue el de la princesa Victoria de Borbón Dos Sicilias, quinta hija del duque de Calabria, Carlos de Borbón. Su nombre ya se había barajado como posible candidata a princesa de Asturias, pero la cosa con Felipe no cuajó. Luis Alfonso y ella pertenecían al mismo círculo de amigos, se les vio juntos, pero nunca solos, en la boda de uno de ellos, y al terminar la ceremonia, el caballero fue a buscar su coche y recogió a Victoria y a otras dos amigas para llevarlas al banquete. Luis Alfonso asistió a su puesta de largo, se dejaron ver en la boda de la infanta Elena y él siempre fue muy bien recibido en las monterías en la finca La Toledana, propiedad de los Calabria. La madre de Victoria es la princesa Ana de Francia, una de las hijas del conde de París, el rival de Luis Alfonso en sus pretensiones al trono francés. Un matrimonio entre ellos hubiese sido un auténtico golpe maestro dinástico.

Se habló, y mucho, de una relación más duradera con Tania Paessler Morgan, canaria de origen alemán, muchacha encantadora, guapa, divertida. La cosa empezó, se dijo, en una regata en Tenerife. Ella trabajaba en la organización. Se hicieron inseparables. Fueron fotografiados juntos en varias ocasiones: pasándose el brazo por la espalda en las pistas de esquí de Sierra Nevada, en el pantano de Entrepeñas sonriendo y haciéndose carantoñas, cogiéndose de la mano aquel fin de semana de tormenta de nieve en Granada. Sonaron campanas de boda cuando la joven abrazó la fe católica y apostólica en San Jerónimo del Real y él estuvo en el templo en un discreto segundo plano. «No es que la joven no fuese católica —explicó un responsable de la parroquia—, sino que sus padres no lo eran y, por lo tanto, tras su nacimiento no la bautizaron.»²⁵¹ Hubo varios desmentidos, de boda, de noviazgo, de relación, hasta que Luis Alfonso zanjó el tema con un «estoy soltero y sin compromiso, creo que todavía soy muy joven



UN ESPAÑOL EN LA CORTE DE LOS LUISES

para tener novia, y por eso prefiero esperar», y Tania pasó a engrosar la lista de presuntas pretendientes en pretérito imperfecto.

Hasta que llegaba a la treintena, hubo alguna foto relajada con Mónica Pont, actriz, amiga también de toda la vida, pareja de pádel, bicicleta y confidencias, y alguna foto más con Paula Vázquez, presentadora, juntos en la noche madrileña, y luego él mismo se prestó al juego ante las cámaras, Esta es África, mi novia, llevamos cinco años y vamos a casarnos el año que viene, y resulta que no se casaron, que todo era una broma, y África era la novia de un amigo, vaya por dios, y luego va y se va unos días de vacaciones a La Coruña con una rubia de pelo rizado que se parece mucho a Tania para disfrutar, se dijo, de su soltería sin ataduras, hasta que supimos, de un día para otro, que doña Margarita Vargas Santaella y S.A.R. don Luis Alfonso de Borbón Martínez-Bordiú, duque de Anjou, «participan su próximo enlace matrimonial el día seis de noviembre del año dos mil cuatro». Pero esta es otra historia, que debe ser tratada a su debido tiempo.

«Me hace gracia que los fotógrafos me llamen 'El Mudó' — dijo una vez Luis Alfonso—. Seguramente será porque no me gusta hablar con la prensa. Pero no soy tan serio como parece. En la vida y con los amigos procuro reírme todo lo que puedo. Si no, sería muy triste.»²⁵²

* * *

En una época en la que en España el servicio militar era obligatorio, Luis Alfonso también fue llamado a filas. Después de solicitar varias prórrogas para acabar la carrera, pasó las pruebas del IMEC y tuvo que incorporarse al ejército el 14 de diciembre de 1999. Llegó solo, conduciendo su propio todoterreno, al cuartel-escuela de Armilla, en Granada, dependiente



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

del Ejército del Aire, para empezar su formación militar. De allí saldría tres meses después con el grado de alférez.

Antes de llegar, pagó la novatada. Primero intentó aparcar el coche dentro del cuartel. El cabo de guardia le dijo que los alumnos debían dejarlo fuera. Lo hizo y, al intentar pasar, le obligaron a presentar el carné de identidad en la puerta. Antes de empezar su periodo de instrucción ya estaba comprobando en sus propias carnes que en el ejército no existían privilegios. «Nos han ordenado que tengamos con Luis Alfonso el mismo trato que con cualquier otro alumno de la Academia», dijo el cabo de guardia.²⁵³

«Mi padre también hizo el servicio militar en el Ejército del Aire —recordó Luis Alfonso—. Yo sigo sus pasos.»²⁵⁴

Coincidiendo con el aniversario de la muerte de Fran, Luis Alfonso juró bandera y se convirtió en alférez del Ejército del Aire. Uno de sus superiores se mostró muy orgulloso de él. Contó que había estado de cabo gastador. «Para nosotros es un honor que decidiera prestar el servicio aquí. Su padre también juró bandera en Armilla.»²⁵⁵

No tan orgullosos se mostraron los legitimistas. Su candidato a rey de Francia había jurado derramar hasta la última gota de su sangre sobre la bandera española. Y los Orleáns no iban a dejar pasar esta afrenta a la bandera francesa para arremeter contra las pretensiones del duque de Anjou. Luis Alfonso se defendió como pudo: «Debido a mi doble nacionalidad, tengo que asumir mis obligaciones militares conforme a la convención franco-española de mil novecientos sesenta y nueve. Terminaré mi servicio en España, pero espero poder igualmente hacer prácticas en el Ejército francés, puede que en la Marina.»²⁵⁶

No sonaba mal. Pero hacía falta algo más contundente. Y decidió hacer algunos cambios en su partido monárquico.



Una nueva imagen para el príncipe

El 30 de julio de 1997, el prestigioso diario *Le Figaro* publicaba una amplia entrevista a Luis Alfonso, en el que le daba tratamiento de «príncipe» y de primogénito de los Borbones. El diario lo presentaba como un joven de su tiempo, estudiante, deportista y totalmente alejado de cualquier tentación extremista. Incluso, aunque se reconocía católico practicante y hablaba de su visita a París para participar en las Jornadas Mundiales de la Juventud presididas por el papa Juan Pablo II, él mismo matizaba que «hay que respetar las creencias de cada uno». Según informaba la revista *Tiempo*, aquella entrevista no era un hecho aislado: Luis Alfonso había aparecido durante aquel verano en dos más en *Le Figaro*, en un par de reportajes en *Le Figaro Magazine* y *Le Figaro Madame*, en revistas como *Spectacle du Monde*, en varios programas de televisión de France-3 y France Inter y, coincidiendo con la boda de la infanta Cristina, en otro reportaje del semanario *Paris Match* bajo el ambiguo título «Un primo de Cristina reclama el trono de Francia».²⁵⁷

Tiempo aseguraba que Luis Alfonso había pasado en Francia gran parte de aquel verano. Allí protagonizó algunos actos de cierto calado oficial: fue recibido en Marsella con todos los honores, por el alcalde, Jean Claude Gaudin, ex ministro, senador y presidente del Consejo Regional, quien le hizo entrega de la llave de oro de la villa; la ciudad de Baux de Provence ofreció una recepción en su honor; incluso, durante el acto del Papa en París, se sentó en la tribuna de autoridades, junto al ex *premier* Edouard Balladour, con quien habló largo y tendido.²⁵⁸

Según la información de *Tiempo*, los legitimistas habían arrancado una nueva estrategia de comunicación para apartar a Luis Alfonso de la «vieja guardia» conservadora y ultraderechista que había respaldado al duque. Había empezado un



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

gran despliegue de medios en prensa, radio y televisión, y la multiplicación de sus actos públicos en Francia. Había que presentarle como un «príncipe moderno», colocándole en la órbita del centro derecha moderado, el feudo tradicional de los Orleáns. Luis Alfonso estuvo muy involucrado en esta campaña de imagen, que, en todo momento, contó con su aprobación. Según fuentes legitimistas, «hay que adaptarse a los nuevos tiempos. Estamos en un momento clave, pues muchos franceses se dan cuenta de que sus raíces no están sólo en la Revolución, sino también en la monarquía, tantos siglos instalada en Francia. Los Borbones son los herederos de esta tradición milenaria, encarnada por el duque de Anjou como primogénito de la dinastía. Pero él no aspira en este momento a Corona alguna. Hay otros casos. Tenemos el ejemplo, entre otros, de Pedro de Orleáns, en Portugal, que desempeña su papel institucional como heredero al trono en esa república».²⁵⁹

El propio Luis Alfonso lo matizaba así en la entrevista de *Le Figaro*: «La cuestión de la restauración de la monarquía en Francia no está hoy de actualidad. Yo soy el primogénito de los Borbones, eso es todo. Es decir, el titular de un legado histórico y cultural».²⁶⁰

En síntesis, continúa *Tiempo*, la consigna era evitar que se reprodujeran acontecimientos como el del 20 de noviembre de 1990. Luis Alfonso había acompañado a su abuela Nenuca, dándole el brazo, a la misa celebrada en el Valle de los Caídos con motivo del décimo quinto aniversario de la muerte del bisabuelo. Todas las miradas se centraron en torno a la figura de su Luis Alfonso de Borbón, que levantó una enorme expectación entre los asistentes. Dentro del templo, un grupo de jóvenes ultraderechistas repartieron un folleto con una fotografía suya que contenía vivas, le aclamaban como *Luis II*, legítimo representante de la dinastía en España, y en el que se hablaba de la «legitimidad histórica» de los derechos al trono de «los des-



UN ESPAÑOL EN LA CORTE DE LOS LUISES

cientientes de la señora Dampierre». «Resulta obvio —señalaba Juan Balansó— que algunos pretenden convertir al bisnieto de Franco en uno de los líderes españoles del fenómeno fascista que resurge en Europa.»²⁶¹ Él era todavía menor de edad y no se hizo eco del suceso. Pero este tipo de accidentes podían hacer mucho daño a su imagen, igual que se lo hicieron a su padre, el duque de Cádiz.

Tiempo seguía argumentado que había que alejar a Luis Alfonso de todo lo que, en Francia, se acercaba al *lepenismo* o al *lefebrismo*. Ese verano estuvo en la ciudad de Toulon, invitado por el comandante de la región militar del Mediterráneo, donde hizo una visita oficial a un navío de guerra. En aquella ocasión, evitó cualquier contacto con el alcalde, un destacado miembro del Frente Nacional, de Le Pen. La órbita en la que había que impulsar a Luis Alfonso, de acuerdo con su propia ideología, tiraba más al centro derecha «civilizado», próximo a las tesis de la UDF o el RPR. De hecho, mantuvo contactos con políticos de todo signo, como Georges Lemoine, alcalde socialista de Chartres; Philippe de Villiers, que fue candidato por la centrista UDF a la Presidencia de la República; el ex ministro del Interior Charles Pasqua, o su amigo personal Francois Bayrou, ex ministro de Educación y diputado por la UDF. También empezó a codearse con la *beautiful people* francesa: Alain Delon hizo un brindis en su honor en una recepción y es amigo personal de Cristhian Lacroix, así como del famoso *showman* francés Thierry Ardisant.²⁶²

La estrategia, señalaba *Tiempo*, iba acompañada de una «limpieza» generacional en su entorno de colaboradores: nombres como el barón de Pinoteau o el genealogista Christian Papet, que colaboraron eficazmente con el duque de Cádiz y se hicieron famosos por sus posiciones fanáticas e intransigentes, fueron pasando a un discreto segundo plano. Lo mismo ocurrió con el tío Gonzalo y la abuela Emanuela, que, una vez



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

alcanzada la mayoría de edad, fueron dejando paso a las nuevas generaciones, que optaron por mantenerse en la sombra: «No tenemos nada que ocultar —declaró uno de ellos—, pero preferimos permanecer en el anonimato. El protagonista es el duque de Anjou.»²⁶³

Este nuevo grupo de apoyo empezó a editar la *Bourbons Magazine*, una revista hecha a la medida de Luis Alfonso, y que también formaba parte de su campaña de imagen. Y todo, con la estrechez de quien no tiene presupuesto. «La gente habla mucho sobre quién nos financia —explicaba un anónimo legitimista—, pero le diré que nuestro presupuesto es modesto; la mayoría de los actos de don Luis son invitaciones oficiales. No hay entre nosotros ningún poder financiero oculto ni nada de eso. La mayoría pertenecemos a círculos culturales y tenemos en común nuestra afición por la tradición borbónica.»²⁶⁴

Además, continuaba *Tiempo*, había que aprovechar el momento oportuno en que los Orleáns, los otros pretendientes, estaban atravesando su peor crisis. Las peleas familiares decepcionaron a la opinión pública cuando el conde de París despojó de los derechos sucesorios a su hijo mayor, el conde de Ciermond, por divorciarse de su esposa. Los escándalos mancillaban su buen nombre, desde que trascendió que el conde de París había intentado subastar en Montecarlo obras de arte y joyas de la Corona ante la oposición de sus hijos, que llegaron a llevarle a los tribunales. Las sucesivas derrotas de los Orleáns en los tribunales franceses, desde que demandaron a Luis Alfonso en 1989, cuando acababa de morir el duque de Cádiz, por utilizar las armas de la Corona en su escudo familiar, equivalían a darle la razón en sus pretensiones como heredero al trono y a ratificar el hecho de que en el protocolo oficial se situara siempre por delante de los Orleáns. Quizá por esa razón los legitimistas presionaban a Luis Alfonso, que aún era casi desconocido en Francia, para que se instala-



UN ESPAÑOL EN LA CORTE DE LOS LUISES

ra en París. «Desearíamos que Monseigneur se trasladara a Francia en el futuro, pero es una cuestión que tendrá que decidir él.»²⁶⁵

Por entonces, el único objetivo de Luis Alfonso era afianzarse profesionalmente y llevar con dignidad la herencia de su padre. Eso sí, como puntualizó a *Le Figaro*: «Mi padre es un modelo por el que me guío, pero eso no quiere decir que vaya a hacer todo como él.»²⁶⁶ Esa era una de las razones por las que, con buen criterio, buscó una imagen que concordara más con la de los jóvenes herederos de otros tronos europeos, lejos de los caducos modelos que preconizaba la vieja guardia legitimista.

Dos años más tarde, el trabajo estaba hecho. La revista *Tiempo* se hizo eco de ello: «Luis Alfonso parece haberse distanciado de la vieja guardia ultraconservadora que rodeó a su padre y a su abuelo.»²⁶⁷ Poco después, María Eugenia Yagüe, en el dominical de *El Mundo*, coincidía: «Sus nuevos consejeros le han quitado de encima el integrismo de los fundamentalistas que querían ligarle a los ultras.»²⁶⁸

Luis XX de Francia era, ya, un príncipe moderno. Y con un ADN lleno de Historia.

El ADN de los Borbones

Era uno de los grandes enigmas de la Historia. Una de las leyendas favoritas de los franceses. Existen más de ochocientos libros publicados sobre el tema. ¿Sobrevivió el hijo de Luis XVI y de María Antonieta, los reyes guillotinado, a la prisión del Temple?

1792. Estalla la revolución francesa. Luis XVI y su esposa, María Antonieta, son detenidos. Su primogénito, Luis Carlos de Borbón y Habsburgo-Lorena, duque de Normandía, tiene siete años. Su corta edad no le sirve de protección. La Revolución

LUIS ALFONSO DE BORBÓN

no entiende de clemencia. El niño es condenado por ser Delfín de Francia. Conocerá la cárcel del Temple de París.

Cuando su padre es ejecutado en la guillotina el 21 de enero de 1793, los monárquicos contrarrevolucionarios proclaman rey al niño cautivo. Se convierte en Luis XVII. Son los años del Terror revolucionario. Los rebeldes se enteran de su designación. Le condenan a cadena perpetua por ser rey. Francia se parte en dos. Por todas partes surgen revueltas monárquicas.

En el Temple, el niño padece un sinfín de enfermedades respiratorias. Su delicada salud le obliga a mantenerse postrado en el camastro de su celda. El 8 de junio de 1795, muere de tuberculosis, cautivo, con sólo diez años. Su muerte es el peor crimen de la Revolución Francesa.

Philippe-Jean Pelletan, el cirujano de la prisión del Temple encargado de realizarle la autopsia, probado republicano y consciente de que asiste a un momento histórico, le extirpa el corazón y se lo mete en el bolsillo. Se lo lleva a su casa y lo esconde en su biblioteca, protegido de la descomposición dentro de un frasco con alcohol etílico.

Los restos de Luis XVII son enterrados en una fosa común del cementerio parisino de Santa Margarita. Las autoridades no permiten señalar el lugar. No quieren que, convertido en mártir, su tumba se convierta en centro de peregrinación de los monárquicos.

Desde el primer momento, la familia Borbón consideró que el niño que había fallecido en el Temple era Luis XVII. Tanto es así, que su tío y sucesor tomó el nombre de Luis XVIII cuando se restauró la monarquía en 1814.

No sería esta la única versión. Enseguida se difundió el rumor de que su certificado de muerte era falso. Se habló incluso del testimonio de la mujer de uno de los guardias del Temple que decía haber ayudado a escapar al joven príncipe en una cesta de ropa sucia. Circuló la leyenda de que el niño había sido

UN ESPAÑOL EN LA CORTE DE LOS LUISES

sustituido por un doble, enfermo de tuberculosis. El legítimo rey logró huir, protegió su verdadera identidad bajo otro nombre, cogió un barco rumbo a Argentina y viajó por los cinco continentes.

La creencia de que Luis XVII había sobrevivido se extendió por Francia y por medio mundo. Diez años después de la restauración borbónica, un relojero de Spandau llamado Charles Guillaume Naundorff, llegó más lejos que nadie. En base a un parecido asombroso con el rey guillotinado, proclamó que él era el mismísimo Luis XVII. Tomó el título de duque de Normandía y, mediante una serie de revelaciones turbadoras y precisas sobre su estancia en Versalles y su fuga, consiguió reunir a su alrededor a un círculo considerable de partidarios. La institutriz del pequeño Luis Carlos, Madame de Rambaud, llegó a asegurar que Naundorff era el Delfín. Durante toda su vida, apoyado por personas de cierta relevancia social, el relojero reclamó los derechos que, aseguraba, le correspondían. Pero nunca fue reconocido por María Teresa, la única hija de Luis XVI y María Antonieta que sobrevivió a la Revolución.

A la sombra del fenómeno Naundorff surgieron un sinnúmero de pretendientes que se hicieron pasar por el Delfín o por sus descendientes con desigual fortuna: Pierre Bienoit, André Castelot o el barón de Richemont, capaz de describir con sumo detalle los sufrimientos de su infancia y que fue enterrado con un epitafio que decía: «Aquí yace Luis Carlos de Francia.»

Surgieron al menos cuarenta y tres pretendientes al trono, en todas partes del mundo: en Inglaterra, en Rusia, en EE.UU., en África... En el siglo XIX, llegó hasta Francia un indio mestizo reclamando sus derechos reales. Mark Twain, en *Las aventuras de Huckleberry Finn*, describió en tono burlesco a un pícaro del Misisipí que se hacía pasar por «el pobre Delfín desaparecido, Luis XVII». Casi todos acabaron dando con sus huesos en la cárcel por farsantes.



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

Los legitimistas consideraban que Naundorff era un impostor. Por tanto, no reconocían las aspiraciones de los *naundorfistas*, un movimiento muy marginal que, por otra parte, podía plantear dudas sobre la consideración de Luis Alfonso como primogénito de los Borbones. Sus descendientes seguían manteniendo sus pretensiones dos siglos después. Hasta el diecinueve de abril del 2000. Ese día, la ciencia resolvió el enigma.

En este debate, el corazón de Luis XVII no tenía ninguna validez. Podía ser una falsificación legitimista, un burdo truco para justificar sus tesis. La reliquia había sido robada de casa de Pelletan, el cirujano que extrajo el corazón; había reaparecido y vuelto a perderse en más de una ocasión, había sido donado al arzobispado de París, lo habían vuelto a robar, lo habían intentado hacer desaparecer, lo habían vuelto a recuperar... en definitiva, había pasado por demasiadas manos antes de llegar, en 1975 a las del duque de Bauffremont, cabecilla legitimista, presidente del Memorial de Saint-Denis.

En 1999, a sugerencia de Philippe Delorme, historiador y periodista, Bauffremont consideró que había llegado el momento de desvelar, de una vez por todas, el enigma del niño del Temple. Y se dispusieron a llevar a cabo una investigación tan histórica como fascinante: someter la víscera a las pruebas de ADN.

Existe un tipo de ADN, el ADN mitocondrial, que se transmite inalterado de la madre al hijo. La prueba era algo tan sencillo como comparar una muestra genética de María Antonieta con otra del corazón de los legitimistas.

El riesgo era evidente. Si la investigación demostraba que el tejido era del verdadero Luis XVII, Luis Alfonso quedaba ungido, sin lugar a dudas, como primogénito de la familia. Por el contrario, si el resultado señalaba que el corazón no pertenecía al hijo de María Antonieta, se convertiría en un arma



UN ESPAÑOL EN LA CORTE DE LOS LUISES

que sus rivales esgrimirían para aducir que el niño rey no murió en la cárcel, y que la primogenitura correspondía a su eventual descendencia *naundorfista* o a cualquier otra que lo reclamase.

Fueron cuatro meses de análisis simultáneos a cargo de los profesores Jean-Jacques Cassiman, de la Universidad de Lovaina (Bélgica), y Ernst Brinckmann, de la Universidad de Munster (Alemania). Para ello, tuvieron que hallar muestras fiables de María Antonieta. Se descartó por insólito y poco fiable un trapo empapado con la sangre de María Antonieta poco después de su decapitación. Los investigadores optaron por el código genético de tres muestras de cabello que ella misma había enviado, antes de morir, a su madre, la emperatriz de Austria, María Teresa I. Los cabellos de María Antonieta se compararon con el ADN de sus hermanas, Juana Gabriela y María Josefa.

Al mismo tiempo, se obtuvieron muestras de sangre o de cabellos de algunos de los descendientes de la familia que todavía viven hoy, como Ana de Borbón Parma, ex reina de Rumania, y su hermano, el príncipe Andrés de Borbón Parma, que se prestaron voluntariamente a la prueba.

Las investigaciones determinaron que el ADN de María Antonieta y el del corazón de aquel muchacho del Temple coincidían plenamente. La reliquia conservada en Saint-Denis correspondía, sin ningún género de dudas, a Luis XVII.

Philippe Delorme, el historiador que había promovido el estudio, se mostró muy satisfecho: «Desde hace dos siglos, este corazón ha tenido una historia rocambolesca y casi milagrosa; es inaudito que esté todavía en nuestras manos. También es un triunfo científico: se ha logrado aislar el ADN de esa víscera momificada, que coincide con el de María Antonieta. Es su hijo el que murió en Temple.»²⁶⁹

El diecinueve de abril de 2000, Luis Alfonso, como duque

LUIS ALFONSO DE BORBÓN

de Anjou, presidió el acto de presentación oficial del informe médico. Había una enorme expectación. Numerosos periodistas de todo el mundo se congregaron en el Museo de Historia de la Medicina de París.

Luis Alfonso leyó un breve discurso al inicio del acto. Fueron pocas palabras, pero muy bien pensadas. Señaló que «en tanto que jefe de la Casa de Borbón y sucesor de los reyes de Francia», deseaba intervenir ante las autoridades de la República francesa para «que se tomen las disposiciones para la inhumación oficial del corazón de Luis XVII, junto a su padre y su madre, en la cripta de Saint-Denis».²⁷⁰

Aunque se negó a hacer declaraciones sobre la influencia que el hallazgo tenía respecto a su legitimidad como pretendiente al trono de Francia, Philippe Delorme no albergó ninguna duda: «Ya pueden despedirse de sus pretendidos orígenes reales todos aquellos falsos delfines que han surgido.»²⁷¹

El 8 de junio del 2004, doscientos años después de su fallecimiento, el corazón de Luis XVII fue enterrado con solemnidad en la catedral de Saint-Denis, en París. Luis Alfonso, acompañado por la abuela Emanuela, presidió las exequias como pretendiente al trono de Francia. La expectación era enorme. La prensa francesa dedicó al acto amplios espacios informativos y reportajes. En la catedral había más de dos mil quinientas personas, que siguieron el acto con verdadera fe y aclamaron a Luis Alfonso al grito de «¡Viva el Rey!»²⁷²

Luis Alfonso llevó en sus manos la urna con el corazón hasta la capilla de los Borbones de la cripta real de la catedral, y lo depositó junto a los restos de sus padres, decapitados durante la Revolución.

Su corazón yace en paz en una pequeña tumba de piedra y mármol oscura, donde está esculpido el rostro del niño.

Los herederos de Naundorff siguen reclamando hoy día que los análisis no fueron válidos. Vana ilusión. Luis Alfonso

y Enrique de Orleáns son, por derecho de sangre, los únicos que pueden aspirar a ceñirse la improbable corona de un país republicano desde hace más de ciento treinta años.

La ciencia y la genética habían zanjado un enigma que permaneció vivo durante más de doscientos años.

Ahora había que pensar en el futuro.

La Gran Cruz de Malta

Era un gran día. Una ocasión solemne. 24 de junio. Fiesta de san Juan Bautista. El castillo de Versalles, el *chateaux* por excelencia del clasicismo francés del *Grand Siecle*, se engalanaba para recibir a los caballeros de la Soberana Orden Militar y Hospitalaria de San Juan de Jerusalén, de Rodas y de Malta, un nombre tan largo como los apellidos y linajes de sus miembros. La Orden de Malta, una de las pocas órdenes de la Edad Media que sigue en activo, y la única que sigue siendo a la vez religiosa y soberana.

La cita era a las siete de la mañana. Los caballeros, con inquebrantable puntualidad, esperaban a la puerta del castillo. Se disponían a celebrar con pompa y circunstancia la ceremonia de bienvenida a los nuevos miembros de la Orden. Poco después, todos ocupaban sus sitios en la Galería de las Cruzadas del Castillo.

Luis Alfonso estaba de pie, nervioso, esperando que se abriera la puerta para entrar en la sala. Iba a dar un gran paso. Su concentración permitía vislumbrar la solemnidad del momento. Había llegado la hora. Avanzó grave, lentamente, por el pasillo que formaban los miembros de la Orden. Era impresionante. Todos estaban de pie. Llevaban los uniformes de gala, negros y rojos con la cruz de Malta bordada en blanco en el pecho, los sombreros de pluma negra, y cubiertos con

LUIS ALFONSO DE BORBÓN

las capas, blancas o negras. Alguien comentó en voz baja lo bien que le sentaba al príncipe el hábito litúrgico.

Como duque de Anjou, había sido admitido entre los nuevos caballeros, en calidad de Bailío de la Gran Cruz de Honor y Devoción, una distinción reservada únicamente a las más altas personalidades y a los jefes de Estado y de las Casas Reales. En España, sólo el rey Juan Carlos y el príncipe de Asturias habían sido laureados con tal honor antes que él.

Luis Alfonso, de rodillas, ante las figuras más representativas de la aristocracia francesa, leyó su voto de fidelidad a la orden: «Me comprometo, con la ayuda de Dios y la protección de San Juan, a intentar llegar a la perfección de la vida cristiana, según el espíritu y las tradiciones de la Orden. Me comprometo también a consagrar toda la energía que me sea posible a su servicio y a sus obras hospitalarias, humanitarias y sociales.»²⁷³ Con veintiséis años, se acababa de convertir en el miembro más joven en recibir la Gran Cruz de Honor y Devoción de la Orden.

A continuación se celebró una misa en la capilla real del castillo, en presencia del canciller de la Legión de Honor, que había asistido en representación del presidente de la República francesa, Jacques Chirac.

Luis Alfonso estaba emocionado. «Definiré mi entrada en la Orden con tres palabras: servicio, humildad y tradición —afirmó—. No es sólo participar en una bella ceremonia, sino también en las actividades que efectivamente hay detrás. Para mí es un gran honor haber sido recibido en el seno de la Orden de Malta.»²⁷⁴

Fue un día importante. Era un reconocimiento personal, como duque de Anjou, por parte de la nobleza francesa.²⁷⁵ Después de esto, su prestigio aumentó considerablemente.

En acentuado contraste, días después, la prensa francesa informó de que el nuevo conde de París, Enrique de Orleáns,

UN ESPAÑOL EN LA CORTE DE LOS LUISES

era investido como «Venerable Maestre» de una logia masónica, afiliada a la Gran Logia Nacional francesa.²⁷⁶

Cuando parecía que no le podían ir mejor las cosas, recibió una invitación muy especial. Iba a dar comienzo su aventura americana.

* * *

Un francés la fundó en 1763 en el Medio Oeste de los Estados Unidos. La bautizaron, a petición de Luis XV, con el nombre de su pariente y antecesor San Luis. Fue capital de la Alta Luisiana. Y aún conserva con entusiasmo las raíces de su orgullo francés.

San Luis, en Missouri, celebraba las fiestas anuales del 25 de agosto, que conmemoran la muerte del rey santo, patrón de la ciudad. Clarence Harmon, el alcalde, recibió en una fecha tan significativa al «Embajador de la Historia de Francia», el príncipe Luis de Borbón.

Luis Alfonso otorgaba a esta visita una importancia especial. Iban a ser cinco días maratonianos, desde el 23 al 27 de agosto. «No fui allí de paseo, desde luego»²⁷⁷, comentó. Era su primer acto oficial más allá del océano. Según informaba el *Magazine* de *El Mundo*, la iniciativa de la visita había partido de Jane Marie Roert, presidenta de la Alianza Francesa, organización que fue la encargada de preparar el ajustadísimo programa de actividades.

La acogida fue, según sus propias palabras, «muy calurosa».²⁷⁸ Una reseña de *Le Figaro Magazine* era más entusiasta: «Con su físico de *latin lover*, que le hace parecerse a un Ricky Martin principesco, la gente le pedía autógrafos como si fuera una estrella deportiva.»²⁷⁹

«Bueno —se excusó él, con su habitual sencillez—, en Estados Unidos no hay tradición monárquica, por eso la tienen un



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

tanto idealizada. Mucha gente piensa que una persona como yo es un extraterrestre.»²⁸⁰

El alcalde le entregó las llaves de la ciudad en un acto en el Ayuntamiento, mientras se refería a su invitado como la memoria viva «de una herencia francesa común de la que nos sentimos orgullosos».²⁸¹

Inmediatamente después, el presidente de los Cardinals, el equipo local de béisbol, le invitó a un partido en el estadio. El marcador electrónico se sumó al entusiasmo de los americanos por el príncipe. En letras gigantes, el mensaje era de una fogosidad casi fanática: «Los Cardinals de San Luis dan la bienvenida al príncipe Borbón de Europa, descendiente directo del rey Luis IX de Francia, patrón de nuestra ciudad.»²⁸² Sí, lo de «Borbón de Europa» era un poco exagerado.

Al día siguiente, informaba *El Mundo*, celebró un encuentro con la Organización de Jóvenes Empresarios (YEO), una mesa abierta sobre su trabajo en la banca y el euro. El día 25, el día grande de las fiestas, misa en la vieja catedral de San Luis, para conmemorar la muerte del santo patrón, que falleció de peste en 1270 mientras sitiaba Túnez en el curso de la Octava Cruzada. Durante la ceremonia, Luis Alfonso entregó al arzobispo Justin Regalt unas reliquias de su antepasado, que casualmente se habían encontrado ese mismo año en la catedral de Saint-Denis, necrópolis de los reyes franceses. Y, como remate del viaje, el gobernador del Estado declaró el 26 de agosto de 2000 «Día de Luis de Borbón». Un alto honor que ningún presidente del gobierno de los Estados Unidos mereció cuando visitaron San Luis.

Era como un cuento. O una película de Walt Disney. Con castillos llenos de caballeros de una orden medieval. Con vaqueros del Oeste gritando vivas al rey. Con un príncipe azul que firmaba autógrafos. Sólo faltaba una princesa que habitara en el palacio.

No faltaba mucho.



BODA REAL EN EL CARIBE

Llegó hasta estas tierras porque oyó el rumor de que al final del mundo había una mujer capaz de torcer la dirección del viento, y quiso verla con sus propios ojos.

ISABEL ALLENDE, *Cuentos de Eva Luna*

LUIS ALFONSO DE BORBÓN

La historia de amor

Se enamoraron en la boda de la hermana mayor de Margarita, Victoria, con uno de los mejores amigos de Luis Alfonso, Francisco D'Agostino, un financiero del Boston College, de una rica familia venezolana.

Él les había presentado poco antes. Dicen que, enseguida, los Vargas invitaron a Luis Alfonso a pasar unos días de vacaciones en Sotogrande, en el verano de 2001, para conocer el barco que tenían allí atracado y presenciar los partidos de polo que se celebran allí. La visita tuvo que ser más que provechosa para todos, porque, un mes después, Luis Alfonso fue invitado a la gran fiesta de la boda de Victoria celebrada en Caracas al son de las bachatas de Juan Luis Guerra, que fue contratado para la ocasión, igual que lo sería más tarde para la boda de Margarita. Tampoco en aquella boda hubo invitación para los periodistas de las páginas rosas.

La biografía de Margarita es breve. Había nacido en 1983, en Calandria, una población cercana a la capital venezolana, en el seno de una familia de banqueros. Era la menor de tres hermanos; por delante de ella estaban Víctor José, el mayor, y María Victoria. Margarita ha vivido siempre en Caracas con su familia. En 1996 empezó sus estudios de enseñanza media en el Colegio Merici, de las Madres Ursulinas de Caracas. En 2002 se matriculó en la Universidad Metropolitana de Caracas para empezar sus estudios de Pedagogía. Cuando estaba en segundo de carrera, conoció a Luis Alfonso.

Su padre, Víctor José de Vargas e Irausquín, es un magnate caraqueño, dueño de múltiples empresas, una de las mayores fortunas de Venezuela, abogado, financiero, corredor de automovilismo, piloto con 12.000 horas de vuelo, campeón de polo con el equipo Las Lechuzas de Caracas, presidente del Banco Occidental de Descuento (BOD), una de las entidades finan-

BODA REAL EN EL CARIBE

cieras con las que trabaja el gobierno del presidente Hugo Chávez, presidente de la Asociación Bancaria de Venezuela y un alto directivo de la Federación Latinoamericana de Bancos.

«Tengo una manera de ser yo te diría que casi humilde, soy una persona muy sencilla», explicaba en una entrevista. Dicen que a Víctor Vargas no le gusta aparentar. Pero le gusta menos que en la prensa local digan que es un nuevo rico, un «boliburgués», que es como llaman a los que se han hecho millonarios de la noche a la mañana tras la llegada de Chávez al poder.

En realidad, el suegro de Luis Alfonso representa una generación de banqueros que hizo fortuna antes de la llegada de Chávez y logró afianzarla en la nueva República Bolivariana de Venezuela. El truco, según cuenta él mismo, es que «yo no me meto en política, pero respeto a quienes participan en ella».²⁸³

La madre de Margarita, Carmen Leonor Santaella Tellería, proviene de una familia de financieros vinculada al mundo de la banca. Dicen que Víctor Vargas inició su trayectoria profesional en uno de los bancos de su suegro.

La abuela de Margarita fue una reconocida magistrada, la doctora Vargas, experta en derecho laboral y mujer de gran carácter. Su abuelo, el doctor Vargas, fue médico. Los bisabuelos Vargas e Irausquín gobernaron estados venezolanos.

Dicen de ellos que son una familia de moral intachable, dedicada a las obras sociales y de caridad. La discreción ha sido una de las características de esta familia. Víctor Vargas y Carmen Leonor Santaella son muy poco amigos de la publicidad.

Son inmensamente ricos, dicen que bimillonarios. Tienen propiedades en diversas partes de América y Europa. Se conocen, al menos, una finca en Francia, un refugio en Beaver Creek (donde murió el duque de Cádiz), un yate con chef francés a bordo, un apartamento en Nueva York, un avión privado de lujo, varios helicópteros, bancos en Venezuela y Panamá,



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

petroleras en Maracaibo, coches de colección y muchos caballos. Pasan largas temporadas en Palm Beach, donde poseen una magnífica finca, llamada La Lechuza de Caracas. Tienen otra mansión en La Romana, en República Dominicana, donde se celebró la boda. Y otra, más espectacular si cabe, al este de Venezuela, en una región llamada Tucaca, que cuenta con unas instalaciones de polo particulares, donde todos los años se celebra un campeonato. El transporte aéreo para llevar a sus yeguas era tan caro, que le salió más rentable comprarse un avión de carga. Luego creó su propio equipo de polo y contrató a dos de los mejores jugadores del mundo, los argentinos Merlo, para así jugar él y su sobrino Alfredo con posibilidades de ganar el torneo. Y, por último, mandó construir en la finca una pista de aterrizaje, para que puedan tomar tierra el jet privado en el que viaja la familia y el avión de las yeguas.

A Margarita y Luis Alfonso les une la pasión por el deporte. La joven es aficionada a la equitación y al esquí, tanto alpino como acuático. También tienen en común una personalidad retraída, pero rebotante de simpatía. Los dos hablan varios idiomas, y son católicos practicantes.

Los dos sufrieron una experiencia dramática al perder a un hermano. Víctor José Vargas tenía dieciocho años cuando murió. Según las fuentes, falleció por un problema de corazón, o por una infección bacteriana. A pesar de llevarle inmediatamente a Estados Unidos y de tratarle los mejores especialistas, murió en muy poco tiempo. La muerte del pequeño Víctor José marcó para siempre a los Vargas. Desde entonces, dan muy poca importancia al dinero, porque consideran que no sirvió para salvar la vida de su hijo. El banquero nunca volvió a lucir una corbata que no fuera negra. Carmen Leonor, por su parte, se volcó en la familia. Es una mujer de trato agradable, muy generosa y poco dada a la ostentación.

Cuando se dio a conocer el romance entre Luis Alfonso y



BODA REAL EN EL CARIBE

Margarita, los Vargas emitieron un comunicado donde anunciaban el compromiso. Carentes de títulos nobiliarios, subrayaron que eran descendientes de conquistadores, y agregaron a su apellido el «de» y la «y». En España, muchos notaron que en la nota sobraban la preposición y la conjunción. El verdadero abolengo de los Vargas, dicen, está vinculado a su gran fortuna.

* * *

La tradicional petición de mano se celebró en el histórico escenario del Pazo de Meirás, en el municipio coruñés de Sada. Fue una tarde de agosto. A eso de las cinco y media, tras disfrutar de una comida con menú gallego en el pazo de unos amigos de la familia, los novios llegaron al Pazo de Meirás. Iban acompañados por los parientes más cercanos, y se ocultaban en cuatro coches que apenas dejaron ver sus rostros. Los paparazzis se esforzaron por conseguir alguna foto interesante del momento, pero fue una misión imposible.

La cena se inició alrededor de las nueve y media de la noche. Era una sencilla ceremonia familiar, con unos setenta invitados. Al acabar la cena, Luis Alfonso pidió a sus futuros suegros la mano de Margarita. Los invitados dejaron claro que el novio estaba «encantado de la vida»²⁸⁴, al igual que Margarita.

Del acto trascendió la elegancia y belleza de la protagonista de la noche, María Margarita, que lucía un vestido en tono gris perla. Del estilismo se encargó el equipo de la peluquera coruñesa Loida Zamuz, que más tarde se encargaría del peinado de la boda.

La celebración se prolongó durante todo el fin de semana. Incluso hubo tiempo para disfrutar del arte de Fran Rivera, amigo de Luis Alfonso, Finito de Córdoba y Jesulín de Ubrique.

LUIS ALFONSO DE BORBÓN

Hasta el Coliseum de La Coruña se desplazaron Carmen, la abuela Nenuca y la futura suegra, Carmen Leonor Santaella.

La abuela Nenuca estaba orgullosa. Se había pasado los últimos ocho años trabajando en la restauración del pazo. Aquella noche volvía a brillar con el esplendor que tenía en tiempos de su primitiva dueña, la condesa doña Emilia Pardo Bazán, la más brillante intelectual de su tiempo. Como curiosidad genealógica, cabe apuntar el parentesco lejano que une a Luis Alfonso con Emilia Pardo Bazán, que fue prima en sexto grado de la abuela materna de Franco, Carmen Pardo de Lama.

El domingo anterior, aprovechando los preparativos de la petición de mano, Francis Franco había celebrado en el pazo la comunión de uno de los hijos que tuvo con Miriam Guisasa, su segunda esposa. «Es que como Francis es muy tacaño —confesaba un miembro de la familia— ha aprovechado lo bien que está la casa para celebrar la comunión sin que le cueste un duro. Francis es así.»²⁸⁵

El Pazo de Meirás fue uno de los edificios más emblemáticos del Régimen de Franco. Fue residencia de verano de la familia Franco desde 1938, escenario habitual del No-Do y de los consejos estivales de ministros. En la biblioteca de la Pardo Bazán se tomaron decisiones trascendentales para España.

Cuando murió Franco, los Reyes visitaron el pazo con motivo de su primera visita oficial a Galicia, en 1976. Agradecieron a la abuela Nenuca, precisamente, con el título nobiliario de señora de Meirás y Grandeza de España.

En 1977 Meirás fue testigo de la boda de Merry Martínez-Bordiú con Jimmy Jiménez Arnau. *Hola* pagó entonces un millón de pesetas por la exclusiva. Luego el novio se lamentó de no haber pedido más. Al año siguiente, el 18 de febrero de 1978, se produjo el devastador incendio. El Pazo de Meirás ardía. El incendio arrasó parte del interior, aunque dejó intacta la fachada y la biblioteca. En 1980, el primer ayuntamien-

BODA REAL EN EL CARIBE

to democrático de La Coruña quiso recuperarlo. Se ha publicado que el presidente de la Diputación ofreció a la abuela Nenuca, su titular, unos 400 millones de pesetas para instalar allí una universidad de verano. Las operaciones no cuajaron, porque los Franco no estaban de acuerdo con el precio. Valoraron el edificio histórico y los cien mil metros cuadrados de terreno que lo rodean en más de mil millones de pesetas. Tras años de aparente abandono, la duquesa de Franco restauró el edificio. Cuando el jardín estuvo listo, se celebró el banquete nupcial de la boda de Arancha y Claudio Quiraga, en 1996. El 17 de julio de 2004, el primo Jaime, el hijo de Mariola y Rafael Ardid, se convirtió en el primer bisnieto de Franco que se casó, y eligió el pazo para celebrar su boda con Carmen Panadero.

* * *

«Creo que el único motivo por el que uno debe casarse es por amor —había dicho Luis Alfonso—. El único sentimiento que puede llevar a buen puerto la formación de una familia. No creo que sea cuestión de “pensárselo”. La persona con la que te planteas un futuro en común llega o no. Hasta que eso suceda no hay que tener prisa.»²⁸⁶

Todos los que les conocen están de acuerdo en que Margarita conquistó el corazón de Luis Alfonso, un hombre que ha demostrado con coraje que se puede alcanzar la felicidad personal después de una vida llena de tragedias.

La boda caribeña

Luis Alfonso y Margarita se casaron un sábado. El 6 de noviembre de 2004. La boda levantó una gran expectación.



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

Alguien publicó que fue «la boda del año, con permiso de Letizia». Otros dijeron que «Margarita es la Letizia venezolana». Alguien observó que, si la historia diera un vuelco y la monarquía volviera a Francia, Margarita se convertiría en la primera venezolana en ostentar una corona. Algunos la calificaron como la boda del fin de año. Fue el acontecimiento social del siglo en América Latina. Pese a la discreción de los novios, las páginas rosas de todo el mundo pusieron los ojos, aquel día, en la República Dominicana.

Se dijo que la celebración en Venezuela habría exigido unas medidas de seguridad extremas. En un primer momento, los Vargas pensaron celebrar la boda en la mansión de Palm Beach. Circuló una versión malintencionada que decía que, si no se celebraba allí, era porque el hermano de Carmen Leonor, la suegra de Luis Alfonso, tiene prohibida la entrada a este país. La realidad es mucho más inocente. Las ordenanzas municipales de Florida prohíben la música más allá de las doce de la noche en este tipo de urbanizaciones. Así que se decantaron por Santo Domingo.

Los Vargas son propietarios de una lujosa propiedad en Casa de Campo, un exclusivo complejo turístico en La Romana, a unos cien kilómetros al este de Santo Domingo. La magnífica urbanización fue erigida en 1976, imitando el estilo de las villas mediterráneas del siglo XVI. Un potentado americano tuvo la idea de levantarla como regalo de cumpleaños para su hija en los Altos de Chavón, frente a un espectacular cañón rasgado por las aguas del río. Es un club privado con acceso reservado que ofrecía un control total de los asistentes.

Dentro del complejo Casa de Campo, en los Altos de Chavón, un espectacular barranco, enclavado en una roca y entre una exótica vegetación tropical con vistas al Caribe, se levanta la capillita de San Estanislao de Cracovia. Es una pequeña iglesia de piedra construida en 1979 cuando el papa Juan Pablo II



BODA REAL EN EL CARIBE

visitó la República Dominicana. El arquitecto italiano Roberto Copa se había inspirado en la capilla del pueblo natal de Juan Pablo II, que consintió trasladar las cenizas de san Estanislao. Este era el marco perfecto para la boda de Luis Alfonso y Margarita.

Los Vargas habían pensado en una celebración que no sobrepasara los 600 invitados. Al final, fueron 1.570. Los invitados fueron llegando a La Romana poco a poco. Los de la novia procedían en su mayoría de Venezuela. Desde Caracas, fletaron un vuelo charter para Quisqueya. La mayor parte de los invitados de Luis Alfonso llegaron a La Romana desde España y Francia. Los españoles volaron de Madrid a Punta Cana. El periódico *Listín Diario*, que bautizó al evento como «La boda real de Chavón», publicó que habían llegado desde Europa y Venezuela más de 24 vuelos especiales, con los invitados y familiares de los novios.

El avión privado de Víctor Vargas salió desde Madrid. Tenía capacidad para doce pasajeros, más la tripulación. Las plazas las ocuparon Carmen; su novio Roberto Federicci; la abuela Nenuca, duquesa de Franco; Cynthia Rossi, la hermana del novio. El traje de novia ocupaba uno de los asientos. Vittorio & Luchino también se ganaron plaza en el avión, porque regalaron el vestido. Los del Río, que actuaron gratis, también tuvieron sitio. Y las últimas plazas las ocuparon tres familiares de los Vargas. Carmen se lo ofreció a su hermana Mariola, pero ella prefirió viajar con sus hijos y su marido en línea regular.

En La Romana, según se contó, se dieron cita media España de sangre azul con medio mundo de la alta sociedad del dinero de ambos lados del Atlántico.

Los invitados se alojaron en tres hoteles: Casa de Campo, a 10 minutos de la ermita, Casa del Mar, a 20 minutos, y Occidental Embajador, en Santo Domingo, a una hora. Los Vargas se encargaron de hacer las reservas, pero cada invitado se



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

costeaba sus gastos de alojamiento. Cuanto más cerca, más caros.

La jornada de festejos comenzó oficialmente el 4 de noviembre. Los anfitriones ofrecieron en la playa de Minitos una comida informal para todos los que ya habían llegado, más de cuatrocientos invitados. Allí pudo verse a Fernández Tapias, Alfonso Cortina o los Bohórquez, vistiendo trajes vaporosos y en colores claros. Después, los más íntimos compartieron con los novios una fiesta muy española donde actuaron Los del Río.

Por la noche, la fiesta del club náutico La Marina, convocada por los novios, fue la de la gente joven: Borja y Jaime Ardid, Ponce, Julio Aparicio, la prima Leticia Jiménez Arnau, Cynthia Rossi... Y al día siguiente, ensayo general de la ceremonia en la iglesia. Hasta allí fueron familiares, testigos y los amigos más directos que tenían algún protagonismo en la boda.

* * *

Las medidas de seguridad fueron extraordinarias. Las invitaciones se habían acompañado de unas tarjetas magnéticas que permitían el acceso a la ceremonia y al banquete, evitando así la presencia de intrusos. Las tarjetas eran personales e intransferibles. Tenían el nombre del invitado impreso en el plástico. Alterarla era tan difícil como falsificar una tarjeta de crédito. Se anunció con anticipación que no se permitiría acceder a ninguno de los recintos nupciales con cámaras fotográficas. Los Vargas y Luis Alfonso querían que la boda se celebrara de la manera más privada posible, y ajena a los medios de comunicación. Ni fotógrafos ni periodistas tendrían acceso.

Sólo había una cámara, la de Mauricio Donelli, venezolano, fotógrafo oficial del enlace, contratado por la familia Vargas, que distribuyó sus fotos a través de la agencia EFE. A pesar



BODA REAL EN EL CARIBE

de que los novios habían manifestado su deseo de ceder todas las imágenes a los medios de comunicación, la revista *Hola* obtuvo en exclusiva los derechos del resto del material de la boda. Los beneficios obtenidos por la venta de la exclusiva se destinaron a la Cruz Roja dominicana.

Fue un día de sofocante calor y altísima humedad en Santo Domingo. Más de cuatrocientos agentes velaron para que no se produjeran incidentes. Unos trescientos militares activos venezolanos y estadounidenses, junto a más de ciento cincuenta hombres de una compañía privada y dos helicópteros, trabajaron codo con codo para mantener la privacidad y seguridad del evento. Lograron, sin duda, mantener a la prensa, fotógrafos y periodistas alejados de cualquier acción reporterial. Hubo quien consideró excesivas tales medidas de seguridad. Y dieron lugar a un sinnúmero de anécdotas.

Los conductores de los autobuses que llevaban a los invitados tenían orden de recordar a bordo que no se podían pasar cámaras de fotos ni de vídeo, ni teléfonos móviles con cámara. Al llegar a los Altos de Chavón, más de cien guardias vigilaban los accesos. A la entrada de la iglesia se había montado el primer control de seguridad, donde los agentes recibían a los invitados en cuatro mostradores, cargados de sofisticados dispositivos. Había que presentar la tarjeta de invitación y cualquier documento con fotografía que acreditase la identidad: el DNI, el pasaporte o el carné de conducir. Por supuesto, los nombres de ambos documentos tenían que coincidir. No había posibilidad alguna de que alguien entrara en la fiesta con la tarjeta de otro.

Después de este primer control había que pasar por un escáner, como los de los aeropuertos. Si se activaba el detector, los inspectores de seguridad repetían el chequeo con más cuidado. Si encontraban algún teléfono, o una cámara, eran amablemente confiscadas, registradas y guardadas religiosamente



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

en una bolsa de plástico para ser devueltas a su dueño cuando todo hubiera terminado.

Federico Trenor, barón de Alacuás y testigo de la boda, fue con el uniforme de gala con sable reglamentario. Al pasar el arco de seguridad, el detector de metales empezó a sonar. Los guardias de seguridad a punto estuvieron de requisarle la espada.

* * *

La capilla sólo podía acoger a poco más de un centenar de invitados. El resto tuvo que seguir la ceremonia desde una impresionante carpa transparente de tres mil metros cuadrados instalada al pie de la pequeña iglesia, sostenida por columnas de unos quince metros de altura y con un espectacular andamiaje. Allí se había dispuesto la sillería para acomodar a los invitados, y se instalaron unas pantallas para no perderse detalle de la ceremonia. El pequeño templo estaba adornado con guirnaldas realizadas en follaje cuajado en lirios blancos que descendían de las columnas. En cuanto al vestuario, se exigió rigurosa etiqueta. Los padrinos y testigos fueron vestidos de frac, las damas, de traje largo y los caballeros, de esmoquin negro.

A las siete menos cuarto de la tarde caribeña, cuando todos los invitados estaban en el templo, entró el novio de la mano de su madre. Carmen llamó la atención con carísimo vestido diseñado por John Galliano para Cristian Dior, un escotadísimo modelo palabra de honor en tono violeta y con flores, con sendos agujeros en el busto a lo Gaultier. Iba tocada con la tradicional mantilla negra española.

Luis Alfonso, rebosante de felicidad, llevaba el uniforme rojo y negro y la Gran Cruz de Honor y Devoción de la Orden de Malta, con el tradicional tricornio de terciopelo con su lla-



BODA REAL EN EL CARIBE

mativa franja de plumas, y la insignia de la orden dinástica francesa del Espíritu Santo.

Les seguía en el cortejo Carmen Leonor Santaella, muy elegante, vestida por Valentino en tonos crema, acompañada por Roberto Federicci, que estaba invitado a la boda en calidad de novio de Carmen.

A continuación, el cortejo que precedía a la novia, formado por catorce amigas vestidas por Durant & Diego, que escogieron el verde y el rosa para los trajes. Los modelos conservaban una línea parecida, pero todos eran diferentes. El cortejo lucía unos pendientes de plata con perlas y cuarzo realizados especialmente para la ocasión por la diseñadora de joyas venezolana Lilia López. María Victoria Vargas de D'Agostino, la hermana mayor de Margarita, fue la madrina de honor.

A las siete en punto llegó la novia, sonriente como una reina de la belleza venezolana, del brazo de su padre. Estaba espléndida. Llevaba el traje gris perla diseñado por Vittorio & Luchino en raso, con sobrevestido de chantilly, velo y cuatro metros de cola. Lucía una espectacular diadema de varias hileras de brillantes y perlas, la misma que había vestido la abuela Nenuca en su boda celebrada en 1951. La peluquera coruñesa Loida Zamuz recogió su cabello en un clásico moño bajo, prendido por el soberbio broche, que aseguraba el velo.

La esperaba Luis Alfonso, visiblemente nervioso, radiante. La pareja se ubicó frente al altar, en dos bancos forrados con damasco burdeos y arabescos en oro, al igual que el reclinatorio, que llevaba a cada lado pequeños ramos de flores blancas.

Los testigos, de riguroso frac. Entre otros, lo fueron Victoria Vargas y su marido, Francisco D'Agostino, gran amigo de Luis Alfonso, la archiduquesa Constanza de Austria —la que fue prometida del duque de Cádiz— y su marido, el príncipe austriaco Franz Auersperg Trauston; Cynthia Rossi, la hermana de Luis Alfonso; el duque de Plasencia, Carlos Rúsoli;



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

el barón de Alacuás, Federico Trenor, tutor de Luis Alfonso; y Roberto Federicci, compañero sentimental de Carmen Martínez-Bordiú.

La misa, con la celebración de la eucaristía y el sacramento del matrimonio, duró dos horas. La oficiaron tres sacerdotes: Francisco Bueno, capellán de la Orden del Santo Sepulcro y de la Orden de Malta; Jaime Gurza y Víctor García, de los Legionarios de Cristo, los pusieron los Vargas. Los invitados podían seguirla desde un pequeño librito de pasta dura que contenía el desarrollo litúrgico y el programa musical. Las casullas, el cáliz y el copón eran propiedad de la abuela Nenuca, que viajó con ellos en el avión privado de los Vargas. Durante la boda se leyó una salutación personal del Papa dirigida a los novios.

La agrupación musical *Schola Cantorum*, de Caracas, formada por una orquesta de 15 instrumentistas y un coro de 20 voces, interpretó la misa de Haydn y temas de Haendel, Bach y Mozart. Después de la comunión, cedieron el turno a Los del Río, que pusieron acento andaluz a la ceremonia con los Cantos a la Virgen y la Salve Rociera.

Los invitados destacaron la felicidad que demostraron los novios en todo momento.

* * *

Tras el enlace, los novios y sus invitados se trasladaron a la casa de La Romana. No es fácil organizar el desplazamiento de mil quinientas personas. Se había organizado una flota de autobuses y microbuses para transportar a todos los invitados. Cada invitado recibía un cuaderno en el que se le indicaba el medio de transporte para trasladarse a la iglesia y, posteriormente, al banquete. Para aliviar la espera, en el restaurante La Piazzeta, cerca de la iglesia, se había preparado un servicio



BODA REAL EN EL CARIBE

de hidratación y sanitarios. Aun así, muchos se quejaron de los traslados. De la iglesia al convite, hubo quien tardó cerca de dos horas.

Y también se habló de los problemas con la seguridad. En el desplazamiento Carmen perdió su tarjeta de identificación. Al llegar a casa de sus suegros, la pararon en el control de seguridad. Al explicar quién era y contar lo que había pasado, el guardia la increpó:

—¿Y cómo me demuestra usted que es la madrina y madre del novio?

—¿Usted cree que hay muchas señoras que vayan con esto en la cabeza? —respondió Carmen, señalando la mantilla y peineta.

La dejaron pasar.

Pero la verdad es que la espera mereció la pena. El recinto habilitado para el banquete era espectacular. En una plataforma de unos cuatro mil metros cuadrados, se había montado una impresionante carpa de aluminio entre follaje, bambúes y palmeras. Había mesas, saloncitos, barras de bar y buffets y un escenario. Según dijeron los expertos, sólo el montaje podía haberles costado unos cuarenta millones de las antiguas pesetas.

Antes del banquete, los novios recibieron a todos y cada uno de sus invitados, que fueron desfilando por un besamanos que se prolongó durante dos horas. Como siempre hay alguien que se queja, también esta vez hubo quien dijo que no había suficientes camareros para aliviar la sed de los que esperaban felicitar a los novios.

El personal del famoso restaurante Le Cirque de Nueva York, uno de los favoritos de los Vargas, habían aterrizado un par de días antes en La Romana. Llegaron en un Boeing fletado especialmente para la ocasión, cargado con los vinos, el champán, el salmón, sesenta kilos de caviar beluga y cuarenta kilos de trufas blancas. El ágape consistió en langosta, caviar,



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

salmón y foie. Lo más espectacular, dicen, el extraordinario risotto a la trufa. Para acompañar, copas, vasos, botellas, coteleras, jarras de refrescos, vinos, licores y alcoholes. El ron añejo alternaba con el champán, los *cocos locos* con las *piñas coladas*, el whisky con los *piscosauers*, las algarrobitas con la ginebra, los vodkas con el maracuyá, el mojito cubano con el coñac traído en cubas curadas desde la Baja Andalucía... De madrugada, un arroz meloso típico de las fiestas de Santo Domingo para paliar los efectos del alcohol. Dicen que, como en todas las bodas alegres, hubo quien empapó el antídoto con champán. Todo un ágape de cuento de hadas del que disfrutaron los parientes y amigos de los novios hasta las seis y media de la mañana.

Tras la cena, no hubo la tradicional tarta nupcial, ni el típico vals. Abrió la noche con broche de oro el ídolo musical de Margarita, David Bisbal. El «triumfito» aprovechó la gira de promoción de su disco *Bulería* en la República Dominicana para actuar en la boda. Los novios inauguraron el baile en la cuarta canción, al compás del *Ave María*. Dicen que después de esta pieza, Margarita se quitó los tacones, se calzó unas deportivas y se puso a mover el esqueleto. No faltaba detalle: la orquesta, las bailarinas, un magnífico sonido, un público entregado en esta actuación privada y a menos de dos metros del escenario y unos novios entregados. El resto de invitados siguieron a la novia. Enseguida se llenó una pista y un escenario que ya no se vació hasta las siete y media de la mañana. Tras el toque español de Bisbal, llegó, a eso de las tres y media de la madrugada, la actuación merengue de Juan Luis Guerra. Arte y Compás, ya sobre las cinco de la madrugada, pusieron el acento andaluz a la velada. Debido a problemas de horario, los palmeros que tenían contratados no pudieron actuar.

Para volver a los hoteles, salía un autobús cada hora, a par-



BODA REAL EN EL CARIBE

tir de las doce de la noche, hacia Casa del Mar, Hacienda Dominicana y Canoa Coral. Los de Casa de Campo fueron habilitados cada quince minutos. Durante la recepción disponían de servicios médicos a la entrada de la residencia.

* * *

Una de las grandes ausentes de la boda fue la abuela Emanuela. Su hermano estaba muy enfermo, y esto le impidió asistir al enlace. Hay quien dijo que a la vieja señora no le gustó nada la elección de su nieto. Tampoco fue ningún representante de los legitimistas franceses. Parece ser que ellos creían que esta boda debía celebrarse en Francia.

El tío Francis Franco y su mujer, Miriam Guisasola, tampoco estuvieron en la boda. Francis prefirió irse de caza. Se dijo que no acudieron a la boda por varias razones. La principal tiene que ver con su fama de tacaño. Se dijo que no estaba dispuesto a gastar un dineral por acudir al enlace de su sobrino. El viaje salía por unos mil euros, a los que había que añadir los gastos extra y el regalo de bodas. Dicen que Francis no entendía que, siendo tan ricos, los Vargas Santaella no corrieran con todos los gastos, o al menos de la familia directa. Luego se valoró el coste de la boda en una cantidad que rondaría el millón de euros. También se dijo que su ausencia tenía que ver con las malas relaciones con Carmen. Y que se enfadó con ella porque no le ofreció ir en el avión privado de los Vargas.

Isabel Preysler justificó su ausencia con el pretexto de que como Miguel no iba a ir, y ella no va a ningún lado sin él, pues eso, que tampoco iba ella.

Pero la gran ausencia de la boda fue la de la Familia Real española.

LUIS ALFONSO DE BORBÓN

El tratamiento de Alteza no gusta en La Zarzuela

Entre los mil quinientos invitados presentes, se hizo obvia la ausencia en pleno de integrantes de la Casa Real española. Ningún miembro de tan ilustre estirpe se dejó caer por la República Dominicana. La versión oficial de La Zarzuela se ceñía a los problemas de agenda. Todos sus miembros tenían obligaciones laborales ineludibles, y ninguno pudo hacer un hueco para asistir al enlace. Los Reyes, el Príncipe y Letizia, los cuatro, estaban en Barcelona para la inauguración del Salón Náutico y otras actividades; la infanta Cristina estaba preparando un viaje a Nueva York; la infanta Elena tenía trabajo en su guardería. De Urdangarín no dijeron nada. Y de Jaime Marichalar no supieron dar razón. El duque de Lugo se encontraba en Nueva York, a poco más de dos horas de Santo Domingo.²⁸⁷

El hecho pareció causar un profundo malestar en la madrina de la boda, aunque, probablemente, se lo imaginaba. «A mí me pueden poner como un trapo —dijo Carmen—, pero a mi hijo que no lo toquen porque lo defenderé con uñas y dientes.»²⁸⁸ Al parecer, Luis Alfonso vio a su madre molesta con el tema y le dijo: «Mamá, nos les echamos de menos. Nosotros somos felices.»²⁸⁹

Carmen sacó las uñas desahogándose con Peñafiel. El periodista contó que le llamó por teléfono desde el avión privado de su suegro, cuando volvía de la boda, para convocarle «desde 9.000 metros de altura a una cena en la madrugada».²⁹⁰ Nada más aterrizar en Madrid, entre plato y plato, la nietísima abordó el espinoso asunto.

«No traiciono la confidencialidad —escribía Peñafiel— al reproducir, sin quitar ni poner una coma, lo que me dijo a propósito de las evidentes ausencias. [...]

—¿Se invitó a la Familia Real?

BODA REAL EN EL CARIBE

—Sí, por supuesto. Enviamos a La Zarzuela invitaciones para los Reyes, para el Príncipe y Letizia, para la infanta Elena y Jaime Marichalar y para la infanta Cristina e Iñaki Urdangarín.

—¿Cuál fue la respuesta?

—Un telegrama firmado por el jefe de la Casa de Su Majestad, en el que, en nombre del Rey y la Familia Real, felicitaban a los novios.

—¿Sólo eso?

—No. Jaime Marichalar envió una carta personal.

—¿Cuál o cuáles han podido ser las razones para tan sonada ausencia de la Familia Real?

—Lo desconocemos. Me gustaría saberlo. Pero ha sido imposible. Incluso el día del cumpleaños de Doña Sofía, la llamé por teléfono, pero no se puso.

—¿Te afectó que, habiendo sido invitados, nadie de la Familia Real asistiera?

—Personalmente, no. Pero, como madre, me ha dolido profundamente el feo que le han hecho a mi hijo.

—¿Cómo encajó Luis Alfonso que no respondieran a la invitación a su boda?

—Posiblemente le entristeció.

—Y tu consuegro, ¿cómo encajó que nadie de la Familia Real asistiera?

—No dijo nada. Pero tampoco debió de gustarle el gratuito desaire a su hija.»²⁹¹

Poco después, Peñafiel seguía con el relato:

«Ignoro si, porque también es madre, o porque ha llegado a la inteligente conclusión de que la actuación de la Familia Real en la boda no fue políticamente correcta, Doña Sofía se puso en contacto con Carmen Martínez-Bordiú para agradecerle la llamada del 2 de noviembre para felicitarla (no es que no quisiera ponerse, sino que estaba de viaje por Siria) y



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

para interesarse por los detalles de la boda y lo feliz que Luis Alfonso parecía.

—Mi hijo era, ese día, el hombre más feliz del mundo. Es lo único que me importa —puntualizó Carmen Martínez-Bordiú.

—Eso es lo que queremos todas las madres —fue la respuesta de la Reina.»²⁹²

* * *

El comportamiento de la Familia Real sorprendió a propios y extraños. Su ausencia desató una gran polémica. «Ha desenterrado los fantasmas del pasado», dijo Carmen Martínez-Bordiú. Se habló de «agravio gratuito», de «incomprensible decisión», de «actitud políticamente incorrecta».

Se dijo que el inexplicable comportamiento de la Familia Real obedecía, al parecer, al monumental enfado que se agarraron los inquilinos de La Zarzuela el día que recibieron la invitación de boda. Al parecer, al Rey no le hizo ninguna gracia que, para comunicar su enlace, Luis Alfonso utilizara el tratamiento de «Su Alteza Real el duque de Anjou, pretendiente al trono de Francia». Todo parecía indicar que las reivindicaciones legitimistas de su sobrino ponían al borde de un ataque de nervios al soberano español.²⁹³ El enfado del tío Juan Carlos llegó tan lejos que, a modo de correctivo, y para complicar más las cosas, decidió que ningún miembro de su familia acudiera al enlace, además de no tener el detalle de enviar un regalo de bodas o un telegrama de felicitación a los recién casados.

En este ambiente de polémica, se recordó que Juan Carlos había permitido que, en el convite nupcial de Felipe, Constantino y Ana María de Grecia aparecieran, en el documento en el que se distribuían los invitados, como Reyes de los Hele-



BODA REAL EN EL CARIBE

nos, un título que no les correspondía. Este comportamiento indicaba el agravio comparativo en que quedaba Luis Alfonso ante el favoritismo que el Rey siempre ha demostrado hacia su familia política.²⁹⁴

Se recordó que los Reyes y sus hijos suelen acudir a las bodas de familiares y amigos. Que Felipe había acudido a la boda de una prima de Letizia cuando ni siquiera se había casado.²⁹⁵

Se recordó que Felipe, casándose con Letizia, había igualado la monarquía por abajo, y que tomar represalias contra Luis Alfonso por culpa de los títulos y tratamientos que figuran en la invitación de boda era, cuanto menos, gratuito e incoherente.²⁹⁶

Luis Alfonso, nobleza obliga, siempre fue un hombre tranquilo. Tuvo ocasión de demostrar su talante conciliador en la boda de su primo Felipe con Letizia. La Casa Real le invitó entonces como Excmo. Sr., sin Alteza Real y sin ducado. Y sin Margarita, que no fue invitada. Por entonces, la venezolana y él ya eran novios oficiales. Algunos cronistas incluso hablaron de la ilusión que le hacía a Margarita ir al enlace, que había encargado cuatro trajes a Pertegaz para hacer su presentación oficial en Madrid. A pesar del feo, Luis Alfonso prefirió no darse por ofendido, y tal como pudo verse durante el enlace, asistió a la boda del brazo de su abuela Nenuca.

Luis Alfonso habló de la ausencia real en la revista *Tiempo*. Cuando le preguntaron por las razones de la ausencia, contestó: «Eso tendría usted que preguntárselo a ellos. La invitación se les mandó y la recibieron, eso sin duda.» Muy en su línea de discreción habitual, declaró que sus relaciones hasta el momento de la boda fueron cordiales. «Al día siguiente de mi petición de mano, que se celebró el nueve de agosto en La Coruña, Margarita y yo nos desplazamos expresamente a Mallorca, por iniciativa nuestra, para presentar a mi prometida a los Reyes. Me hacía mucha ilusión, y además lo consideraba una



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

deferencia por mi parte hacia Sus Majestades. Los Reyes nos invitaron a comer con ellos en Marivent, y fue un almuerzo muy agradable. Sus Majestades fueron muy amables con Margarita y conmigo. No hemos vuelto a hablar desde la boda — continuó—. Mi deseo es que las relaciones con la Familia Real sean tan cordiales como lo fueron hasta la boda.»²⁹⁷

Si la utilización del tratamiento de Alteza Real en las invitaciones de su boda fue el motivo de la ausencia de miembro alguno de la Familia Real, cabría preguntarse: ¿tiene derecho Luis Alfonso de Borbón al tratamiento?

Su Alteza Real

Según comenta Juan Balansó, el protocolo que corresponde a Luis Alfonso es un tema tabú. Desde que murió su padre, todo quedó reducido a una nebulosa de la que se prefiere no hablar. Se ha publicado en alguna ocasión que el primogénito de los Borbones resulta todavía un personaje incomodo en La Zarzuela, como lo fueron su padre y su abuelo. Luis Alfonso, por su parte, siempre ha evitado la polémica, haciendo alarde de buen sentido y de su afán conciliador.

Su partida de nacimiento, timbrada por el escudo de la Casa de Borbón y firmada por el juez y el secretario encargados del Registro Civil, expresa claramente que «a las trece y treinta y cinco horas del día veinticinco de abril de mil novecientos setenta y cuatro, tuvo lugar el nacimiento de S.A.R. Don Luis Alfonso de Borbón y Martínez-Bordiú».²⁹⁸

Su documentación francesa, emitida por la República, le concede el mismo tratamiento y el título de duque de Borbón y de Anjou. El carné francés de Luis Alfonso está redactado a nombre de *S.A.R. de Bourbon, duc de Bourbon, duc d'Anjou, Louis-Alphonse*.²⁹⁹



BODA REAL EN EL CARIBE

En este sentido, y sin ánimo de abundar en este espinoso asunto, cabe recordar que los pasaportes españoles de Alfonso y Gonzalo de Borbón anteponían a sus nombres las siglas de Alteza Real. En el acta civil del matrimonio de Juan Carlos y Sofía, en que firmó como testigo, también aparecía con el mismo tratamiento. Cuando Alfonso fue testigo en el acto de aceptación de su primo Juan Carlos como sucesor de Franco, firmó y constó en el documento pertinente con el mismo tratamiento. También aparecen las tres siglas en el acta del bautismo de la infanta Cristina, de la que fue padrino. El decreto de concesión del ducado de Cádiz subrayaba que el título, que llevaba aparejado el tratamiento de Alteza Real, se otorgaba a «S.A.R. don Alfonso de Borbón, nieto del Rey Alfonso XIII», lo que significaba que el Estado consideraba que el tratamiento de Alfonso era anterior al Decreto. Cabe observar que la abuela Emanuela constaba como Alteza Real en la partida de nacimiento de sus dos nietos, lo mismo que constaba en su carné de identidad, en su pasaporte, y en su documentación francesa. En la tumba de Fran se había antepuesto el tratamiento de Alteza Real; hubo quien dijo que La Zarzuela presionó para evitarlo.

El Real Decreto sobre Honores, Tratamientos y Dignidades de la Familia Real, de 6 de noviembre de 1987, que se promulgó en la misma época en que circularon los rumores de boda entre Alfonso de Borbón y Mirta Miller, confirmaba los derechos de Luis Alfonso en ese sentido: «Los miembros de la familia del Rey que en la actualidad tuviesen reconocido el uso de un título de la Casa Real y el tratamiento de Alteza Real podrán conservarlo con carácter vitalicio, pero no sus consortes y descendientes.»

Según informaba el Diario 16, el 11 de enero de 1988, dos meses después de la aprobación del Real Decreto, Alfonso de Borbón y Dampierre manifestó formalmente su disconformidad, ante notario, con una norma que restringía los honores



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

de su rama. Hizo en su nombre, en el de su hijo y en el de sus descendientes, expresa reserva de derechos para mantener el ducado de Cádiz y el tratamiento. Basándose en que el decreto de Franco era anterior al Real Decreto, afirmaba que Luis Alfonso tenía adquirido el derecho a utilizar el título de duque de Cádiz con tratamiento de Alteza Real para él y sus descendientes. Y se reservaba las acciones legales oportunas para el caso de que el Ministerio de Justicia privase al ducado de Cádiz de su carácter hereditario y del tratamiento inseparable de Alteza Real con el que fue creado en 1972.³⁰⁰

Desde la muerte de Alfonso, el ducado de Cádiz permanece en un extraño limbo. Se da la circunstancia de que el Ministerio no tramitó la carta de sucesión del ducado de Cádiz a favor de Luis Alfonso. Sus tutores legales, mientras Luis Alfonso era menor de edad, no lo solicitaron. Luis Alfonso tampoco lo ha reclamado. Ni su tío Juan Carlos ha hecho nunca nada para aclarar la situación. La realidad es que existen serias dudas sobre el carácter del ducado de Cádiz.³⁰¹

En caso de que se especule con la posibilidad de que el título sea de los llamados «de la Casa Real», su uso sólo puede autorizarlo el Rey a un miembro de su familia con carácter vitalicio, pero sin posibilidad de ser transmitido a sus herederos. Ese tipo de distinciones revierten a la Corona, que los concede una vez que fallece su titular. Es lo que pasará con los ducados de Lugo y de Palma. En este sentido, podría interpretarse que el ducado de Cádiz murió con Alfonso de Borbón.

Por el contrario, si se considera que se trata de un título como todos los demás, sujeto a la legislación nobiliaria común, Luis Alfonso tiene pleno derecho a heredar el ducado de Cádiz.

Al margen del ducado, lo que es indiscutible es que, en el momento de la aprobación del Real Decreto de 1987, Luis Alfonso tenía derechos adquiridos sobre el tratamiento de Alteza Real. «Este decreto —recordó Luis Alfonso en una entrevista para





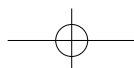
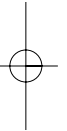
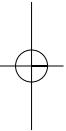
BODA REAL EN EL CARIBE

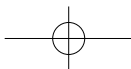
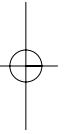
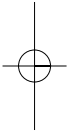
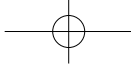
Tiempo— mantiene de forma vitalicia esta condición a los que hemos nacido como altezas reales, aunque lo despoja de su carácter hereditario.»³⁰²

A la vista de todo esto, hay que reconocer que, oficialmente, a Luis Alfonso le corresponde el tratamiento de Alteza Real, estemos o no de acuerdo con ello.

Entonces cabe preguntarse si la ausencia de la Familia Real en la boda de Luis Alfonso se debió a una cuestión de forma — relacionada con el tratamiento de la invitación— o de fondo.

Y la cuestión de fondo no es otra que la querella dinástica de los Borbones.





EL PLEITO DINÁSTICO DE LOS BORBONES

De nuestra instauración monárquica hay un solo protagonista, Franco. Sin Franco los descendientes de Alfonso XIII apenas ocuparían una nota en un manual de historia de España. Si Franco no hubiera sido monárquico y si no hubiera tenido una adhesión afectiva a Alfonso XIII y su familia, nadie se ocuparía hoy de los Borbones españoles. Si en el lugar de Franco hubiera estado un republicano como lo eran tantos líderes del Alzamiento, tendríamos una república y nadie se ocuparía de renunciaciones, abdicaciones, matrimonios morganáticos y demás debates familiares.

TESTIMONIO DE FERNÁNDEZ DE LA MORA A
JOSÉ MARÍA ZAVALA, *Dos Infantes y un Destino*



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

Hojas en blanco firmadas

Fontainebleau. 11 de junio de 1933. Han pasado dos años desde la salida de España de la Familia Real y la proclamación de la República. La dinastía española se encuentra en una terrible encrucijada. De los seis hijos de Alfonso XIII y Victoria Eugenia, el primogénito y el pequeño, Alfonso y Gonzalo, son hemofílicos; Jaime, sordomudo; Beatriz y María Cristina, posibles transmisoras de la hemofilia. Sólo Juan tiene la inmensa fortuna de continuar sano.

Ante esta situación familiar, Alfonso XIII podía haber aplicado la Constitución de la Monarquía, que permitía apartar de la sucesión a sus dos hijos mayores, en beneficio de Juan. No lo hizo. Ahora, en el exilio, los monárquicos presionan para que ponga orden en la sucesión, aprovechando que el príncipe Alfonso pretende contraer matrimonio con la hija de un plantador de caña de azúcar.

El príncipe Alfonso, un joven pálido y enfermizo, va a dar el primer paso para la solución de este drama sucesorio. Ese día, renuncia a sus derechos a la Corona de España para casarse por amor con la cubana Edelmira Sampetro. Eliminado el príncipe hemofílico, Jaime se convierte en el nuevo sucesor. Los monárquicos saben que ha llegado el momento de desembarazarse, también, del príncipe sordomudo. Y preparan la «encerrona» de Fontainebleau del 21 de junio. Jaime, el más parecido a su padre, firmó la renuncia tal como le pedían. Sólo pudo conservar el título de príncipe de Asturias durante diez días.

Era una de esas trampas del Destino. Su enfermedad no era hereditaria. Con cuatro años tuvo una infección en el oído, que le provocó una doble mastoiditis. Le sometieron a una operación, que obligó al cirujano a romperle el hueso auditivo. Desde entonces, Jaime quedó sordo y, a consecuencia de su



EL PLEITO DINÁSTICO DE LOS BORBONES

temprana edad, mudo. Unas monjas le enseñaron a leer los labios y se comunicaba bien con el gesto. «Era el más bondadoso de todos nosotros—recordaba años después, en sus memorias, su hermana María Cristina—. Cada uno teníamos un mote en la intimidad familiar. El suyo era el Serenísimo.»

La situación del ex príncipe Alfonso era una bomba de relojería. Su matrimonio por amor con Edelmira no llegó a los cuatro años. Ella pidió el divorcio alegando «deserción», que venía a decir que Alfonso se había enamorado de Marta Rocafort, otra cubana, modelo de profesión, con la que se casó por el juzgado. Cuando Alfonso XIII se enteró de la vida disipada de su hijo, le retiró la asignación y rompió relaciones con él. Alfonso respondió. Se retractó públicamente de su renuncia, «ya que los documentos privados que me obligaron a firmar carecían de valor legal». Poco después, murió en un accidente de automóvil. Aunque las heridas no fueron de gravedad, se desangró a consecuencia de la hemofilia. Como no dejó hijos, su hermano Jaime se convirtió en el primogénito indiscutible de Alfonso XIII.

Las fanfarronadas del príncipe Alfonso pusieron en guardia al rey, que se dio cuenta de que Jaime también podría echarse atrás en su renuncia. En beneficio de la dinastía, había que hacer algo para reforzar la renuncia de Fontainebleau. Y no se le ocurrió nada mejor que concertar su matrimonio morgánico con Emanuela de Dampierre, hija de Victoria Rúsoli. Se casaron en 1935. Alfonso XIII concedió a su hijo el título de duque de Segovia.

Jaime y Emanuela coincidieron en sus memorias en que su matrimonio fue un asunto arreglado. Ella escribió: «Aunque yo lo ignoraba, mi matrimonio estaba ya hablado y sólo hacía falta que nos conociéramos. Entre nosotros no existió ningún flechazo ni nada por el estilo. Nuestro destino estaba concertado.»³⁰³ El infante, por su parte, comentó: «La manio-



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

bra estaba bien urdida. El cerco de presiones familiares se fue cerrando hasta que al fin tuve que aceptar.»³⁰⁴

Para rematar la renuncia de Jaime, el rey, en su testamento, insistió en que su heredero, el príncipe de Asturias, sería el conde de Barcelona. «Por tanto, encarezco a mis familiares que reconozcan en don Juan la autoridad que, mientras subsistió la Monarquía, pertenecía al Rey sobre sus parientes.»³⁰⁵ Por último, cuando abdicó del trono, un mes antes de morir, designó a su hijo Juan como sucesor a la Corona, «sin discusión posible en cuanto a la legitimidad».³⁰⁶

La insistencia de Alfonso XIII le hace parecer intranquilo o inseguro a ojos de la Historia. Pronto se vería que tenía razones para ello.

* * *

Jaime acató la autoridad de su hermano Juan desde el primer momento. En la presidencia de los funerales de Alfonso XIII, el protocolo le colocó un paso detrás del nuevo jefe de la Casa. Juan ostentó la insignia de los príncipes de Asturias. Era un gesto gratuito, pero que dejaba zanjada la situación dinástica.

Cuatro años después de la muerte del rey, Emanuela, casualmente, en un viaje en tren, conoció a un legitimista francés. El hombre empezó a hablarle con entusiasmo de Historia, de derechos irrenunciables, de sus hijos los príncipes. Ella escuchaba, sorprendida, perpleja. Este desconocido le estaba abriendo un mundo hasta entonces ignorado. Se dio cuenta de que su suegro, Alfonso XIII, lo había preparado todo para que así fuese. Y se sintió traicionada.

Emanuela le contó a su marido lo que había escuchado. Jaime se puso entonces en contacto con el duque de Bauffremont y otros entusiastas legitimistas. Le confirmaron que las



EL PLEITO DINÁSTICO DE LOS BORBONES

leyes seculares hacían de él, pese a su renuncia, el jefe de la Casa de Borbón. Entonces, cuando todo parecía de su parte, Jaime dio un paso absolutamente desconcertante. Envío una carta a «Su Majestad el Rey Don Juan III» en la que venía a decir que su matrimonio morganático con Emanuela había puesto fin a cualquier pretensión de sus descendientes. Era una segunda renuncia, ante notario, que venía a reforzar, según los deseos de Juan, el documento de Fontainebleau.

Aquello fue el detonante de su ruptura matrimonial. Emanuela se sintió insultada, frustrada en sus ambiciones de madre: «Fue muy duro —recordaba en sus memorias para *Hola*—, porque Jaime comprometía con esa carta el futuro de nuestros hijos. Yo no podía entender aquello, pero Jaime era contradictorio y yo nunca podía estar segura de lo que sentía realmente. La carta la firmó, en mi opinión, presionado por malintencionadas personas. El problema estaba en su dependencia de otros, creo yo.»

Alfonso también comentó en sus memorias esta segunda renuncia: «Cerca del final de su vida, mi padre un día me confesó que aquella carta la había firmado sin leer, que se la habían dado escrita. Lamentablemente, era cierto. Su voluntad era muy confiada.»

Tras la muerte de su padre, Alfonso pudo comprobar que «entre los papeles que cayeron en mis manos encontré incluso hojas blancas firmadas por él de antemano, a disposición de personas en las que confiaba, sin comprender que no eran precisamente adictas a sus intereses».³⁰⁷

Así las cosas, los legitimistas convencieron a Jaime para que tomara la iniciativa. El 31 de julio de 1946 lanzó desde Roma un manifiesto por el que se proclamaba «duque de Anjou», «jefe primogénito de la Casa de Borbón», y declaraba «no renunciar a ninguna de las prerrogativas que me corresponden por nacimiento y que salvaguardo para mis hijos».³⁰⁸



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

Juan se inquietó. La situación se agravaba. Y Franco aún no había entrado en este juego.

Un as en la manga de Franco

El final de la Guerra Civil en 1939 fue también el final de la Segunda República. Urgía crear un nuevo régimen. Y hubo todo tipo de propuestas. Fueron muchos los que levantaron la voz para que Franco, el vencedor de la contienda, se proclamara rey de una nueva monarquía «que nada debiera al pasado». Otros pidieron para él el título de príncipe de Galicia. Ya en los años cincuenta, un catedrático de la Universidad de Oviedo, de cuyo nombre no quiero acordarme, llegó a publicar una propuesta memorable: «El caudillaje de nuestro heroico e incomparable Generalísimo debe ser vitalicio; proclamémosle rey, como también príncipe de Asturias a su nietecito Francisco Franco y Martínez-Bordiú.»³⁰⁹

Franco renunció a su propia dinastía. Prefirió convertir España en un reino sin rey, tutelado por él mismo. En 1947 se promulgó la Ley de Sucesión, que le atribuía el título de Caudillo y los más amplios poderes para elegir al sucesor. En el borrador de la Ley, Carrero Blanco adjuntó una nota en la que le instaba a que ratificara el carácter vitalicio del gobierno «de Su Excelencia, que es Caudillo más que rey, porque funda una monarquía».³¹⁰ Estaba claro: la monarquía sería la suya, la de Franco, la del 18 de julio.

El futuro monarca, según la ley, debía ser «español, de estirpe regia, varón, mayor de treinta años, de religión católica». Era un perfil tan amplio que parecía haber sido introducido para que hubiese más de un pretendiente: los dos hermanos Juan y Jaime de Borbón, los dos primos Juan Carlos y Alfonso, y los dos príncipes carlistas, Javier de Borbón Parma



EL PLEITO DINÁSTICO DE LOS BORBONES

y su hijo Carlos Hugo. Con este abanico dinástico, los monárquicos se dividieron. De esta forma, la iniciativa quedó siempre en manos del Caudillo. Al mantener la incertidumbre, Franco obligaba a todos los pretendientes a bailar a su son, reiterando una y otra vez su «adhesión inquebrantable» a los Principios del Movimiento. Esta Ley arrasó cualquier atisbo de legitimidad dinástica que los pretendientes pudieran esgrimir.

* * *

Con la Ley de Sucesión en la mano, una de las primeras medidas que adoptó Franco fue traer a Juan Carlos a estudiar a España. Quería adiestrarle para convertirle en un sucesor bien formado en los Principios del Movimiento. Y entonces se produjo la famosa entrevista con Juan a bordo del *Azor*, el 25 de agosto de 1948, a las doce del mediodía y a cinco millas al norte de Igueldo.

Dicen que el General recibió al conde de Barcelona derramando lágrimas en recuerdo de Alfonso XIII, que le convirtió en el general más joven de Europa y fue padrino de su boda. Y enseguida zanjó el tema de los tratamientos: «Yo le voy a llamar Alteza Real, puesto que todavía no ha sido coronado. Usted me puede llamar Excelencia.»³¹¹

La reunión a solas duró cuatro interminables horas. «Me di cuenta de que Franco creía que yo era poco menos que un imbécil»³¹², recordó Juan años después. Franco se iba por las ramas, hasta que se concretó que Juan Carlos y su hermano Alfonsito viniesen a estudiar a España.

Franco sabía que su sucesor natural debería ser Juan. Pero el conde de Barcelona había sacado los pies del tiesto en un par de ocasiones. La primera fue cuando firmó el famoso manifiesto de Lausana de 1945, en el que advertía de que el régimen de Franco, inspirado en el totalitarismo de las potencias del Eje, ponía en peligro el porvenir de España. Dos años des-



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

pués, desde Estoril, había manifestado su rechazo frontal la Ley de Sucesión, antes de que se aprobara. Así que Franco, que era muy hábil, pensó que la mejor manera de tenerle controlado era jugando la carta de Juan Carlos. Y salió convencido de que Juan ya no estaba tan seguro de su situación.

Jaime había acompañado a su hermano al *Azor* para dejar claro que volvía a acatar la autoridad de su hermano después del manifiesto de Roma. Le tocó esperar fuera, en *El Saltillo*, el pequeño velero de Juan que les había llevado al encuentro con Franco. Cuando acabó la entrevista, subió al *Azor* y solicitó al General que sus hijos estudiaran también en España. Franco se negó. Alfonso debería esperar en el banquillo, por el momento.

La comida que se celebró en el *Azor* después de la entrevista tuvo momentos muy tensos. Presidieron la mesa Franco por un lado y don Juan por el otro, y se servía a los dos al mismo tiempo. Juan criticó posteriormente que el entorno de Franco se mostrara absolutamente servil hacia el Caudillo, en una actitud que no había visto ni siquiera en los tiempos de la corte de Alfonso XIII. Franco, por su parte, contó a los suyos que Juan le había parecido un buen patriota, pero mal aconsejado y demasiado bebedor.

Sí. Quizá era mejor jugar la baza del hijo. Y, si la cosa se ponía fea, podría traerse a los hijos de Jaime.

* * *

Tras la entrevista del *Azor* se publicó un escueto comunicado que dejaba entrever la posibilidad de una restauración monárquica en la persona de Juan Carlos. El conde de Barcelona montó en cólera. Quiso mandar a su hijo a estudiar a Suiza, aunque las aguas volvieron a su cauce. Esa fue la tónica habitual. Comunicados, desmentidos, intentos de sacar a Juan



EL PLEITO DINÁSTICO DE LOS BORBONES

Carlos de España... En este tira y afloja, Franco advierte al conde, en una carta escrita tranquilamente desde el Pazo de Meirás, que la Ley de Sucesión, «no aventurándose a determinar a priori la rama o línea del mejor derecho», le permitía escoger a otras personas. Le recuerda «el hecho incontrovertible del gravísimo divorcio» que supuso el manifiesto de Lausana, «alimentado por las reiteradas y desafortunadas exteriorizaciones de vuestro desvío hacia cuanto el Régimen representa». Y le llega a sugerir que podía darse el caso de que tuviese que hacer un sacrificio por la patria, como lo había hecho Alfonso XIII, su padre.³¹³

Además de la advertencia por escrito, Franco sacó otra carta de la baraja. En 1952, el embajador de España en París comunicó Jaime que el Gobierno español estaba interesado en que Alfonso y Gonzalo residieran en España. Era una maniobra política muy inteligente. Divide y vencerás. Por un lado, activaba las aspiraciones dinásticas de Alfonso, que también cumplía los requisitos de la Ley de Sucesión, y estaba, por aquel entonces, muy unido a su tío Juan. Por otro, servía de advertencia de que los Borbón Dampierre podrían sustituir a la rama del conde de Barcelona. Y, por último, aseguraba la presencia de Juan Carlos en España, poniendo fin a las amenazas de su padre. Era la mejor alternativa para forzar la voluntad de Juan.

Jaime se dirigió inmediatamente al internado en el que estaban sus hijos. Y se encontró con una sorpresa. Las relaciones entre Alfonso y su padre no pasaban por su mejor momento. El director se negó a cursar su petición. Las decisiones sobre la educación de Alfonso y Gonzalo correspondían sólo a su madre, Emanuela de Dampierre. El infante escribió a sus hijos para convencerlos: «Sois príncipes de la Casa de España, y a este título, y cualquiera que sean las circunstancias que conozca España, os corresponde desempeñar este papel, que tal vez no os honre, pero que vosotros debéis de honrar.»³¹⁴



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

Más tarde, acompañado de su secretario, les visitó para intentar convencerlos de que aceptaran su traslado. Alfonso fue inflexible: «Nada tenemos que hacer en España», dicen que dijo, hablando también en nombre de su hermano.³¹⁵ Un tribunal de Zug falló contra los intereses de Jaime. El infante no se resignó a perder esta oportunidad. Volvió a declarar que en 1949 dejó sin efecto su renuncia al trono. Abdicó provisionalmente en favor de Alfonso, heredero del trono de España. Escribió a Franco pidiéndole que le ayudara a recuperar la patria potestad de sus hijos. La sentencia de un tribunal de Madrid anuló la decisión de la Justicia suiza. El infante recuperó la patria potestad de sus hijos y Alfonso no tuvo más remedio que acatar la voluntad de su padre. Por fin, todo estaba dispuesto para el aterrizaje en Barajas de los hermanos Borbón Dampierre. Habían pasado cinco años desde la entrevista del *Azor*.

Este episodio demuestra que la relación de Alfonso con su tío Juan era buena durante aquellos años, y que no tenía ningún interés en la Corona de España. Gil Robles, secretario del conde de Barcelona, escribe en su diario que «el desdichado don Jaime no hace más que disparates; en cambio, su hijo mayor ha manifestado al Rey que jamás se sumará a las intrigas de su padre».

Enseguida se vio que el respeto de Alfonso hacia su tío no era correspondido. Cuando se enteró de que sus sobrinos iban a estudiar a España, se entrevistó con la reina Victoria Eugenia para decidir dónde se instalarían. Juan se opuso a que los dos hermanos estudiaran en Madrid. Su presencia en la capital podría desatar comentarios sobre sus aspiraciones dinásticas. Y el conde de Barcelona ya no sabía a qué atenerse.

* * *



EL PLEITO DINÁSTICO DE LOS BORBONES

El 22 de junio de ese mismo año, Juan Carlos y Alfonsito habían visitado a Franco en El Pardo. Era una visita de cortesía, para agradecerle en nombre de su padre las facilidades que les había dado para seguir sus estudios en España. La propaganda franquista dio una difusión desmedida de la noticia. Juan, alentado por sus consejeros, se enojó con el tratamiento que se había dado a la visita de sus hijos. Se sintió manipulado por Franco. Y le escribió una carta encolerizada en la que le transmitía su decisión de que Juan Carlos prosiguiera sus estudios en Lovaina.

Un día después de recibir la carta, el General se defendió con un ataque impecable. Le indicó que, a partir de ese momento, él mismo se ocuparía estrechamente de la educación de su hijo. Admitió implícitamente la posibilidad del salto dinástico, apuntando a Juan Carlos como posible sucesor. Y, para sembrar más cizaña, concedió a don Alfonsito el mismo tratamiento de Príncipe que a su hermano, advirtiéndole a don Juan de que «deberá seguir los mismos cursos y cuidados» que Juan Carlos. Ambos debían forjarse en los Principios del Movimiento bajo la supervisión directa de su principal inspirador. Y añadió un polémico reproche sobre las dificultades que el conde de Barcelona ponía para restaurar la monarquía, advirtiéndole de que su camino podría quedar definitivamente cerrado en España si persistía en sus hostilidades.³¹⁶

Ante la gravedad de la carta, se reunió el consejo privado de Juan. Sorprendentemente, la mayoría de sus miembros respaldó el plan de Franco. Los propios «juanistas» se mostraban dispuestos a aprobar el salto dinástico.

El 1 de octubre, con Alfonso y Gonzalo instalados en Bilbao, Franco estaba convencido de la posibilidad de que Juan abdicara en el futuro. Le contó a su primo y secretario, Salgado-Araujo, una conversación que tuvo con el conde de Barcelona. Parece ser que Juan, «en términos discretos», preguntó a



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

Franco si era preciso que abdicara para que su hijo tuviera derecho a heredar la Corona de España. Salgado-Araujo recoge la respuesta de Franco, según su propio relato: «Estoy seguro de que, dado el patriotismo de V.A., si para bien de España fuese necesario que V.A. abdicara, lo haría sin vacilar. Don Juan me contestó que desde luego.»³¹⁷ Dicen que, por esa época, el Caudillo dijo: «Don Juan ya no sirve.» Y le apeó de la carrera por la sucesión.

El 20 de diciembre, Franco se entrevistó con el jefe de la Casa Civil del conde de Barcelona. Según cuenta Salgado-Araujo, el Caudillo zanjó la cuestión de manera muy explícita: «Si don Juan no está dispuesto a esta educación para su hijo, o éste no está conforme, el príncipe no debe volver a España y ya se sabe que renuncia al trono y que me consideraré desligado en relación con él de todo compromiso. [...] Si don Juan quiere que su hijo reine en España debe someterse a mis deseos que son en bien de él y de la Patria, y confiarme su educación, que no deberá ser mediatizada por nadie y solamente entregada a personas de mi absoluta confianza.»³¹⁸

Nueve días más tarde, Juan se reunió con Franco en suelo español, en Las Cabezas, la finca del conde de Ruiseñada en la provincia de Cáceres, muy cerca de la frontera portuguesa. Era la primera vez que el conde de Barcelona pisaba suelo español desde su destierro. La prensa vendió que Juan Carlos seguiría estudiando en España por deseo de su padre. Durante la reunión, Juan le pidió a Franco el tratamiento de príncipe de Asturias para su hijo, pero Franco no se lo concedió: «Iremos viéndonos. Dejemos algo para ir tratándolo en futuros encuentros»³¹⁹, le dijo. «El que ahora se prepare al infante no quiere decir que éste vaya a ser forzosamente el nuevo rey, lo que se reconocería si se le proclamase príncipe de Asturias desde ahora.»³²⁰

Franco jugaba al ajedrez con la Ley de Sucesión en la mano.



EL PLEITO DINÁSTICO DE LOS BORBONES

Tenía abierto el camino del trono tanto al padre como a los dos hijos. Y estaba preparado para dar salida a un nuevo candidato: Alfonso de Borbón Dampierre.

* * *

Alfonso y Gonzalo llegaron a España con sendos pasaportes diplomáticos donde figuraban las siglas «S.A.R.», un reconocimiento explícito de su condición de príncipes reales. Alfonso tenía dieciocho años. Inició Derecho en la Universidad de Deusto. La aristocracia vasca, según directrices de los monárquicos, hizo el vacío en torno a los dos jóvenes.

En Navidad, los dos hermanos viajaron a Lausana para pasar las vacaciones con Gangan. Le contaron su situación. La reina Victoria Eugenia les dijo que no se preocuparan, y, a la vuelta, las hostilidades contra ellos habían cesado. Un almuerzo en casa de la marquesa de Arriluce, una fiesta con sus hijas, los bailes organizados por los Ibarra... Poco a poco, se fueron introduciendo en las mejores familias de Bilbao.

Franco era informado puntualmente de todas sus actividades. Y los informes que le llegaban eran muy favorables. Aprendía castellano con rapidez, era un alumno muy responsable, que estudiaba con el diccionario al lado para enriquecer su vocabulario. Y estaba vivamente interesado en conocer al General y en seguir sus estudios en Madrid.

Juan se sentía amenazado. Se olvidó de su pasado liberal y empezó a mostrar las «adhesiones inquebrantables» hacia el Régimen que le pedía Franco. El diario monárquico *ABC* publicó unas declaraciones cuyas sorprendentes: «La Monarquía siempre se ha sentido solidaria con los ideales del Movimiento.»³²¹

Poco después, Franco movió una nueva pieza. Permitted que el hijo de Jaime se trasladara a Madrid. Alfonso se instaló en el Colegio Mayor San Pablo. En esa época, Ramón de Alde-

LUIS ALFONSO DE BORBÓN

rete, el secretario de su padre, le visitó en la capital para intentar un acercamiento personal hacia su padre y, de paso, invitarle a formar un bloque común con él para defender sus derechos.

«Don Alfonso, que me escuchaba, me interrumpió con una sonrisa en los labios —recordaba Alderete—:

—¿Derechos?, ¿qué derechos? ¡Ah! Sí... al trono... Pero veamos: tú que vives en el extranjero debes darte cuenta que en España los únicos monárquicos son mi tío y mi primo Juan Carlos... Entonces, ¿qué pinto yo en esa barca?...

Como yo insistía subrayando lo bien fundado de los derechos tanto de su padre como de él, me volvió a interrumpir diciendo:

—Pero no, mi padre ha abdicado en buena forma y como es debido y no sabría lanzarme a discusiones jurídicas condenadas al fracaso que no buscan más que dividir a la familia... En este estado de cosas espero vivir cerca de mi tío Juan y de mi primo Juan Carlos en perfectas relaciones.»³²²

Parece evidente que Alfonso seguía sin mostrar el menor interés por sus derechos dinásticos. La visita de Alderete, en cambio, sirvió para estrechar lazos entre Jaime y su hijo. Enseguida, Alfonso empezó a actuar de padre de su propio padre. Empezó a ocuparse de sus asuntos económicos, y le sirvió de paño de lágrimas cuando se veía envuelto en algún sórdido escándalo por su relación con Carlota, su segunda esposa. Alfonso empezó a considerar que los que prometieron seguridad económica a su padre a cambio de que renunciase al trono le habían engañado. La penuria económica de Jaime le indignaba, y acabaron uniéndose en los momentos difíciles.

En una carta de mayo de 1956 dirigida a su padre, se percibe la nueva responsabilidad que ha asumido con él: «Vi a Juan Claudio Ruiseñada y le conté las faenas que te habían hecho. [...] Como muy bien decía Juan Claudio, es muy posi-

EL PLEITO DINÁSTICO DE LOS BORBONES

ble que no haya monarquía en absoluto si sigue este estado de cosas lamentable y esta desunión.»³²³

La desunión, lejos de solucionarse, se agravó. Estaba a punto de escribirse la página más dolorosa de la vida del conde de Barcelona.

«Júrame que no fue a propósito»

Estoril. Villa Giralda. Jueves Santo de 1956. Alfonsito, el hijo menor del tío Juan, de catorce años, moría de un disparo accidental mientras jugaba con un revólver. La secretaria del conde de Barcelona ofreció enseguida la versión oficial: el infante había muerto mientras limpiaba la pistola de su hermano.

Los Franco enviaron inmediatamente sendos telegramas: «Enterado fatal noticia comparto su dolor y le envío sentidísimo pésame así como a su Real Familia. Generalísimo Franco.» «Lamento tristísima noticia y elevo mis oraciones a Nuestro Señor para que la conforte y consuele. Carmen Polo de Franco.»³²⁴

El Caudillo ordenó que las agencias de noticias se hicieran eco del comunicado. Y cortó de raíz cualquier comentario que pudiera profundizar en lo sucedido. La administración portuguesa, por su parte, impidió que se abriera una investigación.

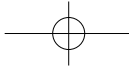
Unos días después, el 17 de abril, *Settimo Giorno*, un semanario italiano, publicaba una sobrecogedora versión de lo que sucedió aquel día en Villa Giralda, que no tenía nada que ver con la versión oficial. El silencio sepulcral alrededor del caso era, decían, una defensa para enmascarar la realidad: quien empuñaba el arma no era Alfonsito, sino Juan Carlos.

A lo largo de estos cincuenta años se han ido conociendo más datos. La pistola era un regalo de Franco. La pistola era de gran velocidad y precisión. La pistola era una *Long*

LUIS ALFONSO DE BORBÓN

Automatic Star, del calibre 22. La pistola era una pequeña pistola de seis milímetros. La pistola estaba guardada bajo llave. Juan dijo que la pistola era tan peligrosa que sólo podrían usarla en su presencia. A los niños les encantaba disparar. Alfonsito había comprado balas para tirar al blanco. Los proyectiles eran de otro calibre. Los niños habían estado disparando a las farolas unos días atrás y les habían prohibido volver a tirar. Los niños no veían el momento de probar la pistola. Los niños suplicaron a su madre, que acabó cediendo. Los niños, triunfantes, fueron a la segunda planta para practicar. Los niños se encerraron en una de las habitaciones. Poco después, sonó un disparo. Unos dicen que Juanito bajó corriendo las escaleras mientras gritaba a una niñera «¡No, tengo que decírselo yo!». Otros dicen que, tras el disparo, se hizo el silencio. María de las Mercedes, la madre, se quedó sin respiración tras el disparo, «a mí se me paró la vida». El conde de Barcelona subió corriendo a la habitación. Vio a su hijo Alfonso desplomado en el suelo. Alfonsito tenía la cabeza atravesada por una bala. La bala se había alojado junto al ojo. Aquí dicen algunos que Juan Carlos tenía todavía el arma en la mano. El conde de Barcelona intentó como pudo detener la hemorragia. El conde taponó con sus dedos los orificios de entrada y salida. La infanta Pilar, enfermera diplomada, sostenía la cabeza de don Alfonsito. La sangre brotaba a borbotones. Cualquier esfuerzo era inútil. Era demasiado tarde. El infante murió en los brazos de su padre. Los dos metros del conde de Barcelona se desmoronaron. Se escuchó su voz entrecortada, rota, desgarrada por un llanto que no pudo reprimir. El doctor Loureiro, médico de la Familia Real, certificó la muerte instantánea.

José Antonio Gurriarán, periodista de investigación, habla de una escena espeluznante en su libro *El Rey en Estoril*. Un íntimo amigo de Alfonsito, le contaba que fue testigo de «un



EL PLEITO DINÁSTICO DE LOS BORBONES

gesto sobrecogedor de don Juan, que cogió la bandera de España, la echó sobre el cadáver de su hijo menor y, dirigiéndose a don Juan Carlos, dijo: “Júrame que no fue a propósito...”³²⁵

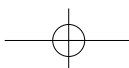
* * *

La trágica muerte inundó de dolor a la Familia Real. Juan nunca volvió a ser el mismo. María de las Mercedes, su madre, sufrió una grave depresión que le obligó a ingresar en una clínica alemana. Pilar, la hermana mayor, muchos años después de la tragedia, dicen que llegó a La Zarzuela mientras Juan Carlos enseñaba a disparar a su hijo Felipe. «¡No, por favor, eso no...!», exclamó estremecida.³²⁶ «Nunca, mientras viva — confesó Pilar una vez—, olvidaré las palabras de mi padre, las lágrimas en su voz cuando llamó a mi abuela y le dijo: “Es... es mi Alfonsito”».³²⁷

Su abuela Gangan, la reina Victoria Eugenia, también se sumió en una profunda tristeza, convencida de que ella era responsable de la maldición de la familia: «¿Cuándo cesarán las tragedias? ¿Cuándo se interrumpirá su curso? Sé que mis amigos protestantes me maldijeron cuando les abandoné. Lo sabía. Lo sabía...»³²⁸

Franco, que era consciente de que fue Juan Carlos quien había provocado el accidente, incidió, en una nota personal, en las repercusiones que la presunta maldición podría traerle a su sucesor: «En el orden político, el recuerdo puede arrojar sobre él sombras por el accidente y, en las gentes simplistas, evocar la mala suerte de una familia, cuando a los pueblos les agrada la buena estrella de sus príncipes.»³²⁹

Álvarez de Miranda, que fue consejero de Juan, incidió en el tema: «La verdad es que la familia Borbón ha tenido mucha mala suerte. Si enumeramos las muertes trágicas... Y en ese aspecto es en el que yo interpreto esas palabras de Franco. Él





LUIS ALFONSO DE BORBÓN

no quería dar más la impresión de que era una familia marcada por la tragedia permanente.»³³⁰

* * *

La muerte del infante hizo resurgir, una vez más, el enfrentamiento entre los hijos de Alfonso XIII. Jaime quiso sacar tajada del drama familiar. Desautorizó públicamente a su hermano Juan y al príncipe Juan Carlos. En una desagradable carta aseguraba que le habían confirmado «que fue mi sobrino Juan Carlos quien disparó accidentalmente sobre su hermano Alfonso». Estaba dispuesto a poner en marcha una investigación «para establecer oficialmente las circunstancias de la muerte de mi sobrino Alfonso». Y lo exigía como jefe de la Casa de Borbón, «porque no puedo aceptar que aspire al trono de España quien no ha sabido asumir sus responsabilidades».³³¹

Fue una actuación de pésimo gusto, hostil y muy desafortunada. Un acto de mala fe que cuesta comprender incluso en el marco del pleito dinástico. Las diferencias entre Juan y Jaime, una cuestión estrictamente familiar, acabaron trasladándose a la política. Y, lo que era peor, acabaron salpicando a sus hijos.

«Por si el hijo nos sale rana...»

Alfonso se convirtió en candidato oficial a la sucesión en el primer aniversario de la muerte de su primo. Cuenta Anson en su libro *Don Juan* que se iba a inaugurar un busto del infante don Alfonsito, en la finca toledana de El Alamín, del conde de Ruiseñada. El anfitrión, preocupado por que la inauguración trajera tristes recuerdos a Juan Carlos, se lo consultó al Caudillo. «Y, ¿sabes lo que me ha contestado Franco? —pre-



EL PLEITO DINÁSTICO DE LOS BORBONES

guntaba Ruiseñada a Anson—. Pues textualmente: «Que inaugure el busto Alfonso de Borbón Dampierre. Quiero que le cultive usted, Ruiseñada. Porque si el hijo nos sale rana, como nos ha salido el padre, habrá que pensar en don Alfonso».³³²

Franco, una vez excluido el conde de Barcelona, había decidido introducir un nuevo elemento de discordia. Si el Príncipe «nos sale rana», ya tenía recambio en Alfonso, nieto mayor de Alfonso XIII.

Al acabar el verano de aquel año, López Rodó, juancarlista y colaborador directo de Carrero en la Presidencia del Gobierno, visitó a don Juan en Estoril para recordarle la postura de Franco sobre la sucesión. El Caudillo está preocupado y ha empezado a pensar en la posibilidad de pedirle que abdique en favor de hijo. Y, si no accediera, «recurriría al hijo mayor del infante don Jaime, don Alfonso de Borbón Dampierre, a quien tiene un alto aprecio».³³³

Ese «alto aprecio» de Franco le venía porque todos los informes que recibía de Alfonso eran buenos. Estudiaba en la Universidad San Pablo CEU, sacaba buenas notas, era deportista, discreto y no daba escándalos.

La gota de la paciencia que Franco había tenido con Juan se desbordó en enero de 1960. El conde de Barcelona volvía a la carga en una entrevista publicada en el *Giornale d'Italia*. Insistía en su condición de legítimo heredero de su padre, y aseguraba que tanto Franco como su hijo respetarían su posición. Franco se estaba hartando. Concertó una nueva entrevista con Juan en Las Cabezas, y le dijo que la sucesión «se llevará a cabo en su familia, pero no le dice en quién».³³⁴ El salto dinástico era, prácticamente, un hecho.

Y, para rematar la jugada, el 26 de octubre, Franco se reúne con Alfonso y con Gonzalo. Hablaron de Alfonso XIII, de Jaime, de los recuerdos anteriores a la Guerra Civil. El jefe del Estado se mostraba partidario de la monarquía y, a bocajarro,



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

le preguntó a Alfonso: «¿Conoce usted la Ley de Sucesión?» «Sí, mi general», contestó el joven. Y Franco añadió: «No he decidido nada absolutamente todavía acerca de la cuestión de saber quién será llamado mañana a la cabeza del Estado.»³³⁵

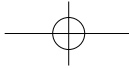
Franco sacó muy buenas impresiones de esta visita. Los hermanos le parecieron «muy simpáticos», el mayor «me pareció inteligente y culto» y le dijo que «no siente apetencia por subir al trono». Entonces él le contestó que «el futuro rey» tenía que educarse en España para amar a la Patria y conocerla mejor, «y así la pueda servir con eficacia».³³⁶

Alfonso salió aturdido de la reunión. Le parecía entender que Franco quería despejarle el camino hacia el trono. Y empezó a albergar alguna tibia esperanza de postularse como candidato. Con sus amigos de «La oveja negra», un grupo que, según las fuentes, era para organizar guateques o su asalto a la Corona, empezó a fabular con las posibilidades que tenía de ser rey. Landelino Lavilla, uno de los del grupo, preparó unos apuntes, un informe o un dictamen, según quién lo cuente, sobre el problema de la sucesión, en el que se determinaba que Alfonso era el legítimo heredero del trono.

Aquella visita a El Pardo tuvo otra consecuencia: terminó definitivamente con el aislamiento de los dos hermanos, a pesar de los esfuerzos de Juan.

De la mano del barón de Gotor, uno de sus primeros amigos en Madrid, se fue introduciendo en el entorno de El Pardo. Y desde allí le fueron buscando padrinos. El ministro de Trabajo, José Solís, lo tomó bajo su protección. Su afición al deporte le llevó a relacionarse con Juan Antonio Samaranch, delegado de Deportes y destacado falangista; o con Santiago Bernabéu y Raimundo Saporta, los presidentes del Real Madrid de fútbol y de baloncesto. Uno de sus principales valedores fue el abogado catalán Mariano Calviño, consejero nacional del Movimiento, primer jefe de Falange de Barcelona, y persona-





EL PLEITO DINÁSTICO DE LOS BORBONES

je tan influyente que las malas lenguas empezaron a llamar a Alfonso «el Rey de Calviño».

* * *

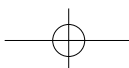
El General estaba encantado con los dos príncipes. Juan Carlos estaba controlado, bajo su protección, viviendo en La Zarzuela. Y, ante el temor de que pudiera seguir los pasos de su padre, tenía a otro príncipe sentado en el banquillo, que, si fuera necesario, podría hacer valer sus mejores derechos dinásticos.

Las relaciones entre padre e hijo no eran fáciles. Los cortesanos que pululaban por Estoril envenenaban a Juan con comidillas sobre las intrigas de Juan Carlos, que conspiraba contra él ganándose la confianza de Franco y provocando que la balanza se inclinara de su lado. Juan sabía que se estaba alejando del trono tanto como su hijo se estaba acercando. Por eso le comunicó su deseo de que abandonara España y se instalara definitivamente en Estoril.

El Príncipe se negó. Le recordó que había sido él, su padre, quien le había enviado a España cuando tenía diez años. Que se sentía profundamente español. Que deseaba vivir en el país en el que había hecho su vida. Que tenía responsabilidades que cumplir. Pero Juan hacía oídos sordos y se obstinaba en retener a su hijo en Portugal.

Cuando el Príncipe, tras anunciar su compromiso matrimonial, viajó a Estoril con Sofía y sus futuros suegros, Juan insistió en que buscara casa para instalarse allí después de la boda. Juan Carlos habló con algunos amigos para que le ayudaran a encontrar vivienda, pero les advirtió de que sólo quería tranquilizar a su padre.

El 14 de mayo de 1962, Juan Carlos y Sofía se casaron en Atenas. Juan Carlos solicitó a Franco que le permitiera utili-



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

zar el título de príncipe de Asturias. El Caudillo se negó. Eso significaría reconocer a su padre como rey. Para tranquilizar al Príncipe, Franco le hizo una confidencia: «Yo os aseguro, Alteza, que tenéis muchas más probabilidades de ser rey de España que vuestro padre.»³³⁷

Alfonso fue uno de los testigos de la boda de su primo. Lo llamó personalmente Juan Carlos. «Partí hacia Atenas — recordaba Alfonso— con auténtica satisfacción: esta invitación consagraba las relaciones muy amistosas que mantenía con Juan Carlos y que por otra parte jamás fueron desmentidas.»³³⁸

Sin embargo, Juan había preparado todo para amargarle la boda. Cuenta Pilar Eyre que el embajador de España en Grecia le consultó a Juan el tratamiento con que debía figurar Alfonso en el acta matrimonial y en todos los actos de la boda. Juan contestó: «Don.» El marqués de Luca de Tena creyó no entender lo que le decía. «¿Don? Si a los Grandes de España se les da el tratamiento de Excelentísimo Señor, con más motivo tendremos que dárselo al hijo de un infante de España.» Juan repitió gritando: «¡Don, coño! ¡Sólo don!»³³⁹

Y, para colmo, en las actas de la boda, en las tarjetas y en su reserva de hotel, apareció con el nombre que constaba en su partida de nacimiento, «don Alfonso Borbón Segovia». En sus memorias dejó constancia de esta humillación: «Pronto advertí la mano de los cortesanos en una serie de vejaciones cuyo blanco era yo. [...] El número de pinchazos fue tan grande que un día decidí hacer las maletas y volver a España.»³⁴⁰

Gangan, la reina Victoria Eugenia, intervino para pararle los pies: «Oye, Alfonso, no vayas a estropearlo todo. Puedo garantizarte que tu primo no tiene nada que ver en esto. Después de todo, has venido por él. Ya las pagarán.»³⁴¹

Tras la boda y el viaje de novios, Juan Carlos y Sofía volvieron a Estoril. Juan quería regalarles una casa en Portugal.

EL PLEITO DINÁSTICO DE LOS BORBONES

Era consciente de que, si el Príncipe volvía a España con su mujer y tenía a sus hijos allí, nunca iban a llamarlo a él, que llevaba treinta años en el exilio, para que ciñera la corona.

Pocos días después, regresaron a España. El Príncipe pidió audiencia a Franco para saludarle. El Caudillo, que había oído los rumores de que se iba a instalar en Portugal, le preguntó por sus planes. Juan Carlos respondió que tenía que estar durante algún tiempo en Grecia, para solucionar una serie de asuntos de Sofía, y que después regresaría definitivamente a Madrid.

En Atenas, Juan le presionaba para que se fuera a Estoril. Sus suegros le presionaban para que se quedaran en Grecia. El tiempo iba pasando. Y Juan Carlos no sabía qué hacer. Franco y su padre querían cosas distintas. El Caudillo le había pedido que se quedara en España, pero sin darle seguridades respecto a su futuro, ni responsabilidades. En Madrid no tenía nada que hacer. Pero sabía que los falangistas apoyaban a su primo, que iba escalando posiciones. Sabía que estaban haciendo una campaña contra Sofía, que acababa de convertirse al catolicismo, por perjury y hereje. Pero era peor el exilio de Estoril. Y sabía que su futuro dependía, únicamente, de la buena voluntad del General. Había llegado el momento de la verdad. O se enfrentaba a Franco para decirle que se iba a Portugal, o decepcionaba a su padre diciéndole que pensaba instalarse definitivamente en La Zarzuela.

Fue entonces cuando el General comentó a su primo y secretario que «Don Juan cada vez está más lejos de ceñir la corona de España. Don Juan Carlos tendría más probabilidades que nadie viviendo en España. El heredero legal de la Corona, una vez descartado el príncipe don Juan de Borbón, es su hijo don Juan Carlos. Quedan otros príncipes, como el infante don Alfonso de Borbón Dampierre, que es culto, patriota, y que podría ser una solución si no se arregla lo de don Juan Carlos».



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

En Atenas, el teléfono sacó a Juan Carlos de sus dudas. Recibió la llamada de un buen amigo que le transmitía un mensaje que alguien había oído en El Pardo: si no regresaba a Madrid en un tiempo prudencial, La Zarzuela no se iba a quedar vacía.³⁴² Tres días después, «lo de Juan Carlos» se arregló.

Quedaba claro que Alfonso, aunque no lo quisiera, era el único que contaba con el apoyo de Franco para hacer sombra a su primo. Al margen de sus pretensiones, era un as en la manga de Franco.

* * *

La batalla de Juan estaba absolutamente perdida. Franco había planteado descartar definitivamente a Juan, pero sabía que el salto dinástico provocaría una reacción del conde de Barcelona que había que minimizar. Decidió tantear la postura de la reina Victoria Eugenia.

Gangan era experta en política y se aburría. Se había acostumbrado a vivir los acontecimientos europeos como espectadora y no como protagonista. Así, desde Lausana, y a través de las personas que la visitan, se labra una opinión aguda e independiente de lo que piensa Franco y de la situación en que se encuentran sus nietos y su hijo. El embajador en el Vaticano se entrevistó con ella, y extractó la reunión, en cuatro folios, en un documento confidencial dirigido a El Pardo: «Tanto la Reina como la infanta [Beatriz] añadieron que era una pena que se descartase a Don Juan, ponderando sus cualidades personales. La infanta Beatriz añadió: “Él se sacrificará cediendo a Juanito sus derechos, pero es una pena.”³⁴³ Gregorio Marañón Moya, otro emisario de Franco, escribió la impresión de Victoria Eugenia sobre su otro nieto: «De Alfonso dice que es muy inteligente, pero reconcentrado y resentido».³⁴⁴

Poco después, el 15 de mayo de 1964, durante el desfile de



EL PLEITO DINÁSTICO DE LOS BORBONES

la Victoria, Franco colocó a Juan Carlos, por primera vez, en la tribuna de presidencia, junto a él. La reina Victoria Eugenia había dado un impulso definitivo a la candidatura de Juanito.

Tras el desfile, arreciaron las voces de los que reclamaban los derechos de Alfonso, que seguía subrayando su condición de nieto mayor de Alfonso XIII y rebatía los argumentos de la renuncia de su padre, «aunque no tiene intención de interferir en nada».³⁴⁵ Por aquella época no había un partido alfonsoista, ni organizaciones, ni publicaciones para defender su causa. Tampoco había documentos, cartas, escritos al jefe del Estado de personalidades que avalaran su candidatura. Pero, desde el principio, los monárquicos hablaron de «una conspiración «boca-oido», unas órdenes impartidas verbalmente por la jerarquía del Movimiento».³⁴⁶

Es cierto que los falangistas habían puesto sus ojos en el joven y empezaron a rondarle, con la esperanza de hacer de él un verdadero «príncipe azul», un heredero seguro de los Principios del Movimiento. Descartado Juan, la Falange no se fiaba de Juan Carlos, a quien, además, según recuerda Joaquín Bardavío, consideraban inexplicablemente «poco inteligente y cohibido». Los jóvenes del SEU (Sindicato Español Universitario) gritaban en los años sesenta la consigna «¡No queremos reyes idiotas!».³⁴⁷ Y una revista que editaba la Secretaría General del Movimiento se llamaba *Juanito III, cuento de tontos*.³⁴⁸ La propaganda falangista se encargó de allanar el terreno a Alfonso. O, mejor dicho, de entorpecer el camino de Juan y su hijo.

Fueron los años más duros para Juan Carlos y Sofía. Su popularidad estaba por los suelos. Franco les aconsejó que viajaran por España, para que el pueblo les fuera conociendo. Y lo hicieron. A veces, con grave riesgo para su integridad física, porque no siempre encontraron «adhesiones inquebrantables».

LUIS ALFONSO DE BORBÓN

Un día, acompañados por un ministro, la gente esperó a que pasara su coche para lanzarles patatas. El Príncipe reaccionó con una tranquilidad contagiosa: «Cálmese, señor ministro, a quien se las tiran es a mí, no a usted.»³⁴⁹

Otro día, uno de los tomates fue a estrellarse en su pantalón. El Príncipe se pasó el dedo por la mancha, se lo llevó a la boca y, mirando fijamente al hombre que se lo había tirado, dijo: «Uy, está amargo.»³⁵⁰

En otra ocasión, cuando iba por la calle con un capitán general, Juan Carlos se fijó en un hombre sospechoso que se les acercaba. Instintivamente, dio un paso atrás cuando el hombre les lanzó el tomate. El tomatazo fue a parar al uniforme del militar. «Esto es para su alteza», dijo el general. «Gajes del oficio», dijo el Rey.³⁵¹

El entorno de Juan Carlos movió sus fichas para acallar este movimiento a favor de Alfonso. Había que presionarle para que cediera. López Rodó, uno de los principales valedores del juan-carlismo, cuenta en sus memorias que, a mediados de 1965, redactó una carta para que la firmara Alfonso. Iba dirigida a la reina Victoria Eugenia. Y el borrador decía: «Ya puede imaginar V.M. cuánto me contrarían y disgustan los rumores que en ciertos ambientes y hasta en determinada prensa extranjera vienen circulando sobre una supuesta aspiración mía al trono de España. Me doy cuenta del daño que estos infundios pueden ocasionar a nuestra querida Patria y a la Monarquía y por ello ruego a V.M. que acepte mis más firmes protestas de lealtad a la Casa Real, de acatamiento a cuanto dispuso S.M. Don Alfonso XIII y declaró terminantemente mi padre, y mi irrevocable voluntad de rechazar enérgicamente y salir al paso de cualquier insinuación que se haga, especulando en torno a mi persona. V.M., por supuesto, juzgará acerca del uso que convenga hacer de esta carta en la que ruego vea la expresión del respeto y cariño de Vuestro nieto, Alfonso de Borbón Dampierre.»³⁵²

EL PLEITO DINÁSTICO DE LOS BORBONES

En noviembre, Fraga, que entonces era ministro de Información, también movió ficha. Declaró que «en la conciencia de los españoles está cada día más clara la llegada al trono de España de don Juan Carlos de Borbón». ³⁵³ Era toda una declaración de intenciones. Cuando Juan se enteró, exigió a su hijo una reacción de repulsa que, naturalmente, no consiguió. La única reacción de Juan Carlos fue visitar a Franco para explicarle que Fraga le había puesto en un compromiso. El Caudillo no le hizo demasiado caso: «¿Por qué tanta preocupación? Si eso lo ha dicho un ministro...»

En Estoril clamaban al cielo. «Tu hijo te quiere arrebatarse el trono», le decían a Juan. El consejo privado del conde de Barcelona propuso celebrar un acto público de lealtad, encabezado por Juan Carlos. Se confirmó la presencia del Príncipe, se fijó la fecha, se visitó La Zarzuela para que no olvidara el trascendental momento, se comprobó que el Príncipe tenía billete de avión, se preparó el acto para el día siguiente. En el último momento, sonó el teléfono en Villa Giralda. Era Juan Carlos. Que mira, que no iba a poder, que lo sentía mucho, que tenía molestias intestinales, «una ligera afección de vientre». ³⁵⁴ Juan no se tragó la excusa. Se puso hecho una fiera: «No tienes ningún derecho a ponerte enfermo. Y menos hoy...»

Juan hizo de tripas corazón, celebró el acto que tenían previsto, y después de la cena, anunció solemnemente a sus más íntimos: «El Príncipe ha salido hoy de mi autoridad y ha desobedecido una orden mía. Debo decir que tiene ya veintiocho años y en muchas cuestiones su criterio no coincide con el que yo tengo... La unidad de la Dinastía, queridos míos, está rota.» ³⁵⁵

Emilio Romero, el periodista más influyente de la época, hablaba con frecuencia, muy favorablemente, de Alfonso en el diario *Pueblo*. De la mano de su periódico, la candidatura de Alfonso volvió a ponerse de moda. Su diario publicó una entrevista que tituló «El Príncipe prudente». En ella, Fernando Mon-

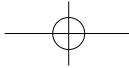
LUIS ALFONSO DE BORBÓN

tejana escribió que «estamos ante un príncipe que podría ocupar el trono de España», para empezar a resumir los argumentos que esgrimían los abogados de Jaime: «Hay quien dice que la abdicación de su padre es inválida. Don Jaime no podía renunciar en nombre de «sus descendientes» y la renuncia no tuvo el refrendo de las Cortes.» Alfonso acababa de cumplir los treinta años, la edad mínima que establecía la Ley de Sucesión para ser designado rey. Cuando Montejano le preguntó por estos temas, fue, efectivamente, «prudente»: «Mi postura es muy sencilla: yo no quiero ni pretendo absolutamente nada, sino estar a disposición de mi Patria.»

El 14 de diciembre de 1966, Franco sometió a referéndum la Ley Orgánica del Estado. La propaganda funcionó a la perfección. La televisión no paraba de lanzar consignas. Las calles se llenaron de carteles con que decían «Franco sí» y «Vota sí por la paz». El referéndum se convirtió en una plataforma de apoyo al Caudillo.

Alfonso había manifestado a Franco sus deseos de depositar su voto afirmativo, y dicen que el General se emocionó con esta decisión. Cuando Juan Carlos se enteró, consultó con su padre qué debía hacer. Juan montó en cólera, llamó conspirador a su sobrino, aprovechó para recordar a Juan Carlos que Alfonso actuaba «por su cuenta en abierta deslealtad hacia lo que yo represento» y aconsejó a su hijo que si quería votar, que lo hiciera, pero que le parecía «imposible» comparar su situación política con la de Alfonso.³⁵⁶

Diecinueve millones y medio de españoles votaron, con una abstención del 8,9 por ciento. El sí salió con el 95 por ciento de los votos. El éxito superó los cálculos más optimistas. A Fraga le llamaron a partir de entonces «el mago de las urnas», porque, decían, con sus poderes mágicos había logrado que dentro de las urnas muchos votos en blanco o negativos se convirtieran en síes.³⁵⁷

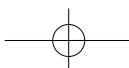


EL PLEITO DINÁSTICO DE LOS BORBONES

Su entrada en vigor dejó definitivamente abierto el camino a la figura de un rey.

* * *

A Juan Carlos le inquietaba la creciente popularidad de su primo. Consultó con sus asesores si sería conveniente conceder una entrevista al diario *Pueblo*. Le dieron el visto bueno. No calcularon que, en la línea propagandística de la Falange, podían tenderle una emboscada. Tico Medina entrevistó a Juan Carlos. También entrevistó a Alfonso. Y publicó las dos entrevistas juntas, el mismo día, bajo el título de «Príncipes», lo que, de entrada, daba a entender que los dos tenían el mismo tratamiento y las mismas posibilidades de cara a la Ley de Sucesión. Abría la de Juan Carlos. La entrevista arrancaba con el periodista confesando que, tal como le habían requerido, «las preguntas las había enviado a La Zarzuela». Describe a Juan Carlos, y concluye que «responde al patrón clásico de los de su casa, los Borbones». Sus primeras palabras son: «Me vais a perdonar, pero no he podido llegar antes, además las respuestas las están poniendo a máquina, porque tengo una letra muy mala, de médico...» Y continúa: «Voy a leerte las contestaciones y las corregimos juntos... Me levanto a las siete y media. A las ocho suelo ir al gimnasio en Madrid, al de Heliodoro, a las nueve regreso a Zarzuela, me ducho —el marqués de Mondéjar le ha aconsejado al Príncipe que no es necesario especificar lo de la ducha porque es cosa que se sobrentiende—, bueno... hombre, yo lo he escrito como lo sentía... así que lo quitamos... a las nueve y media bajo al despacho y tengo una serie de sesiones ... Termino de comer sobre las dos de la tarde y aprovecho para leer algún libro de actualidad que me han recomendado...» Cuando le preguntan qué deportes practica, Juan Carlos responde que le gustan todos los que sean al aire libre, los enumera, y dice que ahora practica el kára-





LUIS ALFONSO DE BORBÓN

te. «El Príncipe me mira fijamente —acota el periodista—, con sus ojos de chiquillo sorprendido por todo: «Bueno, el kárate está prohibido en España, ¿crees que debemos decirlo?» No creo, alteza, que el Ministerio de Gobernación se enfade por ello. «Pues ponlo, soy cinturón marrón...»»³⁵⁸

«El Príncipe queda muy malparado»³⁵⁹, comentó alguien de su entorno al leer la entrevista. No era para menos. El retrato de Juan Carlos era demoledor.

Alfonso, por su parte, daba una imagen muchísimo más atractiva. «Don Alfonso es serio —empezaba Tico Medina—. Luego se va abriendo. A mí me parece, y de hecho lo es, un hombre que se ha hecho en el duro yunque de la vida misma... No ha tenido educación de príncipe. «Me hice abogado, mi padre se extrañaba, ¿abogado dices que quieres ser?»» E insistía el periodista en que «se ha dicho de él que todo parece indicar que el príncipe elegido para reinar después de Franco es don Alfonso de Borbón». Cuando le preguntan por su primo, contesta que «es un chico muy simpático, con un gran fondo y un buen corazón. Me une a él, desde pequeño, un cariño y hoy en día creo que además hay entre nosotros una gran amistad. Nos vemos con cierta frecuencia y siempre lo paso muy bien en su compañía». «Alteza —dice el periodista—, ¿cuál debe ser la postura hoy de una persona de estirpe regia en España?» Alfonso se muestra, de nuevo, prudente: «Creo que mi obligación es la de estar al servicio de España y de los españoles cuando se me requiera.»³⁶⁰

Mariví Dominguín recoge en sus memorias la opinión de aquella sociedad franquista: «Recuerdo que los Romanones apoyaban a don Alfonso y otros a su tío don Juan. Pero muchos no se decidían abiertamente porque querían ver hacia qué partido se inclinaba Franco. A don Juan Carlos sencillamente se le toleraba.»³⁶¹

Anson definió mejor que nadie esta situación: Juan Car-



EL PLEITO DINÁSTICO DE LOS BORBONES

los «sabe que su primo es una espada de Damocles sobre su cabeza. Y damasquinada por la Falange. Don Juan también lo sabe. La frase de Franco a Ruiseñada y la propaganda falangista en torno al hijo de don Jaime preocupan a la Familia Real.»³⁶²

Poco después, Alfonso intentaba zanjar su situación de una vez por todas: «No creo plantear ningún problema dinástico, y de ello me he cuidado muy bien en todos estos años. [...] No «postulo» como pretendiente, y espero que el decir que estoy a la disposición de mi país dónde, cómo y cuando quiera que me necesite, no implique postura que pueda ofender a nadie. No hay, por tanto, escisión dinástica, ni «desavenencias» familiares, ya que mi primo, mi hermano y yo somos realmente como tres hermanos.»³⁶³

Alfonso siempre mantuvo una actitud prudente, que a veces se ha interpretado como ambigua. Mantuvo la convicción en sus derechos dinásticos, pero al mismo tiempo era consciente de que la Ley de Sucesión le había convertido, a él también, en candidato al trono. Aun así, declaró incontables veces que no pretendía interferir en una decisión que Franco tenía ya prácticamente tomada en favor de su primo.

Andrés Martínez-Bordiú, buen amigo de Alfonso, es conciso al respecto: «Sabía, como sabíamos todos los que nos movíamos en el círculo familiar de Franco, que éste tenía perfectamente asumido que la línea sucesoria no podía ser otra que la de don Juan-don Juan Carlos.»³⁶⁴

Sólo hacía falta que Franco hiciese oficial la designación.

« El Príncipe está maduro »

El 5 de enero de 1968, Juan Carlos cumplió treinta años, la edad establecida por la Ley de 1947 para poder ser designa-

LUIS ALFONSO DE BORBÓN

do sucesor a título de Rey. Pocos días después, visitó a Franco, que le recomendó: «Tenga mucha tranquilidad, alteza. No se deje atraer por nada. Todo está hecho.» Antes de que acabara el mes, el día 30, nació Felipe, su primer hijo varón. Ya había heredero.

El 7 de febrero, treinta y siete años después de su exilio, llegó al aeropuerto de Barajas la reina Victoria Eugenia. Venía para ejercer de madrina en el bautizo de su bisnieto. Dicen que, durante el acto, Gangan le dijo al Caudillo: «Aquí tiene a los tres, elija. Designe rey en vida. Después no será posible». Y Franco contesta que así lo hará.³⁶⁵

Antes de abandonar España, la reina Victoria Eugenia mandó transmitir otro mensaje a Franco: «Aunque para mí el rey es Don Juan, todos nos hacemos viejos y nadie sabe lo que puede pasar si las cosas no se resuelven. Lo primero es España, lo segundo la monarquía, lo tercero la dinastía y lo cuarto es la persona. Y el Príncipe está maduro.»

La designación parecía un hecho. Juan quiso anticiparse y, el 12 de octubre, le dirigió una carta a su hijo en la que apelaba a su lealtad: «El hecho de haber cumplido los treinta años no debe, en manera alguna, modificar en ti esa posición leal y disciplinada, pero sí debe darte una nueva entereza frente a los que quisieran desviar tu camino, y también, como representante mío personal y legítimo...»³⁶⁶

Al recibir la carta, Carrero y López Rodó, los dos grandes valedores de Juan Carlos, pasaron al contraataque. El 24 de octubre, el almirante leyó a Franco un informe de quince folios. Sus conclusiones eran que Juan, «alérgico al Movimiento Nacional, espina dorsal de nuestro ordenamiento jurídico», quedaba descartado para la sucesión. «El Príncipe Don Alfonso, en quien pudo pensarse inicialmente por ser hijo del Infante Don Jaime, no ha recibido la formación que se ha dado a su primo, tiene otras características personales menos favorables, está aún sol-

EL PLEITO DINÁSTICO DE LOS BORBONES

tero y, en todo caso, sólo puede ser una conveniente reserva.»³⁶⁷ Y, respecto al otro pretendiente, «si el Príncipe Juan Carlos está dispuesto a jurar ante las Cortes fidelidad a los Principios del Movimiento y Leyes Fundamentales del Reino, el Príncipe Don Juan Carlos puede ser designado sucesor».³⁶⁸ Tras un breve silencio, Franco respondió: «Conforme con todo.»³⁶⁹ Carrero informó a López Rodó de la decisión de Franco, y éste le dejó caer a Juan Carlos, en La Zarzuela, que estuviera preparado.

Sorprendentemente, un mes después, *Point de Vue* publicó una entrevista en la que el Príncipe declaraba rotundamente: «Nunca aceptaré la Corona mientras mi padre siga vivo.» Juan Carlos negó haber hecho esas declaraciones en ese momento. Enseguida se descubrió que se trataba de una frase fuera de contexto que Juan Carlos había pronunciado años antes, y que había sido publicada en la revista *Time*.³⁷⁰

Siempre planeó la sospecha de que detrás de esta noticia estaba la mano negra del entorno de Juan, que había colado ese titular en la revista francesa para que Juan Carlos se viera obligado a confirmar el derecho de su padre.

Sin embargo, les salió el tiro por la culata. El revuelo que causaron las declaraciones provocó múltiples desmentidos por parte de los colaboradores más próximos de Juan Carlos. Él mismo pidió ir a El Pardo para explicar lo que había ocurrido. Franco le aconsejó que no rectificara: «Las familias reales no pueden discutir en la prensa. Hay que salir al paso indirectamente.»

Se promovió entonces la publicación de otra entrevista que se distribuiría como de «inserción obligatoria» en periódicos y radios a través de la agencia EFE, firmada por su director, Carlos Mendo. Juan Carlos, en una de las entrevistas más brillantes de su vida, dejaba clara su posición: «Cumpliré la promesa de servir a España en el puesto en que pueda ser más útil al país, aunque esto pueda costarme sacrificios.» Lo acep-

LUIS ALFONSO DE BORBÓN

taba todo y, si Franco así lo disponía, sería sucesor a título de Rey tras jurar los Principios del Movimiento Nacional y las Leyes Fundamentales. El diario *Pueblo* lo publicó en portada y con grandes titulares: «Declaraciones a tumba abierta.» En La Zarzuela se recibieron más de 20.000 felicitaciones.

Antes de que acabara el año, el corresponsal en Madrid de *The New York Times*, citando fuentes oficiales bien informadas, publicó un artículo titulado: «El príncipe Juan Carlos ha hecho saber que subiría al Trono, pese a la candidatura de su padre, si le fuera ofrecido.»

Victoria Eugenia murió el 15 de abril de 1969. La familia hacía aguas. Durante su entierro en Lausana, se produjeron momentos de gran tensión entre Jaime y Juan, que discutieron acaloradamente sobre quién debía presidir el acto. Al final, lo encabezaron los dos, Jaime a la derecha de Juan.

Otra leyenda apócrifa jura que el conde de Barcelona también discutió con su hijo. Juan Carlos trató de hacerle entrar en razón argumentando que, si estaba en España, era para aceptar la decisión de Franco. Y Juan le replicó: «Sí, pero no para suplantarme a mí.»

A mediados de junio, Juan Carlos viajó de nuevo a Portugal para pasar unos días en familia. Antes de marcharse, había pasado por El Pardo para despedirse del Generalísimo. «Venid a verme cuando regreséis, porque tengo algo importante que deciros», anunció Franco.³⁷¹ «Franco no me había dicho nada —recordaba Juan Carlos ante Pilar Urbano—. Franco me había preguntado que cuánto tiempo iba a estar allí, y que cuándo iba a volver. Me dijo que tenía que verme a mi vuelta.»³⁷²

En Estoril, padre e hijo mantuvieron una fuerte discusión. Juan Carlos contó a Pilar Urbano que su padre «intentó son-sacarme, porque rumores sí que había, muchos rumores: «Tú sabes algo y me lo ocultas. ¿No me lo quieres decir?» «¡Papá, yo no sé nada!» Y era verdad.»³⁷³

EL PLEITO DINÁSTICO DE LOS BORBONES

López Rodó reprodujo esta conversación en su libro *La larga marcha...*, que la reina Sofía confirmó:

«—Papá, si tú me prohíbes que acepte, hago las maletas, tomo a Sofi y a los niños, y me voy. No puedo seguir en La Zarzuela si en el momento decisivo se me llama y no acepto. Yo no he intrigado para que la designación recaiga en mí. Estoy de acuerdo en que sería mejor que el rey fueras tú; pero si la decisión está tomada, ¡qué le vamos a hacer!

—Puedes hacer mucho: lograr que ahora no se haga nada, que todo se aplace.

—Eso no está en mi mano. Y si, como yo creo, se me invita a aceptar, ¿qué harás tú? ¿Es que hay otra solución posible, distinta de la que Franco decida? ¿Eres capaz tú de traer la monarquía?»³⁷⁴

Apenas unos días después, a su regreso de Estoril, Juan Carlos visitó a Franco en El Pardo. Tras la comida, el Caudillo le comunicó finalmente su decisión de designarlo como sucesor. Y le exigió el sí incondicional. «Yo hubiera querido naturalmente que las cosas pasaran de otro modo —recordaba Juan Carlos—, sobre todo por respeto a mi padre. Pero aquel día Franco me puso entre la espada y la pared. Esperaba mi respuesta. Le dije: «De acuerdo, mi general, acepto.» Sonrió imperceptiblemente y me estrechó la mano.»³⁷⁵

«Lo primero que hice nada más llegar de El Pardo —recordaba el Príncipe—, fue, bueno, decírselo a la Princesa y, enseguida, coger el teléfono y llamar a mi madre. «Mamá, hay esto: Franco me ha anunciado que me va a nombrar sucesor... Y le he dicho que sí. No me ha dejado ni un día para pensármelo.»³⁷⁶ Y, a continuación, escribió a su padre para pedirle su bendición: «El momento que tantas veces te había repetido que podía llegar, ha llegado y comprenderás mi enorme impresión al comunicarme su decisión de proponerme a las Cortes como sucesor a título de Rey.»³⁷⁷



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

La carta que Franco envió al conde de Barcelona se encabezaba con un malévolo «Mi querido Infante». Juan sólo acertó a decir: «¡Qué cabrón!»³⁷⁸

A la mañana siguiente, a primera hora, Juan Carlos llamó a su primo Alfonso, que tuvo que levantarse de la cama para contestar alarmado. Juan Carlos le tranquilizó, y le pidió que fuera a verlo a La Zarzuela para darle una noticia. Cuando llegó al palacio, Juan Carlos lo abrazó y, sin preámbulos, le dio la noticia: «El Generalísimo me comunicó ayer que había decidido nombrarme su sucesor a la cabeza del Estado, con el título de Rey de España.» Las miradas se sostuvieron. Y Alfonso aceptó deportivamente la derrota: «Pues bien, querido primo, te felicito de todo corazón.» Juan Carlos se lo agradeció «profundamente» y le pidió un favor: «Quisiera que asistieras como testigo al acto de aceptación, así como tu hermano Gonzalo. ¿Puedo contar con vosotros?» El Príncipe sabía que su padre había prohibido a los miembros de su familia acudir al acto. Alfonso aceptó: «Puedes contar conmigo. Gonzalo está de vacaciones en Grecia. Hay que telegrafiarle, pues no queda mucho tiempo.» Por último, Juan Carlos intentó despejar otra incertidumbre: «¿Se declarará en contra de mi nombramiento don Jaime?»³⁷⁹

Alfonso sabía que algunos grupos republicanos pretendían utilizar a su padre para lanzar un duro ataque contra el nombramiento en una rueda de prensa en París. Y accedió a la petición de su primo. Escribió una carta a su padre solicitándole que recibiera a dos amigos suyos, Mariano Calviño y Baldomero Palomares, que iban a exponerle «un proyecto que veo trascendental».³⁸⁰

Calviño y Palomares, ya en París, se dirigieron a Reuil-Malmaison. Al principio, Jaime se mostró amable y quiso prestarse a todo. Hasta que entró Alderete, su secretario, recordándole la ingratitud de sus hijos, que lo tenían prácticamente en



EL PLEITO DINÁSTICO DE LOS BORBONES

la indigencia. Apelando al «algo se podrá hacer» y a su patriotismo, Jaime aceptó redactar a máquina una carta para Franco en la que dejaba constancia, «como Jefe de las Casas Reales de España y de Borbón», de su recuerdo entrañable para Franco y de su «confianza en las Cortes españolas, sobre las que cae tan grave responsabilidad en estos momentos». Y, para acabar, se complacía profundamente «por los lazos de unión y fraternal afecto que unen en estos momentos a mi primogénito, el Príncipe Alfonso, y su primo hermano y sobrino mío, el Príncipe Juan Carlos».³⁸¹

Cuando Calviño y Palomares abandonaron la modestísima vivienda, Jaime salió a despedirles dando grandes voces guturales por el hueco de la escalera: «¡Viva España, viva España!»³⁸²

* * *

El 22 de julio se produjo el acto de aceptación de Juan Carlos como sucesor de Franco a título de Rey. El pleno de las Cortes aprobó la designación por 491 votos a favor, 19 en contra y 9 abstenciones. Al día siguiente, por la tarde, el Príncipe juró lealtad al jefe del Estado, juró fidelidad a los Principios del Movimiento y a las Leyes Fundamentales del Reino y, en su discurso, dijo: «Recibo de Su Excelencia el Jefe del Estado la legitimidad política surgida el 18 de julio de 1936.»³⁸³

Por la mañana, en el acto de aceptación, celebrado modestamente en La Zarzuela, Alfonso y Luis de Baviera y Borbón, bisnieto de Isabel II, general en activo del Ejército, fueron los dos únicos que firmaron como testigos y miembros de la familia. Gonzalo también estuvo presente en el acto, pero no confirmó a tiempo su llegada y no pudo firmar.

Alfonso, entonces, se acordó del conde de Barcelona: «Me era imposible en ese instante histórico no pensar en mi tío



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

Juan, suplantado, quiérase o no, por su propio hijo, cuando tanto tiempo había temido serlo por su sobrino.»³⁸⁴

El conde de Barcelona, por su parte, estaba convencido de que todo era culpa de Alfonso. Franco le habría designado sucesor si su hijo hubiera declinado el ofrecimiento. «Si el Príncipe no juega, escogen al otro, que hubiese dicho amén y habría intentado ser el continuador. Entonces, hubieran negado que hubiese habido renuncia de mi hermano, aduciendo sólo que era el hijo mayor del hijo mayor...»³⁸⁵

Carmencita se casa con un príncipe

Una de las grandes cuestiones que siempre preocuparon a Juan Carlos en sus primeros años como príncipe de España era que Franco revisara la Ley de Sucesión y promulgara una nueva con otro sucesor. Por eso nunca dejó de sentirse amenazado por su primo Alfonso.

Después del acto de aceptación, dicen que Franco dijo: «Se ha portado bien, le haré embajador».³⁸⁶ Y Alfonso fue destinado a la embajada de España en Suecia.

También se ha dicho que fue una manera de quitárselo de en medio. Suecia era el único país en el mundo con un gobierno socialdemócrata con mayoría absoluta, que recibiría como embajador de la España totalitaria a un aristócrata envuelto en la carrera por la sucesión. Alguno llamó a aquello el «dorado exilio escandinavo». Y en aquel clima inhóspito, el joven embajador se enamoró de Carmen Martínez-Bordiú y le pidió matrimonio.

Se dijo que todo fue una maniobra favorecida por personajes del Movimiento y el entorno familiar de Franco. Se dijo que fue planeado por Alfonso para acercarse a la corona. Incluso circuló una versión perversa en la que se dijo que fue por dinero. Ellos dijeron mil veces que estaban enamorados.



EL PLEITO DINÁSTICO DE LOS BORBONES

Desde 1966, la prensa europea venía especulando con la posibilidad de una boda entre Alfonso y la nieta mayor de Franco. «De este modo, el dictador se unirá a los Borbones y creará su propia dinastía.»³⁸⁷

«La espada de Damocles, más taraceada y amenazadora que nunca, vuelve a pender sobre el gacinate del Príncipe», dijo Anson. Pedro Sainz Rodríguez, consejero de don Juan, fue menos poético: «¡Coño, qué me está usted diciendo! Pues si Franco no estira la bota enseguida se puede ir al quinto carajo todo lo que hemos hecho hasta ahora. Hay que joderse, menuda putada.»³⁸⁸

El compromiso también suscitó comentarios en la prensa internacional. *Le Figaro* consideraba que el acontecimiento reabría el debate sobre la sucesión: «El Príncipe de España, don Juan Carlos, tiene otras razones para mostrarse inquieto. El matrimonio de su primo hermano don Alfonso de Borbón Dampierre con María del Carmen no es una simple página de revista del corazón. Bullen, por lo menos en el espíritu de muchos, las cartas de un juego que se creía definitivamente repartido.» Y seguía un poco más adelante: «En un país donde el régimen no ha querido «restaurar» la continuidad dinástica, sino «instaurar» un reino nuevo, heredado de la Cruzada, el ocupante del trono puede aparecer como fácilmente intercambiable.»³⁸⁹

Juan Carlos, efectivamente, estaba inquieto. Comentaba en su despacho de La Zarzuela, refiriéndose al poder de las Cármenes en El Pardo: «Si dos tetas valen más que dos carretas, imagínate seis tetas a la vez... Vamos a ver qué pasa.»³⁹⁰ Y muchos llegaron a temer, incluso, la desaparición física de Juan Carlos, «por accidente casual de moto, por ejemplo».³⁹¹

Lo cierto es que no había razones para pensar que Franco hubiese consentido esta unión en provecho de Alfonso. No hay ningún indicio de que, en algún momento, Franco pen-

LUIS ALFONSO DE BORBÓN

sase en volverse atrás en su decisión. Pero la reentrada de Alfonso en la escena política introducía un elemento de incertidumbre en los planes de Juan Carlos.

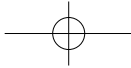
Los enemigos políticos de Carrero y López Rodó aprovecharon el alboroto de la boda para crear más confusión. Los *alfonsistas* pretendían elevar a las Cortes la aprobación del enlace, como exigía la Ley de Sucesión para «los matrimonios regios, así como el de sus inmediatos sucesores». Juan Carlos acudió a El Pardo con una nota en la que se consideraba impropiciente la iniciativa, porque aún no se había instaurado la monarquía en la persona de un rey. Franco, una vez más, se puso del lado de su sucesor.

Semanas antes del enlace, el Instituto de la Opinión Pública hizo una encuesta con la intención de que, inevitablemente, las personas consultadas comparasen a los dos primos como candidatos. Las diecisiete preguntas eran del tipo: ¿Qué razones da usted a este matrimonio?, Este matrimonio, ¿a quién beneficia? o ¿Este matrimonio podrá tener repercusiones nacionales o internacionales?³⁹²

El 89 por ciento de los encuestados conocía el acontecimiento, el 76 por ciento sabía que Alfonso era embajador de España en Suecia, el 47 por ciento creía que, en su calidad de nieto mayor del rey Alfonso XIII, podía alegar derechos a la Corona, y el 69 por ciento consideraba que reunía las condiciones formales necesarias para suceder a Franco a título de Rey.

Al General no debió de gustarle mucho la gracia. Poco después, el director del Instituto de la Opinión Pública y otros altos funcionarios a su servicio se vieron forzados a presentar su dimisión irrevocable.

Todo estaba listo para el polémico enlace. La petición de mano se celebró en El Pardo unos días antes de la Navidad de 1971. Franco se mostró, entonces, poco expresivo: «Espero que sea para bien»³⁹³, dijo a su futuro nieto político.



EL PLEITO DINÁSTICO DE LOS BORBONES

Se casaron por todo lo alto, el ocho de marzo de 1972. Dos mil invitados fueron testigos del enlace en la capilla real del palacio. Una boda que ocupó las portadas de los principales semanarios. La novia llevaba traje blanco de Balenciaga sembrado de flores de lis, símbolo de la realeza borbónica.

* * *

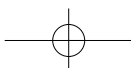
El verdadero temor de la familia era qué iba a ser de ellos cuando faltase el Caudillo. Paul Preston habló de «una suerte de espantosa paranoia» que se apoderó del «búnker», y más especialmente, del círculo íntimo de Franco.

La Señora lloraba a sus amigas observando que cuando un rey se muere, su mujer continúa siendo la reina, como Victoria Eugenia. «Pero, cuando un dictador muere, su mujer, ¿qué es?»³⁹⁴

Vicente Gil, médico personal de Franco, contaba que, una noche, el Caudillo le pidió que atendiera a su Carmina, que había pasado muy mala noche. Gil reconoció a la Señora y no encontró nada anormal. Entonces Carmen Polo le dijo sollozando que llevaba cuatro noches sin dormir, y confiándose al amigo, le contó que no podía ni salir a la calle, que todos, cuando hablaban con ella, le preguntaban con voz lastimera que qué iba a pasar, que qué iba a ser de ellos. Y su marido sin querer hacer nada y sin dejarse aconsejar por nadie...

Se cuenta que, por esa época, en una cacería, el marqués de Villaverde apuntó a una diana pintada en un papel, y dijo, enloquecido: «¡Pum, pum, pum! ¡Mirad! ¡Los acierto todos! ¡Cuando vengan esos cabrones comunistas, me encontrarán preparado!»³⁹⁵

Poco después, Cristóbal Martínez-Bordiú llegó a reunirse con Juan Carlos para pedirle que no prestara atención a los rumores que trataban de desunir a las dos familias. Que los





LUIS ALFONSO DE BORBÓN

Franco no querían más que el arraigo de la monarquía, que sólo querían el bien del príncipe de España, que estaban en el mismo barco, que si hiciera agua por algún lado, se hundirían todos juntos...

Unos días más tarde, Juan Carlos le dijo a López Rodó que la familia Franco estaba muy preocupada, y que tenían miedo de que, cuando muriera el Generalísimo, les pasase algo o tuvieran que salir huyendo de España.

Aunque el General parecía asistir impertérrito al hundimiento de los suyos, el futuro de su familia le tenía en vilo. Pilar Franco contaba que una vez fue a ver a su hermano, y que el Caudillo le transmitió su preocupación, preguntándole que cómo creía ella que se portaría Juan Carlos con los Franco cuando fuera rey. Pilar le contestó que ella creía que muy bien, que parecía quererle mucho y que, además, todo se lo debía a él.

Si Franco estaba intranquilo por el futuro a su familia, ¿por qué no cedió a las presiones de su esposa? ¿Por qué no quiso instaurar su propia dinastía? ¿Por qué no nombró sucesor a Alfonso de Borbón?

Emanuela de Dampierre dijo, con perspicacia, que «un político puede volverse atrás en su palabra, ¡pero un militar nunca!».

El conde de Barcelona sostenía la tesis de la utilización política de Alfonso de Borbón Dampierre: «Pienso que Franco se limitaba a jugar con un peón más. Tenía además un concepto de la dinastía...»³⁹⁶

Para José María Zavala, el temor de Juan Carlos a que Franco diera marcha atrás y revocara su designación con motivo de la boda era infundado: «Antes al contrario, el acontecimiento mismo descarta cualquier posibilidad de que el jefe del Estado elija como sucesor al marido de su nieta.»³⁹⁷

De esa misma opinión era Fernández de la Mora, que



EL PLEITO DINÁSTICO DE LOS BORBONES

mantenía que Franco jamás pensó en Alfonso como sucesor, «y todavía menos después de la boda con su nieta Carmen». ³⁹⁸

Una opinión confirmada por Andrés Martínez-Bordiú, amigo personal de Alfonso, y miembro de la familia: «Todos los que conocimos las reacciones y la manera de pensar del general Franco teníamos dos convicciones respecto a este tema que ha sido objeto de tantos comentarios. Primero, que el Generalísimo creía —como se ha dicho— que en el conde de Barcelona y su sucesor directo el príncipe Juan Carlos se centraban todas las posibilidades de hallar quién debería en su momento ceñir la Corona de España. Segundo, que el matrimonio de don Alfonso con su nieta era una circunstancia que, dada su manera de pensar, más bien lo descalificaba que le aupaba hacia el trono.» ³⁹⁹

Carmen Martínez-Bordiú también se pronunció al respecto: «Vamos, es que es como de risa. El que pensara realmente eso conocía poco al abuelo. Porque no creo que nunca hubiera querido favorecer a uno de sus nietos.» ⁴⁰⁰

Mirta Miller, una mujer que conoció bien a Alfonso, aseguraba que «carecía de poder para conspirar, y tampoco deseaba batirse en un «duelo sin conciencia» con su primo Juan Carlos». ⁴⁰¹

Alfonso, por su parte, escribió: «Acepté la Ley de Sucesión española de 1947 porque era válida, parecía útil al bien común del país, y por ello no soy Rey de España. Pero jamás he dejado de tener como nulas las renunciaciones dinásticas de mi padre.»

Mantuvo su propio estatus desde dos prismas distintos. En el terreno estrictamente legal, siempre aceptó que su primo era el sucesor indiscutible a título de Rey; cualquier duda que pudiera tener al respecto, terminó de despejarse en el momento en que fue designado por Franco. «Sólo tengo dos lealtades —dijo

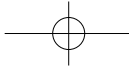
LUIS ALFONSO DE BORBÓN

Alfonso a López Rodó en su conversación en Estocolmo—: al Generalísimo y a don Juan Carlos. Si surge algún otro pretendiente, yo saldría al paso.»

En el aspecto estrictamente dinástico, siguió reclamando sus derechos como nieto primogénito de Alfonso XIII. Nunca se ha aclarado suficientemente si esos derechos se limitaban a su tratamiento protocolario como príncipe, ni hasta qué punto consideraba que la nulidad de la renuncia de su padre le daba derecho a ser legítimo heredero del trono de España.

A pesar de todo lo que se ha dicho de él, el duque de Cádiz fue un hombre generoso. Fue un príncipe sin corona, alteza real de una España que le ignoró durante su infancia, le condenó al ostracismo durante su juventud, le adoró mientras duró su matrimonio, le repudió con los primeros aires de libertad y no le lloró como merecía cuando su sangre manchó la nieve de una pista de esquí muy lejos de casa. La propaganda oficial se ha ensañado con él. La historia la escriben los vencedores. Pero Alfonso de Borbón no fue vencido. Tampoco quiso vencer. Simplemente renunció a la lucha. Nobleza obliga. O la Divina Providencia. Y esperó, convencido de que su aceptación o su sacrificio, significasen lo que significasen, era el mejor regalo que podía hacerle a su patria.

Casi todas las interpretaciones que se han hecho de su figura histórica han sido tendenciosas. Y una buena prueba de ello está en el tratamiento que se dio a la leyenda del Toisón de Franco.



EL PLEITO DINÁSTICO DE LOS BORBONES

El Toisón de Franco

—¡Es horrible! Pero ¿a qué arte diabólica debe someterse a un hombre para que lo vuelvan invisible?

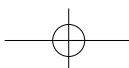
—No es un arte diabólica. Es un proceso...

H. G. WELLS, *El hombre invisible*

En el juicio contra la familia Borbón Dampierre se han escrito incontables páginas. Alfonso lo sabía. En sus memorias, protestaba por las incesantes críticas con las que, durante muchos años, le obsequiaron, a veces gratuitamente, los medios de comunicación: «Era atacado sin cesar —decía— por una determinada prensa que propagaba rumores malintencionados y los alimentaba al mismo tiempo.»

El rumor que mejor define esta «propagación malintencionada» tiene su origen en una velada en El Pardo. Estamos en vísperas de la boda que unirá a los Borbones con los Franco. Se celebra una comida íntima y familiar en el comedor del palacio. Los protagonistas más destacados son el abuelo Jaime y el General. El motivo de la polémica, el Toisón de Oro.

Don Jaime llega con una caja de madera debajo del brazo. Ante la sorpresa de todos los comensales, la pone encima de la mesa y la abre con tal rapidez que, antes de que nadie pueda reaccionar, saca la preciada insignia y la cuelga del cuello de Franco. Queda investido, así de sopetón, con la Orden del Toisón. Los presentes se echan las manos a la cabeza. ¿Qué está haciendo el infante? Para que no falte el más mínimo detalle en esta leyenda, la versión añade que el collar que cuelga del General le llega casi a las rodillas, dada su baja estatura. Franco no sabe qué decir. Está allí, estupefacto, frente al plato de sopa humeante. En el silencio tenso de la escena, sólo se





LUIS ALFONSO DE BORBÓN

escucha la voz gutural del infante gritando vivaespañás y vivafrancos, y hay quien añade un toque alcoholizado a aquel momento, dejando claro que el entusiasmo del abuelo Jaime iba mano a mano con las copas de vino que lleva encima.

«Anda, Paco, quítate eso», dice la Señora a su marido, resolviendo la situación, y añade, para sacarle del apuro, «no vaya a mancharse».

Kundera se pregunta si es «improcedente investigar las razones de la verosimilitud de una anécdota». Esta, desde luego, es verosímil, pero ¿ocurrió así? ¿O se falsearon ciertos detalles? ¿Con qué intención se filtró la noticia de la improvisada entrega del Toisón? ¿Acaso responde a algún tipo de juicio partidista? ¿Acaso nadie conocía las intenciones del infante? ¿Era un hombre tan imprevisible como para forzar una situación tan lamentable? ¿Por qué se añadió luego que estaba bebido? ¿Qué significa aquel Franco estupefacto, babeante, galardonado, delante de un plato de sopa boba? ¿Y qué decir del silencio tenso de los comensales? ¿De la voz sordomuda que glorifica al Caudillo? ¿Del ordeno y mando de la Señora, anda, Paco, de su desprecio por la condecoración, quítate eso, del general patoso convertido en marioneta manejada por su mujer, no vaya a mancharse?

Quizá esta versión responda, simplemente, a una serie de estereotipos que han llegado de los últimos días de Franco. Si todo ocurrió así, tal como lo cuentan, entonces debemos preguntarnos: ¿Fue un acto tan grotesco? ¿O alguien filtró de manera malintencionada esta historieta para despojar la entrega del Toisón de cualquier atisbo de solemnidad?

* * *

Circula otra versión menos estrafalaria, más amable. Algún testigo del momento refuta la tesis de la comida familiar. Es



EL PLEITO DINÁSTICO DE LOS BORBONES

una audiencia privada. El General espera a Jaime. Van a reunirse, poco antes de la boda entre sus familias. Alfonso acompaña a su padre hasta El Pardo. Jaime lleva cuidadosamente un estuche, que entrega al General durante la audiencia. En esta versión, Franco no hace ningún comentario. Se limita a dejarlo encima de una mesilla.

Esta interpretación suele ir acompañada de ciertas prevenciones sobre la ilegalidad de aquel Toisón. El único que tiene atribuciones para conceder la distinción es el jefe de la Casa Real. Y, por supuesto, dicen, el infante no lo era ni lo fue nunca.

Entonces, la pregunta que queda por resolver es: si era ilegal aquella condecoración, ¿por qué la aceptó Franco? El solo hecho de aceptarla, ¿no implicaba cierto reconocimiento de la figura de Jaime?

La opinión de Franco respecto al Toisón de los Borbones es un hecho documentado. Salgado-Araujo, su primo hermano, escribió en su diario que, comentando algún nombramiento de caballeros de la Orden del Toisón de Oro que llegaba desde Estoril, mantuvieron una conversación en la que Franco dijo claramente que «el jefe de la Casa de Borbón, y por lo tanto el único que puede tener derecho a conceder el Toisón de Oro, es el actual Infante don Jaime, hermano mayor de don Juan».

El secretario, entonces, le recordó que don Jaime había cedido todos sus derechos a su hermano Juan y, por consiguiente, también le había cedido el Maestrazgo de la Orden. «Franco —continúa Salgado-Araujo en su diario— no me contesta a esta observación, y sigue diciendo que a él también le habían ofrecido el Toisón. Pero no creo que haya sido don Jaime, pues no tiene autoridad para ello aunque tampoco me extrañaría demasiado que lo hiciese.»⁴⁰²

En este punto, quizá convenga recordar que se cuenta que, en septiembre de 1961, cuando se cumplían veinticinco años



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

de la sublevación militar que elevó a Franco a la Jefatura del Estado, y aprovechando la invitación oficial a la boda de Juan Carlos, el tío Juan concedió el Toisón al Generalísimo, en un desesperado intento de acercar posturas. Dicen que fue López Rodó quien le había insinuado que el Caudillo estaría encantado de recibirlo. Dicen que el conde de Barcelona estuvo de acuerdo. Y que le comunicó al General que tenía firmemente decidido hacerle entrega del máspreciado galardón de la Corona: el Toisón de Oro.

La cuestión es tan enrevesada y peliaguda que el estado de confusión llega, incluso, a instalarse en La Zarzuela. En la página 248 de la biografía de la Reina que escribió Pilar Urbano, se puede leer que la periodista preguntó a su interlocutora por la famosa historia del Toisón de Franco. «Del Toisón —transcribe la cronista—, lo que yo sé es que Laureano López Rodó, y quizá alguien más, pensaron que sería oportuno que don Juan se lo concediese a Franco. Pero mi suegro preguntó: «¿Están seguros de que Franco quiere el Toisón?» Y no se lo dio.»

Quizá la protagonista de esa biografía no sepa que existe una carta manuscrita por el conde de Barcelona en la que expresa sin ningún género de dudas que quería obsequiar «al Caudillo de todos los españoles» con el Toisón de Oro: «Quiero ahora hablar —escribía— a V.E., muy confidencialmente, de un asunto que por referirse a nuestras relaciones personales considero de verdadera importancia.» Y pasa a comunicarle que no puede otorgar el Toisón a nadie porque «tenía firmemente decidido que el primer español a quien yo otorgaría el Toisón habría de ser al Generalísimo Franco». Y continúa: «Yo deseo que si V.E. se digna aceptarlo tenga un carácter más personal que político, siendo la expresión del reconocimiento por parte de la Dinastía de los altos servicios prestados por V.E. a España a lo largo de toda su vida de soldado y de hombre público.»⁴⁰³



EL PLEITO DINÁSTICO DE LOS BORBONES

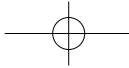
Franco, que siempre jugó sus cartas con enorme sangre fría, mantenía una calculada ambigüedad en la espinosa e imprecisa materia de la Jefatura de la Casa de Borbón. O lo que es lo mismo, cuestionaba, siempre que podía, al conde de Barcelona. Ahora que conocemos su opinión respecto a quién era el legítimo concesionario del Toisón, no es difícil pensar que el General viese en aquel homenaje forzado de Juan una burda triquiñuela. Si mordía el anzuelo y aceptaba la condecoración, estaría reconociéndole como cabeza indiscutible de la Casa de Borbón y de la Familia Real, por encima de las pretensiones de su hermano Jaime y de su hijo Juan Carlos.

Por eso escribió al conde para agradecerle «la estimación que hacéis de mis servicios a la Nación y a la causa de la Monarquía», y rechazó de un golpe seco «tanpreciado galardón, que por distintas razones estimo no es conveniente y no podría aceptar. En este orden de cosas creo que debierais pedir información histórica sobre la materia».⁴⁰⁴

Como una cosa lleva a otra, y a riesgo de separarnos de la anécdota del infante borracho que colgó el Toisón al hombre bajito que espera que su señora le saque del atolladero, vamos a hacer la reflexión que, presuntamente, creía el general que debiera hacer el conde.

La Orden del Toisón de Oro había sido creada en Brujas por Felipe III el Bueno, duque de Borgoña, en una fecha poco determinada que oscila, según las fuentes, entre 1423 y 1430. Fue una época en la que el esplendor de su Casa brillaba con luz propia.

Los caballeros de la Orden lucían, sobre trajes de terciopelo rojo o negro, un gran collar de oro con las dos BB antiguas de la Casa de Borgoña entrelazadas. Los veintiséis eslabones dobles se engarzan a otras tantas piedras centelleantes, inflamadas de fuego, en recuerdo del mito de Prometeo y de la divisa del duque: *Ante ferit quam flama micet*, «golpea antes de que surja la llama».



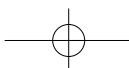
LUIS ALFONSO DE BORBÓN

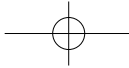
Del collar pende un carnero de oro, que representa al vellocino de la gesta mitológica de Jasón y, posiblemente, al carnero bíblico de Gedeón, que fue ofrecido a Dios en sacrificio y acción de gracias por una victoria guerrera. Su valor supera los tres millones de pesetas. Están numerados, y no pertenecen a los caballeros que los lucen, sino que, al fallecer, tienen que ser restituidos a su legítimo propietario. Aunque, en realidad, lo normal es que se pierdan y nunca sean devueltos. Se calcula que hay circulando por el mundo unos 4.000 toisones.

El origen de la preciada distinción es tan dudoso como las leyendas que circulan para argumentar su creación. La más políticamente correcta sostiene que Felipe III el Bueno la instituyó para conmemorar el matrimonio con su tercera esposa, Isabel de Portugal.

En otra leyenda se dice que Felipe tuvo veinticuatro amantes, certificadas por las fuentes de la época, que le gustaba coleccionar sus cabellos y que los iba entrelazando en un collar que colgaba con orgullo de su pecho. La corte se mofaba de su colección de rizos, y por eso él, ni corto ni perezoso, para dignificar el collar, creó la que enseguida se convirtió en la orden más prestigiosa del momento. Otra fábula, más frívola si cabe, cuenta que Felipe entró en la habitación de una de sus amantes y se encontró un mechón rubio de vello púbico. Tal fue la vergüenza de la dama y la mofa que hicieron los caballeros que acompañaban al duque, que Felipe juró que convertiría el rubor de la dama en el símbolo de la más distinguida nobleza. Así decidió instituir la Orden, cuyo collar representaría el «vellón» de la dama. La versión menos divertida, que también es la más pegada a la razón económica, identifica el Toisón con la manufactura de lana, que era la principal actividad que se desarrollaba en el ducado.

Actualmente, el Gran Maestro es el rey Juan Carlos, que también ostenta el título de archiduque de Austria y duque de





EL PLEITO DINÁSTICO DE LOS BORBONES

Borgoña. La soberanía de esta Orden pasó a la dinastía española tras un ajetreado movimiento genealógico, desde Felipe III el Bueno hasta Felipe el Hermoso, que se sentó en el trono de Castilla como esposo de Juana la Loca. Desde Carlos V, el título de Gran Maestre corresponde al rey de España. Enseguida se convirtió en la orden más importante de la dinastía española, la mayor distinción que concedía el rey. Isabel II nunca la concedió mientras estuvo en el exilio. Alfonso XII la convirtió en una condecoración y Alfonso XIII evitó otorgarla tras el advenimiento de la República y su precipitada salida de España.

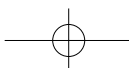
Tras la Guerra de la Sucesión y la llegada al trono de Felipe V, el título de Gran Maestre pasa al jefe de la Casa de Borbón. Ese matiz convertiría su titularidad en una de las principales manzanas de la discordia entre los hijos de Alfonso XIII.

Jaime, que había renunciado a sus derechos al trono de España, disputaba con su hermano Juan el privilegio de ser el jefe de la Casa Borbón, a lo que no había renunciado. Como aspirante a la Corona de Francia, se proclamó duque de Borgoña y, de esta manera, se ungió como Gran Maestre de la Orden del Toisón. Desde entonces, empezó a conceder tan honorable distinción con tanta generosidad que aún no se ha podido determinar cuántos repartió. Sí se sabe que, entre otros, lo recibieron los astronautas norteamericanos Armstrong, Aldrin y Collins, por ser los primeros en pisar la Luna; el mismo Franco, y su propio hijo antes de la boda.

Juan, por su parte, otorgó seis. Franco rechazó el suyo.

* * *

Ahora estamos en condiciones de entender mejor la leyenda apócrifa del Toisón de Franco. El General estaba esperando cualquier momento para asestar otro revés al conde de Barce-





LUIS ALFONSO DE BORBÓN

lona. Y lo encontró, precisamente, durante el regreso a España de su hermano Jaime. El infante había llegado el día anterior a Madrid para asistir al enlace de su hijo Alfonso con la nieta del General. Era la primera vez que, oficialmente, pisaba suelo español desde el exilio de 1931. Fue recibido en el aeropuerto con honor por el príncipe Juan Carlos, como representante del jefe del Estado. Al día siguiente, se produjo la audiencia en El Pardo entre Franco y Jaime.

El infante acudió a la entrevista con un exquisito estuche de piel azul marino muy plano. Cuando llegó el momento oportuno, anunció con solemnidad que iba a conceder a Franco la más alta distinción que podía hacerle: el Toisón de Oro. El General, sonriendo, agradeció la cortesía. Existe una fotografía en la que podemos ver que, ante la atenta mirada de Alfonso, las manos enredadas sobre las rodillas juntas, y la satisfacción de Jaime, el cuerpo hacia atrás y sonriendo, Franco abrió el estuche y contempló y leyó el diploma con la distinción. Hay quien podría interpretar cierta emoción en su gesto, la mirada baja, los ojos atentos, la sonrisa serena, las dos manos sobre el pergamino. Y, desde luego, no hay rastro de comensales, ni botellas de vino, ni Franco está violento, ni aparece la Señora para decir quítate eso.

Como argumentos hay para todos los gustos, hay quien llegó a decir que el hecho de que Franco hubiera aceptado el Toisón, era una manera de reconocer implícitamente que la renuncia al trono de Jaime no era válida. Y eso multiplicaba las posibilidades de don Alfonso. Por eso no es difícil imaginar la reacción de Juan. Franco, que había despreciado su Toisón, aceptaba el de su hermano. Y es sabido que «al Príncipe le preocupó mucho el tema», según relata López Rodó en sus memorias. Quedaban sólo dos días para el enlace. ¿Sería Franco capaz de exhibir el Toisón en la ceremonia? Estaba claro que habría sido una afrenta intolerable hacia su padre, hasta el pun-



EL PLEITO DINÁSTICO DE LOS BORBONES

to que, según se ha dicho, el Príncipe estaba dispuesto a largarse de la boda si el General llevaba la distinción. «La antevíspera de la boda —continúa el relato de López Rodó— el Príncipe me llamó por teléfono a las diez y media de la noche para que hiciera ver a Carrero Blanco, vicepresidente del Gobierno, lo impropio de esa concesión del Toisón, y que procurara evitar que Franco se lo pusiera en la boda.»⁴⁰⁵

La reina Sofía confirma este punto cuando contó a Pilar Urbano que, «desde hacía unos años, él [Jaime] y su hijo jugaban a confundir. A que pareciese que aquí había dos príncipes, dos pretendientes, dos alternativas... Cuando llegó la boda entre Alfonso y Carmencita, mi marido le pidió a Franco que no se pusiera el Toisón para la ceremonia. Pedirle eso fue un trago fuerte para el Príncipe. Y Franco tuvo el buen sentido de no ponérselo ni entonces ni nunca.»⁴⁰⁶

Efectivamente, el Caudillo accedió a los requerimientos del Príncipe. Por deferencia hacia Juan Carlos, no se lo puso en la boda de su nieta. Y, si es cierto que nunca lució en público la condecoración, no es menos cierto que aceptó el honor que le hizo Jaime.

Cabe la posibilidad de otorgar a Alfonso de Borbón la presunción de inocencia, y sospechar que aquella «determinada prensa que propagaba rumores malintencionados y los alimentaba al mismo tiempo», hizo con su biografía lo mismo que con la leyenda del Toisón de Franco.

Quizá por eso la biografía del duque de Cádiz esté aún por escribir.

A todas luces de rango inferior

A toda esta situación cabría añadir la vuelta de tuerca dinástica que supuso el matrimonio morganático del primo



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

Felipe con Letizia. Un golpe difícil de encajar para la legitimidad histórica de los inquilinos de La Zarzuela.

Cada Casa Real tiene sus propias normas. En Japón, las mujeres no pueden reinar; en Dinamarca y Noruega, sus soberanos tienen que ser luteranos o abdicar; en la Casa Real británica, como jefes de la Iglesia, no pueden contraer nupcias con católicos. «La dinastía española ha preservado la tradición de que sus herederos se casen con princesas, adaptadas a su papel, o renuncien en favor del siguiente infante —recuerda Juan Balansó—. Sólo en dos siglos pueden contabilizarse catorce exclusiones entre los transgresores.»⁴⁰⁷

Carlos III, un Borbón, había sido el primero en hablar de matrimonios desiguales en su Pragmática de 1776, que venía a ser algo así como una Ley Orgánica que, entre otras cosas, prohibía las bodas entre personas de rango inferior, bajo pena de perder cualquier derecho sucesorio de los desposados y de sus descendientes. Conviene recordar que decir que esta norma afectaba a todos los súbditos del rey, no sólo a los príncipes.

Como se ha visto anteriormente, Alfonso XIII, en lugar de aplicar la Constitución de la Monarquía para apartar de la sucesión a sus dos hijos mayores, apeló a las «leyes antiguas» para forzar que renunciaran a causa de sus matrimonios desiguales. Perdidos los derechos de sus hijos Alfonso, el hemofílico, y Jaime, el sordomudo, quedó despejado el camino de la sucesión del conde de Barcelona.

Juan se casó, siguiendo las «leyes antiguas», con su prima e igual, María de las Mercedes de Borbón Dos Sicilias y Orleans. Y Juan Carlos, por su parte, se casó por amor, y en cumplimiento de las disposiciones dinásticas, con Sofía de Grecia, hija de reyes. El matrimonio fue consentido por Juan, a pesar de que el celo católico de Franco había puesto reparos a las princesas griegas por ser cristiano-ortodoxas.



EL PLEITO DINÁSTICO DE LOS BORBONES

A raíz de la boda de su sobrino Alfonso con Carmen Martínez-Bordiú, Juan se enfureció mucho cuando se enteró de que en el comunicado oficial⁴⁰⁸ se le daba el tratamiento, a Alfonso y a sus padres, de «Su Alteza Real el Príncipe Alfonso Jaime de Borbón, hijo de Su Alteza Real el Infante don Jaime y de Su Alteza Real la duquesa de Segovia, doña Emanuela de Dampierre.»⁴⁰⁹ El conde de Barcelona escribió a Antonio Oriol, ministro de Justicia, recordando que el Rey había excluido a sus nietos Borbón Dampierre de la sucesión española basándose, precisamente, en la Pragmática, porque el matrimonio de Jaime con Emanuela era «a todas luces de rango inferior».⁴¹⁰

Cuando se hizo pública la polémica relación del príncipe Felipe con Isabel Sartorius, Juan «aconsejó prudencia a su nieto», según contaba Balansó. El conde de Barcelona tuvo que recordarle que «aquel legado histórico había recaído en él —tercer hijo varón de Alfonso XIII— precisamente en base a las renunciaciones de sus dos hermanos mayores».⁴¹¹

La relación del príncipe Felipe con Isabel Sartorius puso en marcha un debate encarnizado sobre la actualidad de la Pragmática Sanción de Carlos III. Ese noviazgo, recordaba Balansó, «dio lugar incluso a una discusión universitaria en forma de lección magistral pronunciada por un catedrático de Historia del Derecho, en términos de asunto de Estado».⁴¹²

Más tarde, con motivo de la boda de la infanta Elena con Jaime de Marichalar en 1995, el debate se volvió a abrir. Al interrogar a la Familia Real sobre una posible renuncia de la infanta Elena a sus derechos al trono por aquel matrimonio desigual, la contestación no pudo ser más escueta y ambigua: «La Casa Real se atiene a lo que establece el artículo 57 de la Constitución, que es el que establece el orden sucesorio de la Corona.»

Hubo quien interpretó que, a partir de ese comunicado, quedaban abolidas las «leyes antiguas». Pero no estaba nada



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

claro. Así que, como casi siempre, España se partió en dos: los abolicionistas y los legalistas. Entonces los expertos opinaron libremente sobre el tema. Algunos de los testimonios, escuchados hoy, resultan, cuanto menos, sorprendentes.

Si los abolicionistas sostenían entonces que la normativa dinástica había sido derogada por la Constitución de 1978, los legalistas decían que la Constitución es muy imprecisa al respecto, y que su redacción permite toda clase de elucubraciones. El artículo 57.4 determina que: «Aquellas personas que teniendo derecho a la sucesión en el trono contrajeran matrimonio contra la expresa prohibición del Rey y de las Cortes Generales, quedarán excluidas de la sucesión a la Corona por sí y sus descendientes.»

Si los abolicionistas sostenían que el consentimiento de Juan Carlos bastaría para mantener los derechos de los sucesores, los legalistas recordaban que Alfonso XIII había consentido —y orquestado— el matrimonio morganático de Jaime.

La marquesa de Grimaldi, por ejemplo, fue más específica: «Mantener o no la Pragmática depende de la voluntad del Rey.» Por su parte, Juan Balansó observaba que «Juan Carlos I puede derogarla cuando quiera, pero no lo ha hecho». ⁴¹³ Y otra vez los legalistas metían el dedo en la llaga: ni el Rey ni las Cortes han hecho nada para modificar o abolir la Pragmática Sanción. Y, si no está abolida, continúa vigente, como lo estaba cuando lo de Jaime en 1933.

José Luis Sampedro Escalera, experto en derecho dinástico y protocolo, miembro de la Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía, declaró en *El País*: «Todo arranca de una sentencia del Tribunal Constitucional sobre el marquesado de Cartagena que data de los años ochenta. [...] El marqués se había casado con una mujer que no pertenecía a la nobleza y un primo reclamó el título basándose en una viejísima legislación preconstitucional, y lo obtuvo.»



EL PLEITO DINÁSTICO DE LOS BORBONES

Si entre los Grandes de España unas fuentes mantenían que la Pragmática, lejos de ser derogada, fue ratificada por aquella sentencia del Tribunal Constitucional que resolvía el juicio del marquesado de Cartagena, otras fuentes constitucionalistas observaban que «no tiene sentido estar sujeto a una norma histórica cuando hay una posterior sobre el asunto».

También hubo quien argumentó que, poco antes del matrimonio de la infanta Elena, se había aplicado la Pragmática Matrimonial, lo que confirmaba su vigencia durante el periodo constitucional: Cristina de Borbón Dos Sicilias, primogénita de los duques de Calabria, renunció a sus derechos sucesorios para casarse con Pedro López-Quesada. Según Juan Balansó, su vigencia fue confirmada «por la aprobación tácita de nuestro propio Rey en la petición de mano de su sobrina». ⁴¹⁴

Armand de Fluvià, abogado y heraldista de prestigio, se atrevía a dar un giro más de tuerca recordando que «los miembros de la Familia Real tienen privilegios, pero también obligaciones que no pueden saltarse a la torera. De hecho, sin esta norma de Carlos III, don Juan Carlos no sería Rey y Ana Obregón podría llegar a ser regenta hasta la mayoría de edad de su hijo. La monarquía debe mantenerse con todas sus antiguallas y, si no, es mejor la república». ⁴¹⁵

Parecía evidente que aquello era un galimatías sin resolver en el que fueron enredándose poco a poco los expertos... Que si la histórica Pragmática Matrimonial de los Borbones es inherente a la propia dinastía, que si había sobrevivido a cinco constituciones monárquicas desde que se promulgó ⁴¹⁶, que si la Constitución añadía una nueva restricción a la Pragmática pero no la anulaba, que si es una norma dieciochesca obsoleta, que si la Carta Magna incluye una cláusula derogatoria general que dice que «quedan derogadas cuantas disposiciones se opongan a lo establecido en esta Constitución»...

* * *

LUIS ALFONSO DE BORBÓN

Ya con el anuncio del compromiso de Felipe con Letizia, la prensa se olvidó de anteriores debates y se unió para mostrar su adhesión inquebrantable al matrimonio.

Así, José Antonio Zarzalejos, director de *ABC*, sostenía que «la Constitución, por una parte, y la voluntad real, por otra, han derogado lo que se ha venido conociendo como matrimonio morganático, cuya celebración conllevaba la pérdida de los derechos sucesorios». El mismo periodista argumentaba, poco antes del enlace, que «la boda del Príncipe de Asturias y doña Letizia Ortiz abre una nueva etapa en la Monarquía española. [...] Por uso dinástico que ha hecho norma, la Pragmática de Carlos III, los matrimonios «entre iguales», esto es, miembros ambos de la realeza, han sido la constante en la Familia Real española. El enlace del próximo 22, quiebra este uso normativo interno».

Anson, en un editorial, decía entusiasmado que «el Príncipe ha acertado. Le ha llevado tiempo pero ha acertado. Y no era fácil. Son tiempos nuevos para las Monarquías democráticas. Y el Príncipe de Asturias ha sabido integrarse en la época que le ha tocado vivir. Dos jóvenes enamorados van a casarse para asumir, cuando Dios lo disponga, la continuidad de la Historia de España».⁴¹⁷

El editorial de *La Vanguardia* mantenía que «el anuncio realizado ayer por la Casa Real es una prueba del sentido de la responsabilidad, de la cautela y de la sensatez del príncipe Felipe. Lo significativo es que sean el temperamento, la calidad humana y la capacidad de comunicarse las principales características, y no el linaje, de la futura reina».⁴¹⁸ La presidenta de la Comunidad de Madrid, Esperanza Aguirre, también se sumó al entusiasmo: «La monarquía de hoy ya no se rige por las normas y principios de antaño, sino que es una Institución clave en el edificio de nuestra España Constitucional.»⁴¹⁹

El Mundo tituló su editorial «Un salto en el vacío que pue-

EL PLEITO DINÁSTICO DE LOS BORBONES

de salir bien», donde podía leerse que «la llamada «constitución histórica de la monarquía» —el conjunto de reglas tradicionales de comportamiento de la dinastía reinante desde hace tres siglos— está hoy absolutamente desfasada en la España del siglo XXI. [...] Desde el punto de vista constitucional, nada se puede objetar a este matrimonio, puesto que la futura Reina reúne los requisitos legales. [...] La propia elección de Felipe contribuye a desmitificar la monarquía y convertirla en una institución más evaluable en función de su eficacia que de ningún misterioso principio de transmisión de la legitimidad a través de la sangre».⁴²⁰

Victoria Prego, el día de la boda, también se dejó llevar por su entusiasmo: «La Monarquía rompe los lazos con una determinada y concretísima tradición. [...] Es ese vínculo voluntario, y no el de las mañas dieciochescas metidas con calzador en el siglo XXI, el único capaz de dar auténtica solidez a la continuidad de la Monarquía. [...] Los legitimistas monárquicos han puesto muchas pegas, todas ellas fundamentadas y llenas de sentido, es verdad, pero insuficientemente engarzadas en la realidad política y social de la España de hoy. [...] Quizá le complique un poco la vida al Rey porque es probable que se vea en la necesidad, o en la conveniencia, de anunciar en algún momento que suspende la famosa Pragmática. [...] Lo que sucede es que el Rey puede anular oficialmente la Pragmática matrimonial cuando le dé la realísima gana, porque es su exclusiva prerrogativa y nadie puede pedirle cuentas de ello. [...] A estas alturas carecería por completo de sentido, quizá no dinástico pero sí social, cualquier reivindicación al Trono por parte de alguno de los descendientes de los Borbones que en su día renunciaron a la Corona.»⁴²¹

Hubo —pocas— voces críticas. Jaime Peñafiel, el azote de la princesa de Asturias, nunca ha escondido que Letizia no le gusta como elección de Felipe. «Reconozco que, con el sorprendente anuncio de la boda, me sucedió lo que con las senten-



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

cias judiciales, las acato —¡faltaba más!— aunque no las comparto.»⁴²² Declaró en un encuentro digital en Terra: «Yo soy mayor de edad y me es muy difícil cambiar de chaqueta sobre la marcha. He intentado reconvertirme en un periodista baboso y cortesano, pero no lo he conseguido. De todas maneras, seguiré siendo un periodista respetuosamente crítico.»⁴²³

Sabina, republicano, contaba en su libro autobiográfico *Yo también sé jugarme la boca* su amistad con Letizia: «Leti es una chica lista e inquieta. En fin, yo la apoyo porque creo que, con un poquito de suerte, puede traernos la Tercera República.»

Lo demás, fueron rumores. Que si el Rey parecía un padre resignado cuando se refirió a las dificultades de educar a los hijos: «Muchas veces eso de que salgan bien no depende del padre o de la madre, sino de la suerte, porque hay veces en que no se puede hacer nada», que si gran parte de la aristocracia estaba en contra porque Letizia era del pueblo y divorciada, que si el Príncipe había dado un posible ultimátum a sus padres para que aceptaran este noviazgo, que si la propaganda mediática había ahogado cualquier discrepancia, que si el setenta por ciento del pueblo apoyaba a Letizia...

Balansó fue quien más se acercó a la dimensión dinástica del problema, aunque lo hiciese en relación a Isabel Sartorius: «Si nuestra Monarquía actual se consideraba instaurada en su origen por la designación sucesoria del general Franco en la persona de su elegido, Juan Carlos I, nada cabía objetar. Pero si se concedía valor al enunciado de la Carta Magna que declaraba al Rey «legítimo heredero de la dinastía histórica», entonces había que cumplir las reglas del juego.»⁴²⁴

En definitiva, la elección de Letizia ha supuesto un matrimonio morganático que ha dejado las puertas abiertas a nuevos pleitos dinásticos de los Borbones.

Quizá por eso ningún miembro de la Familia Real fue a la boda caribeña de Luis Alfonso de Borbón.



EPÍLOGO CON CORAZÓN

Lo demás es historia de papel couché mojado. Desde que se casó, la desaparición definitiva de la vida mediática de Luis Alfonso chocó en dirección contraria con el ascenso y glorificación de su madre.

Primero el debate se centró en el silencio entre madre e hijo. Que si Luis Alfonso no se hablaba con su madre por un quítame allá esas bodas. Que si en la suya, Carmen llegó en el avión privado del brazo de Federicci y Federicci entró en el templo del brazo de Carmen Leonor, la madre de Margarita, qué burla, qué insolencia, qué ordinariez, diciendo que se iban a casar muy pronto, y Luis estaba encantado porque Federicci le gustaba para su madre, y luego, mira, exclusiva, decepción, el *Hola* contando que Carmen confiesa que lo de Federicci es agua pasada, «la química entre Roberto y yo se ha acabado», y en Venezuela, donde también llega el *Hola*, no daban crédito a lo que estaban leyendo, «el intento por salvar mi relación con Federicci me produjo la más grande depresión de mi vida», y hay quien dijo que los Vargas se hicieron cruces y se sintieron víctimas de una «estafa afectiva», y hay quien

LUIS ALFONSO DE BORBÓN

dijo, verbigracia Peñafiel, que Rossi le dijo que «si los cimientos de tu casa se derrumban, aquí tienes un hogar», y hay quien dijo que allende los mares no gustaba nada o cada vez menos la vida radioteledifundida en colorines y en portada de Carmencita.

Y tirando de la madeja, entonces fueron los rumores. Que si, citando fuentes de la alta sociedad venezolana, a la nietísima no le gustaba su nuera Margarita, «no la considera «suficiente» para su hijo». Que si, fíjate, y eso que al principio los Vargas estaban encantados con su consuegra. Que si a los Vargas no les gustó que Carmen llevase puesto a la boda caribeña el fotógrafo del *Hola*. Que cómo les va a gustar, si es que todo el mundo sabía que los Vargas estaban chapados a la antigua.

Y luego fue lo de que la Bordiú, harta de la prensa, estaba dispuesta a dejar España, a vender su casa sevillana, a marcharse a París, a marcharse a Cartagena de Indias, a marcharse con un novio millonario, colombiano, que luego nos salió rana y resulta que, además, era casado y aficionado a las jovencitas.

Y entonces apareció el nuevo novio, cántabro, campechano y en exclusiva, novio que fue dudado por todos, novio cuestionado hasta en la sopa, novio puro de amor verdadero. Y entonces empezó a decirse que si, a partir de entonces, Luis Alfonso renunció a venir a España, que si no quiso ni siquiera participar en un torneo de polo en Santander aquel verano, que si algunos barajaron la posibilidad de ver a su madre y conocer a Campos en privado, que si al final decidió llevarse a la abuela Nenuca a un crucero por Italia en el yate de su suegro, que si Campos andaba diciendo que pronto le daría un abrazo a Luis Alfonso.

Y el colmo, dicen, dijeron, fue la boda sevillana de Cazalla de la Sierra con doble tarifa, que si con Luis era más cara, se dijo, que si sin Luis había descuento, o al revés, dijeron otros, que sin el hijo la tasa era la estándar y el hijo conllevaba un

EPÍLOGO CON CORAZON

impuesto revolucionario, sobrepeso, gravamen, doscientos mil euros de valor añadido. Y que el hijo lo supo por terceros, y que al hijo no le gustó nada, y que Carmen hizo todo lo posible porque Luis Alfonso fuera a su casamiento, discrepando oyentes y ponentes del valor de esta intentona, que si fue por la exclusiva, que si fue por el afecto. Y entonces llegó Jaime, el tío fraternal de Hermanos Bécquer, cantando las cuarenta a su sobrino: «El respeto a los padres es un mandamiento, es la ley de Dios. Y yo espero que honre a su madre»⁴²⁵, y que el hijo, no se sabe si por eso o por los euros, acabó no yendo a la boda religiosa, y poco después se convirtió en una nueva ausencia en la fiesta de la reboda del 8 de julio en Santander. Que los dos, madre e hijo, quisieron, pero no pudieron, guardar las apariencias. Que ni siquiera quisieron guardarlas. Que Margarita estaba deseando conocer a José Campos. Y que tampoco les vieron aquel verano. Que no fueron invitados a conocer el megayate *Allegro*. Que a los Vargas no les gusta que les persiga la prensa, satélite inevitable de la Bordiú. Que a Luis Alfonso no le vino nada bien tampoco en navidades, y que el hijo se ha negado a conocer a José Campos, y que Campos hizo amago de romper la baraja y ponerse en contacto con el hijo, y que la madre dijo, dijeron, que, si quiere conocerle, que venga Dios y lo vea, ya sabe dónde encontrarnos.

Que si las tertulias del corazón y las peluquerías echaban chispas, que si Carmen no se cortó nunca en reconocer que vive de las exclusivas, que si quiso sacar tajada periodística de la boda con los Vargas, que si es que es normal, dijo una en la cola de la pescadería, que es que estaba pasando una crisis con *Federichi* y ella estaba fatal de los nervios, que no, dijo una que se grababa el Tomate, que no *tenteras*, que son los tejemanejes de la Bordiú para sacar pasta, que ella tiene mucho morro y ha *aprovechao* el tirón de la boda del hijo, y en los mercados y en los mercadillos y en los restaurantes de cinco tenedores y



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

en las reuniones sociales caraqueñas se comentaba alegremente de muy buena tinta que si en las citas de novios de Luis Alfonso y Margarita llevaban carabina, que si Campos era un buen chico que la hacía feliz, que si a Luis Alfonso nunca le gustó el exhibicionismo mediático con el que se gana la vida su madre, que si al chico le duele la forma que tiene de ganarse el pan con el sudor de sus bailes y sus escándalos, participando a sangre y deshonra en programas multimillonarios de caché y audiencias, que si Carmencita tampoco ha ido nunca a verle a Venezuela, que si Carmen va a lo suyo, que si Luis Alfonso no viene a España porque le preocupa lo que se comenta sobre su esposa, y entre tantos dimes y diretes la prensa se volvía loca, por no hablar de los foros de Internet, que no sabían a qué atenerse, que si sólo conoce de oídas a José Campos, que si Luis Alfonso dijo que «si mi madre es feliz, yo también», que si siempre ha querido más a su abuela que a su madre, que claro, que es que la abuela ha estado con él toda la vida. Y luego estuvo lo de José Campos en el programa de Julio Cesar Iglesias, «si Luis no viene, se va a arrepentir toda la vida».

Y aprovechando el río revuelto, la abuela Emanuela desenterró el hacha de guerra y acusó a su ex nuera de maldad materna, apetito desmedido por los hombres y maltrato emocional a su hijo Alfonso, comentarios desmentidos posteriormente tras el tirón de orejas de su nieto, alegando una especie de enajenación mental transitoria, desde *Hola*, y en rigurosa exclusiva: «Si me he equivocado o he dicho algo que no debía, no lo recuerdo y me disculpo por ello.»

Luego estuvo lo del «No volverá a España por su madre», la crónica de *El Mundo* en la que los amigos de Luis Alfonso, amparados en el derecho a proteger sus fuentes, declaraban a Consuelo Font que Luis Alfonso huía de su madre «para llevar dignamente el apellido Borbón», que si Luis Alfonso había amenazado con no volver a España «mientras la relación con su

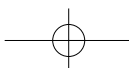
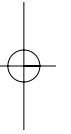
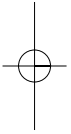
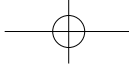


EPÍLOGO CON CORAZON

madre, que ella airea en jugosas exclusivas, le siga situando en el ojo del huracán del cotilleo nacional», que si «Carmen, a su manera, adora a su hijo, y Luis, aunque sabe cómo es, la quiere también mucho», que si «su madre ha decidido convertir su vida en un escenario de comercialización permanente con su nuevo marido», que si «no tiene derecho a mezclar a su hijo en todo eso», que si, cuando su madre le dijo que se casaba, Luis Alfonso se echó las manos a la cabeza, que si rogó a su madre que esperara y se asegurara de sus sentimientos, que si «le dijo que llevaban poco juntos, un año escaso, que no habían tenido tiempo de conocerse... Pero ella se mantuvo inflexible, y con boda por la iglesia», que si «él jamás criticó, y menos públicamente, lo que hacía su madre. Lo respetó, aunque no estuviera de acuerdo», que si ahora que estaba casado, Luis Alfonso «merece lo mismo». ⁴²⁶

Luis Alfonso lleva dentro un niño bien madrileño que huyó de un París claustrofóbico de padrastros y legitimistas y se instaló en Venezuela, entre misas de domingo, petrodólares y playas paradisíacas. Príncipe distinguido de codos desgastados, trabaja con su suegro Vargas y le ensancha el patrimonio con compraventas millonarias. Ahora un banco, se dijo, ahora un negocio. Ahora, también, aprende como puede, como cualquier buen padre primerizo, a cambiar pañales, a esterilizar chupetes y a calentar biberones.

La vida sigue.



NOTAS

1 Victoria Prego, *Así se hizo la Transición*, Plaza & Janés, 1995.

2 Paloma Barrientos, *Carmen Martínez-Bordiú. A mi manera*, Ediciones B, 2006.

3 José María Zavala, *Don Jaime, el trágico Borbón*, La Esfera de los Libros, 2006.

4 *Ídem*.

5 Pilar Eyre, *Dos Borbones en la corte de Franco*, La Esfera de los Libros, 2005.

6 Joaquín Bardavío, *La rama trágica de los Borbones*.

7 Rafael Borrás, *Los últimos Borbones*.

8 La pragmática de Carlos III sobre matrimonios, cuyos preceptos regían en el seno de nuestra Familia Real hasta que el enlace del príncipe de Asturias con la periodista Letizia Ortiz hizo tabla rasa de todas las costumbres dinásticas españolas, señalaba, en su cláusula XII, que los hijos de los matrimonios desiguales «tomarán el apellido y las armas del padre o de la madre» que hubiera quebrantado esa ley. Si la norma siguiera vigente, la hija del príncipe de Asturias debería llamarse, por tanto, Leonor Ortiz.



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

9 Partida de nacimiento de Alfonso de Borbón, reproducida en Juan Balansó, *La Familia Real y la familia irreal*.

10 Ramón de Alderete, *Y estos Borbones nos quieren gobernar. Recuerdos de veinte años al servicio de S.A.R. don Jaime de Borbón*.

11 Paloma Barrientos, *Carmen Martínez-Bordiú. A mi manera*.

12 Alfonso de Borbón y Marc Dem, *Las Memorias de Alfonso de Borbón*.

13 Ramón de Alderete, *Y estos Borbones nos quieren gobernar. Recuerdos de veinte años al servicio de S.A.R. don Jaime de Borbón*.

14 Alfonso de Borbón y Marc Dem, *Las Memorias de Alfonso de Borbón*.

15 *Ídem*.

16 *Ídem*.

17 *Ídem*.

18 *Ídem*.

19 *Ídem*.

20 *Ídem*.

21 *Ídem*.

22 *Ídem*.

23 Joaquín Bardavío, *La rama trágica de los Borbones*.

24 *Ídem*.

25 Alfonso de Borbón y Marc Dem, *Las Memorias de Alfonso de Borbón*.

26 Con estas o parecidas palabras, esta anécdota se cuenta en Paloma Barrientos, *Carmen Martínez-Bordiú. A mi manera*.

27 Juan Balansó, *La Familia Real y la familia irreal*.

28 Pilar Eyre, *Dos Borbones en la corte de Franco*.

29 *Ídem*.

30 Horacio Otheguy, *Mirta Miller. La mujer que no quiso ser Borbón*.

31 El Decreto decía: «A petición de Su Alteza Real el Príncipe de España, y en atención a las circunstancias que concurren en Su Alteza Real don Alfonso de Borbón y de Dampierre, nieto de Su



NOTAS

Majestad el Rey don Alfonso XIII (q.s.g.h.), he tenido a bien concederle la facultad de usar en España el título de duque de Cádiz, con el tratamiento de Alteza Real, cuyo título y tratamiento ostentarán igualmente su cónyuge y descendientes directos.»

32 El texto, de 15 de diciembre de 1971, decía así: «El 23 de diciembre, en el palacio de El Pardo, se celebrará una reunión íntima y familiar en ocasión del compromiso matrimonial de la señorita María del Carmen Martínez-Bordiú y Franco, hija de los marqueses de Villaverde, nieta de Sus Excelencias el Jefe del Estado y doña Carmen Polo de Franco, con Su Alteza Real el Príncipe Alfonso Jaime de Borbón, hijo de Su Alteza Real el Infante don Jaime y de Su Alteza Real la duquesa de Segovia, doña Emanuela de Dampierre.»

33 Tanto la tarjeta como una de estas participaciones se reproducen en Juan Balansó, *La Familia Real y la familia irreal*.

34 Carta reproducida en Juan Balansó, *Los Borbones incómodos*.

35 Según describe pormenorizadamente en Pilar Cernuda, *Treinta días de noviembre*.

36 Jesús Palacios, *Los papeles secretos de Franco*, aunque dice que la entrevista fue en El Pardo.

37 Paul Preston, *Franco, Caudillo de España*.

38 José María Zavala, *Dos Infantes y un Destino*.

39 Paloma Barrientos, *Carmen Martínez -Bordiú. A mi manera*.

40 Pedro Sainz Rodríguez, *Un gobierno en la sombra*.

41 Jaime Peñafiel, *La nieta y el General*.

42 Paloma Barrientos, *Carmen Martínez -Bordiú. A mi manera*.

43 Paloma Barrientos, *Carmen Martínez -Bordiú. A mi manera*.

44 *El País*, 6 de marzo de 1980.

45 Paloma Barrientos, *Carmen Martínez-Bordiú. A mi manera*.

46 *Ídem*.

47 Juan Balansó, *La Familia Real y la familia irreal*.

48 Declaraciones de Luis Alfonso a Nicolás Diat/H&K, *Revista Gala*, 25 de octubre de 2004.

LUIS ALFONSO DE BORBÓN

49 Así se describe en Horacio Otheguy, *Mirta Miller. La mujer que no quiso ser Borbón*.

50 Alfonso de Borbón y Marc Dem, *Las Memorias de Alfonso de Borbón*.

51 *L'Union documents*, septiembre de 1979, citado por Juan Balansó, *Los Borbones incómodos*.

52 Paloma Barrientos, «Carmen y la extraña familia», *elconfidencial.com*, 6 de mayo de 2006.

53 *Ídem*.

54 Todas las citas entrecomilladas del párrafo corresponden a las memorias de Alfonso de Borbón.

55 Paloma Barrientos, *Carmen Martínez-Bordiú. A mi manera*.

56 Carmen Martínez-Bordiú, «Memorias», *Hola*, 1996.

57 *Revista Gala*, citado de *todoellas.com*, 3 de noviembre de 2004.

58 Jaime Peñafiel, «Azul y rosa», *El Mundo*, 24 de marzo de 1996.

59 Mariano Sánchez Soler, *Villaverde. Fortuna y caída de la Casa Franco*.

60 Horacio Otheguy, *Mirta Miller. La mujer que no quiso ser Borbón*.

61 María Eugenia Yagüe, «Carmen Martínez-Bordiú, la duquesa que quiso ser una mujer como las demás. La vida secreta de la jet», *Tiempo*, 28 de abril de 1986.

62 Paloma Barrientos, *Carmen Martínez-Bordiú. A mi manera*.

63 Paloma Barrientos, *Carmen Martínez-Bordiú. A mi manera*.

64 Mariano Sánchez Soler, *Villaverde. Fortuna y caída de la Casa Franco*.

65 *Hola*, 1 de junio de 1985.

66 Paloma Barrientos, *Carmen Martínez-Bordiú. A mi manera*.

67 *Ídem*.

68 *Ídem*.

69 *Ídem*.

NOTAS

70 *Ídem.*

71 Este diálogo se recrea en Paloma Barrientos, *Carmen Martínez-Bordiú. A mi manera.*

72 Horacio Otheguy, *Mirta Miller. La mujer que no quiso ser Borbón.*

73 Según declaraciones de Concha Sierra a Mercedes Milá.

74 Jaime Peñafiel, *La nieta y el General.*

75 Alfonso de Borbón y Marc Dem, *Las Memorias de Alfonso de Borbón.*

76 Declaraciones de Luis Alfonso a Nicolás Diat/H&K, *Revista Gala*, 25 de octubre de 2004.

77 Elisa Murillo, «Luis Alfonso de Borbón, todo un ejemplo de espíritu de lucha y coraje», *Semana*, 17 de noviembre de 2004.

78 Santi Arrizu, *Hola*, 24 de marzo de 1984.

79 Horacio Otheguy, *Mirta Miller. La mujer que no quiso ser Borbón.*

80 Declaraciones de Alfonso de Borbón a Javier Basilio para *Informe Semanal*, TVE.

81 Declaraciones de Alfonso de Borbón a Antonio D. Olano, para *Diez Minutos*, 21 de abril de 1984.

82 Horacio Otheguy, *Mirta Miller. La mujer que no quiso ser Borbón.*

83 Paloma Barrientos, *Carmen Martínez-Bordiú. A mi manera.*

84 Declaraciones de Borja Ardid a Julio Bonamino, *Lecturas*, 17 de marzo de 1984.

85 Declaraciones de los ayudantes del duque a Julio Bonamino, *Lecturas*, 17 de marzo de 1984.

86 Declaraciones de Mariola Martínez-Bordiú a Julio Bonamino, *Lecturas*, 17 de marzo de 1984.

87 *Lecturas*, 17 de marzo de 1984.

88 Juan Balansó, *Los Borbones incómodos.*

89 *Lecturas*, 17 de marzo de 1984.

90 *Ídem.*

LUIS ALFONSO DE BORBÓN

- 91 *Ídem.*
- 92 *Ídem.*
- 93 *Diez Minutos*, 17 de marzo de 1984.
- 94 *Diez Minutos*, 21 de abril de 1984.
- 95 *Ídem.*
- 96 Mariano Sánchez Soler, *Villaverde. Fortuna y caída de la Casa Franco.*
- 97 Declaraciones de Mirta Miller, *Diez Minutos*, 5 de noviembre de 1985.
- 98 *Ídem.*
- 99 *Ídem.*
- 100 Paloma Barrientos, *Carmen Martínez-Bordiú. A mi manera.*
- 101 Paloma Barrientos, *Carmen Martínez-Bordiú. A mi manera.*
- 102 *Ídem.*
- 103 Paloma Barrientos, *Carmen Martínez-Bordiú. A mi manera.*
- 104 *Ídem.*
- 105 *Hola*, 28 de diciembre de 1984, citando como fuente a «una persona de toda confianza».
- 106 Paloma Barrientos, *Carmen Martínez-Bordiú. A mi manera.*
- 107 Paloma Barrientos, *Carmen Martínez-Bordiú. A mi manera.*
- 108 *Ídem.*
- 109 Antonio José Mencía, *Hola*, 1 de junio de 1985.
- 110 Paloma Barrientos, *Carmen Martínez-Bordiú. A mi manera.*
- 111 *Hola*, 1 de junio de 1985.
- 112 Periodista y autor del libro *La rama trágica de los Borbones.*
- 113 *Hola*, 23 de febrero de 1989.
- 114 *Tiempo*, 20 de febrero de 1989.
- 115 Este diálogo se reproduce así en Paloma Barrientos, *Carmen Martínez-Bordiú. A mi manera.*
- 116 José María Zavala, *Dos Infantes y un Destino.*
- 117 Este diálogo está reconstruido a partir de las versiones de Paloma Barrientos, *Carmen Martínez-Bordiú. A mi manera*, y Pilar Eyre, *Dos Borbones en la corte de Franco.*

NOTAS

118 José María Zavala, *Dos Infantes y un Destino*.

119 Declaraciones de Manuela Sánchez Prat a Korpa, 16 de febrero de 1989.

120 Declaraciones de Luis Alfonso a Nicolás Diat/H&K, *Revista Gala*, 25 de octubre de 2004.

121 José María Zavala, *Dos Infantes y un Destino*.

122 Horacio Otheguy, *Mirta Miller. La mujer que no quiso ser Borbón*.

123 *Ídem*.

124 *Ídem*.

125 *Ídem*.

126 *Ídem*.

127 *Ídem*.

128 Juan Balansó explica que en el Panteón de los Infantes de El Escorial estaba enterrado don Jaime, junto a otros parientes de la Casa Real, como el archiduque Wenceslao de Austria, el príncipe Fernando de Saboya, el duque de la Vendôme, don Juan de Austria, y hasta algún hijo bastardo, como don Juan José y don Francisco Fernando de Austria. Precisamente los ejemplos anteriores permitieron a Juan Carlos enterrar a su hermano Alfonsito, a quien, de acuerdo con las normas de la Monarquía instaurada, de ninguna manera podía considerarse Infante, puesto que sus hermanas doña Pilar, duquesa de Badajoz, y Margarita, duquesa de Soria, tuvieron que ser creadas infantas una vez que su hermano ya ocupaba el trono (Real Decreto 1368/1987: «Las hermanas de Su Majestad el Rey Don Juan Carlos I de Borbón serán Infantas de España.»). Ahora bien, el malogrado don Alfonsito, fallecido accidentalmente muchos años antes de la instauración de la Monarquía de Juan Carlos, no pudo luego, como resulta obvio, ser nombrado Infante por su hermano. Por otra parte, aunque se decretaron honores reales póstumos para su padre, el conde de Barcelona, el niño, en su epitafio, aparece como «nieto» de Alfonso XIII, en lugar de «hijo de Juan,

LUIS ALFONSO DE BORBÓN

conde de Barcelona», como estaba previsto que apareciese en su urna del Panteón de Reyes.

129 Así lo destacó la prensa de la época.

130 Reproducido en Juan Balansó, *Los Borbones incómodos*.

131 *Ídem*.

132 *Ídem*.

133 Paloma Barrientos, *Carmen Martínez-Bordiú. A mi manera*.

134 *Ídem*.

135 *Ídem*.

136 Horacio Otheguy, *Mirta Miller. La mujer que no quiso ser Borbón*.

137 Horacio Otheguy, *Mirta Miller. La mujer que no quiso ser Borbón*.

138 *Ídem*.

139 *Hola*, 19 de enero de 1989.

140 Paloma Barrientos, *Carmen Martínez-Bordiú. A mi manera*.

141 Horacio Otheguy, *Mirta Miller. La mujer que no quiso ser Borbón*.

142 *Ídem*.

143 Paloma Barrientos, *Carmen Martínez-Bordiú. A mi manera*.

144 Juan Balansó, *Los Borbones incómodos*.

145 *Ídem*.

146 *Época*, 18 de noviembre de 1985.

147 Diálogo reproducido en Juan Balansó, *Los Borbones incómodos*.

148 José María Zavala, *Dos Infantes y un Destino*.

149 Carlos Berbell y Pedro Barbadillo, *Panorama*, 17 de febrero de 1992.

150 José Manuel Susperregui, *Famosos pillados*.

151 Citado en Juan Balansó, *Los Borbones incómodos*.

152 Begoña Aranguren, *Memorias de Emanuela de Dampierre*.

153 Declaraciones a J. Álvarez, *laverdad.es/Panorama*, 16 de junio de 2004.

NOTAS

154 Publicada por primera vez en Juan Balansó, *La Familia Real y la familia irreal*.

155 Declaraciones de Luis Alfonso a Nicolás Diat/H&K, *Revista Gala*, 25 de octubre de 2004.

156 *Lecturas*, 9 de febrero de 1989.

157 *Hola*, 13 de abril de 1989.

158 *Semana*, 12 de abril de 1989.

159 *Ídem*.

160 *Hola*, 13 de abril de 1989.

161 Juan Balansó, *Los Borbones incómodos*.

162 *Ídem*.

163 *Ídem*.

164 Juan Balansó, «Carmen Rossi no quiere que su ex suegra manipule a Luis Alfonso», *Interviú*, 6 de marzo de 1989.

165 Paloma Barrientos, *Carmen Martínez-Bordiú. A mi manera*.

166 Juan Balansó, «Carmen Rossi no quiere que su ex suegra manipule a Luis Alfonso», *Interviú*, 6 de marzo de 1989.

167 *Lecturas*, 19 de abril de 1989.

168 *Ídem*.

169 *Ídem*.

170 *Ídem*.

171 *Semana*, 12 de abril de 1989.

172 *Hola*, 11 de septiembre 1989.

173 *Hola*, 28 de agosto de 1989.

174 *Diez Minutos*, 8 de septiembre de 1989.

175 Antonio D. Olano, «Por primera vez después de la muerte de Franco. Declaraciones exclusivas de los marqueses de Villaverde», *Diez Minutos*, 29 de noviembre de 1980.

176 Mariano Sánchez Soler, *Villaverde. Fortuna y caída de la Casa Franco*.

177 *Ídem*.

178 Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones privadas con Franco*.

LUIS ALFONSO DE BORBÓN

179 Citado en Mariano Sánchez Soler, *Villaverde. Fortuna y caída de la Casa Franco*.

180 Discurso durante la cena-homenaje ofrecida por unos amigos a finales de enero de 1988, a raíz de su jubilación. Citado en Mariano Sánchez Soler, *Villaverde. Fortuna y caída de la Casa Franco*.

181 Paloma Barrientos, *Carmen Martínez-Bordiú. A mi manera*.

182 Citado en Mariano Sánchez Soler, *Villaverde. Fortuna y caída de la Casa Franco*.

183 *Hola*, 12 de mayo de 1988.

184 Declaraciones de Luis Alfonso a Nicolás Diat/H&K, *Revista Gala*, 25 de octubre de 2004.

185 Luis Díez, «La familia Franco tendría que abandonar España», *Posible*, 4 de mayo de 1978.

186 Jimmy Jiménez Arnau, *Yo, Jimmy. Mi vida entre los Franco*.

187 *Ídem*.

188 Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones privadas con Franco*.

189 Raquel Rodríguez, Europa Press Reportajes, 29 de junio de 1980.

190 Luis Cantero, entrevista exclusiva a José Cristóbal Martínez-Bordiú, *Interviú*, 14 de abril de 1982.

191 *Blanco y Negro*, 19 de junio de 1976.

192 *El Imparcial*, 23 de noviembre de 1979.

193 Discurso de Cristóbal Martínez-Bordiú durante la conmemoración del 20-N de 1979, en la sede de Fuerza Nueva. Citado en Mariano Sánchez Soler, *Villaverde. Fortuna y caída de la Casa Franco*.

194 Luis Cantero, entrevista exclusiva a José Cristóbal Martínez-Bordiú, *Interviú*, 14 de abril de 1982.

195 Paloma Barrientos, *Carmen Martínez-Bordiú. A mi manera*.

196 *Ídem*.

NOTAS

197 «Sanidad sacará a concurso la plaza de jefe de cirugía cardiovascular que ocupa Martínez-Bordiú», *El País*, 1 de septiembre de 1982.

198 Perfecto Conde, «Las versiones del incendio», *Qué*, 6 de marzo de 1978.

199 José Cristóbal Martínez-Bordiú, *Cara y cruz. Memorias de un nieto de Franco*.

200 *Ídem*.

201 Marisa Perales, «El misterio del cofre que cambiará la vida de Luis Alfonso de Borbón», *Tiempo*, 27 de abril de 1992.

202 Paloma Barrientos, *Carmen Martínez-Bordiú. A mi manera*.

203 Luisa María Soto, «Luis Alfonso de Borbón: “He aprendido a vivir con su recuerdø»», *Diez Minutos*, 1 de febrero de 1991.

204 Javier del Castillo, «El misterioso cofre de Luis Alfonso», *Tribuna*, 13 de abril de 1992.

205 Marisa Perales, «El misterio del cofre que cambiará la vida de Luis Alfonso de Borbón», *Tiempo*, 27 de abril de 1992.

206 Manuel Román, «El incierto futuro de Luis Alfonso de Borbón», *Diez Minutos*, 24 de abril de 1992.

207 Declaraciones de Carmen Martínez-Bordiú a *Hola*, 7 de mayo de 1992.

208 *Ídem*.

209 Marisa Perales, «El misterio del cofre que cambiará la vida de Luis Alfonso de Borbón», *Tiempo*, 27 de abril de 1992.

210 Declaraciones de Carmen Martínez-Bordiú a *Hola*, 7 de mayo de 1992.

211 Juan Balansó, *Los Borbones incómodos*.

212 Juan Balansó, *Época*, 21 de septiembre de 2002.

213 *Royaliste*, 12 de junio de 2000.

214 Declaraciones a *Le Figaro*, recogidas en *Tiempo*, 17 de noviembre de 1997.

215 «El extraño caso de Luis Alfonso de Borbón», *Magazine El Mundo*, 22 de octubre de 2000.

LUIS ALFONSO DE BORBÓN

- 216 Ricardo Resse, *Hola*, 18 de mayo de 1989.
- 217 «Luis Alfonso podrá ostentar el ducado de Anjou», *Diez Minutos*, 8 de diciembre de 1989.
- 218 Juan Balansó, *Los Borbones incómodos*.
- 219 Juan Balansó, *Los Borbones incómodos*.
- 220 M. Alfegeme, «Las pretensiones de Luis Alfonso», *Época*, febrero de 2000.
- 221 Juan Balansó, *La Familia Real y la familia irreal*.
- 222 M. Alfegeme, «Las pretensiones de Luis Alfonso», *Época*, febrero de 2000.
- 223 Juan Balansó, *La Familia Real y la familia irreal*.
- 224 M. Alfegeme, «Las pretensiones de Luis Alfonso», *Época*, febrero de 2000.
- 225 Juan Balansó, *La Familia Real y la familia irreal*.
- 226 Consuelo Font, «Luis Alfonso de Borbón, jefe de la Casa de Borbón en Francia», *Tiempo de Hoy*, 25 de diciembre de 2000.
- 227 Carmen Duerto, «Dos duques para un ducado fantasma», *El Mundo*, 26 de diciembre de 2004.
- 228 *Ídem*.
- 229 «Pugna por el trono de Francia», *El Mundo*, 10 de diciembre de 2004.
- 230 *Ídem*.
- 231 «Luis Alfonso podrá ostentar el ducado de Anjou», *Diez Minutos*, 8 de diciembre de 1989.
- 232 Carmen Duerto, «Dos duques para un ducado fantasma», *El Mundo*, 26 de diciembre de 2004.
- 233 *Ídem*.
- 234 *Ídem*.
- 235 Carlos García Calvo, «Los escándalos reales», *El Mundo*, 17 de noviembre de 2006.
- 236 «Detenido en París el duque de Anjou por presunto fraude», *ABC*, 8 de noviembre de 2006.

NOTAS

237 Carlos García Calvo, «Los escándalos reales», *El Mundo*, 17 de noviembre de 2006.

238 Elisa Murillo, «Luis Alfonso de Borbón, todo un ejemplo de lucha y coraje», *Semana*, 17 de noviembre de 2004.

239 Juan Balansó, *Los Borbones incómodos*.

240 Nicolás Diat/H&K, *Revista Gala*, 25 de octubre de 2004.

241 Stephen Bern, «Luis Alfonso de Borbón al cumplir veinticinco años», *Hola*, 6 de mayo de 1999.

242 «El extraño caso de Luis Alfonso de Borbón», *Magazine El Mundo*, 22 de octubre de 2000.

243 Carolina Márquez, «Los hijos del poder», *El Mundo*, 14 de julio de 1996.

244 Bayres Press, «Luis Alfonso de Borbón ha empezado a trabajar en un banco», *Semana*, 22 de octubre de 1997.

245 *Ídem*.

246 Consuelo Font, «Luis Alfonso de Borbón: Los monárquicos franceses relanzan su imagen como heredero», *Tiempo*, 17 de noviembre de 1997.

247 Cristina Larraondo, «Luis Alfonso de Borbón: “Hay que vivir de las alegrías, no de las penas”», *Telva*, septiembre de 2000.

248 «El extraño caso de Luis Alfonso de Borbón», *Magazine El Mundo*, 22 de octubre de 2000.

249 Elisa Murillo, «Luis Alfonso de Borbón, todo un ejemplo de espíritu de lucha y coraje», *Semana*, 17 de noviembre de 2004.

250 Alberto Manzano, «Luis Alfonso de Borbón: “No tengo novia, me gustan toda”», *Qué Me Dices*, 28 de marzo de 1997.

251 Antonio José Mencía, «Luis Alfonso de Borbón habla por primera vez de su hermano Fran y de su nueva hermana», *Hola*, 1 de junio de 1985.

252 Rafael Alique, «Borbón con hielo», *Diario Marca*, 24 de octubre de 1996.

253 Antena Semanal, citado en *Época*, 3 de febrero de 1997.



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

254 «El extraño caso de Luis Alfonso de Borbón», *Magazine El Mundo*, 22 de octubre de 2000.

255 Cristina Larraondo, «Luis Alfonso de Borbón: “Hay que vivir de las alegrías, no de las penas”», *Télva*, septiembre de 2000.

256 *Ídem*.

257 *Ídem*.

258 *Semana*, 6 de mayo de 1992.

259 Jesús Marinas, *La Razón*, 16 de junio de 1999.

260 Alberto Manzano, «Luis Alfonso de Borbón: “No tengo novia, me gustan toda”», *Qué Me Dices*, 28 de marzo de 1997.

261 Ana Bonacho, «Tania Paessler, la joven que sale con Luis Alfonso de Borbón, abraza la fe cristiana», *Hola*, 29 de julio de 1999.

262 Alberto Manzano, «Luis Alfonso de Borbón: “No tengo novia, me gustan toda”», *Qué Me Dices*, 28 de marzo de 1997.

263 «Luis Alfonso ha empezado la mili», *Lecturas*, 1 de enero de 1999.

264 Bayres, «Luis Alfonso de Borbón: “Haré la mili en el Ejército del Aire”», *Hola*, 28 de agosto de 1998.

265 «Luis Alfonso de Borbón juró bandera en la base aérea de Armilla», *Hola*, 18 de febrero de 1999.

266 Stephen Bern, «Luis Alfonso de Borbón al cumplir veinticinco años», *Hola*, 6 de mayo de 1999.

267 Consuelo Font, «Luis Alfonso de Borbón: Los monárquicos franceses relanzan su imagen como heredero», *Tiempo*, 17 de noviembre de 1997.

268 *Ídem*.

269 *Ídem*.

270 *Ídem*.

271 Marisa Perales, «El misterio del cofre que cambiará la vida de Luis Alfonso de Borbón», *Tiempo*, 27 de abril de 1992.

272 Consuelo Font, «Luis Alfonso de Borbón: Los monárquicos franceses relanzan su imagen como heredero», *Tiempo*, 17 de noviembre de 1997.



NOTAS

- 273 *Ídem.*
- 274 *Ídem.*
- 275 *Ídem.*
- 276 *Ídem.*
- 277 *Tiempo*, 8 de mayo de 2000.
- 278 Dominical de *El Mundo*, 9 de julio de 2000.
- 279 Asunción Serena, «El ADN confirma que Luis XVII era el niño enterrado en Temple», *El Mundo*, 20 de abril de 2000.
- 280 *Ídem.*
- 281 *Ídem.*
- 282 Asunción Serena, «¡Viva el Rey de Francia!», *El Mundo*, 9 de junio de 2004.
- 283 Juan Balansó, *Los Borbones incómodos*.
- 284 «Luis Alfonso de Borbón, nombrado caballero de la Orden de Malta», *Semana*, 12 de julio de 2000.
- 285 Asunción Serena, «Luis Alfonso de Borbón, nuevo caballero de la Orden de Malta», *El Mundo*, 25 de junio de 2000.
- 286 Juan Balansó, *La Familia Real y la familia irreal*.
- 287 «El extraño caso de Luis Alfonso de Borbón», *Magazine El Mundo*, 22 de octubre de 2000.
- 288 *Ídem.*
- 289 *Ídem.*
- 290 *Ídem.*
- 291 *Ídem.*
- 292 *Ídem.*
- 293 Gerardo Reyes, «Realmente ricos», *Interviú*, 7 de agosto de 2006.
- 294 *Ídem.*
- 295 «Luis Alfonso de Borbón y su novia celebran la pedida con una cena», *Wanadoo.estilismo.com*, 11 de agosto de 2004.
- 296 María Eugenia Yagüe, «Regreso a Meirás con exclusiva», *El Mundo*, 11 de julio de 2004.
- 297 «Luis Alfonso de Borbón: “Sólo formaré mi familia por amor”», *Diez Minutos*, 20 de abril de 2001.

LUIS ALFONSO DE BORBÓN

298 Jaime Peñafiel, «Mi semana. La Casa Real “ignora” a Luis Alfonso», *El Mundo*, 7 de octubre de 2004.

299 Paloma Barrientos, *Carmen Martínez-Bordiú. A mi manera.*

300 «Carmen Martínez-Bordiú confirma el disgusto con los Reyes», *Elsemanaldigital.com*, 10 de noviembre de 2004.

301 Jaime Peñafiel, «Me ha dolido el feo hecho a mi hijo», *El Mundo*, 14 de noviembre de 2004.

302 *Ídem.*

303 *Ídem.*

304 «Luis Alfonso de Borbón desea mejorar su relación con la Familia Real», *Esemanaldigital.com*, 14 de abril de 2005.

305 *Ídem.*

306 Jaime Peñafiel, «Mi semana. La Casa Real “ignora” a Luis Alfonso», *El Mundo*, 7 de octubre de 2004.

307 *Ídem.*

308 Consuelo Font, «Luis Alfonso de Borbón: “Deseo que mis relaciones con la Familia Real vuelvan a ser como antes”», *Tiempo de Hoy*, 18 de abril de 2005.

309 Reproducida en Juan Balansó, *Los Borbones incómodos.*

310 Su Alteza Real de Borbón, duque de Borbón, duque de Anjou, Luis Alfonso.

311 Fernando García Mercadal, «El Duque de Cádiz reivindicó un año antes de morir en accidente sus derechos dinásticos al trono de España», *Diario 16*, 17 de abril de 1992.

312 *Ídem.*

313 Consuelo Font, «Luis Alfonso de Borbón: “Deseo que mis relaciones con la Familia Real vuelvan a ser como antes”», *Tiempo de Hoy*, 18 de abril de 2005.

314 El artículo 64 dice: «Las personas que sean incapaces para gobernar, o hayan hecho cosa por que merezcan perder el derecho a la Corona, serán excluidas de la sucesión por una ley.»

315 *Hola*, 31 de noviembre de 1991.

NOTAS

316 Ramón de Alderete, *Y estos Borbones nos quieren gobernar. Recuerdos de veinte años al servicio de S.A.R. don Jaime de Borbón.*

317 Testamento de Alfonso XIII, citado en Juan Balansó, *Los Borbones incómodos.*

318 Discurso de abdicación, del 15 de enero de 1941, citado en Juan Balansó, *Los Borbones incómodos.*

319 Alfonso de Borbón y Marc Dem, *Las Memorias de Alfonso de Borbón.*

320 Citado en Juan Balansó, *Los Borbones incómodos.*

321 Juan Balansó, «La Corona vacilante. Lequio en la sucesión», *El Mundo*, 29 de septiembre de 1996.

322 Paul Preston, *Franco, Caudillo de España.*

323 Pilar Eyre, *Dos Borbones en la corte Franco.*

324 *Ídem.*

325 La carta está citada y parcialmente reproducida por José María Zavala, *Dos Infantes y un Destino.*

326 Reproducida en Juan Balansó, *Los Borbones incómodos.*

327 José María Zavala, *Dos Infantes y un Destino.*

328 La carta está reproducida en José María Zavala, *Dos Infantes y un Destino.*

329 Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones privadas con Franco.*

330 *Ídem.*

331 Jesús Palacios, *Los papeles secretos de Franco.*

332 Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones privadas con Franco.*

333 *ABC*, 24 de junio de 1955.

334 Ramón de Alderete, *Y estos Borbones nos quieren gobernar. Recuerdos de veinte años al servicio de S.A.R. don Jaime de Borbón.*

335 *Ídem.*

336 Jesús Palacios, *Los papeles secretos de Franco.*

337 Citado en Juan Balansó, *Los Borbones incómodos.*

LUIS ALFONSO DE BORBÓN

- 338 José María Zavala, *Dos Infantes y un Destino*.
339 *Ídem*.
340 *Ídem*.
341 Jesús Palacios, *Los papeles secretos de Franco*.
342 José María Zavala, *Dos Infantes y un Destino*.
343 La carta está reproducida íntegramente en Juan Balansó, *Los Borbones incómodos*.
344 Luis María Anson, *Don Juan*.
345 Laureano López Rodó, *La larga marcha hacia la Monarquía*.
346 Jesús Palacios, *Los papeles secretos de Franco*.
347 Alfonso de Borbón y Marc Dem, *Las Memorias de Alfonso de Borbón*.
348 Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones privadas con Franco*.
349 Jesús Palacios, *Los papeles secretos de Franco*.
350 Alfonso de Borbón y Marc Dem, *Las Memorias de Alfonso de Borbón*.
351 Pilar Eyre, *Dos Borbones en la corte de Franco*.
352 Alfonso de Borbón y Marc Dem, *Las Memorias de Alfonso de Borbón*.
353 *Ídem*.
354 Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones privadas con Franco*.
355 Pilar Cernuda, *Treinta días de noviembre*.
356 José María Zavala, *Dos Infantes y un Destino*.
357 *Ídem*.
358 Marcelino Oreja, secretario de la Embajada en París, utilizó esta expresión en un informe, tras entrevistarse con Alfonso de Borbón Dampierre, el 28 de agosto de 1962.
359 Joaquín Bardavío, *La rama trágica de los Borbones*.
360 *Ídem*.
361 José María Zavala, *Dos Infantes y un Destino*.
362 *Ídem*.

NOTAS

- 363 José Luis de Vilallonga, *El Rey*.
- 364 Pilar Eyre, *Dos Borbones en la corte de Franco*.
- 365 José Luis de Vilallonga, *El Rey*.
- 366 Laureano López Rodó, *La larga marcha hacia la Monarquía*.
- 367 Jesús Palacios, *Los papeles secretos de Franco*.
- 368 Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones privadas con Franco*.
- 369 Luis María Anson, *Don Juan*.
- 370 *Pueblo*, 30 de julio de 1966.
- 371 Paul Preston, *Juan Carlos, el rey de un pueblo*.
- 372 Ramón Garriga, *La señora de El Pardo*.
- 373 El artículo completo se reproduce en Pilar Eyre, *Dos Borbones en la corte de Franco*.
- 374 Pilar Eyre, *Dos Borbones en la corte de Franco*.
- 375 El artículo completo se reproduce en Pilar Eyre, *Dos Borbones en la corte de Franco*.
- 376 Mariví Dominguín, *Paseo por el amor y la vida*.
- 377 Luis María Anson, *Don Juan*.
- 378 Carta dirigida a José Luis Cebrián, director de *El Alcázar*, respondiendo a una pregunta que le lanzaron desde su periódico: «¿Qué posición ocupa o desea ocupar el príncipe don Alfonso de Borbón Dampierre en el panorama político español? Él es quien debe decirlo. Nobleza obliga...».
- 379 Andrés Martínez-Bordiú, *Franco en familia: cacerías en Jaén*.
- 380 Jesús Palacios, *Los papeles secretos de Franco*.
- 381 Rafael Borrás, *El rey de los rojos*.
- 382 Archivo de Luca de Tena, citado en José María Zavala, *Dos Infantes y un Destino*.
- 383 El documento, elaborado entre López Rodó y Carrero Blanco, llevaba por título «Consideraciones sobre la aplicación del artículo 6 de la Ley de Sucesión».
- 384 José María Zavala, *Dos Infantes y un Destino*.

LUIS ALFONSO DE BORBÓN

- 385 *Ídem.*
386 *Ídem.*
387 El 21 de enero de 1966.
388 *The New York Times*, 29 de diciembre de 1968.
389 José Luis de Vilallonga, *El Rey*.
390 Pilar Urbano, *La Reina*.
391 *Ídem.*
392 Laureano López Rodó, *La larga marcha hacia la Monarquía*.
393 José Luis de Vilallonga, *El Rey*.
394 Pilar Urbano, *La Reina*.
395 Rafael Borrás, *El rey de los rojos*.
Luis María Anson, *Don Juan*.
396 Alfonso de Borbón y Marc Dem, *Las Memorias de Alfonso de Borbón*.
397 Juan Balansó, *Los Borbones incómodos*.
398 *Ídem.*
399 Joaquín Bardavío, *La rama trágica de los Borbones*.
400 Juan Balansó, *Los Borbones incómodos*.
401 Alfonso de Borbón y Marc Dem, *Las Memorias de Alfonso de Borbón*.
402 Pedro Sainz Rodríguez, *Un reinado en la sombra*.
403 Horacio Otheguy, *Mirta Miller. La mujer que no quiso ser Borbón*.
404 *Pont de Vue*, 30 de diciembre de 1966, y *Paris Jour*, 1 de diciembre de 1966.
405 Luis María Anson, *Don Juan*.
406 Juan Balansó, *Trío de Príncipes*.
407 Luis María Anson, *Don Juan*.
408 Juan Balansó, *Los Borbones incómodos*.
409 Juan Balansó publica la lista completa de las preguntas en *La Familia Real y la Familia Irreal*.
410 José María Zavala, *Dos Infantes y un Destino*.
411 Ramón Garriga, *La Señora de El Pardo*.

NOTAS

412 Pilar Eyre, *Dos Borbones en la corte de Franco*.

413 José María Zavala, *Dos Infantes y un Destino*.

414 *Ídem*.

415 *Ídem*.

416 Andrés Martínez-Bordiú, *Franco en familia: cacerías en Jaén*.

417 Carmen Martínez-Bordiú en su primera entrevista televisada con Mercedes Milá.

418 Horacio Otheguy, *Mirta Miller. La mujer que no quiso ser Borbón*.

419 Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones privadas con Franco*.

420 Esta carta se mantuvo inédita hasta que se publicó en 1981 en el libro *Un reinado en la sombra*, de Pedro Sainz Rodríguez, consejero de don Juan en Estoril, y no precisamente sospechoso de *alfonsista*.

421 Juan Balansó, *Los Borbones incómodos*.

422 Laureano López Rodó, *La larga marcha hacia la Monarquía*.

423 Pilar Urbano, *La Reina*.

424 Juan Balansó, «Isabel Sartorius, silencio y leyenda», *El Mundo*, 22 de febrero de 1997.

425 Fechado el 15 de diciembre de 1971.

426 Juan Balansó, *Los Borbones incómodos*.

427 La carta está reproducida en Laureano López Rodó, *La larga marcha hacia la Monarquía*.

428 Juan Balansó, «Isabel Sartorius, silencio y leyenda», *El Mundo*, 22 de febrero de 1997.

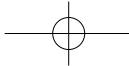
429 *Ídem*.

430 Citado del artículo de Rosa M. Tristán, «El enlace abre la polémica de la sucesión al trono», *El Mundo*, 18 de marzo de 1995.

431 *Ídem*.

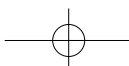
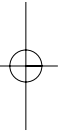
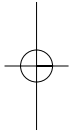
432 *Ídem*.

433 Lola Galán, *El País*, 30 de noviembre de 2003.



LUIS ALFONSO DE BORBÓN

434 Sentencia núm. 27/1982, de 24 de mayo (BOE de 9 de junio), que desestima el recurso de amparo núm. 6/1982, por considerar que «no siendo inconstitucional el título nobiliario no puede serlo supeditar su adquisición por vía sucesoria al hecho de casar con noble».



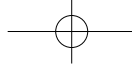
BIBLIOGRAFÍA

Este libro es heredero directo del trabajo de muchos otros autores. A ellos se lo debo todo. He de mencionar especialmente a cinco de ellos que, durante los últimos meses de mi vida, han convivido conmigo, sobre la mesa del escritorio, siempre dispuestos a echar una mano. Quiero destacar, por orden alfabético, que no por importancia, las reflexiones de **Juan Balansó** en *Los Borbones incómodos*, del que tomé prestados muchos argumentos; los diálogos y las anécdotas de **Paloma Barrientos** y «su manera» de entender a Carmen Martínez-Bordiú y su familia; el estilo ameno, riguroso y sencillo de *Dos Borbones en la corte de Franco* de **Pilar Eyre**, al que tantas veces he recurrido; la sabiduría ancestral de **Mariano Sánchez Soler** y su *Villaverde. Fortuna y caída de la Casa Franco*, que me dio tantas pistas sobre los Franco; y el trabajo enciclopédico de investigación *Dos Infantes y un Destino*, de José María Zavala, un libro imprescindible para cualquiera que se quiera acercar a la Historia más reciente de España.

* * *

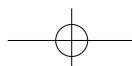
LUIS ALFONSO DE BORBÓN

- ALDERETE, Ramón de, *Y estos Borbones nos quieren gobernar. Recuerdos de veinte años al servicio de S.A.R. don Jaime de Borbón*, Asnières, 1974.
- ANSON, Luis María, *Don Juan*, Plaza & Janés, Barcelona, 1994.
- AREILZA, José María de, *Diario de un ministro de la Monarquía*, Planeta, Barcelona, 1977.
- ARMADA, Alfonso, *Al servicio de la Corona*, Planeta, Barcelona, 1983.
- BALANSÓ, Juan, *La Familia Real y la familia irreal*, Plaza & Janés, Barcelona, 1993.
- *Trío de Príncipes*, Plaza & Janés, Barcelona, 1995.
- *La corona vacilante*, Plaza & Janés, Barcelona, 1996.
- *Los Borbones incómodos*, Plaza & Janés, Barcelona, 2000.
- BARDAVÍO, Joaquín, *La rama trágica de los Borbones*, Plaza y Janés, Barcelona, 1989.
- BARRIENTOS, Paloma, *Carmen Martínez-Bordiú. A mi manera*, Ediciones B, Barcelona, 2006.
- BAYONA, José María, *Juan Carlos I*, Bruguera, Barcelona, 1976.
- BORBÓN, Alfonso de (en colaboración con Marc Dem), *Las Memorias de Alfonso de Borbón*, Ediciones B, Barcelona, 1990.
- BORRAS BETRIÚ, Rafael, *El rey de los rojos. Don Juan de Borbón, una figura tergiversada*, Plaza & Janés, Barcelona, 1996.
- BURNS MARAÑÓN, Tom, *Conversaciones sobre el Rey*, Plaza & Janés, Barcelona, 1995.
- CABEZAS, Juan Antonio, *La cara íntima de los Borbones. Pequeña historia de una dinastía*, Editorial San Martín, Madrid, 1979.
- CAIVO SERER, Rafael, *Franco frente al Rey*, Ruedo Ibérico, París, 1972.
- CERNUDA, Pilar, *Treinta días de noviembre*, Planeta, Barcelona, 2000.
- DAMPIERRE, Emanuela de (en colaboración con Begoña Arangueren), *Memorias*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2003.
- FERNÁNDEZ DE LA MORA, Gonzalo, *Río Arriba. Memorias*, Planeta, Barcelona, 1995.
- FRANCO, Pilar, *Nosotros, los Franco*, Planeta, Barcelona, 1980.



BIBLIOGRAFÍA

- FRANCO SALGADO-ARAUJO, Tte. general Francisco, *Mis conversaciones privadas con Franco*, Planeta, Barcelona, 1976.
- GARCÍA ABAD, José, *La soledad del Rey*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2004.
- GIL, Vicente, *Mis cuarenta años junto a Franco*, Planeta, Barcelona, 1981.
- GIL ROBLES, José María, *La Monarquía por la que yo luché. Páginas de un diario (1941-1954)*, Taurus, Madrid, 1976.
- GRACIA, Fernando, *Lo que nunca nos contaron de don Juan*, Auryn, Madrid, 1993.
- JIMÉNEZ ARNAU, Joaquín, *Yo, Jimmy. Mi vida entre los Franco*, Planeta, Barcelona, 1981.
- LÓPEZ RODÓ, Laureano, *La larga marcha hacia la Monarquía*, Noguer, Barcelona, 1977.
- MARTÍNEZ-BORDIÚ ORTEGA, Andrés, *Franco en familia: cacerías en Jaén*, Planeta, Barcelona, 1994.
- MARTÍNEZ-BORDIÚ, José Cristóbal, *Cara y cruz. Memorias de un nieto de Franco*, Planeta, Barcelona, 1983.
- OTHEGUY, Horacio, *Mirta Miller. La mujer que no quiso ser Borbón*, Plaza & Janés, Barcelona, 2004.
- PALACIOS, Jesús, *Los papeles secretos de Franco*, Temas de Hoy, Madrid, 1996.
- PEÑAFIEL, Jaime, *La nieta y el General. Tres bodas y un funeral*, Temas de Hoy, Madrid, 2007.
- PÉREZ MATEOS, Juan Antonio, *Juan Carlos. La infancia desconocida de un Rey*, Planeta, Barcelona, 1980.
- POWELL, Charles T., *Juan Carlos. Un Rey para la de democracia*, Barcelona, 1995.
- PRESTON, Paul, *Franco, Caudillo de España*, Grijalbo, Barcelona, 1993.
- *Juan Carlos, el rey de un pueblo*, Plaza & Janés, Barcelona, 2003.
- RUIZ MORAGAS, Leandro Alfonso,
— *El bastardo real*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2003.





LUIS ALFONSO DE BORBÓN

- SAINZ RODRÍGUEZ, Pedro, *Un reinado en la sombra*, Planeta, Barcelona, 1981.
- SÁNCHEZ SOLER, Mariano, *Villaverde. Fortuna y caída de la Casa Franco*, Planeta, Barcelona, 1990.
- SUSPERREGUI, José Manuel, *Famosos pillados*, Espejo de Tinta, Madrid, 2006.
- TUSELL, Javier, *Juan Carlos I. La restauración de la Monarquía*, Temas de Hoy, Madrid, 1995.
- URBANO, Pilar, *La Reina*, Plaza & Janés, Barcelona, 1996.
- VILALLONGA, José Luis de, *El Rey*, Plaza & Janés, Barcelona, 1993.
- *Franco y el Rey*, Plaza & Janés, Barcelona, 1999.
- ZAVALA, José María, *Dos Infantes y un Destino*, Plaza & Janés, Barcelona, 1998.
- *Don Jaime, el trágico Borbón*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2006.

